

# MARK HADDON

EL HUNDIMIENTO  
DEL MUELLE

La mejor narrativa del autor de  
***El curioso incidente del perro  
a medianoche.***

# EL HUNDIMIENTO DEL MUELLE

MARK HADDON

TRADUCCIÓN DE JAIME BLASCO

**MALPASO**

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

© Mark Haddon, 2016  
© Traducción: Jaime Blasco Castiñeira  
© Malpaso Ediciones, S. L. U.  
Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo  
08010 Barcelona  
[www.malpassoed.com](http://www.malpassoed.com)

Título original: The Pier Falls and Other Stories  
ISBN: 978-84-17081-69-0  
Primera edición: marzo de 2018

Diseño de interiores: Sergi Gòdia  
Maquetación: Palabra de apache  
Imagen de cubierta: Malpaso Ediciones, S. L. U.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

*Para Fiona*

*Ahora extínguelo  
en ese fuego que trepa por los techos;  
que conoce los azules espectrales; que siempre comienza  
en las freidoras de donuts o en un tablón del paseo  
a la hora muerta antes del alba; que deja los maderos  
a merced de mareas insensatas; que envía una columna  
de humo negro a las alturas donde tizna los salones  
de las nubes. Ahora mira en torno a tu habitación diminuta  
y dime que no tienes el poder.*

PAUL FARLEY, «El poder»

*A veces luchó con lobos y dragones, a veces con salvajes que moran  
entre peñascos; también con osos y con toros e incluso con jabalíes y  
con ogros que lo acosaban por los cerros abruptos.*

*Sir Gawain y el Caballero Verde*

## EL HUNDIMIENTO DEL MUELLE

23 de julio de 1970, a la caída de la tarde. Una brisa fresca sopla desde el Canal, un cielo aborregado en lo alto y, a lo lejos, una columna de luz se posa sobre una trainera como si Dios la hubiese elegido para alguna clase de bendición. Los pisos superiores de los edificios estilo Regencia que bordean el paseo marítimo descansan sobre una estridente hilera de cafés, freidurías y tiendas de baratijas con toldos a rayas donde venden helados y caballitos de mar en sobres de celofán. Los nombres de los hoteles están escritos con grandes letras de neón y pintura impermeable. El Excelsior, el Camden, el Royal. A la palabra *Royal* le falta la o.

Las gaviotas graznan y revolotean. Dos mil personas pasean por el malecón; algunas se dirigen a la playa con toallas y refrescos, otras se detienen a echar una moneda en el catalejo o se apoyan en una balaustrada cuya pintura verde pistacho se ha ido desconchando en cien años de aire salino. Una gaviota coge el barquillo de un helado caído y remonta el vuelo.

En la playa, una mujer corpulenta clava un cortavientos en la arena con el tacón de un zapato mientras unos gemelos pecosos construyen un fuerte con arena y palitos de polo. El hombre de las tumbonas cobra el alquiler y devuelve el cambio sacando las monedas de una bolsa de cuero que lleva en la cadera.

—Solo hasta la cintura —grita un padre—. ¿Susan? Solo hasta la cintura.

En la zona recreativa del muelle la atmósfera está muy cargada; huele a aceite de motor y a la cebolla frita de los perritos calientes. Los chicos que venden tiques para los coches de choque se montan en los amortiguadores de goma mientras los cepillos raspan la malla del techo y saltan chispas sobre sus cabezas. Un organillo emite incesantemente valeses de Strauss.

Las cinco menos nueve minutos. Aire puro, chispas de mar y alegría de

feria.

Así es como empieza.

Se suelta un remache, uno de los ocho que refuerzan la junta de dos vigas en el extremo occidental del muelle. Otros cinco remaches se han roto ya ese año con la mar gruesa de enero. Se siente un ligero temblor bajo los pies, como si hubiera caído una maleta o una escalera en algún lugar cercano. Nadie presta atención. Tan solo dos remaches sostienen ahora el tonelaje que antes soportaban ocho.

Los delfines dan vueltas dentro de su prisión azul en el acuario del puerto deportivo.

Doce minutos y medio después se parte otro remache y una sección del muelle se hunde un centímetro con un tenue crujido. Todos se miran. La misma reducción de peso momentánea que uno experimenta cuando un ascensor empieza a descender. Pero el muelle se mueve constantemente batido por el viento y la marea, así que la gente sigue comiendo buñuelos de piña y echando monedas en las tragaperras.

El ruido, cuando irrumpe, es como el que se oye cuando talan una secoya, la madera y el metal se doblan y quiebran por efecto de la presión. Todo el mundo se mira los pies al oír el zumbido y la sacudida de los puntales. El ruido se detiene y hay un instante de silencio, como si el propio mar contuviera la respiración. Después, con un redoble apocalíptico, el peso de las vigas desprendidas arrastra hacia el mar una amplia pasarela semicircular. Una mujer y tres niños que estaban apoyados en la barandilla caen inmediatamente. Otras seis personas ruedan hacia el mar intentando agarrarse tras precipitarse por el cráter de madera destrozada. Entre la negra urdimbre de tablones y vigas se vislumbran tres figuras que se agitan en las oscuras aguas, una cuarta que flota bocabajo y una quinta plegada sobre una viga cubierta de algas. Los demás están atrapados en algún lugar bajo el agua. Arriba, en el muelle, un hombre lanza al mar cinco salvavidas, uno detrás de otro. Otros veraneantes abandonan sus posesiones en la huida y dejan la pasarela sembrada de botellas, gafas de sol y cucuruchos de patatas fritas. Un cocker corre en círculos remolcando una correa azul.

Dos hombres están ayudando a una anciana a ponerse en pie cuando otra parte del entablado cede bajo sus pies. El más bajo, un tipo con barba, se agarra a la pata de un banco de acero y sujeta a la mujer hasta que un chico

consigue agacharse para ayudarles a subir, pero el más alto, un señor arremangado y con tirantes, se desliza por las tablas combadas y no se detiene hasta que la barra de una barandilla rota se le clava en la espalda. Se menea como un pez. Nadie va a bajar a ayudarlo. La pendiente es demasiado empinada, la estructura demasiado insegura. Un padre vuelve la cara de su hija.

Los encargados de la noria intentan desalojar las góndolas de una en una, pero quienes están en lo más alto no paran de gritar y los que se encuentran un poco más abajo no están dispuestos a esperar su turno y deciden saltar; varios se tuercen los tobillos, uno se rompe una muñeca.

En la playa, la gente contempla el agujero que se ha abierto en ese paisaje tan familiar. Las luces de colores siguen brillando. A lo lejos pueden oír el *Vals del emperador*. Cinco hombres se quitan a toda prisa los zapatos, las camisas y los pantalones y se tiran al agua.

Siete miradores ornamentales se suceden en el centro del muelle. La parte oeste de esta columna vertebral ha quedado totalmente bloqueada, así que todas las personas que se hallan en el extremo más próximo al mar se agolpan en el lado oriental y forman un embotellamiento en su afán por llegar hasta los torniquetes y alcanzar el paseo marítimo para ponerse a salvo. En el punto más estrecho, algunos pierden el equilibrio y caen al suelo; los que siguen en pie tienen que caminar sobre ellos para no caer y ser también pisoteados.

Han pasado sesenta segundos: siete muertos y tres supervivientes en el agua. El hombre de los tirantes sigue vivo, pero no por mucho tiempo. La muchedumbre que huye en estampida está aplastando a ocho personas, entre ellas a tres niños.

Uno de los miradores ha empezado a escorarse y la estructura de metal se ha doblado tanto que las veintidós ventanas de cristal estallan una tras otra.

El encargado del parque recreativo ha abierto la puerta de servicio que hay junto a los torniquetes y los que han conseguido escapar se dispersan en abanico sobre la calzada, descompuestos, ensangrentados, con los ojos como platos. Un padre lleva a su hijo en brazos. Dos hombres sacan en volandas a una adolescente con el fémur destrozado. El hueso le ha atravesado la piel.

El tráfico se interrumpe en el paseo marítimo y la multitud se arremolina a lo largo de la barandilla. El silencio en el malecón es tan profundo que esta vez todo el mundo oye el ruido.



Dos minutos y veintidós segundos. El mirador se desploma arrastrando consigo la estructura de metal y el entablado. Cuarenta y siete personas caen en una trilladora de palos y vigas. Solo seis van a sobrevivir, entre ellas un niño de seis años que cae protegido por los cuerpos de sus padres.

Los cables recubiertos de goma que llevan la electricidad a todo el muelle chisporrotean como fuegos artificiales cuando se desgajan. Las luces se apagan al final del muelle. El organillo resuella y deja de sonar.

El pequeño tsunami que ha generado la masa de muelle desprendida sobre el agua arrastra a los hombres que se han lanzado al mar para socorrer a las víctimas. Pasa por debajo de ellos y se dirige hacia la playa, donde obliga a la gente a salir corriendo hasta rebasar la línea de pleamar, como si la contagiase el propio hecho que provoca la huida.

El encargado del parque recreativo está sentado en su diminuto despacho, al final del muelle, con el auricular de la radio apretado contra la oreja. Tiene veinticinco años. Ni siquiera ha estado en Londres. No sabe qué hacer.

El piloto de un bimotor Cessna 76-D mira hacia abajo. No puede creer lo que ve. Ladea la avioneta y vuela en círculos sobre el muelle antes de comunicarse por radio con la torre de Shoreham.

El muelle está ahora dividido en dos secciones irregulares, dos extremos frente a frente separados por cuarenta y cinco toneladas de madera y metal anudadas en el agua. Algunas de las personas que han quedado atrapadas en la sección del mar se acercan al borde: esperan angustiadas que alguien capaz de rescatarlas las vea y las oiga. Otras se quedan atrás e intentan calibrar cuál es la parte más sólida de la estructura. Tres parejas se han quedado encerradas en el tren fantasma: escuchan los ruidos del exterior y temen que si consiguen salir de allí verán el fin del mundo.

En la sección de la costa, dos personas yacen inmóviles sobre el entablado y otras tres han sufrido heridas que les impiden moverse. Una mujer sacude el cuerpo inconsciente de su marido como si se hubiera quedado dormido y llegara tarde al trabajo mientras un hombre con los antebrazos tatuados persigue al cocker, que corre aterrorizado trazando un enorme ocho. Una anciana ha muerto de un ataque al corazón: está sentada en un banco con la cabeza ladeada, como si se hubiera quedado grogui y se estuviera perdiendo todo el alboroto.

Se oye el remoto sonido de las sirenas en el centro de la ciudad.

Dos de los hombres que se habían lanzado al mar dan media vuelta porque temen que el muelle se vuelva a desprender y los alcance, pero los otros tres siguen nadando hasta llegar al archipiélago de cadáveres y maderas rotas. El muelle se cierne amenazante sobre sus cabezas; desde allí parece mucho más grande que desde la playa o la pasarela, mucho más oscuro, más maligno. Pueden oír el gemido de las vigas que todavía no han terminado de acomodarse en el agua, debajo de ellos.

Encuentran a una mujer aterrorizada, a dos niñas que resultan ser hermanas y a un hombre que todavía lleva las gafas puestas y flota erguido en el oleaje, como una foca, apenas consciente de lo que lo rodea. La mujer está hiperventilando y reparte golpes a diestro y siniestro de una manera tan demencial que al principio los hombres piensan que algo la apresa bajo la superficie. Las únicas que conservan la calma son las hermanas, y uno de los rescatadores las acompaña hasta la orilla. El hombre con gafas pregunta qué ha sucedido y cuando se lo explican pide que se lo vuelvan a repetir. La mujer frenética no permite que nadie se le acerque, así que tendrán que mantenerse a flote y esperar a que se le agoten las fuerzas, aun a riesgo de que se ahogue, para que se tranquilice y puedan atenderla.

Al final del muelle, cinco salvavidas vacíos se adentran en el mar.

Un joven levanta su Leica en el paseo marítimo y toma tres fotografías. Hasta que no lea el periódico a la mañana siguiente no advertirá lo que está sucediendo en esas fotos. Acto seguido abrirá la cámara y sacará el carrete para que la luz vele las imágenes.

El helicóptero de rescate aeronaval despegar del círculo amarillo en la pista de Shoreham, se inclina empujado por el viento y gira para abandonar el aeródromo.

Cinco minutos. Cincuenta y cinco muertos.

En el paseo marítimo, varios de quienes han conseguido salvarse no logran encontrar a sus esposas, maridos, hijos o padres. El encargado ha cerrado la puerta, pero ellos lloran, gritan e intentan regresar al muelle. La policía no se ha presentado aún y el encargado llega a la conclusión de que retenerles allí contra su voluntad puede ser tan peligroso como franquearles el paso y no quiere cargar con esa responsabilidad, así que vuelve a abrir la puerta y doce personas la atraviesan en tropel como si acabaran de comenzar las rebajas de enero. La última es una niña de no más de ocho años. El

encargado la agarra el cuello. Ella intenta soltarse y lloriquea al final del brazo que la sujeta.

La lancha de socorro sale a toda velocidad.

En el lado oriental del muelle, un granjero de Bicester intenta separar de sus padres al niño de seis años. Ha de ver que están muertos. A su padre le falta la mitad de la cabeza. O quizá no lo vea. No tiene ninguna intención de soltarles y se aferra a ellos con tanta fuerza que el hombre tiene miedo de romperle el brazo si sigue tirando. Le pregunta cómo se llama, pero él no responde. Se halla inmerso en un infierno personal que nunca conseguirá abandonar del todo. El granjero solo puede volverse y arrastrar a los tres hasta la orilla. Cuando intente ponerse en pie se dará cuenta de que se ha roto el tobillo.

El hombre tatuado corre muelle abajo con el cocker apretado contra el pecho; cuando atraviesa la puerta y llega al paseo marítimo, una muchedumbre ansiosa por celebrar cualquier triunfo, por insignificante que sea, lo recibe con gritos de júbilo.

Ocho minutos. Cincuenta y nueve muertos.

El helicóptero aparece por el oeste envuelto en la resplandeciente luz del sol. En el paseo, la gente oye el creciente runrún de las hélices y se vuelve a mirar.

Ninguna de las once personas que han vuelto corriendo al muelle ha encontrado a sus familiares entre los heridos o los que aún no han recuperado el conocimiento, así que se quedan cerca de la sima y llaman a voces a los del otro lado. ¿Han visto a una viejecita con una chaqueta verde? ¿A una niña pelirroja con el pelo largo? Pero a los del otro lado no les interesa la señora de la chaqueta ni la niña pelirroja porque ellos tampoco son capaces de encontrar a sus familiares y están aterrados ante la posibilidad de que el resto del muelle se desplome; solo quieren saber cuándo los van a rescatar.

Dos ambulancias llegan al malecón, pero los coches han formado tal atasco que los enfermeros tienen que correr con sus camillas y sus maletines. Cinco sanitarios se quedan con los heridos del paseo, otros tres siguen avanzando hasta llegar al muelle.

Tres policías intentan mantener a raya a los curiosos; algunos se quejan de que los hayan echado de la primera fila. Nadie sabe cuántas personas han muerto. Todo el mundo está pensando en cómo les va a contar la historia a

sus amigos, parientes y compañeros de trabajo.

En el muelle, los enfermeros recuestan de lado a una mujer sobre una tabla de rescate. Le administran una dosis de morfina a un anciano con la clavícula rota.

Catorce minutos. Sesenta muertos.

En el paseo, la gente se pregunta si ha sido un atentado del IRA. Nadie quiere creer que el tiempo y el clima pueden ser tan peligrosos y emocionante verse a uno mismo como víctima potencial de los terroristas.

Cuando el helicóptero sobrevuela el final del muelle, quienes esperan abajo se pelean por ser los primeros en agarrarse al hombre de la polea, pero el aire descendente los empuja y obliga a alejarse del epicentro; el hombre consigue por fin aterrizar en un lugar despejado. Agarra a una niña pequeña que una madre lleva en brazos y la gente se avergüenza mientras contempla cómo le ciñen el arnés. Cuando la niña está ya en el helicóptero reúnen a los demás niños y los colocan en fila, por edades, para que suban a continuación.

Los nadadores alcanzan la orilla: las dos hermanas, el hombre confundido, la mujer ofuscada y los tres hombres que salieron al rescate. La gente corre con toallas. Parece que compitieran para que elijan la suya. La mujer que forcejeaba se hinca de rodillas y hunde sus manos en la arena como si nada ni nadie fueran a separarla nunca más de la tierra firme.

Por la puerta de servicio sacan el cadáver de la anciana que ha muerto de un ataque al corazón cubierto con una sábana; se hace un silencio repentino. En el malecón, algunos todavía piensan que es la única víctima mortal.

El granjero que lleva a rastras al niño con sus padres muertos consigue llegar a una zona donde el agua no cubre y advierte que se ha roto el peroné; uno de los fragmentos del hueso fracturado roza contra el otro. Debería dolerle, pero no siente nada. Necesita tumbarse cuanto antes. Se da la vuelta en el agua y mira las nubes. La gente corre hacia el mar, pero se detiene al ver la carga que lleva consigo. Una joven se abre paso entre la multitud, una enfermera de Southampton que trabaja en urgencias. Ha visto cosas peores. Es la única persona negra en toda la playa. Extiende las manos sobre los hombros del niño y algunos de los que observan la escena se preguntan si le está haciendo vudú, pero la firmeza de su voz consigue que el chiquillo se separe de los dos cadáveres, se vuelva y se deje abrazar por una persona que no está asustada. El color de su piel también ayuda, que ella sea tan distinta

de esa gente a la que él ya no pertenece. La chica se llama Renée. Seguirán en contacto durante los treinta años siguientes.

El cuarto niño sube al helicóptero, después el quinto.

El encargado del parque recreativo sale de su diminuto despacho. Piensa que si es el último en ser rescatado podrá decir: «Permanecí en mi puesto hasta el final».

La última pareja consigue salir del tren fantasma; el marido se abre camino a patadas destrozando la imagen del monstruo de Frankenstein pintada en un panel de madera que adorna la fachada.

Veinticinco minutos. Sesenta y un muertos.

Llega la lancha salvavidas y la tripulación empieza a sacar gente del agua. Algunos no pueden callar. Otros resbalan hasta el fondo de la lancha como peces atrapados en una red, empapados, con los ojos vidriosos, impasibles. Un chico de trece años se mantiene a flote en un oscuro escondrijo que ha encontrado entre dos vigas caídas. Se niega a salir de allí y no responde a las llamadas. Un miembro de la tripulación se tira al agua, pero el chico retrocede y se oculta en aquel bosque de ruinas anegadas. Se ven obligados a abandonarle.

Se retira la polea y el helicóptero se aleja con todos los niños a bordo. Muchos han dejado a sus padres en el muelle. Algunos no saben si siguen vivos. Para todos ellos, el estruendo machacón de las hélices es un consuelo porque les ocupa la mente de tal modo que son incapaces de abrigar los horribles pensamientos que los asaltarán cuando los ayuden a bajar en la pista de aterrizaje y atraviesen corriendo el viento de las hélices para llegar hasta las mujeres de las ambulancias del Hospital St. John, que los esperan en la puerta del pequeño edificio de la terminal.

En el paseo, un hombre con un mugriento delantal blanco deambula entre la muchedumbre repartiendo perritos calientes y té azucarado del puesto que regenta junto al minigolf. Regresa con una segunda bandeja.

Otros barcos se acercan a la costa atraídos por lo que está sucediendo en el muelle, un crucero de Bristol, una lancha de aluminio con un motor fueraborda Mercury, dos lanchas Hornet de fibra de vidrio. Se quedan quietos justo donde termina la morrena de cadáveres y escombros; ni se deciden a ayudar ni se atreven a dar media vuelta.

El chico de trece años no quiere salir del bosque anegado porque sabe que

su hermana sigue allí, en algún lugar. No puede encontrarla. Media hora después lo acomete la hipotermia y siente un frío pavoroso. De pronto, el frío desaparece por completo. No le extraña. Ya nada le extraña. Quiere quitarse la ropa, pero apenas tiene fuerzas para mantenerse a flote. Allí afuera, a tan solo unos metros, la vida sigue su curso: la luz del sol, los barcos, un helicóptero. Pero él se siente a salvo allí. Ya no piensa en su hermana. No recuerda haber tenido una hermana. Solo siente una profunda necesidad de adherirse a la oscuridad, de quedarse dentro, oculto, un circuito primario que se mantiene encendido en la agónica base de su bulbo raquídeo. Se hunde en el agua cinco veces, tose y se obliga a volver a la superficie, pero cada vez con menos energía y con una sensación menos definida de haber evitado lo que acaba de evitar. La sexta vez, su conciencia está tan mermada que librarse de ella le resulta tan fácil como soltar un libro justo antes de dormir.

Un periodista del *Argus* está apoyado contra una cabina telefónica leyendo las notas que ha garabateado en cuatro páginas de un cuaderno de espiral: «Poco antes de las cinco de la tarde...».

A uno de los hombres atrapados al final del muelle le espanta volar. Lleva una camiseta del Leeds United. La perspectiva de que lo rescate un helicóptero le parece mil veces peor que la de un derrumbamiento bajo sus pies. Sabe que su única opción es saltar desde el muelle. Es un buen nadador, pero hay casi veinte metros hasta el agua. Las dos salidas se suceden alternativamente en su cabeza, cada vez más rápido: volar, saltar, volar, saltar. Siente náuseas. Su mujer ha subido al helicóptero en la segunda tanda y con su ausencia los pensamientos se le precipitan, cada vez más rápido, hasta que percibe que está a punto de perder la cabeza, y esa posibilidad es peor aún que la de saltar o volar. En ese momento, y para su propia sorpresa, se aleja de la gente y sale corriendo hacia la barandilla. La sensación de verse desde fuera es tan intensa que siente el impulso de gritarle a ese idiota que primero se quite los zapatos y los pantalones. No recuerda haber saltado, solo el terrible asombro de volver en sí bajo el agua sin saber dónde se halla ni por qué ha ido a parar allí. Consigue salir a la superficie, se llena los pulmones varias veces y se quita los zapatos, que se había atado con un nudo doble. Ahora puede ver que está en la orilla del mar, flotando a la sombra de un objeto enorme. Se vuelve y observa que el muelle destruido asoma sobre su cabeza. Recuerda lo que ha sucedido, se vuelve de nuevo y nada a toda

velocidad. Después de unos cien metros se detiene, se gira por tercera vez y descubre que desde esa distancia el muelle está perfectamente integrado en el paisaje. Contempla la ciudad, la muchedumbre, los destellos de las luces azules, el Camden, el Royal. No es consciente de que todo el mundo lo ha visto saltar y que ahora es el protagonista de un breve episodio personal dentro del drama general de la tarde. Se siente victorioso, aliviado. Nada sin parar hasta la playa, donde lo reciben con vítores jubilosos, lo envuelven en una manta blanca y lo acompañan hasta una ambulancia. Su mujer pasará tres horas pensando que ha muerto y tardará mucho tiempo en perdonárselo.

Ya no queda nadie al final del muelle.

Muere la última persona en lo más hondo de la maraña de tablones y vigas. Tiene quince años. Es un chico que ayudaba a su padre en el tobogán de la feria recogiendo las alfombrillas y subiendo las escaleras por detrás cuando los niños se asustaban o empezaban a pelearse arriba. Ha permanecido inconsciente desde que cayó.

La lancha salvavidas regresa; la tripulación recupera quince cadáveres del agua.

Una hora y media. Sesenta y cuatro muertos.

Un pastor baptista ofrece el salón parroquial de su iglesia. Policías y bomberos acompañan a los supervivientes carretera arriba hasta Hope Street; cruzan una puerta que hay junto a los Almacenes Marinos Whelan y entran en una sala amplia y acogedora iluminada con fluorescentes y con el suelo de parqué. En la cocinilla repiquetea la tapadera de una tetera eléctrica y dos señoras preparan sándwiches. La gente se deja caer sobre las sillas o el suelo. Ya no se sienten observados. Están con personas que comprenden lo que ha sucedido. Algunos lloran abiertamente, otros tienen la mirada perdida. Hay tres niños solos, dos niños y una niña. A los padres del más pequeño los han llevado en helicóptero a Shoreham. Los otros dos se han quedado huérfanos. La niña ha visto morir a sus padres y es imposible consolarla. El niño ha inventado la historia de que sus padres cayeron al mar y fueron recogidos por un pesquero, un relato tan detallado y espontáneo que la anciana que lo escucha no advierte la mentira hasta que el niño explica que ahora sus padres viven en Francia.

Una mujer policía pasea en silencio por la sala y se acucilla delante de cada grupo para preguntar:

—¿Buscan a algún familiar?

Afuera, la lancha salvavidas regresa por tercera vez cargada de cuerdas y boyas naranjas para mantener alejados a los fisgones y los morbosos.

Tres horas y veinte minutos.

Seis operarios del Ayuntamiento construyen un armazón en torno a la entrada del muelle, grandes marcos de dos por cuatro recubiertos con láminas de madera aglomerada.

En el hospital se han inmovilizado la mayoría de los huesos fracturados y la chica con el fémur roto ha entrado en el quirófano para que se lo reparen con clavos. A una mujer le han sacado del pecho una astilla tan grande como un cuchillo de trinchar.

Cae la noche. El malecón está anormalmente desierto. Ya no hay nada que ver en el muelle. La gente está en otros lugares, comiendo gambas rebozadas y merengues, viendo *Los chicos del tren* en el Coronet... Algunos han cogido el coche y se han ido a algún pueblo cercano para dar un paseo nocturno con un paisaje de fondo que puedan ignorar tranquilamente. En cualquier caso se sigue hablando del tema porque en algún momento de la última semana todo el mundo ha estado en un lugar del que ahora no queda ni rastro. Sienten el feroz escalofrío de la muerte que los ha rozado, una sensación que se diluye enseguida cuando piensan en esa pobre gente. ¿Qué ha sucedido en realidad? ¿Una bomba? ¿Había en el paseo un hombre con un control remoto y un detonador? Igual estuvieron a su lado.

Nueve personas siguen sepultadas bajo los restos del muelle. Las autoridades creen que faltan ocho. La novena es una chica de quince años que se escapó de casa en Stockport seis meses atrás. Sus padres nunca la relacionarán con el suceso que aparece en los periódicos y pasarán el resto de sus vidas esperando el regreso.

Acompañan al niño y la niña huérfanos a casa de una pareja que se ofrece a acogerlos en nombre de los servicios sociales hasta que sus abuelos lleguen al día siguiente. El niño sigue pensando que sus padres viven en Francia.

Se marchan las familias que se han reencontrado. El salón parroquial está casi desierto. Solo quedan quienes esperan que los recojan unos familiares que nunca se presentarán.

Los supervivientes no consiguen dormir bien. Sueñan que el suelo desaparece bajo sus pies y se despiertan. Sueñan que están atrapados entre el



acero y la madera, que sube la marea, y se despiertan.

Las dos de la madrugada. Cielos despejados. La ciudad aparece tan nítida y azul que podrías agacharte y coger con el índice y el pulgar ese yate amarrado. Solo se mueven las olas y un borracho solitario que le grita al mar. Las luces chillonas del malecón están apagadas en señal de duelo, solo se puede ver el brillo amarillento de algunas ventanas dispersas y las luces de neón verdes y rojas con los nombres de los hoteles. Excelsior, Camden, Royal.

Las tres de la madrugada. Marte se distingue perfectamente sobre las colinas y un trémulo gajo de luna se refleja en el mar. Se oye un estrépito sordo cuando la parte del muelle más próxima a la orilla se derrumba parcialmente y se retuerce como un monstruo que cambiara de postura mientras duerme.

Los equipos de la televisión llegan a las cinco de la mañana. Se instalan en el paseo marítimo y frente a la puerta de la comisaría; los periodistas fuman, se cuentan chistes y beben el café con azúcar que llevan en sus termos.

Llega el alba y por un breve instante el muelle destruido parece hermoso, pero el eje de la ciudad ya ha empezado a desplazarse hacia el este, paseo abajo, hacia el delfinario y la piscina de agua salada. Por el muelle se pasa de largo sin mirar.

La gente revela las fotos de las vacaciones. En algunas aparecen las últimas imágenes de familiares que ahora están muertos. Sonríen, se protegen los ojos del sol con la palma de la mano, comen patatas fritas o abrazan a un oso de peluche descomunal. Solo les quedan unos minutos de vida. En una de esas fotos se ve a un joven justo en el instante en que el muelle empieza a desplomarse. Cae con la boca muy abierta, como si estuviera cantando.

Entierran a los muertos y comienzan las disputas legales.

La pintura se desconcha, el metal se oxida. Las gaviotas se reúnen en las rotondas y los miradores. Las bombillas se funden, los colores se desvanecen. Los cormoranes anidan en la madera podrida del entablado. Cuando el viento sopla con fuerza, las góndolas de la noria se balancean y chirrían. El tren fantasma se convierte en una percha donde se cuelgan los murciélagos; la maraña sumergida de tablones y vigas es ahora el hogar de los congrios y los pulpos.

Tres años después, un hombre que pasea a su perro por la playa encontrará una calavera blanqueada por el mar que una tormenta invernal ha llevado hasta la orilla. Se enterrará con todos los honores en un rincón del cementerio de la Iglesia de San Bartolomé bajo una lápida donde figuran las siguientes palabras: «El reino de los cielos es una red que se echa al mar y todo lo pesca».

Diez años después de la catástrofe derriban el muelle en ruinas mediante una serie de explosiones controladas; durante varios meses se recogen los cascotes con una grúa flotante y se trasladan al rompeolas del paseo marítimo de Southampton. No se encuentra ningún otro resto humano.

# LA ISLA

Sueña con los pinos que se ven desde la ventana del palacio. Con el viento de la noche, los árboles se convierten en un oscuro mar que se encrespa y rompe bajo el alféizar contra el muro de piedra. Sueña con el ruido de los árboles que se talan en verano, arriba en la montaña, el grave toc-toc del hacha, el tronco que se quiebra lentamente y el golpe final, esas astillas amarillas, húmedas todavía y llenas de vida, el aroma de la resina fresca en el aire y las columnas de mosquitos que suben y bajan iluminadas al sesgo por el sol.

Sueña con la madera que se elige, se cepilla y se prepara para construir la quilla curvada de un barco que partirá el océano en dos. Sueña con esa misma mañana, de pie en la proa con su futuro esposo. Los remos baten las olas hasta volverlas espuma y el viento sopla contra las gruesas velas. Más allá del horizonte, la ciudad donde se van a casar; a su espalda, el hogar que no volverá a ver jamás.

Sueña con la boda, las llamas temblorosas en los candelabros del gran salón. Llamas que se multiplican reflejadas en un centenar de copas doradas, platos pintados repletos de carne asada y garbanzos, membrillo, azafrán y dulces de miel.

Sueña con la cámara nupcial, una nívea manta de algodón egipcio en la cama. Sobre las almohadas cuelga un tapiz, una obra tan perfecta que parece una escena vista por la ventana. Una mujer llora en una playa y a lo lejos, sobre un mar picado y reluciente, una nave solitaria navega decidida hacia los confines del mundo.

Se acerca un poco para apreciar mejor la cara de la mujer y entonces descubre algo que la deja atónita. Se está mirando a sí misma.

Despierta y tiene la sensación de que se está ahogando e intenta salir a la superficie, se agita y respira con dificultad. La luz le daña los ojos, tiene la garganta seca y todo está envuelto en una bruma provocada por el alcohol, por alguna droga o por la fiebre.

Se vuelve y descubre que la cama está vacía. Lo más probable es que él se haya levantado para ultimar los preparativos del viaje que van a emprender hoy mismo. Se levanta con dificultad y advierte que solo se oye el graznido de las gaviotas y el zumbido de las cuerdas que sujetan la tienda. Llega hasta la puerta dando tumbos, desata las cuatro correas que cierran la puerta de lona y, cuando sale, ve que el campamento está vacío: cinco cuadrados de hierba aplastada, amarillenta, espinas de pescado, una sandalia desparejada, el círculo quemado de la hoguera prendida anoche y a lo lejos, en el mar picado y reluciente, una nave solitaria.

Quiere gritar, pero algo le oprime el pecho y le impide llenar los pulmones de aire. Su mente se rebela y deforma la realidad en busca de una explicación coherente. Él va a regresar. La tripulación se ha amotinado y lo ha secuestrado. O lo ha abandonado en algún lugar cercano, lo ha atado, lo ha apaleado, lo ha matado. Entonces baja la mirada y encuentra junto a sus pies una jarra de agua y una rebanada de pan. Sobre la rebanada está el anillo que ella le entregó como muestra de su amor eterno. La ha abandonado.

El cielo empieza a girar y vomita en la tierra húmeda. Todo se vuelve oscuro.

Cuando el tiempo vuelve a ponerse en marcha se da cuenta de que está bajando hacia la playa, resbalando por el pedregal con las manos y las rodillas ensangrentadas. De pronto tropieza, cae por una pendiente y rueda sobre los guijarros hasta llegar al mar. Grita al viento y el eco de sus aullidos rebota en las rocas que rodean la cala. Su corazón se revuelve como un pájaro atrapado en una red.

El barco es cada vez más pequeño. Se ha transformado en la mujer del tapiz.

El único hombre al que ha amado en toda su vida se ha deshecho de ella como si fuera un lastre. Necesita un relato donde ella no sea una idiota y él un animal, pero cuando piensa en él es como si un puñal se le clavara en la herida que le ha dejado el amor. Le gustaría arrojar un montón de platos contra las paredes de una habitación. Le gustaría llorar hasta que apareciera

alguien para consolarla. Le gustaría que otro hombre lo encontrara y le retorciese el pescuezo o lo convenciera de que se ha equivocado y lo trajera de vuelta.

Se vuelve para averiguar dónde se halla, en aquel lugar dejado de la mano de Dios, helechos y clavelinas, hierbajos azotados por el viento, bloques de basalto herrumbrosos cubiertos de líquenes. En una poza está tirada la cabeza sanguinolenta de un cachorro de foca. Los hombres se la cortaron anoche y la lanzaron por el barranco antes de cocinar el resto del cuerpo. Los ojos ciegos del animal se han vuelto blancos.

Se acuclilla sobre las piedras duras y húmedas y se envuelve en sus propios brazos. Salvo la tripulación del barco que se aleja, nadie sabe que está allí y a nadie le importa lo más mínimo. No sabe cómo se llama esa isla. Solo sabe que es el sitio donde va a morir. Ha desaparecido del mapa del corazón y su brújula gira sin parar.

Pasan los minutos. El agua golpea los guijarros y burbujea sobre ellos. El viento canta y el frío empieza a morder. Se alza y sube la larga cuesta que conduce hasta la cama que nunca volverá a compartir.

Es una princesa. Tiene veinte años y nunca ha estado sola, nunca ha cocinado, nunca ha fregado el suelo. Se baña en agua limpia y caliente todas las mañanas. Dos veces al día le dejan sobre la cama ropas recién lavadas. Se da cuenta de que algo muy duro la aguarda. No conoce el significado de ese adjetivo.

Entra en la tienda, ve la marca del cuerpo de él en las sábanas y tiene que apartar la mirada. Se come el pan y se bebe el agua; después se tiende y espera, como si una muerte sencilla fuese el último capricho que le pudiera traer un sirviente anónimo.

No puede creer que alguien sea capaz de soportar tanto dolor. Piensa en los pastores despiertos sobre la nieve azulada, con las pieles apretadas contra los hombros, en guardia, al acecho de los lobos con una honda como única arma. Piensa en los soldados que vuelven de la guerra todos los veranos con piernas o brazos amputados, con esos muñones que recuerdan la cera derretida. Piensa en las mujeres que dan a luz en establos de piedra con goteras y el suelo embarrado. Piensa en lo que se debe tener para llevar ese tipo de vida y comprende que la riqueza la ha privado de una capacidad que

ahora necesita.

La luz agoniza y la oscuridad se hace cada vez más densa hasta adquirir un color que ella nunca ha visto. Empiezan a llegar las pardelas, doscientas mil aves que regresan después de pasar todo el día en el mar esquivando la amenaza de los gaviones. La tienda queda envuelta en un huracán de graznidos, esa algarabía que confunde a los marineros bisoños: piensan que han naufragado junto a la boca del infierno. No se atreve a salir por miedo a lo que pueda encontrar. Se tapa los oídos y se acurruca en el centro de la única alfombra que hay en la tienda; teme que las garras y los dientes hagan trizas la fina lona y la despedacen como a un cervatillo. El temor no cesa y es aún peor cuando por fin reina el silencio porque la han despojado de todo aquello que la protegía frente a un mundo hostil donde cada acción tiene su consecuencia. No puede culpar a nadie. Este es su castigo. Su propio hermano murió a manos del hombre al que amaba y ella lo ayudó. Ahora ha llegado su turno. Cuando recojan sus huesos desnudos se habrá restablecido el equilibrio.

Debería haber hecho caso a sus doncellas y limitarse a pasear por los jardines del palacio, pero había paseado miles de veces por los jardines del palacio. Conocía hasta el más mínimo detalle de cada fuente esculpida, cada arbusto de lavanda con su enjambre de abejas, cada emparrado umbrío. Quería conocer el bullicio de los muelles, las cestas rebosantes de calamares y caballas, los cacharros amontonados y las cuerdas enrolladas, los gritos de los marinos y el choque de los cascos calafateados; esa fantasía infantil de subir por la rampa de un barco, hacerse a la mar y deslizarse por las manos ahuecadas del rompeolas hasta sumergirse en la blanca luz de un mundo alejado de su familia.

Todos los años, al final del verano, llegaba un tributo de guerra que Atenas pagaba para mantener la paz, una ceremonia más en el calendario como el Salto del Toro o el Festival de las Amapolas. Doce jóvenes, chicos y chicas, eran conducidos desde el barco hasta las caballerizas, en la huerta, donde cada sembrado se araba junto al del año anterior. Después los sacaban, los colocaban en fila y los degollaban; allí quedaban sus cuerpos apilados.

Eran reses humanas y lo sabían y andaban arrastrando los pies con la cabeza gacha, ya medio muertos. No pensaba en ellos mucho más de lo que pensaba en los enemigos que su padre y sus primos mataban en el campo de batalla.

Pero sus ojos se cruzaron por un segundo con los de un hombre que caminaba con la cabeza erguida y advirtió entonces que había muchos mundos más allá de este y que el suyo era en realidad insignificante.

Esa misma noche se despertó varias veces pensando que aquel hombre estaba de pie en su habitación o acostado junto a ella. Al principio sintió miedo; después, decepción. Estaba viva de una manera que nunca antes había experimentado. Las baldosas inertes en el suelo, las chicharras, la moneda horadada de la luna, su propia piel... nunca hasta entonces había visto esas cosas con claridad.

Poco después del amanecer cruzó a hurtadillas el cuarto de las doncellas y rodeó la huerta hasta llegar a las caballerizas. Dijo a los guardias que quería hablar con los prisioneros; a ellos no se les ocurrió una respuesta adecuada para esa petición tan inesperada. Los vestigios de la noche se habían refugiado en aquellas espaciosas dependencias de piedra, pues las rendijas de las ventanas no tenían ni un palmo de ancho. El suelo era de arena y los oía respirar. Sintió el interés que despertaba su presencia, cuerpos calientes que, nerviosos, cambiaban de postura entre tinieblas. No tenía demasiado mérito envalentonarse ante un desafío tan irrisorio, pero el coraje era algo que nunca antes había necesitado y dominar el miedo le resultaba emocionante.

La cara del hombre asomó tras los barrotes del ventanuco.

—Has venido.

Ella llevaba toda su vida esperando ese momento sin saberlo. Pensaba que las aventuras estaban reservadas para los hombres. Ahora comenzaba la suya.

—Soy el hijo del rey —dijo—. Con el tiempo lo sucederé. Si nos salvas serás mi reina.

Ella le dio su anillo y él le explicó lo que debía hacer. Deslizó una mano entre los barrotes, dejó que él la agarrara por las muñecas y empezó a gritar pidiendo auxilio. Cuando el primer guardia corrió a liberarla, el príncipe lo atrapó, le tapó boca con una mano y le apretó el cuello con la otra. Apoyó un pie en los barrotes y tiró de él como si fuera una cuerda. El hombre pataleó frenéticamente durante mucho tiempo, pero al final dejó de resistir y cayó al

suelo. Ella le quitó las llaves del cinto y abrió la puerta. Era la primera vez que veía cómo mataban a un hombre. No parecía muy distinto de los juegos que jugaban sus primos de niños.

Él tomó la espada del muerto y se enfrentó al segundo guardia. Le hundió la hoja en el vientre y lo levantó para poder clavársela hasta el fondo, después lo dejó caer. Pisó con la bota el pecho de aquel hombre y sacó la espada con un borboteo de sangre. Sus compañeros ya salían en tropel de los establos; improvisaban armas con los bastones, bieldos o barras que allí encontraban.

Él les pidió que la llevaran al puerto y la protegieran. Ella pensó que iba a matar a sus padres. Él le acarició la mejilla y le dijo que no les iba a pasar nada malo.

Eligió a dos hombres para que lo acompañaran y corrió hacia el palacio.

La gente decía que su madre había sido violada por un toro y luego había parido a un monstruo huraño que vivía encadenado sobre un lecho de paja y estiércol en el centro de un laberinto construido junto al palacio. Todos los veranos le ofrecían en sacrificio la carne fresca de los jóvenes atenienses. «Dejad que la gente se invente las historias que quiera —decía su padre—. Es lo único que tienen, y el miedo es un sentimiento menos peligroso que la compasión.»

La historia tenía algo de cierto porque su hermano parecía un monstruo con aquella cabeza hinchada y sus arrebatos de ira. A veces agredía a los hombres que todas las semanas bajaban hasta el sótano para lavarlo con baldes de agua, cambiarle la paja sucia y llenarle el comedero con los mismos alimentos que les daban a los cerdos: sobras, huesos grasientos, vino avinagrado...

Creían que era mudo. Como nunca le hacían preguntas, él no hablaba. Pero ella sabía la verdad. Bajaba al sótano casi todos los días, se sentaba a su lado a la luz de la única vela que iluminaba la estancia y le tomaba la mano. Él apoyaba la cabeza en su regazo y le contaba las trastadas que le hacían los hombres para divertirse. Ella le llevaba pan y fruta que escondía debajo de la falda y, mientras su hermano comía, le hablaba del mundo exterior, del océano, que era como el agua del balde, pero más profunda y extensa de lo que él podía imaginar; de los barcos, que eran como casas flotantes; de la música, una serie de sonidos compuesta para hacer felices a las personas; de



los pinos que había al otro lado de su ventana y de los leñadores en verano.

Él lloraba a veces, pero nunca pedía ayuda. Cuando su hermano era más joven y ella más ingenua, le propuso que intentara escaparse, pero él no la entendía porque nunca había visto nada más allá de aquellas paredes húmedas y pensaba que las historias de océanos, barcos y música no eran más que juegos inventados para hacerle más soportable la oscuridad. Tenía razón, por supuesto. Él no podía vivir en el mundo exterior. Él sol lo habría cegado. La gente se habría burlado de él y lo habría apedreado.

Su madre, su padre y sus primos habían conseguido desterrarlo de sus pensamientos, pero ella no podía. Su presencia la acosaba a todas horas como el rumor de un trueno lejano. Los dos se sentían mejor cuando ella notaba el peso de aquella cabeza deformada en su regazo y le acariciaba los cabellos tiñosos.

Cuando llegaron al puerto descubrieron que los atenienses se habían apoderado de media docena de barriles de brea y los habían lanzado a la cubierta de las demás naves después de prenderles fuego con unas piedras de sílex y unos trapos. Los marineros de guardia que intentaban apagar el fuego de sus buques no tenían tiempo para atender otros asuntos.

Estaba muerta de miedo. Ahora comprendía lo que significaban las aventuras y por qué los hombres impedían que las mujeres participasen en ellas. Se había equivocado. Ahora lo entendía. Un solo instante de debilidad había provocado ese horror de la misma forma que una única chispa de aquellas piedras golpeadas había dado lugar al incendio que la rodeaba. Metal contra metal, tablones partidos, el aire estaba tan cargado de humo que le resultaba difícil respirar.

Entonces lo vio llegar por el fondo del muelle con sus dos compañeros; cargaba con un saco y lo perseguían los soldados del palacio. Era una mano tendida que podía sacarla del hoyo donde había caído, bastaba con que él consiguiera llegar al barco para que ella estuviera segura y feliz. El barco zarpaba y los tres hombres salvaron de un salto la creciente distancia que lo separaba del puerto. Un soldado saltó tras ellos: recibió un tajo en la cara y cayó al agua salpicando con su sangre al hombre que lo había matado. Otro saltó también: se quedó colgado de la borda antes de que le rompieran los dedos a taconazos y fuera a reunirse en el mar con su compañero. Se habían

alejado tanto que solo podían oír unos gritos de furia que enseguida se perdieron en el crepitar de los fuegos.

Él se volvió hacia ella, la rodeó con sus brazos y la apretó con fuerza contra su pecho. Ella ya no oía ni veía las llamas, solo notaba el calor de aquel cuerpo y aspiraba el intenso olor acre de su sudor. Bajó la mirada y, sobre la cubierta, vio en el saco entreabierto la cabeza de su hermano.

La despiertan el frío cortante y el ruido de las doscientas mil aves que echan a volar. Despertarse y aferrarse a algo sólido es un bálsamo después del pánico turbio y recurrente de sus sueños. Camina hasta la entrada y ve las criaturas que la aterraron la noche anterior saliendo de sus madrigueras y remontando el vuelo como cenizas sobre una hoguera; las espaldas oscuras se convierten en vientres blancos y la bandada se transforma en una nube de copos grises que se aglomeran sobre el océano.

El aire queda limpio y blanco cuando desaparecen. Durante unos minutos se siente capaz de juzgar con perspectiva los sucesos del día anterior, como si le hubieran sucedido a otra persona o a ella misma muchos años antes. Pero la realidad se impone de nuevo, con toda su crudeza, y siente un retortijón en las tripas. Se agacha detrás de una roca y hace sus necesidades; la visión de sus propios excrementos le da náuseas, sobre todo cuando advierte que la tierra que hay alrededor es demasiado escasa para enterrarlos y las hierbas que arranca vuelan con el viento. Se ve obligada a ocultarlos con un palo bajo una piedra: allí escondidos no tendrá que volver a verlos.

Bebe en un cenagoso charco de lluvia, siente arcadas y se obliga a beber de nuevo. Se envuelve en la alfombra de la tienda y recorre el perímetro de la isla, un octógono con una playa de guijarros en cada costado de su estrecha cintura. Tarda dos horas. No hay árboles, solo cúmulos de arbustos espinosos que apenas pueden crecer por culpa del viento, cojines de musgo, helechos, collejas, alcas y mariposas. La mayor parte del litoral está formada por abruptos acantilados; en varios sitios la hierba se desvanece y quedan a la vista grandes bloques de piedra resquebrajada cubiertos en algunas zonas por una corteza anaranjada sobre la cota del agua y por algas greñudas debajo de ella. Intuye que algo se mueve fuera de su campo de visión y por un momento piensa que no está sola, pero es solo un grupo de focas recostadas sobre un estrecho promontorio, mitad peces, mitad perros, con aquellas pieles

húmedas que parecen gemas moteadas. Las únicas huellas de presencia humana son los restos de un círculo de piedras prehistórico ceñido por una atmósfera que la asusta.

Regresa a la tienda, protegida del viento en el collado que divide la isla en dos partes. Está hambrienta, pero no sabe qué puede comer. Se pregunta cuánto tarda una persona en morir de hambre. Desconoce esas cosas.

Él la abrazó hasta que sus sollozos empezaron a apagarse; después le limpió la mejilla y la miró a los ojos.

—He de gobernar a estos hombres. Cuando me miran, deben ver en mí poderes que ellos no poseen. Necesitan creer que soy capaz de aniquilar monstruos —no estaba furioso, no había razón para estarlo—. Tu padre mató a doce de los nuestros todos los veranos durante diez años. Esas personas también tenían hermanas y madres. Tu padre nos iba a enterrar en una zanja. He matado a tu hermano, pero podría haber sido mucho peor.

No había alternativa. Debía abrazar a ese hombre y dejar de pensar en su hermano. Debía desprenderse de su vida anterior y convertirse en una persona nueva. Se preguntaba si eso era amar a alguien incondicionalmente.

El hambre la despierta antes del segundo amanecer. Le duele como si se hubiera roto un hueso. Su cuerpo no va a permitir que muera de hambre.

Cae una fría llovizna. Quiere quedarse en la tienda, pero el dolor de estómago es peor que la perspectiva de mojarse, así que baja de nuevo por el pedregal hasta llegar a la orilla. Mira a su alrededor desde la parte más alta de la playa. No sabe si habrá algo comestible allí. Siempre le han preparado y servido la comida. No tiene una idea clara de lo que debe hacer. Está acostumbrada a comer uvas, peras y membrillos, pero no ha visto ninguna fruta en la isla. A su izquierda está la cabeza de foca, pero tendría que cocinarla, no tiene fuego y es incapaz de mirarla sin recordar a su hermano.

Intenta masticar unas algas, pero son correosas y están cubiertas por una capa de cieno. Encuentra algunas conchas pegadas en los bordes de una charca formada en la roca, pero es imposible arrancarlas. Se adentra en el bajío. El agua está tan fría que siente como si unos grilletes de hielo le aprisionaran los tobillos. Se agacha, levanta las piedras, nerviosa porque no sabe lo que puede hallar debajo, y retira las algas enmarañadas. Avanza un

poco más. La sensación de peligro está anulada por una necesidad animal que eclipsa cualquier otro pensamiento.

Las aguas gélidas le llegan hasta los muslos y le resulta más difícil distinguir las piedras sobre las que camina. Para levantarlas tiene que meter la cara en el agua. Palpa un cúmulo de algo más afilado y geométrico que las piedras que lo rodean. Consigue arrancarlo: es un manojito de conchas salpicadas por una especie de cemento. Sale del mar y percibe que la temperatura del agua hace que el aire parezca caliente. Intenta abrir las conchas, pero se rompe una uña. Camina por la playa en busca de una superficie plana. Las golpea con una piedra hasta romperlas. Hay una almeja en su interior. Quita los fragmentos de concha y rescata las almejas. Se lleva la primera a la boca. Es como una flema salada. Traga. Por lo menos no hay que masticar. Se come la segunda, luego la tercera.

El aire ya no es tan cálido y empieza a tiritar sin poder controlarse. Aún le quedan cinco almejas. Sube de nuevo por el pedregal para regresar al collado cubierto de hierba y comérselas allí. Se mete en la tienda pensando que necesita entrar en calor y secarse, pero en el techo hay una gotera que está mojando la cama y apenas le quedan fuerzas. Se quita la ropa, se envuelve en la manta de piel de ciervo y se acuesta en la parte seca de la tienda.

Solloza meciéndose hacia delante y hacia atrás; consigue caer en un duermevela que la tranquiliza un poco. Entonces vuelven los retortijones. Sin previo aviso vomita en el suelo. Se vuelve para no ver su propio vómito. Los calambres remiten un poco.

Él ordenó a una de las mujeres que subiera un manto de las bodegas, la dejó sobre un banco en un costado del barco y volvió con la tripulación para mandar que izaran las velas, vigilaran las rocas y recogieran las sogas. Cumplidas esas tareas debían ponerse a remar para mantener la mayor velocidad posible. Cuando perdieron de vista la costa cambiaron de rumbo para zafarse de cualquier nave que saliera en su persecución.

Ella no había estado nunca en un barco. La sorprendió la pureza y el frío del aire, la espuma que se colaba por la proa. Pese a la calma de la tripulación, al principio le daba mucho miedo que la cubierta diera bandazos o cabeceara. Intentó aparentar que todo aquello era un juego de niños, como columpiarse o elevarse en el aire lanzada por su padre.

Lo que más la inquietaba era la inmensidad del océano. Se preguntaba cuán profundas serían las aguas bajo el casco; sentía náuseas y un hormigueo en las pantorrillas, como si estuviera en una torre muy alta asomada al vacío. Pensó que, a fin de cuentas, viajaban sobre una plataforma de madera poco más grande que un patio flotando a través de aquel cielo líquido, que ninguno de ellos sabía nadar y que solo diez pasos los separaban de la muerte. Entonces entendió que los marineros eran muy valerosos o muy estúpidos.

El recuerdo de su hermano era un dolor que le martilleaba la cabeza. Se movía lo menos posible, observaba y escuchaba atentamente lo que sucedía a su alrededor e intentaba distraerse para olvidar la angustia.

Los remeros pararon por fin y subieron de la bodega una cesta con provisiones: aceitunas, pescado en salmuera, agua fresca y unas galletas secas que ella no había visto antes. Él se sentó a su lado, pero solo le habló en un par de ocasiones. Le gustaba que la hubiera aceptado en un círculo mágico del que los demás estaban excluidos. Él tenía que mantener una imagen exterior, ella lo entendía. La halagaba que aquella intimidad le perteneciera solo a ella.

Anclaron en la ensenada de la isla poco antes de que anocheciera. Bajaron un pequeño bote con ayuda de unos cabos y tres hombres remaron hasta la orilla para reconocer el terreno. Volvieron diciendo que la isla estaba desierta y empezaron a llevar cajas, paquetes y fardos hasta la playa. No empezaron a transportar pasajeros hasta que terminaron de montar unas cuantas tiendas en la cresta cubierta de hierba.

La noche la asustaba. En casa, la luz del fuego siempre se reflejaba en el muro de piedra, en el yeso, en algún tapiz. Nunca había visto el mundo devorado por la oscuridad de esa manera. Se sentía un poco desorientada; las horas y los lugares empezaban a confundirse. Recordó los cuentos que le habían contado de niña: Caos engendró el amor y el infierno, Cronos castró a su padre con una hoz... Esos relatos le parecían ahora tan reales como lo que le sucedió a su primo Glauco, que había estado a punto de ahogarse en un barril de miel, o a su primo Catreo, que se había roto un brazo intentando cabalgar sobre una cabra.

Comieron pescado en salmuera e higos secos aplastados que parecían minúsculas ruedas de molino. Algunos hombres encontraron un cachorro de foca en la playa y ahuyentaron a la madre para cazarlo. Asaron la carne

troceada en el fuego, pero varias mujeres dijeron que era incomible, así que ella no la probó; decidió que podía esperar uno o dos días para comer carne decente. El vino dulce, en cualquier caso, le había quitado el apetito.

Todos estos sucesos eran tan novedosos y apasionantes que había olvidado el acontecimiento final que la noche le tenía reservado, y no lo recordó hasta que él vació el último vaso, la tomó de la mano y la condujo a la tienda. Ignoraba casi por completo lo que iba a hacerle aquel hombre. Su madre le había explicado muy poco, y sus primas menos aún. Sabía más por los cotilleos de las criadas que había escuchado a hurtadillas: ellas lo encontraban muy divertido, aunque las cosas que describían eran tan repulsivas como desconcertantes. Se consolaba pensando que hablaban de unos hombres muy distintos del príncipe con el que ella se casaría.

Él cerró la puerta de la tienda y la besó, un beso más largo esta vez. Pensaba que le iba a hacer daño, pero se limitó a deslizar una mano dentro de su vestido y a acariciarle un pecho. Era una situación extraña, incómoda, inoportuna. No sabía qué debía hacer ella, si es que debía hacer algo. Hasta entonces confiaba en que él la cuidaría. Ahora afrontaba una situación comprometida y no sabía muy bien cuáles eran las reglas. Para sobrevivir tenía que mantenerse dentro del círculo mágico y para ello tenía que complacerlo. Esa mañana ya se había convertido en una persona diferente. Tendría que hacerlo de nuevo. Apartó la boca bruscamente mientras él la besaba y le dijo:

—¿Qué te gustaría que hiciera?

Él rio y le levantó el vestido, la volteó y la tumbó sobre la cama. Las criadas tenían razón. Lo que le hizo a continuación era verdaderamente repulsivo y desconcertante, pero también extraño y gracioso. Debería haberse sentido adulta y sofisticada, pero le pareció que volvía a la infancia, a los forcejeos, los revolcones y las volteretas. Al principio le resultó humillante, y sucio, después le gustó volver a ser una niña, la sensación de no tener responsabilidades; olvidar todo lo que había sucedido a lo largo del día y concentrarse solo en aquel instante.

Cuando terminó el juego, él se dio la vuelta en la cama y estiró la manta de piel de ciervo sobre sus cuerpos. Pocos minutos después estaba dormido. Ella no se podía mover sin apartarle los brazos y no quería despertarlo, así que se quedó tendida escuchando las voces que llegaban de fuera, cada vez

más escasas y tenues. Todo el mundo se había acostado. La luz temblorosa y anaranjada del fuego se desvaneció. Cada cierto tiempo, el viento apartaba con una ráfaga una lengua de lona en la parte superior de la entrada y podía ver un diminuto triángulo de cielo que encerraba tres estrellas tachonadas en la oscuridad infinita.

Después del mediodía deja de llover, el dolor de estómago desaparece y puede volver a pensar. Tiende las prendas empapadas en las cuerdas de la tienda para que se sequen al sol. Hace lo mismo con la ropa de cama y deja abierta la puerta con la esperanza de que la brisa ayude a evaporar el agua del suelo embarrado. Está desnuda. Limpia el vómito, lo recoge con las manos y lo saca de la tienda. Luego restriega los dedos contra la hierba para limpiárselos. Lo hace sin pensar y, en plena tarea, se ve a sí misma desde fuera y se da cuenta de lo lejos que ha viajado en tan poco tiempo.

Encuentra un charco de agua salobre que se ha acumulado en una roca recubierta de musgo. Bebe; la frialdad del agua mitiga su sabor terroso, vegetal.

Piensa por primera vez que es posible sobrevivir en esa isla, pero para hacerlo debe ser como un zorro, cazar constantemente y no pensar jamás en el mañana.

Con la manta y las sandalias por toda vestimenta regresa a la zona de la isla donde los arbustos espinosos son más espesos; allí confirma lo que recordaba: algunas de las plantas están cubiertas de pequeñas bayas rojas. No quiere repetir el error de esa mañana, así que toma solo una, se la lleva a la boca y la muerde, pero el sabor es terriblemente amargo y tiene que escupirla.

Una vez más baja por el pedregal hasta la playa decidida a dominar su aversión para examinar la cabeza de foca, pero ha empezado a pudrirse y exhala un olor penetrante. Cuando se acerca puede ver que algo se mueve en su interior.

Tiene que prender fuego. Si lo logra cocinará las almejas y podrá comérsela. Muchos años antes, cuando era pequeña, veía cómo lo hacían sus primos con los yesqueros que robaban en la cocina antes de que los descubrieran y los castigaran. En aquellas cajitas había dos piedras y un montón de pelusa. No tiene pelusa, pero hay infinitas piedras a su alrededor. Busca en la parte más seca y elevada de la playa, elige un par de piedras, se

coloca de espaldas al viento, golpea una contra la otra y espera a que salte esa diminuta chispa. Repite la operación durante mucho tiempo sin éxito.

Regresa a la zona de hierba. Está exhausta. Las prendas se han secado, pero no tiene la energía necesaria para ponérselas. En lugar de eso, se echa junto a la entrada de la tienda y contempla las sombras de las nubes que se deslizan sobre la superficie del mar. Se deja llevar por el consuelo que esto le proporciona sabiendo que cuanto más tiempo pase sin comer más difícil le resultará conseguir alimentos, pero no es capaz ni de levantarse ni de pensar en lo que podría lograr si lo hiciera.

Él tenía razón. Lo que había hecho su padre era peor. Piensa en los cadáveres tirados en la zanja. Se pregunta si algunos estarían vivos aún cuando empezaban a cubrirlos con las primeras paladas de tierra y se imagina el barro en la boca, un peso tan difícil de atenuar como el que ahora la oprime a ella.

Está claro que su padre conocía cosas que ella ignoraba por completo. Quizá, desde su punto de vista, esas crueldades eran solo el tributo que debían pagar para garantizar la seguridad de su pueblo. Nunca lo sabrá.

Lleva tres días sin hablar, sin oír otra voz humana. Ahora lo ve todo más claro y, al mismo tiempo, más oscuro. Los anillos concéntricos de las dependencias reales, los salones públicos, los jardines, la ciudad más allá de los muros del palacio, le parecen ahora una colmena o un hormiguero, una hermosa estructura cuyo funcionamiento permanecerá para siempre envuelto en el misterio. Hay una imagen de su padre que le vuelve a la mente una y otra vez a lo largo del día. Está de pie frente a uno de los enormes ventanales que dan al puerto. Ella está sentada a sus pies jugando con unas canicas de marfil. La luz del sol que llega desde el mar ilumina la cara de su padre. No la mira, pero sabe que está allí. Debe de tener tres, cuatro o cinco años. Ella se siente completamente a salvo.

Años después vio cómo pegaba a su madre. Vio cómo rompía de un puñetazo un plato de loza: estaba tan enfadado que ni siquiera se dio cuenta de que le sangraba la mano. Vio cómo condenaba a la horca a unos hombres que abandonaban llorando el salón escoltados por los guardias.

Ahora comprende que su padre también tenía un círculo mágico a su alrededor y que ella no lo quería tanto por ser quien era, sino porque le



permitía entrar en ese círculo del que muchas otras personas estaban excluidas.

A la mañana siguiente vuelve a peinar la playa en busca de piedras para hacer fuego. Esta vez elige dos de cada tipo y se las lleva hasta la tienda, donde el aire es más seco y no llega la humedad del mar. Las frota con ahínco y se emociona cuando por fin aparece una estrella minúscula acompañada por un fuerte chasquido. Se arranca un jirón del vestido y lo deshilacha con las uñas mugrientas hasta que lo convierte en un nidito de fibras color crema.

Entonces recuerda que no tiene leña. Se siente estúpida y se asusta al advertir que está perdiendo la capacidad de planear las cosas con antelación. Piensa en el esfuerzo necesario para encontrar la leña que hace falta y rompe a llorar. Pero llorar no tiene ningún sentido y para al cabo de unos minutos. Se envuelve una vez más en la piel de ciervo y explora el contorno de la isla.

No hay leña porque no hay árboles, pero consigue reunir una brazada de ramas secas. Camina junto al borde de los acantilados de regreso a la tienda cuando ve que algo se mueve entre las olas. Se vuelve y ve dos delfines que salen a la superficie, dibujan una curva en el aire y se sumergen de nuevo. Asoman por segunda vez como si estuvieran agarrados a una enorme rueda hundida en el mar. Son tan hermosos que se le encoge el corazón. Dos botellas plateadas, dos pájaros grises sin alas.

Pero se están burlando de ella porque no sabe nadar. Morirá allí, mientras que ellos pueden recorrer diez reinos y volver. Por un momento sueña que posee esa misma libertad, pero se da cuenta de que tampoco le valdría de nada. No la querrían en Atenas. Tampoco en su patria. Ese lugar es tan bueno como cualquier otro.

Los delfines desaparecen. Regresa a la tienda, amontona las ramitas sobre las cenizas del último fuego y reconstruye el pequeño círculo de piedras que los hombres colocaron alrededor. Alcanza las dos piedras y el pequeño ovillo de algodón.

Es inútil. Las piedras sueltan chispas una vez de cada veinte intentos y, cuando lo hacen, no sabe cómo dirigir la centella hacia la pelusa. Prueba cien, doscientas veces. Tiene las manos ensangrentadas y magulladas, los brazos agotados. La pelusa se niega a arder.

Está demasiado cansada para seguir despierta, pero se siente tan inquieta que no puede dormir. Se deja llevar y cae en un estado de duermevela, se asoma al abismo de las pesadillas y consigue escapar de allí siguiendo el rastro de unos miedos indescriptibles que la devuelven a la vigilia por un breve instante. Cree que se ha caído por la borda o que corre por una infinita playa de guijarros perseguida por una criatura indescriptible con cara de foca que es su hermano y al mismo tiempo no lo es.

Cuando amanece se queda echada escuchando cómo echan a volar las pardelas. Cuando ya solo se oye el sonido amortiguado de las olas se levanta y camina hasta la playa. Una vez allí trepa por las rocas que rodean la ensenada hasta que llega a una zona donde el agua es más profunda. Se sienta en una roca con las piernas colgando. Una medusa nada bajo sus pies, una bola de luz en una bolsa blanca con los bordes chamuscados que arrastra unos tentáculos desiguales. Palpita en el lento flujo de la corriente. La mira fascinada. Ya no es capaz de medir el tiempo.

La medusa se ha ido. Las verdes aguas traslúcidas oscilan como las llamas que bailan en una chimenea.

Le ha salido un sarpullido en la mano izquierda, la piel se le ha enrojecido y se le está empezando a pelar. Se toca y le duele, pero es un dolor que no le pertenece.

Cuando vuelve a subir por la pendiente del pedregal oye voces de mujer y un sonido claro y metálico, como el de unas campanillas. Acelera el paso, pero cuando llega al collado todo está en silencio y no hay nadie.

Vuelve a sentir un pinchazo en las tripas. Ni siquiera se molesta en buscar un sitio apartado. Se agacha y relaja los intestinos: lo que expulsa es un líquido fétido, rojizo, y tiene que limpiarse varias veces con matas de hierba.

Camina sin rumbo fijo hasta el punto más alto de la isla solo para no volver a la tienda inmediatamente. No quiere contemplar la inmensidad del mar, así que fija la mirada en el suelo. Está acribillado por las madrigueras de las pardelas. Se detiene a golpear la tierra con los pies y advierte por primera vez que suena a hueco, que el terreno debe de estar horadado por pequeños túneles. Se pone a cuatro patas y empieza a escarbar en la boca del agujero más cercano. La tierra está mezclada con raíces blancas y tiene que buscar una piedra afilada para cortar las más duras. Escarba más hasta dejar un buen surco. Con la punta de los dedos nota que al fondo hay algo que se mueve,

araña y aletea; saca dos puñados más de tierra y encuentra dos pollos grises y regordetes acurrucados en su cámara subterránea. Tenía la esperanza de encontrar algún huevo, pero es demasiado tarde. Agarra uno de los pájaros, una bola de plumas de color gris. Le picotea la mano con el pico negro y curvo. Se pone en pie y aplasta la cabeza del polluelo con el talón de la sandalia. Le desgarró el pecho con el filo de la piedra hasta que se abre. Tiene las manos llenas de sangre y plumón. Mordisquea las entrañas aún calientes, mastica los cartílagos y engulle todo lo que es capaz de arrancar. Se traga alguna pluma además de la carne. Siente náuseas, pero sigue comiendo. Acaba en tres bocados. Baja la vista y ve el segundo polluelo. Le devuelve la mirada con la boca abierta esperando que le den de comer, las perlas negras de sus ojos brillan a la luz del sol.

Se va de allí limpiándose la boca con la piel de ciervo.

Es incapaz de recordar la cara de su madre. Recuerda la de su hermano, las de sus primos, la de su padre. Recuerda las caras de los hombres que se sentaban en torno a la mesa del consejo. Recuerda las caras de los cuatro criados, tan leales que se les permitía servir en las dependencias reales. Pero es incapaz de evocar la cara de su madre.

Es la mujer que la trajo al mundo, la mujer a quien su padre amó. Sin embargo, cuando busca con la imaginación a su madre solo encuentra a los hombres con los que ella hablaba, los niños con los que jugaba, las criadas a las que daba órdenes. Ahora empieza a advertir que su madre prácticamente no hacía nada, rara vez opinaba. La familia giraba a su alrededor sin tocarla, su influencia sobre el mundo era insignificante.

Se parece mucho a su madre; son dos páginas en blanco donde los hombres escriben sus historias, el papel que hay bajo las palabras. Sin ellas no habrían podido conseguir nada, pero ellas no aportan nada al texto.

Advierte que ya no recuerda cómo es su propia cara, así que sale de la tienda y va al charco de la roca. Se coloca de espaldas al sol y forma un dosel con el manto de piel de ciervo para que la luz no se refleje en la superficie. Mira fijamente al agua y la persona que le devuelve la mirada es la digna hermana de su hermano, el pelo apelmazado, la piel sucia, los pómulos hundidos, los ojos oscuros, la calavera que empieza a insinuarse.

De noche hay tormenta. Los truenos son como edificios que se derrumban y los relámpagos inundan la tienda con una luz fulgurante que la deslumbra durante unos minutos. Le gustaría que la alcanzara un rayo para que todo terminara en un segundo, pero eso no sucede. La lona se agita y se rasga; a las pocas horas de dormirla la despierta la áspera tela, que le golpea la cara justo cuando la tienda se derrumba sobre ella. El viento hincha la lona como si fuera una vela y la arrastra por el suelo. No logra orientarse y la aterra la posibilidad de caer por un precipicio. No quiere morir, no ahora, no así. No quiere acabar aplastada contra las rocas con los huesos triturados ni ahogarse como un perro en un saco, pero no tiene fuerza suficiente para pelear y soltarse, así que se tumba y reza para que el viento amaine. Al final, una ráfaga sacude la tela y puede por fin alzarse; se balancea hasta chocar contra una peña, la tienda se detiene y lo único que puede hacer es taparse los oídos para no oír los latigazos de la lona y poder así atender al dolor que siente en el costado.

Llega la mañana y el viento se va calmando. Se libera de la lona, enrolla los restos de la tienda y los deposita detrás de la roca a la que se ha sujetado durante buena parte de la noche. Vuelve la mirada para contemplar el cuadrado de hierba aplastada donde antes descansaba la tienda. Solo quedan dos estacas clavadas, las demás se han soltado. Volver a montarla es imposible. Bebe un poco de agua y, con una lentitud pavorosa, baja a rastras las lonas desgarradas hasta una zona de la playa parcialmente resguardada del viento donde podrá refugiarse cuando llegue la noche.

La cabeza le palpita sin pausa y en sus entrañas se desata una ira que no halla forma de volcar. Se recuesta, cierra los ojos e intenta recuperar parte del sueño que no ha podido conciliar la noche anterior. Cuando pierde la conciencia oye de nuevo voces de mujeres y un tintineo lejano, pero cuando abre los ojos solo se oyen las olas. Se sumerge en sueños muy nítidos, intermitentes. Está de nuevo en la cámara nupcial, de pie, junto a la cama, contemplando el tapiz de la mujer que solloza y el barco que se aleja. Esta vez, sin embargo, descubre una parte del tapiz que no había observado antes. En la esquina inferior izquierda de ese gran cuadrado tejido, en la zona más verde de la isla, hay un grupo de personas. Caminan hacia la mujer que llora. No sabe si quieren ayudarla o si están persiguiéndola. Se acerca para examinarlas de cerca y entonces el sueño se evapora.

El sol está en lo alto y el aire se ha vuelto a calentar. Decide que debe invertir las pocas energías que aún le quedan en buscar algo de comer. Recoge la piedra afilada y se encamina hacia la meseta donde se acumula la hierba y crecen los arbustos. La mitad de su ser está dentro de su cuerpo, la otra mitad flota sobre ella. Se mueve con agilidad y por una vez caminar le resulta fácil. Puede aspirar el aroma de las florecillas azules y ve dos gaviotas suspendidas en el aire.

Elige el arbusto más grande, parte la rama más recta que encuentra, la más dura, y con la piedra afilada le saca punta a uno de los extremos. Se dirige hasta el lugar donde vio las focas por primera vez. No sabría decir cuántos días han pasado desde entonces. Simplemente da por sentado que seguirán allí y acierta: tres focas adultas y un cachorro. Se sienta en el saliente cubierto de hierba y mira hacia abajo. Hay que dar un buen salto, quizá el doble de la altura de un hombre, para llegar hasta un bloque inclinado que desciende suavemente hasta el pequeño canal que discurre junto al lugar donde reposan los animales. Se gira con el arma improvisada entre los dientes, baja todo lo que puede y se deja caer.

Por un breve instante siente que puede volar, pero se estrella contra la piedra y se da un buen golpe. El dolor es tan vivo y agudo que no puede respirar, solo mecerse y gemir hasta que remite ligeramente; entonces se vuelve para tenderse boca arriba. Se mira la mano izquierda. Se ha doblado el meñique hacia atrás y no puede moverlo. El dolor es insoportable si se lo toca. Está sudando a mares.

Mira hacia arriba, hacia el saliente forrado de hierba. No ve la manera de regresar. Mira hacia abajo. Las focas siguen allí. No parecen inmutarse con su presencia. Se dice que eso es buena señal. Son animales mansos. Puede seguir adelante con sus planes.

El palo se le ha resbalado y ha caído sobre las rocas. Se pone en pie para retroceder y recuperarlo, pero, cuando lo hace, una nube de diminutos insectos blanquecinos se interpone en su campo de visión. Se sienta y espera; después se arrastra de costado apoyándose en la mano buena hasta que consigue hacerse con el palo.

Se aproxima a las focas. Dos de las tres adultas la observan. Está a unos quince pasos. Son más grandes de lo que pensaba, tienen un cuerpo enorme,

como el de un buey. Una de ellas empuja al cachorro hacia el agua y después se sumerge tras él. Está a unos diez pasos y puede ver que, a pesar de su aparente torpeza, son unos animales muy fuertes. Advierte que está a punto de cometer una temeridad. No recuerda exactamente por qué va a hacerlo, pero rectificar se le antoja inviable. Está a cinco pasos. Una de las focas se mueve con pesadez hacia ella, se endereza sobre las patas, abre la boca y ladra. Suena como si alguien estuviera rascando la base de un tarro enorme. Está hablando con ella: es la primera vez que un ser vivo le dirige la palabra en mucho tiempo. Está a punto de responder. Esos animales van a salvarla. Se pregunta por qué no ha ido antes hasta allí. Todo habría sido mucho más sencillo.

Apoya la palma de la mano derecha en el suelo y consigue ponerse en pie lentamente. Está un poco mareada, pero ya no ve estrellitas. La foca se yergue de nuevo y vuelve a ladrar. Agarra el palo con fuerza, da un paso al frente y le clava la punta en la cabeza. La foca se mueve a una velocidad increíble, tira el palo de un golpe, y toma impulso para hundirle los dientes en el tobillo; después menea la cabeza para arrancarle la pierna debajo del agua. La foca la suelta y ella cae hacia el canal. Extiende las manos, pero la roca está llena de limo y algas y no encuentra donde agarrarse. Choca contra el agua y agita los brazos. Busca desesperadamente un asidero, sin éxito. Se le hunde la cabeza, traga un buche de agua salada y tose hasta expulsarlo. Se agarra de dos madejas de algas y asoma la cabeza por encima de la superficie. Mira a su alrededor porque piensa que la foca le va a atacar de nuevo, pero se han largado todas. Se pregunta si habrán dado la vuelta y estarán ahora debajo de ella, esperando su momento. Mira hacia abajo, pero ni siquiera consigue ver sus propios pies. Tan solo una espuma rosácea y nubes de sangre en el agua.

Se agarra con fuerza a las algas y respira todo lo despacio que puede, con la máxima tranquilidad, y después, haciendo un gran esfuerzo, se arrastra de costado por el canal hasta el lugar donde el agua es menos profunda y solo la cubre hasta la cintura. Le duele todo. El frío cala hasta los huesos y no para de tiritar, pero para salir del agua debe subir a una roca cubierta de algas. Está solo a un palmo de la superficie del agua, pero incluso ese pequeño esfuerzo es más de lo que puede imaginar.

Todo se vuelve borroso por un instante, pero luego recupera la visión. El

palo está un poco más allá, en la roca, y la punta desnuda todavía está teñida de sangre. Recuerda haber comido un polluelo. ¿Fue ayer o anteayer? Es difícil recordar con exactitud. ¿Por qué no sacó otro pollo de su nido en lugar bajar aquí a matar a un animal que pesa diez veces más que ella? No halla respuesta a esa pregunta.

El nivel del agua sube repentinamente a su alrededor, una foca sale a flote a tan solo unos pasos y se lanza contra ella. No tiene ni idea de cómo lo ha hecho, pero de pronto se encuentra fuera del agua arrastrándose por la pendiente rocosa. Se desploma y mira hacia atrás jadeando. La foca ha desaparecido. Se mira la pierna. Tiene una gran herida en el tobillo. Dentro de ella puede distinguir una cosa blanca que podría ser el hueso o quién sabe qué. Aparta la vista.

Una vez bajó al sótano y encontró a su hermano con la cabeza ensangrentada. Le preguntó qué había pasado, pero al principio se mantuvo en silencio. Le limpió la herida con el agua del balde, después se arrancó un trozo de la falda y lo vendó. Lo abrazó y le preguntó si había sido uno de los hombres que lo limpiaban y le daban de comer. Él negó con la cabeza. Ella se apartó y lo miró a los ojos.

—Dímelo.

—He sido yo mismo.

—¿Lo has hecho tú?

—Lo he hecho yo.

—¿Te has herido tú mismo? ¿Cómo?

—Con la pared —dijo, y señaló con un gesto uno de los arcos de la cripta de ladrillo; ella vio que estaba manchado de sangre.

—¿Por qué?

—Quiero que termine.

—¿Qué quieres que termine?

—Todo. Quiero que termine todo.

Ella fingió que no lo entendía. Ahora comprende que se portó como una cobarde. Ahora comprende que si hubiera sido más valiente, si de verdad hubiese amado a su hermano, habría descendido por aquellas lóbregas escaleras con un puñal, se lo habría clavado en las costillas y lo habría dejado

morir en sus brazos.

Cae la noche y en la oscuridad, cuando las parduas ya han regresado a la isla, oye el sonido de unos animales que no son ni focas ni aves. Oye a leones, leopardos y lobos. Oye el ruido metálico de unas cadenas. Oye los gritos de unos borrachos y el crepitar de una hoguera. Siente la presencia de alguien que respira muy cerca de su oído. Puede oír el aire que entra y sale de sus fosas nasales y aspira el olor putrefacto de sus dientes amarillos. Siente el calor de su respiración.

Luz gris. Frío intenso. Cae una lluvia fina. No puede mover una pierna. No puede mover una mano. El mundo es una cosa diminuta, brillante, tan pequeña que podría sostenerla en su mano.

Alza la vista para mirar el ribete de hierba verde que asoma en lo alto. Desde allí ha caído. Allí, en algún sitio, había una cama. Si existe el camino de vuelta, ella no puede verlo desde el lugar donde está. Puede mover un poco la otra pierna. Piensa en levantarse y buscar un camino, pero esa roca también es una especie de cama y recuerda de pronto que a la otra cama se la llevó el vendaval. Siente que el aliento le huele a amoníaco. Baja la mirada y contempla su mano herida. Uno de los dedos se ha deformado. Parece una mano mal dibujada.

Está en un jardín. Hay fuentes y arbustos de lavanda cubiertos de enjambres de abejas que revolotean y zumban furiosas cuando sus primos las golpean con sus palos antes de que la niñera los saque a rastras de allí. Una vez pisó una abeja por accidente y el pie se le inflamó hasta casi doblar su tamaño. También hay emparrados umbríos donde se sienta para guarecerse del sol. Desde su refugio favorito puede mirar más allá del muro y ver los muelles y los barcos que entran o salen del puerto. Le gusta imaginar los países de los que han llegado, los países de los que hablan los ancianos, países donde solo hay arena, países cuyos habitantes tienen la piel tan negra y brillante como las ciruelas, países donde hay basiliscos enormes, tan largos como un barco de remos.

Está jugando con un aro de madera de sauce con los extremos afilados y unidos mediante hilos enrollados en espiral. Si nadie la estorba puede correr



junto al aro empujándolo con un palo para que siga rodando y recorrer así el jardín entero.

Es el jardín más bonito del mundo. No quiere dejarlo nunca. El problema es que no recuerda dónde está.

Sopla un viento fuerte y abajo el mar golpea con violencia las rocas. Hay luna llena; las olas llegan como cerros negros con una cresta de nieve azul, se hinchan, exhiben su poder y rompen contra el saliente rocoso, donde se convierten en una espuma helada que cae sobre ella como si fuera lluvia. Piensa en la calma que debe de reinar allí dentro, bajo esas olas, en esa oscuridad que desciende y desciende, allí donde los delfines nadan, donde las medusas se dejan llevar por la corriente y se mecen los bosques de algas. Mucho mejor que allí arriba, donde todo duele.

Llega el amanecer. Tiene la boca y la garganta secas y no puede producir saliva suficiente para tragar. Los labios se le han agrietado y le sangran. Solo consigue ver una neblina con el ojo derecho.

Hay un grupo de gaviotas un poco más abajo, en la roca, y todas miran hacia el mar. Se atusan las alas grises con los picos anaranjados y se sacuden las plumas. Sus ojos son piedrecitas amarillas con agujeros negros perforados. El océano es plata molida. Las focas han regresado.

Puede oír los címbalos de nuevo, unas campanillas remotas y claras que van y vienen con la brisa, ora más alto, ora más bajo. Se pregunta si serán sus oídos. Entonces oye el gruñido leve, pero inconfundible, de un animal grande, un ruido sordo y perezoso, como un barril que rueda sobre adoquines. Las gaviotas se dispersan, las focas se deslizan entre las olas y solo dejan círculos de ondas tras de sí.

Por un momento, todo se paraliza y queda en silencio. Después lo ve. Es un hombre robusto que va desnudo, con un manto rojo y andrajoso por toda indumentaria; lo recuerda, pero ahora parece más alto y más musculoso. Su cabeza es demasiado grande y tiene la cara ensangrentada. Un leopardo camina sigilosamente a su lado. Lo siguen seis hombres y seis mujeres también desnudos. Unos se han hecho coronas y cinturones con enredaderas o ramas verdes; otros llevan animales recién cazados: conejos, zorros, faisanes...

Se detiene delante de ella resoplando. Su pecho y sus hombros están cubiertos de un vello negro y áspero; ella observa que tiene cuernos. Tiene las piernas manchadas de estiércol y el pene grueso y erecto. Se agacha y la levanta. Ella puede oler en su aliento el aroma del vino y el hedor de unos dientes podridos. Él la lame. Ella lo ha visto antes. No está asustada. Nadie puede hacerle más daño del que ya ha padecido. No le queda ninguna parte del cuerpo sin lastimar.

Le da la vuelta, la recuesta y la penetra. Ese vaivén es el movimiento de las olas que baten contra la roca, de las aves que parten y regresan; es el ritmo del día y de la noche, del verano que se transforma en otoño y luego en invierno y en verano otra vez; del corazón que se contrae y se dilata, el ritmo de la sangre.

Todos se lanzan de pronto sobre ella, los hombres y las mujeres; la muerden, la desgarran, le arrancan la piel y el pelo, le quiebran los dedos, le sacan los ojos, separan el músculo de la grasa, le sacan las bolsas y los conductos adiposos de sus entrañas hasta que por fin se libera de su cuerpo. Mientras se eleva mira hacia abajo y ve su esqueleto sobre las rocas, las gaviotas picotean los últimos restos de carne o de cartílago. Ve la hierba azotada por el viento, los flecos de olas incesantes, la isla que se encoge hasta que es apenas un bultito en la inmensidad del mar; y el mar, una lágrima azul celeste en la superficie de un globo que se achica velozmente en la bruma del sol mientras ella avanza flotando hacia la gran bóveda oscura y se convierte en una diadema formada por siete estrellas: la Corona Boreal.

Es inmortal.

# BUNNY

Le encantaban las golosinas: los Mars y los KitKat, los Double Deckers, los Galaxy Caramels y los Yorkies. Le encantaban los lacasitos de mantequilla de cacahuete y los huevos de chocolate Cadbury rellenos de crema. Se podía comer una caja de bombones Quality Street de una sentada y lo había hecho en varias ocasiones (o en muchas ocasiones, mejor dicho). Le encantaba el chocolate blanco. No era muy partidario de los Maltesers, los Wispas o los Crunchies, que le parecían etéreos e insustanciales, aunque no les hacía ascos si se los ofrecían. No le gustaban los caramelos duros ni las gominolas. Le encantaban las Digestive de chocolate. Le encantaban las galletas Oreo y las tartas de chocolate. Le encantaban las bolitas de coco y las galletas de mantequilla escocesas. Jamás hubiera comprado una barrita de cereales, pero una galleta de avena crujiente y esponjosa era para él uno de los bocados más irresistibles del mundo.

Le encantaban las natillas dulces y espesas. Le encantaban los Frostis y los Weetabix con varias cucharadas de azúcar. Le encantaba la mozzarella gomosa. Le encantaba arrancar trozos de queso de un taco que guardaba en la nevera, preferiblemente Red Leicester u otro más barato. Le gustaba el batido de plátano Yazoo, ese que venden en las gasolineras en botellas de plástico con un grueso tapón de rosca y un precinto de aluminio. Podía ingerir tranquilamente un litro de yogur si le añadía azúcar moreno o sirope de arce.

Le encantaban los perritos calientes y las hamburguesas, sobre todo con ketchup en un mullido panecillo blanco bien untado de mantequilla. Le encantaba el bacalao rebozado con patatas y sal, pero sin vinagre. Le encantaba el pollo asado, le encantaba el beicon, le encantaban los filetes. Le encantaban todos los sabores de helado que había probado en su vida: ron con pasas, tarta de queso con caramelo, mantequilla de cacahuete, tiramisú...

Le encantaban todas estas cosas, pero eso era antes. Ahora solía comer mecánicamente, sin disfrutar. Necesitaba el azúcar y la grasa, pero ya no le daban tanto placer. La mayoría de las veces, lo único que conseguía sentir era más ansiedad. No soportaba a quienes dicen que «comen para consolarse» porque hacía mucho tiempo que no hallaba consuelo en ninguna parte, solo a veces mientras dormía, cuando soñaba que corría y nadaba, aunque de vez en cuando se despertase llorando.

Tenía veintiocho años y pesaba 235 kilos.

Conservaba una fotografía de cuando tenía nueve años, una foto arrugada y descolorida donde aparecía de pie, en el pasillo exterior del apartamento de Burnside, con su uniforme recién estrenado, el primer día de colegio en St Jude's. Ese día, su madre volvió a casa apresuradamente en el último minuto para agarrar la cámara como si temiese que su hijo no fuera a regresar y quisiera tener un recuerdo o una foto para enseñársela a la policía. Llevaba unos pantalones cortos de franela gris y una camisa Aertex azul celeste. Aún podía recordar el olor a humedad y a moho de aquella moqueta y oír los arrullos y los aleteos de las palomas apoyadas en el alféizar de la ventana. Recordaba lo gordo que se sentía ya entonces. Siempre que veía la foto, sin embargo, lo primero que pensaba era lo guapo que había sido de niño. Así que dejó de mirarla. No se atrevía a romperla por miedo a verse envuelto en una terrible ceremonia de vudú. En lugar de hacerlo, le pidió a una de las enfermeras que lo atendían que la guardara en lo alto de un armario, fuera de su alcance.

Tres semanas antes de que cumpliera diez años, su padre desapareció de la noche a la mañana y se fue a vivir a Wrexham con una mujer cuyo nombre nunca pudo averiguar. Cenó en casa y a la hora del desayuno ya se había marchado. Su madre se convirtió en otra persona después de aquello, más frágil, menos cariñosa. Bunny pensaba que lo culpaba a él del abandono, y probablemente tenía razón. Su padre jugaba al críquet. De joven había destacado y llegó a presentarse a una prueba para jugar en el Gloucestershire. No era, ni mucho menos, el típico padre de un niño gordo y poco atlético.

Para su sorpresa, en St. Jude's los demás niños no se dedicaron a maltratarlo. La mayoría lo ignoraba pensando, quizá, que el aislamiento era el castigo más cruel y más sencillo que podían infligirle.

—Lo siento, solo puedo hablar contigo fuera del colegio —le decía su

amigo Karl.

Karl era ahora fotógrafo de bodas y vivía en Derby.

Bunny había besado a tres chicas en toda su vida. La primera estaba borracha; la segunda, según supo después, había perdido una apuesta; la tercera, Emma Cullen, dejó que le metiera mano debajo de las bragas. No se lavó esa mano en una semana. Era una chica regordeta que lo excitaba y lo asqueaba en la misma medida. Bunny era muy consciente de su propia hipocresía, y la confusión que se apoderaba de él cuando estaba con ella lo atormentaba más que las ganas de verla cuando estaban separados, así que le hizo el vacío hasta que ella se esfumó.

Se sacó por los pelos un título en Administración de Empresas; después trabajó durante cinco años como administrativo en la Oficina de la Vivienda del Consejo del Condado. Lo dejó cuando ya no pudo conducir.

—Te estás matando lentamente —le decía su médico.

Como si al propio Bunny nunca se le hubiera pasado por la cabeza ese hecho. Empezó a trabajar en la universidad digitalizando documentos en papel, pero cada vez estaba más gordo y más enfermo. Tenía piedras en la vesícula y sufrió dos pancreatitis agudas. Le quitaron la vesícula, pero estaba tan gordo que la operación fue más traumática y la recuperación más difícil de lo habitual. Sentado se sentía muy incómodo y cuando se ponía de pie se mareaba, así que se quedó en casa tumbado; tras cuatro semanas de baja recibió una carta donde le decían que no volviera a la oficina. Kate, su hermana, opinaba que aquello era ilegal y puede que tuviera razón, pero estaba cansado, le dolía todo y cada vez que salía de casa se sentía más vulnerable, así que solicitó una prestación por invalidez.

Su hermana decía muchas cosas con la presunta intención de ayudarlo cuando lo llamaba por teléfono desde Jesmond y en las contadas ocasiones en que se veían. Se había casado con un señor que poseía un Audi RS3 rojo y tres vinotecas. Tenían dos hijos y una casa limpiísima que Bunny solo había visto en fotos.

Los escasos amigos que Bunny había tenido hasta entonces empezaron a distanciarse. Durante una breve temporada, la persona que lo visitaba más a menudo era un hombre con pinta de oso de la iglesia baptista local; se mostró simpático y jovial hasta que tuvo claro que Bunny no iba a ver la luz. Entonces también se quitó de en medio.

Desde que se independizó, Bunny visitaba a su madre cada quince días, aunque ella siempre se las arreglaba para que pareciera que le estaba haciendo un favor, que había decidido apearse del frenético carrusel que era su vida para ofrecerle un té, galletitas y conversación. Su madre trabajaba en la tienda Marie Curie y tenía un huerto alquilado. A los cincuenta y siete años había empezado a ligar por Internet desde un ordenador público de la biblioteca y dejaba caer tantos nombres en la conversación que Bunny no sabía bien si era muy promiscua o muy quisquillosa, o si todos sus pretendientes la plantaban en la segunda cita. Aunque vivían a tres kilómetros de distancia, en los últimos años ella solo se había presentado en su casa cuando Bunny se había visto obligado a guardar cama después de las tres visitas al hospital. Pero no había manera de que lo dejara en paz. Cobraba su pensión de invalidez y se la gastaba casi íntegra en la compra de la semana. Lo obligaba a comer pan integral, judías verdes y sardinas.

—Te voy a salvar la vida —le decía.

Una vez a la semana, con ayuda de un andador, Bunny hacía una expedición al Londis del final de la calle y compraba un paquete de azúcar y una barra de mantequilla. Dejaba la mantequilla fuera de la nevera hasta que se ablandaba, la mezclaba con el azúcar y se la comía en tres o cuatro sesiones. Lo habría hecho todos los días si hubiese tenido más dinero y no le hubiese importado lo que la señora Khan y su hijo pudieran pensar de él.

El abuelo paterno de Bunny había sido policía antes de la Segunda Guerra Mundial. Luchó en la Sexta División Acorazada y murió calcinado en su tanque Matilda II durante la Campaña de Túnez en diciembre de 1942. Bunny tenía una buena colección de libros y DVDs sobre la guerra en el norte de África. Había leído biografías de Harold Alexander, de Auchinleck, de Rommel y de Von Armin. Construía unas maquetas militares de precisión inaudita y compartía fotos, consejos y procedimientos con otros aficionados de todo el mundo en foros de modelismo militar: hablaban de filtros, imprimaciones, técnicas para pintar las sombras o pinturas en aerosol de la marca Tamiya.

De vez en cuando veía películas porno. No le gustaban las imágenes de hombres delgados con la polla enorme porque acentuaban sus propios defectos físicos. Prefería los vídeos en que aparecían mujeres masturbándose.

Le gustaba soñar que las observaba a través de un agujero encontrado en la pared de una ducha o de un dormitorio.

Tenía candidiasis en los pliegues que le separaban la tripa de los muslos. Le dolían las articulaciones, quizá por un principio de artritis o por cualquier otro motivo. Se le habían hinchado los tobillos por culpa de un linfedema. Era diabético y tomaba Metformina todas las mañanas. Solo Dios conocía los valores de su tensión arterial. Tomaba digestivos Rennie a todas horas para intentar combatir el reflujo estomacal. Cuando caminaba de una habitación a otra se quedaba sin aliento. Poco tiempo atrás se había caído por la escalera, se había dislocado la rodilla y se había puesto un ojo a la funerals golpeándose contra el poste de la barandilla, así que ahora dormía sobre un sofá cama en el comedor y utilizaba el cuarto de baño de la cocina. Un par de veces a la semana iba una enfermera que lo lavaba con una esponja sin sacarlo de la cama.

A veces, los niños de la urbanización le tiraban piedras a la ventana o le llenaban el buzón de cacas de perro. Uno de ellos, un chico con problemas de desarrollo, se pasó varias semanas con la cara pegada contra el cristal de su ventana. Bunny corría las cortinas, pero cuando las descorría media hora después, el chico seguía allí de pie.

Jugaba a *Rome Total War* y a *Halo* en Internet. Veía la televisión por la mañana: *The Royal Housewives of Orange County*, *Kojak*, *Homes Under the Hammer*... Pasaba mucho tiempo sin hacer otra cosa que mirar por la ventana. La vista no era nada del otro mundo: las espaldas de los edificios de Erskine Close, sobre todo, y el pico de la autocaravana Carioca del vecino. Pero entre medias, en los días claros, podía ver un triángulo de pradera. Si hacía buen tiempo observaba cómo se movían las sombras de las nubes sobre la hierba, los tojos y los brezos e imaginaba que era uno de los buitres que a veces bajaban de las colinas y planeaban en círculos a las afueras de la ciudad.

En la repisa de la chimenea tenía fotos de los hijos de Kate, su sobrina y su sobrino, Debbie y Raylan, unos niños rubios, pálidos, casi albinos, encuadrados en los típicos marcos de cartón gris azulado con un ribete dorado y un soporte de cartón plegable en el dorso. No los veía desde siete años atrás y no esperaba volver a verlos en mucho tiempo. Al lado de las

fotos había un burrito de madera con dos cestas repletas de naranjas diminutas colgadas a la grupa, un recuerdo de sus únicas vacaciones en el extranjero, en el Puerto de Sóller, a los diecinueve años.

Casi siempre estaba cansado. En cierto sentido, el hambre y la desilusión le provocaban tanto dolor como la pancreatitis y no le habría importado padecer un nuevo ataque con tal de evitarlas. Y aunque su madre pensaba que podía salvarle la vida, había días en los que se preguntaba si merecía la pena.

Entonces apareció Leah.

Iba a ser un arreglo temporal. Ella viviría con su padre hasta que se recuperase y consiguiera ahorrar el dinero suficiente para sentirse segura. Gavin la había puesto de patitas en la calle y no le había dejado llevarse nada, ni siquiera la cartera. En el Barclays le dijeron que la cuenta conjunta estaba en números rojos. Como le daba vergüenza llamar a casa a cobro revertido, pasó la primera noche caminando por el centro de Mánchester; cuando estaba tan cansada que no podía tenerse en pie, se sentaba en las paradas de autobús. No pegó ojo porque le daba miedo que alguien la atacara si se quedaba dormida. A la mañana siguiente llamó a su padre, pero como tardó demasiado en hacerle una transferencia, tuvo que esperar otras veinticuatro horas para sacar dinero de su cuenta hipotecaria y adquirir un billete de tren, así que pasó la segunda noche en un albergue femenino que le indicó la policía. Una experiencia que no le gustaría repetir.

Salir de aquella miserable urbanización había sido el primer paso de su plan maestro. Pero, en realidad, salir del barrio es imposible, por lo menos salir del todo. Siempre llevas un pedazo dentro, vayas donde vayas, un cachito pringoso, roto, castigado por el viento. Desconfías de las personas que se portan bien contigo. Te casas con un hombre con el que te sientes fea, débil, vulnerable y aterrada, igual que tu madre, porque en el fondo es cómodo que te hagan daño de una manera que conoces tan bien, la de toda la vida. Así que, al final, podía considerar que los dos abortos habían sido una auténtica bendición porque esos hijos habrían sido hijos de Gavin, como la casa de Gavin y el coche de Gavin y el dinero de Gavin. Le habría dejado a ella todo el trabajo duro y después, un buen día, habría aparecido por casa, los habría sacado del corralito y se los habría llevado como se llevó todo lo demás.



Así que allí estaba, trabajando de recepcionista en una clínica dental. Por las tardes, regresaba al mismo cuarto de estar dónde había pasado su infancia y se sentaba en el sofá gris de cuero sintético en el que se te pegaban las pantorrillas cuando hacía calor. Debía llenar el lavavajillas exactamente como decía su padre; debía tomar el té a las siete menos cuarto todos los días y nunca, bajo ningún concepto, podía mover los altavoces de los rectángulos de cinta adhesiva de la moqueta a pesar de que su padre solo escuchaba R&B y soul de los sesenta y los setenta, una música que habla de bailar, de follar y de que no importa una mierda si las tazas se colocan en la parte superior o inferior del lavavajillas. Y es que su padre se estaba enfrentando a la jubilación, a la soledad y a la vejez de la manera como se había enfrentado a su madre y a la paternidad, mirando hacia otro lado y concentrándose profundamente en algo que no tuviera la más mínima importancia.

Leah conoció a Bunny un día en que ella decidió explorar el barrio en busca de un cortacésped. El de su padre se había roto y sentía una atracción cada vez mayor por cualquier tarea que se hiciese fuera de casa. Llamó dos veces al timbre porque se oía la televisión y, después de preguntar en cuarenta casas sin éxito, había empezado a tomárselo como algo personal. Ya se había dado por vencida y desandaba el camino cuando la puerta se abrió a sus espaldas.

—Leah Curtis.

Se quedó tan impresionada por el tamaño y la figura de Bunny que apenas pudo oír sus palabras. Aquellos andares patosos, la cintura encajada en el marco de la puerta.

—Ibas al St. Jude's. Seguro que no te acuerdas de mí —prosiguió él.

Tenía razón. No lo recordaba en absoluto.

—No tendrás un cortacésped, ¿verdad?

—Pasa —se dio la vuelta y caminó balanceándose hacia la sala.

En el recibidor olía a levadura y a suciedad, así que Leah dejó la puerta de la calle abierta.

Bunny dobló las rodillas y se dejó caer en un enorme sofá color mostaza. En la tele estaban echando *Cazadores de tesoros*. El papel de la pared llevaba allí desde el año 1975 más o menos y se había levantado un poco por los bordes: unos dibujos psicodélicos en rojo y naranja que parecían brotes de bambú. En una mesa, junto al sofá, había una maqueta de un campo de

batalla en miniatura (soldados, dunas, un carro blindado) y una colección perfectamente ordenada de tubos de pintura, aerosoles, pinceles, paños doblados y cuchillas con la punta protegida con un corcho.

—Me sofoco—dijo Bunny—. Echa una ojeada en el tendedero. Vas a la cocina, luego a la derecha. Bunny Wallis. Era un año mayor que tú.

Había una silla de jardín, una bolsa de basura con ropa vieja y una lámpara rota. Ahora que lo pensaba, sí lo recordaba. Lo llamaban Chubby Checker. No había hablado con él ni una sola vez en cinco años. Igual, pensó por alguna misteriosa razón, todos ellos tenían la culpa de que Bunny hubiera acabado así. Agarró el cable naranja que asomaba por detrás de la tabla de planchar y tiró de él. Le dijo que se lo devolvería en cuanto terminara.

—Cuando quieras. No pienso abandonar el país.

Le compró cuatro botellas de Black Sheep Ale en señal de agradecimiento. Cuando ya estaba en el umbral de la puerta, Leah se dio cuenta de que tal vez no era bueno para su salud, pero él se limitó a sonreír y dijo:

—No se lo cuentes a mi madre.

—¿Vive aquí?

—A veces es como si viviera. ¿Te apetece una taza de té?

Leah aceptó y Bunny le pidió que se lo preparara. Recordaba suficientes cosas de su vida para que ella se sintiera halagada (que había huido a Sheffield con Abby, que tenía una foto firmada de Shane McGowan), pero no tantas como para asustarla. La leche estaba un poco cortada, pero él era un tipo agradable. Le alargó un capitán del Afrikakorps y una lupa para que pudiera admirar los detalles del rostro.

Ella estuvo a punto de decir que a su padre le habría encantado: la destreza, el detalle con el que estaba pintado... pero no quería pensar que esos dos hombres podían tener algo en común porque en media hora Bunny le había hecho más preguntas que su padre en dos meses.

Él le contó que su madre le había impuesto una dieta que era un auténtico suplicio y que él no podía hacer nada, así que pocos días después ella se presentó con una caja de bombones. Puede que su médico no estuviera muy de acuerdo, pero al menos sería un cambio después de tanto brócoli y tantas coles de Bruselas.

A los cinco años, su madre la había llevado a la balsa de la gravera para que viese cómo ahogaba a los gatitos que acababa de parir Beauty. Estaba muy lejos y Leah fue llorando todo el camino mientras los oía maullar y forcejear dentro de aquella bolsa de deporte. Su madre dijo que eso la haría más fuerte. Se reía mientras sujetaba la bolsa bajo el agua, pero no a carcajadas: sonreía para sí como si estuviera recordando algún chiste gracioso. Quería que Leah supiera de lo que era capaz. Era mucho más eficaz que pegarle. Después de aquello bastaba con que su madre abriera los ojos un poco más de lo normal para que Leah sintiera ganas de vomitar.

Delante de los invitados se dirigía a ella usando la palabra *cariño*. ¿A quién se lo iba a contar? Nadie la creería. Eran los padres quienes maltrataban a los hijos, no las madres. Las madres crueles solo aparecían en los cuentos de hadas.

Al principio, Bunny no la encontraba atractiva. Le parecía rara, deforme, una chica delgaducha que tenía que cargar con demasiado peso. Tenía el pelo aplastado y cierta amargura en la expresión que adoptaba cuando creía que nadie la miraba. Pero había despertado en su interior algo que se había ido aletargando poco a poco en los dos últimos años. Se la imaginaba desnuda, paseando por la casa, sentada en el sillón, secándose con una toalla en el cuarto de baño, de pie, junto al lavabo. Ya no podía lograr una erección, y menos aún masturbarse, así que esas imágenes no lo reconfortaban y cada fantasía le dejaba una pequeña úlcera en el corazón. Era una chica simpática que le compraba cosas dulces y pringosas. Nunca hablaban de su peso y ella entendía que las madres se pueden convertir en unas auténticas tiranas. Cinco minutos después de la segunda visita, Bunny comprendió que necesitaba desesperadamente que siguiera visitándolo.

La primera enfermera que conoció Leah era una polaca que ni siquiera le dijo su nombre y se comportó como si ella no estuviese en la habitación. Trataba a Bunny como a un niño rebelde con el que tenía que cargar durante media hora. Leah advirtió que Bunny se estremecía de dolor cuando aquella señora le secaba el pelo. La segunda, Deolinda, era una mujerona de Zimbabue que desgranaba una serie ininterrumpida de anécdotas sobre el

último episodio de *Masterchef*, sobre un tío suyo torturado por la policía en su país, sobre el vertedero que iban a abrir en Totton... Estas fueron sustituidas por dos enfermeras que también acabaron pasando a la historia y Leah llegó a la conclusión de que a Bunny no le importaba que fueran ariscas y gruñonas con tal de que siguieran viniendo y supieran dónde estaba el champú, no le rompieran las maquetas y le preparan una taza de té con mucho azúcar sin tener que pedírselo.

Su padre se tomaba media pinta de Guinness en el Wainwright tres veces por semana. Su padre escuchaba a los Blackbyrds y a los Contours. Su padre siempre llevaba un jersey verde de pico o un jersey rojo de pico. Su padre se fumaba treinta cigarrillos al día de pie, bajo el toldillo de la puerta trasera. Su padre colocaba los platos grandes en la parte derecha del lavavajillas y los platos de postre en la izquierda e insistía en que había que poner todos los cuchillos con la punta hacia abajo en el cestillo de los cubiertos. Su padre grababa programas de viajes y los veía en los momentos que consideraba más oportunos: reportajes sobre la Gran Muralla China, sobre el Desierto de Atacama, sobre el Parque Nacional de los Everglades.

Leah no lo odiaba cuando era pequeña, más bien lo veía como una especie de hermano mayor que intentaba pasar desapercibido por las mismas razones que ella. Pero ahora, volviendo la vista atrás...

—¿Cómo pudiste abandonar a tu propia hija? —le reprochaba—. Nunca diste la cara por mí.

—Tu madre era una mujer difícil y atormentada —se disculpaba él.

—Eso no tiene nada que ver.

—Creo que todo empezó a torcerse cuando naciste.

—Eso tampoco tiene nada que ver.

Él nunca entendió que ella necesitaba que le pidiera perdón. O quizá sí lo entendió, pero disculparse no le pareció oportuno. En cualquier caso, ¿de qué servía que se disculpara si tenía que pedírselo?

Una mañana, la madre de Bunny encontró a los pies de la cama de su hijo un envoltorio de plástico transparente: los restos de una caja con veinte galletitas de avena que Leah le había comprado en el Tesco y que había olvidado recoger la noche anterior.

—¿Qué demonios es esto, por el amor de Dios?

—Tengo una amiga —respondió él.

—¿Eres consciente de lo que me esfuerzo por cuidar tu salud? —se quejó ella.

Cuando terminó de limpiar y de pasar la aspiradora, volvió a la sala y le preguntó:

—¿Quién es?

Bunny se quedó callado. Por una vez jugaba con ventaja y quería saborear ese momento.

—¿Y bien? —insistió su madre.

—Íbamos juntos al colegio.

—¿Cómo se llama?

A Bunny lo sorprendió que su madre se hubiera alterado tanto y temió que se le ocurriera ir a casa de Leah para echarle un rapapolvo.

—¿Cada cuanto tiempo viene?

—De vez en cuando.

—¿Todas las semanas?

—Tengo una amiga. Me ha traído unas galletas. Tampoco hay que ponerse así.

Lo castigó sin aparecer por allí durante cinco días, pero cuando volvió descubrió que Leah había hecho todas las tareas de la casa y, para marcar su territorio, había dejado cuatro envoltorios arrugados de chocolatinas Cadbury de frutas y frutos secos en el escurridero.

Tendría que haberse largado a Londres con Abby, Nisha y Sam nada más terminar el instituto. Ahora viviría en un apartamento de Haringey y todos los días cogería la línea de Piccadilly hasta Farringdon o hasta Bank para ir a la oficina. Los viernes por la noche, para desconectar, se tomaría unos cuantos jägerbombs y unas brochetas de pollo tika en el Crypt. Se habría casado con alguien mínimamente humano. Tendría hijos.

Todo el mundo se alegró en Facebook cuando confesó que su matrimonio había llegado a su fin, quizá más de lo que lo deseable. No quiso entrar en detalles.

—Mueve el culo y vente ahora mismo —le espetó Nisa—. Si te quedas

allí morirás.

¿Por qué no hacía las maletas? ¿Estaba muerta ya? ¿Acaso el recuerdo de ese cuarteto de amigas inseparables no parecía tan bonito ahora que existía una posibilidad real de encontrarse de nuevo? ¿O era por Bunny? Era un tipo simpático, amable, agradecido. Por primera vez en su vida había alguien que la necesitaba y ella no se veía sentada a la orilla del lago en Ally Pally o paseando por la Shaftesbury Avenue pensando que le había dejado abandonado a más de seiscientos kilómetros con esa vida cada vez más limitada, confinado en esa habitación de la que ya no podía salir.

A Bunny le gustaba que Leah le leyera el periódico en voz alta. Le gustaba ganarle al ajedrez y perder al Monopoly. Veían los DVDs que ella elegía en la sección de ofertas del Blockbuster. Se presentaba con un bizcocho, se servía un trocito y no hacía ningún comentario mientras él se acababa el resto poco a poco. A veces, Leah salía al jardín de atrás a fumar y volvía diez minutos después oliendo a tabaco. A Bunny le habría encantado que se acercara y le metiera en la boca esa lengua cargada de nicotina. ¿Se le podía pedir a alguien una cosa así? ¿Aunque solo fuera como un favor? Porque la idea de no volver a recibir un beso en toda su vida lo desgarraba por dentro.

Una tarde en que estaban viendo un documental sobre Bletchey Park, la madre de Bunny se presentó sin avisar. Dijo «hola» en voz alta con toda naturalidad, colgó el abrigo en el perchero y entró en la sala.

—¡Por fin nos conocemos! —exclamó fingiendo sorpresa—. Creo que Bunny no me ha dicho cómo te llamas.

—Leah —respondió ella sin tenderle la mano.

Las dos mujeres se dedicaron a intercambiar cumplidos durante un par de minutos algo tensos; después la madre le soltó estas palabras:

—Le compras galletas.

—A veces —reconoció Leah.

—Sabrás que lo estás matando.

—Solo son galletas.

—Llevo casi treinta años cuidando a mi hijo.

—No te hace gracia verme por aquí, ¿verdad? —repuso Leah—. Lo quieres solo para ti.

—Lo que no quiero es que pierda el tiempo con una persona como tú —respondió la madre poniéndose muy tiesa.

Bunny sabía que debía intervenir, pero no estaba acostumbrando a decirle a ninguna de ellas lo que debían o lo que no debían hacer y, a decir verdad, lo halagaba que se pelearan por él.

—¿Alguien como yo? —exclamó Leah—. ¿Qué significa eso exactamente?

Bunny había imaginado esa discusión muchas veces. Siempre había querido que venciera Leah, pero ahora que estaba sucediendo de verdad se preguntaba si su madre tendría razón a fin de cuentas. Leah no era ni su esposa ni su novia, no era de la familia. Podía abandonarlo mañana.

La madre se acercó a Leah y, sin alterarse lo más mínimo, le dijo:

—Mira, putilla, conozco a la gente de tu calaña.

En la mesa de la sala había una maqueta con cinco soldados británicos en torno a un avión Messerschmitt estrellado. El cadáver del piloto se inclinaba sobre los mandos de la cabina destrozada. Bunny había tardado cinco semanas en terminarla. Su madre la tiró al suelo con la mano y salió de allí dando un portazo.

El verano estaba llegando a su fin, pero, en lugar de la brisas y las primeras lluvias, se había posado sobre la ciudad una nube densa y gris; el aire parecía tibio y usado. Un coche de la policía había matado a dos niños al final de la calle cuando perseguía una furgoneta robada. Nasir Iqbal y Javed Burrows. En la curva, el vehículo perdió la tracción de las ruedas traseras, invadió la acera y chocó contra un muro de ladrillo. Los niños jugaban al críquet al otro lado del muro. Bunny conocía sus nombres porque estaban pintados en la calle con grandes letras blancas. Al agente que conducía el coche y a su compañero los ocultaron antes de que la familia y los vecinos supieran lo que en realidad había sucedido. A los policías que se presentaron más tarde en el lugar del suceso los recibieron con una lluvia de piedras y botellas; la gente volcó uno de los coches patrulla y lo dejó boca arriba.

Durante los quince días posteriores, todas las noches se organizaban pequeños alborotos en la calle. A través de las cortinas, Bunny veía las luces

azules de las furgonetas policiales y oía gritos de alegría o explosiones que asociaba con la celebración de una victoria, no con muestras de duelo.

Decidió que de momento sería mejor no salir de casa. No quería verse rodeado por una muchedumbre iracunda en busca de un blanco fácil. Pero cuando las calles por fin se tranquilizaron descubrió que seguía teniendo miedo. Se dijo que saldría cuando se sintiera más fuerte, pero sabía perfectamente que nunca lo haría.

Un miércoles por la tarde, cuando volvió del trabajo, Leah se encontró a su padre sentado en la mesa del comedor con los brazos extendidos sobre el mantel como si estuviera inmerso en una sesión de espiritismo individual. Llevaba el jersey rojo de pico. La miró a los ojos y musitó:

—La mala.

—¿La qué? —dijo Leah.

—La pierna mala —consiguió farfullar arrastrando las palabras.

Leah pensó que estaba borracho, pero cuando se acercó un poco más pudo comprobar que la parte izquierda del rostro se le había hundido. Intentó llevarlo hasta el sofá para que se tendiera, pero era incapaz de mantenerse en pie y tuvo que volver a apoyarlo contra el respaldo de la silla. Fue incapaz de decirle cuánto tiempo llevaba en ese estado.

La ambulancia tardó veinticinco minutos en llegar. Su padre no parecía entender la gravedad de su estado. El médico le puso una vía en el brazo y se la sujetó con un grueso esparadrapo en forma de cruz. La sirena estuvo encendida durante todo el trayecto, una suave disonancia en la calma aséptica con la que surcaban velozmente las calles.

Cuando llegaron al hospital, su padre había perdido parte de la visión y era incapaz de pronunciar muchas palabras, entre ellas el nombre de Leah. El médico dijo que el tiempo que permaneció allí sentado había sido crucial, pero no precisó si había sido mucho o poco. Al anochecer parecía que las posibilidades de que sobreviviera eran mínimas. Leah se preguntaba si su padre había percibido que le estaban ofreciendo una vía de escape segura, fácil, y había decidido tomarla porque sería horrible que Dios lo condenase a pasar el resto de su vida postrado en la cama, haciéndoselo todo encima sin poder valerse por sí mismo.

El segundo ataque le sobrevino justo después de medianoche.



Leah se quedó sentada en la sala de espera, envuelta en una luz cegadora y contemplando una mierda de cuadro con un barquito de pesca y un faro. Lo que más le dolía era la injusticia de todo aquello, pues al final cabía la posibilidad de que la cobardía de su padre hubiera sido una buena estrategia para eludir por completo el sufrimiento.

Tomó un taxi para volver a casa, pero no pudo dormir. Cada vez que daba una cabezada se despertaba de golpe, convencida de que su madre estaba en la habitación.

A la mañana siguiente llamó al trabajo para decir que estaba enferma y se pasó por la casa de Bunny. No estaba segura de que la comprendiera del todo, pero la abrazó mientras lloraba y con eso le bastó. Le contó la historia de los gatitos. Le contó que su madre decía que ella había sido «un error» y «una decepción». Le contó que su madre preparaba bolitas de manteca y cacahuets y en invierno las colgaba de unas cuerdas en la ventana del comedor para que se las comieran los pinzones, los carboneros y los ruiseñores. Le contó que la esclerosis múltiple que padeció su madre avanzó muy rápido, que en los últimos meses no la dejaban entrar en su habitación; le contó los detalles de la muerte de su madre y le confesó que ella olvidaba una y otra vez que ya no estaba porque nada había cambiado a su muerte.

—Yo odio a mi padre —dijo Bunny—. Llevo veinte años sin verlo. No tengo ni idea de cómo es. Pero siempre que sale una muchedumbre en la tele me sorprende buscándolo entre todas esas caras.

Leah le dijo que no dormía bien. Él le propuso que se instalara arriba, si ella quería, y se esforzó cuanto pudo para disimular su alegría cuando ella aceptó la oferta.

Se quedó en el antiguo dormitorio de Bunny. Hacía mucho tiempo que nadie subía allí. En el lavabo, el grifo del agua caliente se había oxidado y era imposible abrirlo; en las esquinas de la ventana del baño había brotado un moho aterciopelado y verdoso. Sobre la polvorienta repisa había un cortaúñas herrumbroso, una caja de tiritas arrugada y un tubito de diazepam con la etiqueta desvaída.

La primera noche se bebió un whisky con leche caliente para conciliar el sueño, pero dos horas después la despertaron los ronquidos de Bunny. Se quedó tendida, inmóvil en la penumbra. Los intervalos entre ronquidos eran cada vez más largos y sospechó que sucedía algo raro. Bajó las escaleras y

abrió la puerta de la sala. Bunny dormía ahora en una cama articulada que habían colocado en el lugar antes ocupado por el sofá amarillo. La atmósfera estaba muy cargada y olía fatal. Descorrió las cortinas y abrió la ventana más pequeña.

Estaba tumbado boca arriba, con la tez anormalmente pálida, y remaba con los brazos como si estuviera bajo el agua y luchase por alcanzar la superficie. Dejó de respirar durante tres, cuatro, cinco segundos y después arrancó como un motor viejo. Leah se preguntaba si debía hacer algo. Otra pausa y volvió a arrancar. Se paró una vez más. De pronto abrió unos ojos como platos batallando por respirar.

—¿Bunny? —le agarró la mano—. Soy Leah, estoy aquí.

El médico dijo que la grasa que le rodeaba el cuello le impedía respirar. Le oprimía el peso de su propio pecho, nada más; sus músculos estaban muy débiles. Si seguía durmiendo en esa postura acabaría asfixiándose. Tendría que permanecer recostado las veinticuatro horas.

Casi dos semanas después, Leah volvió un día del trabajo y vio que Bunny se lo había hecho todo encima. La enfermera de la mañana no se había presentado y el pobre no pudo aguantarse. Lo olió nada más entrar. Consideró la opción de cerrar la puerta y regresar a la casa vacía de su padre. Entonces Bunny la llamó:

—¿Leah?

Entró en la sala.

—Lo siento muchísimo —dijo él.

Llenó un barreño de plástico con agua caliente. Reunió jabón, bayetas, rollos de papel higiénico y una toalla que bajó del piso de arriba. Ayudó a Bunny a tumbarse de lado. Tenía la piel en carne viva cubierta por sarpullidos y unas manchas color burdeos. La mierda estaba repartida entre la sábana y la raja del culo. Recogió casi todo con el papel higiénico, luego echó la caca y los papeles en una bolsa de plástico. Desenganchó las esquinas de la sábana bajera y las del hule que protegía el colchón y fue enrollando las dos prendas hasta liar un fardo; y mientras lo hacía, lo iba limpiando. Metió la sábana en la lavadora y el hule en otra bolsa de plástico.

No fue tan terrible como había pensado. Lo habría hecho por sus hijos si su vida hubiera discurrido de otra manera.

Empapó las bayetas en agua con jabón y lo lavó levantándole la piel para llegar hasta el fondo de los pliegues. Lo secó con una toalla y lo dejó un rato desnudo en la misma posición. Metió las bayetas y la toalla en la lavadora con la sábana. Limpió el barreño con lejía. Volvió a hacer la cama con una sábana limpia y un hule nuevo que sacó del armario de la cocina. Le echó unos polvos para prevenir los hongos y le pidió que se volviera a recostar.

—Eres la persona más amable que he conocido en toda mi vida —dijo Bunny.

En el felpudo de la casa de su padre encontró una carta del ayuntamiento; anunciaba que el contrato de alquiler había vencido al morir él y que, a menos que se presentaran alegaciones, tendría que dejar la casa libre a finales de mes.

Llevó los discos a la tienda de Oxfam. *Higher and Higher*, de Jackie Wilson; *Up, Up and Away*, de Fifth Dimension; *Nothing Can Stop Me*, de Gene Chandler... Compró una caja de cartón en la cooperativa y metió en ella las únicas pertenencias que merecía la pena conservar, recuerdos de su infancia en su mayoría: un búho de vidrio amarillo, una cajita de felpa morada con unas cucharillas deslustradas donde se veían las figuras de los doce apóstoles, un plato de pared con una vista de Robin Hood's Bay. Cerró la puerta y metió las llaves en el buzón. Guardó la caja de cartón debajo de su cama en la casa de Bunny.

Era viernes, después del trabajo. Al salir de Boots pasó por delante de Kenyons camino de la estación de autobuses. Había dos mujeres sentadas a una mesa cerca del ventanal. Por su manera de actuar, de poseer aquel espacio, advirtió enseguida que no eran de allí. La que miraba hacia la calle llevaba las gafas de sol prendidas como una diadema en una melena color caoba, los hombros bronceados y un vestido amarillo canario para presumir de moreno. Leah sintió una pequeña punzada, una mezcla de envidia y agravio. La mujer notó que la estaba observando. Leah siguió caminando avergonzada y cinco pasos más allá se dio cuenta de que eran Abby y Nisha. Estaba a punto de echar a correr cuando Nisha salió por la puerta del restaurante. Se interpuso en su camino, la miró de arriba abajo con un gesto deliberadamente melodramático y dijo:

—¿Qué coño te ha pasado, tía?

Leah había olvidado cómo funcionaba aquello, las conversaciones mordaces e ingeniosas que solo ellas podían entender y mantenían a raya a todo el mundo. Se miró las mallas grises y las bambas vetustas.

—Acabo de salir del trabajo.

—¡Adentro! —ordenó Nisa señalando con un gesto marcial la puerta del restaurante como si fuera la celda de la que Leah acababa de escapar.

Venían de la boda del hermano de Abby.

—La cuarta. No recuerdo su nombre. ¿Era de Albania o de Eslovenia? Parecía una de esas tías que matan a sus hijos y salen en los periódicos.

Abby y Vince vivían ahora en Muswell Hill, «la Loma del Hombre Blanco», y Sam estaba embarazada por segunda vez. «Diez meses después. El tío se la tiró prácticamente en el paritorio.»

De pronto apareció un camarero con su libreta. Leah intentó poner una excusa, pero Abby la miró fijamente y le dijo:

—No sé qué planes tenías para esta noche, pero estoy completamente segura de que eran una puta mierda comparados con esto.

Pidió atún a la plancha con ensalada de alubias, pimientos asados, aceitunas, anchoas y rúcula, y después una tarta de limón con *crème fraîche*. Se bebieron dos botellas de Montepulciano d’Abruzzo entre las tres. Una cuenta de ciento diez libras con una propina de quince. Salieron a fumar al jardincito de atrás, junto a una de las estufas que había en el patio.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Nisha.

—Murió —respondió Leah.

Nisha se quedó mirándola detenidamente un buen rato. Nada de pésames, ninguna palabra de consuelo.

—En casa tenemos un sofá cama. Si no encuentras trabajo y una habitación en una casa compartida a final de mes, te meteré a patadas en el autobús de vuelta.

—Lo siento —dijo Leah—. No puedo hacerlo.

—Entonces morirás —sentenció Nisha, y se encogió de hombros.

A Bunny se le pusieron negros dos dedos del pie izquierdo. Tenían que dejar la ventana abierta todo el día porque el olor era insoportable. No se

podía hacer nada, según el médico. Le dijo a Leah que se los vendara con una gasa bien apretada hasta que se le cayeran y que después le limpiara las heridas con agua con sal dos veces al día hasta que se le curaran. Diez días después los encontró en la cama mientras Bunny dormía. Los recogió con papel de periódico, como si fueran abejas muertas, los sacó afuera y los tiró al cubo de la basura.

Caía una desagradable llovizna que bajaba de las colinas. No había nadie en la calle. Un Honda marrón abollado con el espejo retrovisor colgando. Los nombres de los niños muertos aún se podían leer en el asfalto. A sus pies, los hierbajos se abrían paso entre las grietas del hormigón. Si todo el mundo abandonara estas calles, pensó, ¿cuánto tiempo tardaría el bosque en invadirlas de nuevo? Las raíces y las plantas trepadoras derrumbarían los muros poco a poco, los lobos se pasearían entre las ruinas.

Estaba llorando, pero no sabía si lloraba por ella o por Bunny.

Bunny sabía que algo no iba bien. Leah se esforzaba por mostrarse alegre, atenta, paciente. Él siempre había sabido que todo acabaría así. Si hubiera sido más valeroso la habría dejado marchar. Le había dado más felicidad de la que jamás había esperado de nadie, pero nunca había sido valiente. Y no soportaba la idea de vivir un solo día sin ella.

No podía dejar de mirarla. Cuando llegaba el momento de que se la arrebataran se había vuelto inefablemente hermosa. Por fin entendía las letras de las canciones: la dulzura, la congoja, el precio de todo ello... La próxima vez lo haría mejor. La pena era que no habría próxima vez.

Leah fue a Sainsbury's y compró un pollo jalfrezi con arroz pilaf, unos langostinos masala y patatas asadas. Compró dos latas de pudín de melaza, dos tarrinas de natillas de vainilla Taste the Difference y una botella de vino rosado Jacob's Creek Cool Harvest Shiraz.

—Te has traído la tienda entera —le dijo Bunny cuando la vio cruzar la sala con las tres bolsas.

—Te voy a preparar una cena elegante.

—¿Y eso? —preguntó Bunny—. Me parece perfecto, no me entiendas mal.

—Hoy es un día especial.

—¿Qué tiene de especial?

Leah notó cierta preocupación en su voz. Dejó las bolsas en el suelo y asomó la cabeza por la puerta de la sala.

—Confía en mí —encendió el horno y le sirvió una copa de vino—. Nunca te haría daño —lo besó en la frente.

Mientras se calentaba la comida encendió dos velas y apagó unas cuantas luces. Con cuidado retiró las maquetas de Bunny de la mesa y las puso en un lugar seguro. Después cogió una silla del comedor para poder sentarse a su lado y cenar con él. Colocó los cubiertos y le alcanzó a Bunny el paño de cocina a cuadros para que lo usara como servilleta. Fue sacando los platos uno a uno: los langostinos, el pollo, las patatas y el arroz. Se sentó y levantó su copa:

—¡Salud!

—Ya sé que te vas a ir e intentas decírmelo de una manera cariñosa.

—No me voy a ningún lado.

—¿De verdad? —hablaba con una voz muy baja, como si su decisión fuera un castillo de naipes que se pudiera derrumbar en cualquier momento.

—De verdad.

Leah bebió un sorbo de vino. Estaba tibio. Debería haberlo metido diez minutos en el congelador.

—¡Vaya! —se echó para atrás, se recostó sobre las almohadas y espiró; estaba intentando contener las lágrimas—. Tenía tanto miedo...

—La cena se está enfriando —le advirtió Leah.

—Bueno, ¿qué celebramos? —dijo Bunny aún con cierto tono de inseguridad en la voz.

—Primero come. Después te lo contaré.

Pinchó con cautela un trozo de pollo, se lo llevó a la boca y empezó a masticar. Leah se dio cuenta de que empezaba a relajarse poco a poco. Bunny tragó, respiró hondo y se abanicó con un cómico gesto de la mano.

—Me he puesto un poco nervioso.

—No tienes que disculparte.

Leah le volvió a llenar la copa.

Comieron en silencio durante un rato. Bunny dio buena cuenta del pollo, el arroz y las patatas.

—Estaba delicioso. Muchas gracias.

—Y ahora el pudin.

—No has escatimado en nada.

—Pero antes... —anunció Leah mientras bajaba la copa.

—Sigue —dijo Bunny con la cara otra vez en tensión.

—Bunny Wallis... —hizo una pausa dramática—. ¿Te quieres casar conmigo?

Él la miró fijamente.

—¿Es necesario que repita la pregunta?

—Sí —dijo Bunny—, es necesario que la repitas.

—¿Te quieres casar conmigo? —repitió, y se quedó esperando—. Como tenga que decirlo por tercera vez igual me arrepiento.

—¿Por qué? —preguntó Bunny—. ¿Por qué quieres casarte conmigo?

—Porque te quiero.

—Este es el día más maravilloso de mi vida.

—¿Es eso un sí?

Bunny respiró hondo.

—Por supuesto que lo es.

—Bien —Leah se inclinó y lo besó en los labios; después se sentó y le sirvió una tercera copa de vino—. ¡Por nosotros!

—¡Por nosotros! —chocó su copa contra la de Leah y bebió; tenía los ojos arrasados en lágrimas—. Nunca había sido tan feliz, nunca.

—Creo que esto merece un pudin de melaza —dijo Leah después de levantarse.

Cuando volvió a la sala, Bunny había cerrado los ojos. Dejó los cuencos en la mesa y le acarició el antebrazo.

—¿Bunny?

—Solo me he... —sacudió la cabeza como un perro tras salir de un estanque—. Perdóname. Me pides que me case contigo y yo me quedo dormido.

—Estás cansado, no pasa nada —repuso Leah, y le alargó el pudin.

Bunny cerraba los ojos con fuerza y luego los volvía a abrir e intentaba concentrarse. Se llevó a la boca una buena cucharada de pudin con natillas, pero a mitad de camino tuvo que bajarla de nuevo.

—¿Te importaría...? —Bunny le dio el cuenco y, al retirar la mano, tiró la cuchara y manchó la colcha—. ¡Mierda! Lo siento.

—No importa.

Se reclinó y cerró los ojos una vez más. Leah relamió la cuchara, recogió los restos de comida que habían caído y los metió en el cuenco. Empapó una esquina del paño en su vaso de agua y frotó con suavidad la mancha. Le apretó la mano.

—¿Cómo va todo por ahí?

Bunny le respondió con otro apretón de mano y después la fue soltando lentamente. Leah se llevó los cuencos a la cocina, tiró a la basura el pudín que había sobrado y dejó los cacharros en el fregadero. Volvió a la sala y se quedó contemplándolo un rato.

—Vamos a ponerte un poco más cómodo.

Le apoyó la mano en la nuca, lo empujó hacia delante y le quitó una de las almohadas que tenía detrás de la cabeza. Él se despertó un momento, pero enseguida se quedó quieto. Leah esperó treinta segundos, después volvió a empujarlo para retirarle la segunda almohada. La última costó más trabajo. Consiguió sacarla con suavidad tirando de los dos extremos para no despertarlo.

Ahora estaba tumbado boca arriba. Dejó de respirar unos segundos y volvió a arrancar. Empezó a mover los brazos en círculos como intentando alcanzar algo invisible situado justo encima de la cama; luego dejó de moverlos. Un par de minutos después repitió la acción sin despertarse.

—¿Bunny? —murmuró ella, pero no obtuvo respuesta.

Las ocho y cuarto. Esperó hasta y media. Los intervalos en que dejaba de respirar eran cada vez mayores, pero siempre surgía una respuesta automática. ¿Habría calculado mal? Las nueve menos veinte. Le apoyó la mano en el brazo.

—Vamos, Bunny, ayúdame un poco.

Las nueve menos cuarto. Ya no levantaba los brazos por encima de la cama, solo amagaba con hacerlo. Parecía deshecho, exhausto, como si hubiera llegado al final de una larga pelea contra un adversario mucho más fuerte.

—Muy bien, Bunny. Puedes dejar de luchar.



El tórax ya no subía y bajaba. No se lo oía respirar, solo un siseo quebrado, apenas perceptible, que arrancaba, se detenía y volvía a arrancar. Justo antes de que dieran las nueve se paró del todo.

Esperó cinco minutos más para asegurarse; después se inclinó y le besó. Pensándolo bien, no había sido para tanto, en realidad; como apagar un interruptor. Estás aquí y después desapareces.

Se sacó del bolsillo el tubito marrón, desenroscó la tapa y lo vació con suavidad sobre la alfombra, a los pies de la cama. Derramó sobre la mesa el vino que se había dejado Bunny y dejó la copa volcada al lado. Llevó su copa a la cocina; fregó los platos, los cubiertos y las copas y los dejó en el escurridor. Metió en una bolsa de basura los paquetes y la comida que no había llegado a abrir y lo tiró todo al cubo de afuera, el que estaba en la puerta principal. Se lavó las manos, se las secó y salió al jardín a fumarse un cigarrillo.

Descubriría su cuerpo sin vida cuando bajase a la mañana siguiente. Advertiría que había una copa tirada y más tarde repararía en el tubo de diazepam. Le tomaría el pulso y comprobaría si aún respiraba, aunque sabría que llevaba bastante tiempo muerto. Llamaría a una ambulancia y esperaría en la calle a que llegara. Llamaría a la madre de Bunny. Llamaría a la hermana de Bunny. «Parecía tan feliz...», les diría. Envolvería en papel de periódico el búho, las cucharillas de los apóstoles y el plato de pared y los metería en el fondo de la maleta, pero no dejaría la ciudad hasta que se celebrara el funeral. La idea de que Bunny atravesara las cortinillas del crematorio sin un solo amigo presente le parecía casi imposible de soportar

## EL SALVAJE

Cae la tarde el día de Nochebuena y empieza a nevar como habían pronosticado, un largo frente frío de dientes blancos que recorre de arriba abajo el mapa meteorológico del Báltico y se adhiere a la grupa encorvada de Inglaterra. Kelmarsh, Clipston, Sibbertoft: arenisca, colinas verdes y onduladas, techos de paja, explotaciones ganaderas e iglesias sajonas en forma de caja. Al principio, copos dispersos, más blancos que el cielo grisáceo que les sirve de fondo, ese silencio mágico de la infancia que se posa sobre todas las cosas y solo permite oír las campanas de la iglesia y un rumor de trenes lejanos que llega a través de un aire gélido y puro.

Madeleine Cooper está preparando una quiche de salmón ahumado con zanahorias y brócoli glaseados y quiere tenerlo todo a punto, a falta de un último golpe de horno, cuando lleguen sanos y salvos sus tres hijos con sus respectivas familias. En la nevera hay una tarta paulova de chocolate y frambuesa.

Martin, su marido, ha terminado de poner la mesa, la insignificante tarea que le ha sido asignada, y ahora está sentado en su estudio escuchando *La pasión según san Mateo* (la versión que grabó Nikolaus Harnoncourt en 2001) mientras lee *Imperios del mar: la batalla final por el Mediterráneo, 1521-1580*, de Roger Crowley. Ha puesto la mesa mal, nueve comensales en lugar de diez. Es un teatro que han representado tantas veces que ya lo hacen casi sin darse cuenta: el marido finge que es un inútil y la mujer finge que se exaspera («¿de verdad no sabes contar a los miembros de tu propia familia?»). Así ella se siente más importante y él encuentra un nuevo argumento para justificar su falta de colaboración. Martin se jubiló hace dos años después de ejercer la neurocirugía durante treinta y seis, primero en el Hospital St. George de Tooting, después en el Frenchay de Bristol y, en su

última etapa, en un centro un poco más tranquilo, la Leicester Royal Infirmary. A Madeleine le preocupaba que su marido se viniera abajo como les solía suceder a los veteranos de Vietnam, que volvían de la guerra y no sabían qué hacer con su vida ahora que no tenían que jugársela, pero lo cierto es que Martin aplica el mismo rigor pragmático que antes aplicaba a las leucotomías, los aneurismas y los adenomas de pituitaria, a la lectura, a la música, al golf y a terminar quinto de piano.

Madeleine se preocupa por casi todo. Ha vivido angustiada durante la mayor parte de su vida adulta. Rara vez habla de ello con otras personas, aunque es algo que salta a la vista para los que la rodean, Martin incluido. Está convencido de que su mujer sufre una carencia fundamental en su disposición psicológica que se ha visto agravada por una vida en la que ha corrido muy pocos riesgos y ha pasado demasiado tiempo sola. Dado que se siente incapaz de cambiarla, piensa que no tiene demasiado sentido hablar del tema.

Nada más dar las cuatro de la tarde llegan Sarah, la hija mayor, y su marido, Robert. Sarah dirige el Departamento de Desarrollo Empresarial de la Diputación Provincial de Hampshire, un trabajo que en tiempos consistía, entre otras cosas, en construir albergues para menores, instalar servicios de banda ancha y asignar trabajadores sociales a las consultas de los médicos de familia, pero que ahora se reduce a despedir trabajadores, clausurar proyectos y ahorrar dinero. Robert es el gestor financiero de Appalachian, una pequeña empresa de gestión patrimonial que él mismo fundó hace tres años con dos antiguos empleados del Deutsche Bank y que los tres dirigen desde una oficina en Reading a la que se desplaza desde Winchester tres días a la semana.

Solo tienen una hija, Ellie, una adolescente que va a pasar las Navidades con la familia de su novio en Winchester porque Daniel y ella acaban de empezar a salir y sus padres son «muchísimo más relajados que vosotros», lo que probablemente significa que Ellie todavía no ha perdido los nervios en su presencia.

Sarah es una auténtica tocapelotas, según el inapelable diagnóstico de su padre. Según Sarah, lo que pasa es que es mujer y, a diferencia de su madre, trabaja y tiene sus propias opiniones, que no siempre coinciden con las de su

padre.

A Robert le gusta que Sarah sea beligerante y testaruda, aunque eso tampoco tiene demasiado mérito porque comparte casi todas sus opiniones y, por tanto, rara vez discute con ella. Pero no le gusta visitar a sus suegros porque, en su presencia, Sarah a veces vuelve a convertirse en el tipo de adolescente que él imagina que fue, una chica que se parece demasiado a su hija adolescente en su estado de ánimo menos atractivo. Es un tema que ha intentado discutir con Sarah y no piensa volver a hacerlo. Pero en casa de sus suegros hay un suministro abundante e ininterrumpido de alcohol que para Robert es una necesidad médica, como una infusión de morfina para apaciguar el dolor.

—Hola, cielo —Madeleine abraza a su hija.

Robert y Madeleine se dan su tradicional abrazo tenso. Una vaharada de música coral («Ich will dir mein Herze schenken»), y Martin aparece en la puerta abierta del estudio para ofrecerle el apretón de manos de club de golf que a Robert siempre le parece demasiado enérgico para un hombre que hasta hace poco trabajaba con cerebros de seres humanos vivos.

—Eran Leo y Sofie —Martin levanta el teléfono inalámbrico con la mano libre—. En veinte minutos están aquí.

—¿Y Gavin? —pregunta Sarah.

—No hay noticias aún —replica Martin.

—Bueno —dice Sarah—, si el tiempo no mejora...

—Vamos, vamos —protesta Madeleine—, no empieces antes de que llegue.

—El año pasado se comportó como un auténtico cretino —sentencia Sarah—, y estoy segura de que este año lo volverá a hacer.

Martin mira a Robert y se frota las manos.

—¿Algo de beber?

El cielo se ha oscurecido. La nieve se acumula en los rincones protegidos y en las paredes expuestas al viento. Se deposita sobre los pliegues de los calendarios de Adviento que se colocan en los alféizares de las ventanas. Oculta y suaviza la parte superior de todos los objetos, como si fuera el glaseado de un pudín de ciruela. Los setos, los cables de telégrafo, los coches,

los buzones, los contenedores de reciclaje. Desaparecen los bordes del mundo. Si miras hacia arriba, parece que hasta las propias estrellas han caído del cielo y no son en realidad esferas inmensas e incandescentes, sino objetos diminutos, congelados, que se derriten en la palma de tu mano.

Martin le dice a Madeleine que deje de preocuparse e insiste en que Gavin y Emmy están bien porque, según uno de sus principios elementales, todo va bien hasta que, de vez en cuando, deja de ir bien, y, por tanto, hay que ahorrar fuerzas para enfrentarse a esas contingencias excepcionales. Mentalmente, sopesa lo que él haría si tuviera que pasar toda la noche atrapado en un coche con este tiempo, y resolver ese problema le produce cierta satisfacción. ¿Cuánto tiempo, por ejemplo, podría aguantar el motor al ralentí para que siguiera funcionando la calefacción? Por supuesto, la nieve actuaría como una especie de aislante, pero tendría que estar pendiente para no envenenarse con el monóxido de carbono.

Un Volkswagen Touran de color verde gira para salir de la carretera principal, dos conos de luz halógena avanzan a través de los copos que caen lentamente. El coche resbala un momento hacia un lado, después recupera la tracción y la nieve compacta cruje cuando las bandas de rodadura del neumático se agarran. Leo, el hijo pequeño de Martin y Madeleine, es quien conduce. Su mujer, Sofie, viaja en el asiento del copiloto y David (once) y Anya (diez), en la parte de atrás. Leo decide que es mejor no cruzar la puerta con el coche pues los postes de piedra deben de estar en las últimas, y lo aparca de cualquier manera, muy separado del bordillo oculto por la nieve. Apoya la cabeza en el volante.

—¡Dios mío, estoy hecho polvo!

Leo es profesor de historia y trabaja en Durham. Cuando era un crío, se preguntaba a menudo si era adoptado y aún no ha conseguido librarse del todo de esa sospecha. Para él, cualquier reunión familiar es un suplicio, y cuando terminan siente que necesita irse de vacaciones a cualquier lugar remoto de la Tierra donde pueda pasear tranquilamente. En realidad, es como su madre, o como habría sido su madre si la fuerza gravitatoria del marido en torno al cual ha orbitado durante casi toda su vida no la hubiera deformado. Prefiere escuchar en vez de hablar. En la mayoría de las reuniones suele tener facilidad para averiguar lo que sienten los demás, y si alguien no lo está

pasando bien, no puede evitar identificarse con esa sensación. Una Navidad en familia es una fuente de malestar garantizada para él.

Sofie traduce del islandés y del danés, su lengua materna. Está especializada en textos corporativos, aunque en los dos últimos años ha traducido algunas novelas policíacas. No se siente más próxima a la familia de Leo que él e intenta guardar las distancias fingiendo que es más extranjera y menos inteligente de lo que es en realidad, confunde las palabras adrede y aparenta que las estafalarias costumbres nacionales la desconciertan, aunque la ofende y la alivia en igual medida que ninguno de ellos sea capaz de destapar esas artimañas tan patentes.

Anya está atravesando una fase de conformismo despiadado que tanto Leo como Sofie hallan desalentadora (*Los Sims, Frozen, One Direction*), aunque no tanto como las excentricidades descaradas de David, que Leo en particular teme que sean un indicio de que posee los mismos genes maltrechos que han llevado al tío ciclotímico de Sofie a pasar toda su vida adulta entrando y saliendo del psiquiátrico de Augustenborg. Todos los libros que ha leído Leo sobre el tema aseguran que, en el caso de los chicos, la psicosis no muestra su horrible cara hasta las últimas etapas de la adolescencia, lo cual lo consuela hasta cierto punto. Con todo, es difícil contemplar con indiferencia la colección de animales muertos (un cuervo, un ratón, un ciervo volante, un sapo) que su hijo guarda envueltos en papel de seda en unas cajas de cartón ordenadas en fila en la estantería de su habitación, como si fueran pequeños ataúdes, y entender el lenguaje incomprensible que emplea a veces cuando está a solas y que según él es tagalo, aunque Leo ha comprobado que no lo es.

Sacan el equipaje del maletero. Anya lleva una mochila amarilla, negra y blanca con forma de *minion*. David, una antigua cartera de cuero que le regaló su abuelo danés, que encera con asiduidad y que le da el aspecto de un clérigo renacentista.

Leo se detiene y mira a su alrededor para observar esa oscuridad azulada y cristalina; escucha... absolutamente nada. Aparte de las voces de sus hijos, que están discutiendo porque uno de los dos ha tirado el edredón enfundado a la nieve, el silencio es insondable. Lo olvida todos los años hasta que algún detalle (el cristal de una bola de Navidad rota, una banda de metales del ejército de salvación tocando «I Saw Three Ships», una buena nevada...) le

recuerda una vez más lo extraordinaria que era antes la Navidad, lo extraordinario que era todo durante todo el año, momentos individuales que había aceptar, resolver o padecer. Pero ahora... tanta inercia, tantos espacios en blanco, como si el tiempo fuera infinito y esos mismos segundos se pudieran retirar del mantel con un cepillo, como la sal derramada.

—Ya sé que te encantaría pasar toda la noche ahí de pie —le dice Sofie mientras le acaricia el brazo—, pero hace muchísimo frío.

Suben fatigosamente por el camino de entrada hasta que de pronto se enciende la luz automática anti-intrusos. Cuando llegan al porche, Sarah está abriendo la puerta con sus dos vidrieras (un pastor en la de la izquierda y tres ovejas en la de la derecha).

—¡Hola, hermanito!

Sarah siempre se las arregla para hacer eso cada vez que se encuentran: afirmar con dulzura pero con firmeza que ella ocupa una posición superior en el escalafón, y lo hace con la cordialidad suficiente para que cualquier protesta parezca mezquina.

Leo respira hondo. Han pasado diez segundos, solo quedan treinta y seis horas para que esto acabe.

—¿No hay noticias de Gavin aún? —pregunta Leo—. No he visto el coche.

—Con un poco de suerte pasarán la noche en un Travelodge de la M1.

Sofie se sacude la nieve de los pies mientras Sarah recibe a los niños con una reverencia cómica, como si pertenecieran a la realeza.

—Anya... David...

—Le saludo en nombre de los siete reinos —dice David—. Por un momento temí que no conseguiríamos atravesar las montañas.

—No cantes victoria aún —le corrige Sofie.

Se vuelven todos a la vez cuando ven que Gavin y Emmy se acercan por el camino de entrada; a pesar de la oscuridad, sus andares de Shackleton y Scott delatan que han tenido que bajarse del coche hace un buen rato.

—¡Ah del barco! —grita Gavin—. Espero que hayáis preparado una buena chimenea y litros de whisky.

Gavin es una persona inteligentísima cuyo defecto fundamental, aparte de

un ego desmedido, es que nunca se ha topado con una pasión arrolladora a la que haya consagrado sus múltiples talentos, una ocupación que le ofrezca la posibilidad de lograr algo que le importe más que el logro en sí.

Leo tiene la teoría de que a los doce años Gavin dio un estirón increíble que favoreció el desarrollo de su magnetismo innato, y desde entonces siempre ha sido el centro de atención de un grupo de personas que quieren disfrutar de su compañía en todo momento y, por tanto, nunca ha podido librarse del ruido que generan esos admiradores para atender a sus propios pensamientos ni se ha aburrido lo suficiente para descubrir qué le gusta en realidad.

En el fondo, Gavin cree que él debería ser el cabeza de familia (Sarah está tan incapacitada por razones de género que nunca la ha considerado su hermana mayor) y le molesta que su padre siga detentando esa posición en lugar de morirse o ceder las riendas de su hegemonía intelectual. El mero hecho de acudir a casa de sus padres en Navidad es un acto de respeto que le parece humillante, más molesto aún en esas condiciones meteorológicas tan adversas.

Dieciocho años atrás obtuvo la mayor distinción como jugador de rugby en Cambridge, llegó a fichar por los Harlequins, le destrozaron la mandíbula en el séptimo partido de liga y, cuando estaba tendido en una cama del Hospital de St. Thomas, tuvo una insólita revelación: comprendió que nunca llegaría a ser internacional y que por tanto debía aceptar el trabajo en Ove Arup que le habían ofrecido cuatro meses antes. Volvió a ponerse en contacto con la empresa y, como la vida siempre le había sonreído, no le pareció nada raro que la mujer que había aceptado el empleo en su lugar hubiera muerto una semana antes en un accidente de avión en la Costa de los Esqueletos de Namibia y que su futuro jefe de departamento fuera un fanático del rugby que no le guardaba ningún rencor por haber rechazado la oferta en un primer momento.

La compañía, que había construido el Centro Acuático Nacional de Pekín para los Juegos Olímpicos y la nueva Terminal 5 del aeropuerto JFK, lo destinó sin embargo a la A8, la autopista de Belfast a Larne, y al poco tiempo estaba tan desesperado que se subía por las paredes. Afortunadamente, los hados benignos quisieron que se encontrara con un viejo amigo de Peterhouse que le consiguió un trabajo como comentarista y entrevistador para la cadena



deportiva Sky. Era elocuente, espabilado y se sentía a sus anchas delante de una cámara y de tres millones de espectadores potenciales. Del rugby se pasó al atletismo y al ciclismo, pero no tardó en aburrirse una vez más de un trabajo que le parecía poco exigente, cuando él estaba sediento de prestigio. En ese preciso instante, los hados benignos vinieron en su auxilio por tercera vez y lo reunieron en los urinarios con el director de documentales de la BBC4 después de la ceremonia de los premios de la Royal Television Society, un encuentro que derivó, por unos vericuetos algo étlicos y enrevesados, en una acalorada discusión sobre los méritos respectivos de Brunel, un presentador rico y jactancioso, y Stephenson, un presentador discreto y popular, una discusión que a su vez lo condujo, por unos vericuetos menos étlicos pero igual de enrevesados, a presentar una serie de televisión sobre diez proezas de la ingeniería británica (el coche de carreras Thrust SSC, el funicular de East Hill en Hastings, el Molino de Pitstone...). Escribió un libro basado en la serie sin recurrir a un negro y empezó a publicar una columna sobre tecnología en el *Times*, bajo la promesa de no escribir nunca sobre objetos con teclado o con pantalla. Ganó mucho dinero dando charlas y conferencias y, mientras filmaba una nueva serie sobre los puentes más importantes del mundo, conoció a Kirstin Gomez y se casó con ella. No se podía decir que fuera la más lista de la clase. De haberlo sido, no se habría casado con Gavin. Pero era tan sexi que parecía una caricatura y una de las escasísimas personas que lo maltrataban. Se compraron una casa en Richmond y tuvieron un hijo, Thom, que ahora tiene once años. Sorprendentemente fue un buen esposo y un buen padre, desde luego mucho mejor de lo que habían pronosticado muchos quienes lo conocían, hasta que se volvió a aburrir una vez más de un trabajo que le parecía poco exigente, aunque lo cierto es que solo lo había ejercido a tiempo parcial, y Thom vivía ahora con su madre a más de quince mil kilómetros de allí, al lado del puente con un arco de 503 metros gracias al cual se habían conocido sus padres.

Gavin solicitó asesoramiento legal en relación con lo que el exaltado jovencito del bufete Dagmar-Prestell definió sin demasiado tacto como «el secuestro», pero al final decidió que no quería arriesgarse a alcanzar un acuerdo que lo obligara a vivir con su hijo durante una buena parte del año. La separación no le causó el dolor que habría padecido una persona desprovista de esa pétrea confianza en sí mismo, pero había un

compartimento de su memoria que se limitaba a no visitar jamás, un sitio cuya existencia solo podía atisbar el resto de la humanidad, un sótano cerrado con llave en un caserón del que salen de vez en cuando sonidos inexplicables que únicamente se oyen en el silencio de la noche y que son irrelevantes porque la puerta está cerrada a cal y canto y solo un idiota se atrevería a bajar por esas escaleras angostas y enmohecidas.

Emmy, su nueva esposa, es actriz, y muy buena (ha trabajado en el Teatro Nacional, ha hecho algo de televisión y algunas películas, pero sobre todo teatro, que es lo que la apasiona). Posee precisamente lo que le falta a Gavin (se dedica a algo que está por encima de ella) y le falta lo que le sobra a él, esa autoestima tan arraigada cuya carencia la abrumba cada vez que termina de encarnar a un personaje ficticio. A Gavin le encanta su llamativa belleza («la ayudante del villano en una película de James Bond», según la nada generosa descripción de Sarah) y se siente orgulloso de que sea suya, pero lo cierto es que lo que ha mantenido viva la llama del amor en los últimos tres años ha sido la falta de convivencia. De hecho, gracias a Henrik Ibsen y al calendario de trabajo de Gavin esta va a ser la cuarta noche que pasan juntos desde principios de noviembre.

Ahora están sentados en la cocina de los padres de Gavin tomando una taza de té, con una toalla limpia alrededor de la cintura, como si fuera una falda, mientras sus vaqueros empapados dan vueltas acrobáticas en la secadora. Gavin está muy animado. Le gusta la aventura en pequeñas dosis (está intentando venderle a la BBC una serie documental en la que piensa recorrer a pie la Ruta de la Seda) y no le habría importado cubrir una distancia cinco veces mayor arrastrándose por una nieve dos veces más profunda. Y aunque no está tan animada, Emmy al menos ha conseguido entrar en calor y siente un gran alivio por haber logrado sobrevivir a la conducción temeraria de Gavin.

El buen humor se prolonga durante toda la cena, favorecido en parte por la calidad excepcional de la quiche y de la tarta Paulova, por el buen humor de Gavin y por el hecho de que Emmy ha interpretado hace poco un pequeño papel en *El nuevo exótico Hotel Marigold* y se encuentra por tanto en posesión de una serie de cotilleos escandalosos sobre algunos actores famosos que no se resignan a envejecer con dignidad, y todo el mundo,

incluido Martin, que suele jactarse de pasar olímpicamente de esos chismes tan vulgares, siente una enorme curiosidad.

Cuando terminan de cenar, Sarah insiste en que su madre no se levante mientras ella retira los platos con ayuda de Emmy y de Sofie. De acuerdo con una tradición tácita, mientras recogen las chicas despotrican apoyándose en estereotipos sexistas pasados de moda y convierten ese acto en una pequeña pantomima destinada a demostrar que en su casa, por supuesto, ellas no recogen. Calientan el agua para el café, limpian los platos y tiran los restos al cubo verde de debajo del fregadero; llenan el lavavajillas, lo ponen en marcha y regresan al comedor con una jarra de café y dos poleos que Sofie ha sacado de una cajita que se ha traído desde Durham. Dejan el plato de los quesos en el centro de la mesa por si los hombres quieren seguir picando.

Sacan de la vitrina un juego de copas de vino más pequeñas y las reparten. Hay brandi y Sauternes, una botella de Château Suduiraut de noventa libras por cortesía de Gavin, que experimenta un placer perverso en saber que su padre es el único capaz de apreciar el alcance de su generosidad. También sacan una caja de After Eight de tres libras que ha traído Sarah para contrarrestar deliberadamente el gesto mucho más imponente que sabía que su hermano haría de todas maneras.

Martin quiere un poco de diversión. Se ha convertido en algo habitual, una tradición en la que todo el mundo participa bajo distintos niveles de coacción; una ceremonia que sirve para escenificar el poder que detenta Martin en esta pequeña corte. Leer un fragmento de un libro se acepta, pero se suele considerar que es un intento bastante flojo. Recitar un poema de memoria está mejor visto. Un texto de creación propia supera a la lectura y al recitado si la obra tiene un pase. La única que está exenta es Sofie, a condición de que dibuje mientras tanto algunos bosquejos a lápiz de los demás miembros de la familia en plena actuación. Varios de estos dibujos se han enmarcado y ahora está colgados en el pasillo, junto al baño de abajo. Emmy nunca actúa porque es una actriz demasiado buena y nadie puede apropiarse del show de Martin. En lugar de ello hace unos cuantos trucos de magia de tres al cuarto que aprendió cuando trabajaba en una montaje experimental de *La tempestad* que se estrenó en el Fringe de Edimburgo muchos años atrás (David y Anya todavía recuerdan la ocasión en que Emmy

hizo desaparecer un billete de veinte libras que luego estaba dentro de la tartaleta de frutas que se estaba comiendo el abuelo). Hace algunos años, cuando las relaciones diplomáticas estaban bastante deterioradas en la familia, Sarah recitó un poema de Sharon Olds donde aparecía la palabra *coño*, pero su padre recogió la pelota, sacó de nuevo y chutó directamente al fondo de la red cuando dijo que le parecía un poema fantástico y preguntó quién era el siguiente.

Este año se enmarca en un periodo de tregua en ese apartado, y todo parece indicar que el espectáculo de esta noche va a desarrollarse sin contratiempos. Anya se ha traído el violín y tiene previsto interpretar una pieza de Leclair que se está aprendiendo para el examen de cuarto, y su abuelo va a tocar el *allegretto con moto* de la primera pastoral «en miniatura» de Frank Bridge. Un poco de Tennyson y algo de Carol Ann Duffy. Emmy les va a leer la mente.

—Bueno —dice Martin—, ¿quién va a dar comienzo a la velada?

Y Sarah exclama:

—¡Me cago en la hostia! —un tipo de lenguaje que no suele tolerarse en esa habitación.

Todos siguen su mirada hasta el ventanal francés porque al otro lado del cristal se ha encendido de repente la luz anti-intrusos y hay un negro muy alto con un gorro de lana negra, barba tupida y entrecana y un largo abrigo oscuro del que asoman unos pantalones de camuflaje y unas aparatosas botas negras. Los observa como si fueran animales del zoo. O quizá sea al revés.

—¿Quién demonios es ese tipo? —pregunta Gavin.

—No tengo ni la más mínima idea —dice Martin, más intrigado que sorprendido.

—¿Un vecino? —pregunta Sofie.

—¿Cómo coño va a ser un vecino? —replica Gavin.

—¿De verdad te parece una pregunta tan estúpida? —inquire Sofie.

Leo apoya la mano en la espalda de Sofie para consolarla. En otras ocasiones ha intentado defender a su mujer de las groserías de su hermano, pero nunca ha conseguido llegar a buen puerto.

—¿Alguien ha valorado la posibilidad de dejarle entrar? —indaga Leo.

—No es el tipo de persona a quien me gustaría recibir en casa —dice

Madeleine.

El desconocido golpea dos veces el cristal con estudiada lentitud.

—Tampoco parece el tipo de persona a la que te gustaría tener en el jardín de tu casa —agrega Martin.

No lo reconoce. En sus buenos tiempos tuvo que vérselas con unos cuantos personajes excéntricos, difíciles o imprevisibles. Algunos eran pacientes, otros familiares. También ha recibido amenazas, aunque en contadas ocasiones. La neurocirugía tiene sus riesgos y a la gente desesperada le cuesta trabajo aceptar las estadísticas.

—¿Me estoy asustando de verdad? —pregunta Anya.

En los últimos meses ha adquirido la costumbre de preguntar en lugar de afirmar porque no quiere mostrarse decidida ni parecer necesitada.

—No pasa nada —Sofie le acaricia el pelo para tranquilizarla—. Probablemente tiene frío y hambre, nada más.

—El abuelo se lo va a cargar —apostilla David como si fuera algo obvio y normal.

Esos comentarios son los que le hacen pensar a su padre que su hijo va a pasar una parte considerable de su vida adulta ingresado en una institución psiquiátrica.

—Vamos a ver qué quiere —Martin se pone en pie.

—No le dejes entrar —insiste Madeleine.

Su marido se detiene.

—No creo que quedarnos aquí sentados contemplándolo sea una opción a largo plazo

—Quizá deberíamos llamar a la policía —señala Madeleine.

—¿Y qué les decimos, que hay un negro llamando al ventanal? —pregunta Gavin.

—Si no se os ocurre nada mejor... —Martin descorre el pestillo de la puerta y la abre.

Una enorme vaharada de nieve y aire helado invade la habitación. Un par de tarjetas se caen de la repisa de la chimenea y resbalan tableteando por la cesta de la leña hasta caer al suelo.

—¿En qué podemos ayudarlo, caballero?

—¿No me van a invitar a entrar? —pregunta con una voz susurrante de

tenor. Todos esperaban un acento de Trinidad o de Hackney, pero es mucho más difícil de identificar.

—No pensaba hacerlo, la verdad.

—Hace un frío glacial aquí fuera y vengo desde muy lejos.

—No me interesa de dónde viene —dice Martin—, sino qué está haciendo en mi jardín.

—No es un recibimiento muy caluroso para una noche tan fría.

—Creo que es un recibimiento bastante digno dadas las circunstancias.

—¡Esto empieza a ponerme la carne de gallina! —exclama Sarah.

—Bueno, es mejor que oír a Leo recitando una mierda de poema de Seamus Heaney —dice Gavin en voz alta para que Leo se entere.

—¿Qué quiere usted? ¿Dinero? —le pregunta Martin.

—Tenía la esperanza de encontrar un poco de hospitalidad.

—Deja pasar a este buen hombre —dice Gavin.

—¡Gavin, por Dios! —murmura Madeleine.

—Sírvele una copa de brandi y una tartaleta de frutas para que entre en calor y pueda seguir su camino tranquilamente —añade Gavin—. Ya sabéis, el espíritu navideño y todas esas cosas.

—Gavin —dice Leo—, no estoy seguro de que sea una buena idea.

Anya se cambia de silla, se sienta al lado de su madre y se refugia bajo su brazo protector.

—Cinco minutos —sentencia Martin.

El desconocido entra en el salón. Se limpia los pies con la misma parsimonia con que ha llamado al ventanal, como si le estuviera mostrando cómo se limpian los pies a un público que lo ignora. Martin cierra la puerta. El desconocido se quita el gorro de lana y se lo guarda en un bolsillo.

Ahora pueden olerlo, un aroma más próximo al de un agricultor que al de un vagabundo. Cuero, estiércol y humo, un olor en cierto modo ancestral, caballos mongoles en las altas estepas. Yurtas y águilas. Lleva un gabán de la época napoleónica, de estameña negra muy gastada, con botones de latón auténticos y un dobladillo deshilachado. La nieve que se ha posado sobre sus hombros está empezando a derretirse.

—Felices fiestas —dice Gavin mientras le acerca los manjares que le habían prometido—. Las ha preparado mi madre con sus propias y pálidas

manos. Sublimes. Ha puesto un montón de fruta en las tartaletas.

—Gavin, por favor —tercia Leo con mucha calma—, deja de decir estupideces.

El desconocido bebe un sorbo de brandi, lo saborea y se lo traga. Prueba un bocado de tartaleta. Cierra los ojos. Si alguien contemplara la escena desde fuera pensaría que todos están esperando que le conceda un diez de puntuación.

Martin está dando vueltas a viejos recuerdos. Si el hombre tuviera el pelo más corto y no llevara barba...

El desconocido asiente con la cabeza. La tartaleta está buena. El ambiente se relaja. Bebe otro sorbito de brandi y da un paso al frente para dejar la copa y la tartaleta sobre la mesa. Emmy y Sofie apartan ligeramente sus sillas para evitar el contacto. El húmedo dobladillo del abrigo le roza la rodilla a Emmy. Retrocede unos pasos y regresa al centro de la habitación. Se le han quedado algunas migajas de hojaldre en la barba.

—¿Quién quiere jugar a un juego?

—Ninguno de nosotros quiere jugar a un juego —replica Martin enérgicamente—. Queremos seguir disfrutando de la agradable velada que estábamos teniendo antes de que llegara usted.

El desconocido ignora el tono de la respuesta de Martin; o quizá no ha podido oírlo.

—Seguro que alguien quiere jugar a un juego.

—Le hemos ofrecido algo de beber —agrega Martin— y algo de comer. Creo que sería una buena idea que ahora siga su camino.

—Mi camino termina aquí —contesta el individuo.

Se hace un breve silencio mientras todos asimilan sus palabras; después Gavin le espeta:

—Deje de tocarnos las pelotas, ¿de acuerdo?

—Gavin —sisea Sarah—. ¡Dios Santo!

El desconocido se desabrocha el gabán. En el lado izquierdo lleva un bolsillo interior de cazador hundido por el peso de una escopeta de cañones recortados. Anya toma aire y al hacerlo emite un sonido que parece un hipo.

—¡Hala! —exclama David.

El desconocido se saca el arma del bolsillo, aparta los After Eight y el

plato de los quesos, corre hacia un lado el mantelito de mimbre que Martin había puesto de más y deposita la escopeta sobre la mesa, con cuidado para que no se raye la reluciente madera de nogal.

—¡Ay, Dios mío! —exclama Madeleine.

Leo está boquiabierto.

Anya empieza a llorar.

—¿Es una escopeta de verdad? —pregunta David.

—Vamos a suponer que lo es, ¿de acuerdo? —advierde Martin.

Pero la pregunta de David es totalmente oportuna porque hay algo raro en esa escopeta, cierto aire retrofuturista, y existe una remota posibilidad de que sea un accesorio de atrezo a pesar de que, cuando ha tocado la mesa, todos han notado que es un objeto realmente pesado.

—¡Ay, Dios mío! —insiste Madeleine; respira aceleradamente—. ¡Ay, Dios mío!

—Alguien debería llamar a la policía ahora mismo —propone Sofie.

—¿Nos hemos visto antes? —le pregunta Martin al desconocido.

Martin acaba de decidir que esa situación es en última instancia un problema médico, y esta decisión le ha permitido retroceder en el tiempo para meterse en un papel que hace mucho que no desempeña y en el que se encuentra realmente cómodo.

—Seguro que uno de vosotros quiere jugar a un juego —vuelve a repetir el individuo.

Emmy se pone en pie.

—Quédese con nosotros —la exhorta el desconocido.

Emmy se vuelve a sentar. Gavin le da unas palmaditas en la mano para tranquilizarla.

—Me temo que va a tener que irse usted —dice Martin—, y es necesario que lo haga ahora mismo.

—¿Estamos secuestrados? —inquire Gavin—. Lo pregunto solo por curiosidad.

—¿No hay nadie con las agallas suficientes para jugar conmigo? —pregunta el desconocido.

—¡Joder! —estalla Gavin—. Esto no tiene nada que ver con la valentía. Lo que pasa es que usted ha interrumpido una fiesta familiar que hasta ahora



estaba resultando muy agradable y ha dado por supuesto que queremos participar en una pantomima demencial de su propia invención.

—¿Gavin? —dice su padre con serenidad, lo que significa «ya me encargo yo»; luego se vuelve hacia el desconocido—: Me temo que se ha acabado el tiempo.

El individuo sonríe. Recorre lentamente la habitación con la mirada, como si estuviera juzgando a los presentes uno por uno.

Sofie le aprieta la mano a Anya y le dice:

—No va a pasar nada, cariño.

—¡Se acabó! —exclama Gavin poniéndose en pie.

Le irrita la intrusión del desconocido y también la posición subalterna a la que lo ha relegado la impávida actitud de su padre.

—¡Gavin! —gruñe Sarah a duras penas, ahogada por su propia respiración.

Gavin agarra la escopeta.

—No —dice Emmy—. Gavin, por favor.

Gavin se separa de la mesa y empuja la silla hacia delante.

—¡Ay, la hostia! —exclama Leo llevándose las manos a la cara.

El propio Gavin no ha pensado aún qué va a hacer con la escopeta, solo sabe que es la fuente de poder en esa habitación, el cetro, la caracola. Ahora que la tiene en sus manos, sin embargo, no está tan seguro de ello. ¿Debería devolvérsela al desconocido y ordenarle que se la lleve? ¿Debería confiscarla? ¿Debería usarla para amenazarlo?

—Me temo que ha llegado la hora de irse.

Martin se halla en una situación muy comprometida. La persona más peligrosa de la habitación es ahora su hijo mayor. No lo esperaba y no sabe muy bien cómo reaccionar. La familia siempre ha sido para él un problema mucho más complejo que el trabajo.

—O sea, que *estás* dispuesto a jugar a mi juego —señala el individuo con una sonrisa.

—¿En qué consiste exactamente ese juego al que quiere que juguemos?

—Gavin no quiere hacer preguntas, quiere dar órdenes, pero ha sido derrotado.

—Dispárame —contesta el desconocido.

Madeleine suelta un alarido, el tipo de grito que uno profiere cuando se cae rodando por unas escaleras.

Gavin ríe.

—Ay, sospecho que eso no va a suceder.

¡Qué extraño es sostener un arma y, aun así, no dominar la situación!

—Gavin —dice su padre—, sería una buena idea que bajaras el arma.

Está de acuerdo con su padre y le encantaría bajarla, pero no quiere acatar las órdenes de su padre delante del desconocido.

El desconocido se acerca a Gavin muy despacio. Parece que no le preocupa lo más mínimo que le estén apuntando con una escopeta. Es el gesto más amenazador que ha hecho desde que ha entrado.

—¡Basta! —dice Gavin—. ¡Basta, basta, párese ahí!

El tono de su voz no es tan bajo ni tan sosegado como le gustaría.

El desconocido se detiene a un par de metros de Gavin. Son como dos imanes de idéntica polaridad colocados a la fuerza en una proximidad inmediata. Casi se pueden apreciar las curvas de fuerza dibujadas en el aire.

—No se acerque más —advierte Gavin.

—¡Gavin, ten mucho cuidado! —exclama su padre.

—¡No me jodas, Sherlock! —exclama Gavin.

Los dos parecen más pequeños después de ese diálogo.

El individuo hace un movimiento apenas perceptible, quizá se limita a cambiar el peso de su cuerpo de un pie al otro. Gavin reacciona de inmediato y levanta la escopeta. No es consciente de haber tomado esa decisión, solo sabe que ha sucedido y que ya no puede remediarlo.

—¡Mierda! —exclama Sarah—. ¡Me cago en todo!

Ahora Gavin está apuntando a otro ser humano con una escopeta. Alguna vez ha imaginado una situación parecida, pero nunca había pensado que pudiera implicar tanta ansiedad e inquietud.

Anya se levanta y sale corriendo de la habitación. Nadie la sigue por miedo a alterar aún más el precario equilibrio del que ahora parece depender todo. A David ni siquiera se le pasa por la cabeza largarse de allí. Está fascinado. No tiene ninguna sensación de peligro. Se pregunta si todo eso forma parte del gran espectáculo navideño del abuelo. Puede que el desconocido sea un amigo de Emmy. Más tarde, cuando suba a su habitación

y recupere su móvil, les podrá contar una historia totalmente increíble a Ryan y Yah ya.

—¡Ahora lárguese! —le grita Gavin al individuo.

Todos tienen bastante claro que el desconocido no se va a ir.

Leo mueve la silla hacia atrás con suavidad, se incorpora ligeramente y consigue acercarse a Gavin con la intención de hacerle bajar el cañón de la escopeta para que apunte a la alfombra. Pero Gavin se gira y apunta directamente a Leo. No se para a pensar en cómo van a interpretar los demás ese gesto. Para casi todos los presentes parece obvio que significa «a ti también puedo dispararte». Leo vuelve a sentarse.

A Martin no se le ocurre ninguna otra cosa que pueda hacer para ayudar. Preferiría que David, Sofie, Sarah, Emmy y Madeleine no estuvieran allí, pero por lo demás le parece una situación perversa y fascinante.

—Aprieta el gatillo —le dice el desconocido.

—Este tipo no rige, Gavin —dice Leo—. ¿Gavin? Escúchame.

—No creo que sea una escopeta de verdad —señala Gavin—. Por eso está tan tranquilo nuestro amigo.

En realidad no se cree lo que acaba de decir. La escopeta parece real. Simplemente, necesitaba decir algo. Si sigue hablando puede que halle una manera de controlar la situación.

El individuo no dice nada y permanece inmóvil.

—¡Baja la puta escopeta, Gavin! —chilla Sarah—. Deja de jugar a ese puñetero juego estúpido e infantil, ¿vale?

—No creo que gritar sirva de nada —dice Emmy.

—Bueno, tampoco se puede decir que la persuasión sutil esté funcionando a las mil maravillas —replica Sarah.

Gavin avanza unos pasos y apoya el cañón de la escopeta en el pecho del desconocido.

—Genial —sentencia Sarah.

Madeleine ha palidecido por completo. Sofie se ha tapado la boca con la mano.

—No, no, no, no, no —dice Martin en voz baja con el dedo índice en alto como un maestro de escuela que quisiera que un alumno se callara para poder ayudar al resto de la clase a encontrar la respuesta correcta—. Esa ha sido una

idea nefasta, Gavin.

—Gavin —intervie Emmy—, esto está empezando a asustarme de verdad. Todos estamos muy asustados.

Martin se acerca a su hijo. Y es entonces cuando sucede. En ese momento todos están distraídos, pendientes de Martin. Todos menos David, por supuesto, que no siente el menor interés por su abuelo y no puede apartar la vista de la escopeta. De modo que solo él y Gavin están mirando directamente al desconocido cuando dos disparos a bocajarro le dan directamente en el pecho. David no recuerda nada del ruido porque el espectáculo es increíblemente extraordinario. Es como si un airbag enorme e invisible hubiera saltado entre los dos hombres, los hubiera elevado y los hubiera arrojado muy lejos el uno del otro, el torso del desconocido propulsado por el disparo, y el de Gavin por la culata de la escopeta, que se le ha clavado hasta el fondo en las costillas. Ha visto este tipo de imágenes en las películas. Lo que no ha visto en las películas es la manera como la munición atraviesa instantáneamente el pecho del desconocido y le destroza las vísceras, que se desparraman por las cortinas, por el reloj de la abuela y por el mapa de Bedfordshire coloreado a mano mientras el cuerpo vuela por los aires.

Después, el cuerpo del desconocido deja de volar. Está tendido en el suelo, boca arriba, con la cabeza apoyada con firmeza contra la base del reloj, que todavía se tambalea por el impacto, y el gabán extendido a ambos lados como dos grandes alas de murciélago. Justo enfrente de él, como si fuera su propio reflejo, en el extremo opuesto de la alfombra central, Gavin también está tendido boca arriba, con los brazos en cruz, inconsciente, aunque mantiene los ojos y la boca abiertos, como si acabara de descubrir el increíble dibujo que ha dejado la sangre en el techo. Una S regordeta de humo gris y acre se dispersa lentamente en el aire entre los dos.

Madeleine grita, deja de gritar un momento, recupera el aliento y vuelve a gritar, como si estuviera en una competición de gritos.

—¿Gavin...? —dice Emmy, pero no se atreve a acercarse demasiado—. ¿Gavin...?

Hay sangre en el sofá. Y en la lámpara de pie. Hay un charco de sangre cada vez más grande debajo del cuerpo del desconocido. Es una sangre viscosa, con un borde redondeado, del color del oporto bueno. Hay sangre en

tres sillas del comedor. Hay un fino lazo de sangre que atraviesa la mesa y ha dividido el plato de los quesos en dos partes exactamente iguales. Hay un pequeño coágulo de sangre que se está hundiendo lentamente en una copa de Sauternes. Sofie tiene sangre en el pelo. Se la limpia con una servilleta, como un robot, con la mirada fija en un interruptor de la pared de enfrente.

Anya aparece en la puerta. La abuelita está chillando. Ve a dos hombres tendidos en el suelo. Ve un océano de sangre. Piensa que el desconocido va a matar a todo el que encuentre en la casa. Se vuelve y sale corriendo, con el máximo sigilo; sube al piso de arriba y se esconde en el baño de invitados. Ha imaginado esta situación un montón de veces. Piensa a menudo en accidentes de coche, bombas en el tren, tsunamis, volcanes, en el Estado Islámico, en Boko Haram. Siempre que entra en un edificio nuevo, busca rutas de escape y escondites. La tranquiliza imaginar que escucha desde su escondrijo el sonido de las botas militares en el suelo y los gritos de los estúpidos niños que no han sabido prepararse para semejante eventualidad. Ahora que está sucediendo en la vida real, no la tranquiliza en absoluto, pero al menos está preparada. Hay un panel al lado de la bañera. Mete las uñas debajo del borde, lo saca y se mete a presión por el agujero hasta llegar a un pequeño desván situado justo encima de la habitación de los abuelitos, y vuelve a colocar el panel en su sitio. Ese angosto espacio triangular que hay entre el depósito de agua y el techo está lleno de telarañas. Además, hace un frío terrible. Solo había estado una vez allí, en pleno verano, hace dos años, y se leyó un libro entero de *Tracy Beaker* a la luz de una linterna. Pensaba que se mantendría a la misma temperatura todo el año, pero es un espacio cuya función consiste en aislar del frío el resto de la casa. Debería haberse traído un abrigo o un jersey. Ya es demasiado tarde. Se acurruca para darse calor y empieza a tiritar.

Abajo, Martin apoya la mano en el hombro de su mujer:

—Ahora tienes que dejar de hacer eso. Vete a la cocina y tómate un diazepam.

Madeleine no oye la voz de su marido. Es la voz de un médico. Deja de gritar, se pone en pie automáticamente, camina hasta la cocina y coge la cajita de la lata de galletas que hay detrás del bote de chutney. Saca tres comprimidos de dos miligramos y se los toma con un vaso de leche. Se pregunta si no acabará de despertar de una pesadilla especialmente nítida.

Decide sentarse y esperar a que alguien venga y le cuente qué está pasando.

En el salón, Gavin gime, se gira para ponerse de lado y se encoge lentamente hasta quedarse en posición fetal para protegerse las dos costillas que luego averiguarán que están rotas. Emmy se arrodilla a su lado y le acaricia el hombro, y no sabe si sentirse aliviada porque su marido sigue con vida u horrorizada porque ha matado a una persona.

—¿Papá? —Leo empuja la escopeta abandonada con la punta del zapato derecho hasta que choca contra el rodapié—. Eres médico, tienes que hacer algo.

Martin mira a su hijo mayor. Su hijo mayor ha matado a una persona.

—Por Gavin no —dice Leo—, por él —señala al desconocido, pero no se atreve a mirar el cadáver directamente.

Martin se acerca al desconocido. Está de pie, junto a los restos de aquel hombre, con las manos en los bolsillos de su chaqueta de punto verde botella. La cavidad torácica está completamente vacía y ahora no es más que una abrupta sima de masa rojiza, membranas desgarradas y extremos dentados de huesos destrozados. Martin no había visto nada igual desde que era médico residente, ni siquiera entonces, quizá. Recuerda un motociclista que acabó bajo las ruedas de un camión, pero tan solo se había aplastado la pelvis y había perdido una pierna. ¿Qué sentido tiene enseñarle a un médico a alguien en ese estado?

—¿No le puedes hacer una RCP? —pregunta Leo.

—Sin ce y sin pe —replica Martin—, la erre es imposible.

—No sé de qué me hablas —dice Leo.

—Sin corazón y sin pulmones —explica Martin—. *CP* significa «cardiopulmonar».

Emmy devuelve e intenta contener el vómito con sus propias manos. Leo le alcanza una servilleta y ella sale corriendo hacia el baño del pasillo.

Gavin apoya la palma de la mano en el suelo y hace fuerza poco a poco hasta que consigue sentarse. Se frota los ojos con el índice y el pulgar de la mano libre. Tiene la mirada confusa, afligida, de alguien que se acaba de despertar con una resaca terrible. Echa un vistazo al cadáver del desconocido.

—Se me ha disparado, no sé cómo ha sido.

—Le has matado —dice Sarah—. Te lo has cargado, joder.

—Eso no va a ayudar a nadie —señala Martin.

—No estoy pensando en ayudar a nadie —se queja Sarah—. La única persona que necesita ayuda está muerta, joder. Solo quiero desahogarme porque el idiota de mi hermano se ha comportado como un memo arrogante, algo muy habitual salvo que esta vez ha acabado asesinando a una persona.

Robert le toca el brazo.

—Venga, venga, vamos.

—¡Quítame las putas manos de encima! —exclama Sarah—. Tengo razón. Él sabe que la tengo. Todo el mundo lo sabe. Así que no te atrevas a decirme que me calle.

Robert hace el gesto universal de la rendición y se vuelve a sentar en su silla.

Sofie está intentando sacar a empujones a David de la habitación, pero él se niega a irse y se quita del hombro la mano de su madre. Ahora está bastante seguro de que aquel hombre no era un amigo de Emmy. Está mareado y tiene miedo, pero quiere quedarse para poder decir «mi hermana salió corriendo, pero yo no».

—Era un intruso —explica Gavin con parsimonia—. Tenía una escopeta. Nos enzarzamos en una pelea. El arma se disparó.

—Cierra la puta boca, Gavin —vocifera Sarah—. Cogiste la escopeta. Te dijimos que la dejaras. Te negaste a hacerlo. Le apuntaste al pecho. Le disparaste.

—Fue un accidente —se disculpa Gavin.

—Bueno, pues entonces no pasa nada —dice Sarah.

Martin se sienta y se frota la cara. Habría preferido mil veces pasar toda la noche en el coche, atrapado en la nieve.

Emmy aparece en la puerta, secándose la cara cenicienta con el paño morado del pasamanos del fregadero, y se queda en el umbral, como una transeúnte curiosa detrás de la cinta que rodea la escena del crimen.

Arriba, en la pequeña buhardilla sobre el dormitorio de sus abuelos, Anya no puede dejar de tiritar de frío. No está asustada. La posibilidad de que todos los miembros de su familia hayan muerto a esas alturas le da una serenidad increíble. De manera lenta pero inexorable va descendiendo su temperatura corporal.

A la madre no le preocupa dónde puede estar su hija. Ni siquiera se ha parado a pensar en ella. De momento, para Sofie, el mundo que se extiende más allá de esta habitación sencillamente no existe.

—Voy a llamar a la policía —anuncia Sarah, y se dirige hacia la puerta.

Emmy se aparta para dejarla pasar.

—Espera —dice su padre.

Se detiene en seco. Es una de las cosas que más le molestan de su padre, su capacidad para acceder directamente a una región primitiva de su cerebro, el esfuerzo que ella tiene que hacer para desactivar su sumisión instintiva.

—Creo que es muy probable que tengas razón —observa su padre con prudencia porque él, a su vez, ha tenido que aprender a desactivar su propia respuesta automática a los periódicos arrebatos de ira de su hija—, pero quizá deberíamos sopesar las consecuencias de unos actos irreversibles.

—¿De verdad me estás proponiendo que no llamemos a la policía? —dice Sarah; pone su cara de estupefacción, que consiste en hinchar los carrillos y menear la cabeza—. Las tripas de este señor están esparcidas por todo el techo, ¡joder!

La última vez que Martin le dijo a su hija que se calmara, esta le lanzó un plato a la cara.

—Dame dos minutos —le pide.

—Uno —responde Sarah.

—Tu hermano podría pasar una buena temporada en la cárcel.

—Eso no va a suceder —agrega Gavin meneando la cabeza.

—No me apetece oír tu puta voz en este momento —le espeta su hermana.

Él aprieta los dientes y se lleva la mano a las costillas doloridas para justificar su incapacidad para encontrar una respuesta decente.

Sarah se vuelve hacia su padre.

—Cincuenta segundos.

—Era un intruso.

—Era un invitado.

—Con una escopeta.

—Que ni siquiera tenía en la mano.

Si Martin fuera abogado encontraría la manera de salir de esta espesura



especialmente impenetrable en la que se encuentran atrapados, pero solo Dios sabe qué se le habría ocurrido.

David piensa qué pasaría si sacara su teléfono e hiciera una foto del cadáver. No sabe si se consideraría un gesto más insensible de lo habitual, dado que se trata de una persona muerta, o si lo extraordinario de la situación le concedería cierto margen moral.

—Estás pidiendo a nueve personas que mientan —dice Sarah— y que cuenten exactamente la misma mentira, hasta el más mínimo detalle, durante el resto de sus vidas. ¿Quieres explicarme, exactamente, cómo vas a conseguirlo?

Su hija debería haber sido abogada, piensa Martin. Y su hijo va a acabar en la cárcel. Qué giro tan extraño y totalmente imprevisto han tomado los acontecimientos. Tendrá que centrarse en la tarea de minimizar las consecuencias de lo sucedido para Madeleine. Va a ser una tarea difícil y no le hace demasiada gracia. Para empezar, tendrá que clausurar la habitación y hacer que la limpien y la vuelvan a decorar.

—¿Alguien más tiene algo que objetar? —Sarah se gira lentamente y mira a los ojos a todos los adultos, uno por uno.

Saben que tiene razón. Además, se sienten profundamente aliviados de que haya sido ella quien piensa poner en marcha ese proceso inevitable. Pero Sarah no llama a la policía porque el silencio se rompe con un claro gorgoteo, una especie de succión que proviene del cadáver. Emmy grita y hace un bailecito que consiste en salir corriendo sin moverse de su sitio agitando las manos en su propia cara, una coreografía que sería divertida prácticamente en cualquier otro contexto.

—¿Emmy...? —dice Martin—. ¿Emmy? —espera que se calme un poco—. Solo está expulsando algunos gases que tenía atrapados.

Es muy posible que además haya evacuado los intestinos, aunque esa aclaración no le parece necesaria. Se pregunta qué tal estará Madeleine en la cocina. Quizá debería ir para comprobarlo.

El desconocido se incorpora y abre los ojos.

Emmy se sienta, se inclina hacia delante, se desmaya sobre su taza de café, después cae rodando de la silla y se desploma de costado contra el suelo, demasiado rápido para que Robert pueda sujetarla. Gavin emite un ruido que solo se podría describir como un gimoteo canino. David está

alucinado. Es, con muchísima diferencia, lo más increíble que ha visto en su vida. Quizá sea un truco de magia.

Si no fuera porque le faltan la mayoría de sus órganos internos, da la sensación de que el desconocido se encuentra mucho mejor físicamente que Gavin. Se arregla la barba ensangrentada hasta que recupera su forma original y se yergue como si solo hubiera tropezado mientras caminaba por la calle. Atraviesa la habitación y, al hacerlo, todos pueden oír cómo las suelas de su botas se pegan y se despegan del suelo inundado de sangre. Recupera su escopeta. Se acerca a Gavin y se queda de pie junto a él, observándolo desde arriba. El gimoteo de Gavin se convierte en un lamento apenas audible. El desconocido sonríe. Tiene el aire satisfecho de un hombre que acaba de darse un festín en buena compañía.

Gavin tiene la certeza de que estos son los últimos segundos de su vida y le gustaría poder comportarse de una manera un poco más viril, pero el dolor de las costillas rotas y la montaña rusa de emociones de los últimos veinte minutos lo han dejado demasiado exhausto para poder hacer otra cosa que no sea cerrar los ojos y esperar a que las luces se apaguen para siempre.

Las luces no se apagan.

—Te veré la próxima Navidad —dice el individuo; luego desliza la escopeta en su bolsillo de cazador y se abrocha el abrigo sobre el pecho descarnado—. Entonces me tocará a mí —se endereza y se vuelve para dirigir sus últimas palabras al resto de la concurrencia—. Os deseo a todos buenas noches y feliz Navidad.

Camina a grandes zancadas hasta llegar al ventanal francés, lo abre, atraviesa la ráfaga de nieve que invade la habitación y se pierde en la oscuridad.

Gavin está sentado en la cocina, con la cabeza apoyada en las manos, la mirada fija en las vetas de la madera de la mesa esperando a que haga efecto la codeína de su madre. Sarah ha preparado una tetera y ha sacado un plato de galletas; parece que la mayoría de los presentes encuentra cierto consuelo en las galletas de crema y la taza de té caliente que pueden rodear con las manos. A Emmy le ha salido un buen cardenal en la sien.

David empieza a comprender por fin la magnitud de la situación. Hace un rato estaba tan emocionado que parecía que le habían dado cuerda ya que había superado sin esfuerzo alguno una prueba de madurez a la que sus

amigos nunca tendrían la posibilidad de enfrentarse. Defraudado por no haber podido conseguir una foto del muerto, se ha colado en la sala clausurada con su teléfono. Las manchas de sangre no le afectan, pero la fotografía que saca es la imagen inconfundible de la escena de un crimen: triste, sórdida y sin un ápice de glamur. Entonces advierte por primera vez que ha visto cómo su tío asesinaba a otra persona. Y aunque el muerto se ha levantado después y ha anunciado que el año que viene acabará con él, la situación es igual de inaceptable.

En el piso de arriba, Sofie recorre todas las habitaciones cada vez más aterrada.

—¿Anya...?

¿Es posible que estuviera tan asustada, se pregunta, que haya huido de casa para adentrarse en la oscuridad? La niña está inconsciente en la pequeña buhardilla y no puede oír la voz de su madre. Al final, Sofie regresa a la cocina.

—No encuentro a Anya.

—No creo que haya ido muy lejos —dice Leo.

—No —replica Sofie—. Escúchame, Anya no está aquí.

El tiempo se detiene por un momento que parece una eternidad.

—Ha salido corriendo de la habitación. Seguro que ha salido de la casa —añade Sofie.

—¡Joder! —Leo se pone en pie—. ¡Papá, búscame una linterna!

Leo y Robert rastrean el jardín. Buscan dentro del cobertizo y detrás del enrejado de madera cubierto de rosales trepadores. Buscan en el cubo del compost. Encuentran unas cañas de bambú en una maceta que hay al lado de la cocina y las van clavando en la nieve. Leo intenta no pensar que si la encuentran entre la nieve estará muerta con casi total seguridad.

Diez minutos más tarde, David, que está sentado en la cocina, dice despreocupadamente:

—Hay un escondite en el cuarto de baño de arriba. Una especie de trampilla en la pared.

Sofie sube corriendo al piso de arriba. Dentro de un par de años, cuando toque fondo, le cruzará la cara a su hijo de un bofetón, con saña, y lo llamará

«niñato malvado y asqueroso» por no haber revelado antes esa información. Y cuando su matrimonio con Leo fracase, ella sabrá, en lo más profundo de su ser, que el único culpable ha sido su hijo, que se quedó en la cocina comiendo galletas tan tranquilo mientras su hermana agonizaba en el piso de arriba.

Abre la puerta del cuarto de baño de una patada, arranca el panel de la pared y tira de la niña hasta que consigue sacarla por el agujero. Tiene los brazos inertes y no puede sostenerse de pie; la tez gris, la piel fría y húmeda. Sofie la lleva en brazos hasta el dormitorio. Martin se hace cargo de ella. La desnudan, le ponen su pijama de conejitos y la tapan con el edredón. Sarah se sienta a su lado con un secador y calienta el aire que rodea su cuerpo tembloroso. Emmy le trae un gorro con una borla.

—Hay que llevarla a un hospital —dice Sofie.

—¿Y cómo lo hacemos? —responde Martin—. Esto es lo que le harían en el hospital.

—¿Se va a curar? —pregunta Sofie.

—No lo sé, sinceramente.

Esas son las palabras que se le quedarán grabadas a Sofie para siempre. No recordará que su hija se salvó gracias a su suegro, sino la frialdad con la que aceptó que podía morir.

Madeleine aparece con un té dulce y caliente servido en una taza con pitorro que aún conserva de cuando sus nietos eran pequeños. Sofie se la lleva a los labios.

—Vamos, cariño, bebe.

Avisan a Leo y a Robert. Leo regresa, y se siente aliviado cuando descubre que su hija está viva, pero el pánico se vuelve a apoderar de él cuando se da cuenta de que está inconsciente y tiene la mirada perdida. Se agacha y la besa.

—Hola, pequeñita.

Es un dormitorio pequeño, y no sirve de nada llenarlo de gente inútil, así que Sarah y Emmy bajan y se dedican a lavar los platos mientras Robert hace lo que puede en el comedor. Le pasa un trapo al reloj. Enrolla la alfombra empapada en sangre, la guarda en una bolsa y se la lleva al jardín. Saca el mapa de Bedfordshire del marco manchado y lo mete en un cajón para poder lavar con jabón el marco y el cristal. Con una esponja, retira los restos

orgánicos aún desperdigados por el papel de la pared. Quita las cortinas y las pone en remojo en un barreño con agua. Apaga la luz, cierra la puerta y coloca una silla delante, como un gesto simbólico.

Mientras sucede todo esto, Gavin sigue sentado en la mesa de la cocina. No se le ocurre nada que decir. El dolor no lo fastidia demasiado. Hay en su personalidad una faceta agreste e infantil, arborícola, que le permite disfrutar de las penurias físicas. Tampoco le preocupa lo que le ha pasado y lo que le pueda suceder a Anya. Siempre ha tenido la habilidad de ignorar las cosas que no le incumben directamente. Lo que le preocupa es que no ve la forma de sacar partido de este episodio, y es una situación en la que no se había encontrado nunca antes.

Emmy merodea por allí. Seca las sartenes y las cazuelas. Le gustaría estar de vuelta en Londres para poder abandonar su prosaica existencia noche tras noche y salir a ese escenario que imita una sala de estar con vistas al fiordo lluvioso y saludar al pastor Manders... «¡Qué bien que haya venido tan temprano! Así podremos acabar con nuestro asunto antes de la cena...» Porque lo que más la atraía de Gavin, por encima de todo lo demás, era su fortaleza, un rasgo que compensaba su arrogancia y su falta de sensibilidad. Ahora sabe que puede romperse, y es incapaz de librarse de la sensación de que se ha subido al bote salvavidas equivocado.

Esa noche, la única que consigue conciliar el sueño es Madeleine, y solo lo logra hasta las cuatro de la madrugada, cuando se desvanece la niebla del diazepam y empiezan a perfilarse las imágenes de la sangre. Leo le dice a Sofie que intente descansar un poco pero no puede hacerlo hasta que Anya recupere la conciencia y pueda caminar y, en realidad, a él le sucede lo mismo. Sarah está demasiado enfadada para dormir y es evidente que la tarea de Robert consiste en mantenerse despierto para poder absorber, apaciguar y desviar en cierta medida la ira de su mujer para que no complique una situación ya difícil de por sí.

En cuanto a Martin, lo que le impide conciliar el sueño es la resurrección del desconocido. Estaba muerto y después estaba vivo. Han sido víctimas de un truco increíblemente sofisticado. Pero ¿cómo lo ha hecho? ¿Quién lo ha hecho? ¿Por qué motivo?

David no puede dormir porque ha subido al piso de arriba para ver cómo

estaba su hermana y su madre le ha soltado un bufido para que se largue de allí con un tono de odio inconfundible en su voz. Su padre ha salido al pasillo y le ha dicho que mamá estaba un poco nerviosa, pero una disculpa en nombre de otra persona no es una verdadera disculpa. Eso lo sabe todo el mundo.

Había olvidado que Anya tenía un escondite. Lo recordó de pronto. ¿Por qué no lo han felicitado? La respuesta es la misma de siempre. Porque Anya fue una niña prematura, porque es la reina de la casa, la elegida, la que logró sobrevivir. Y a veces le gustaría que estuviera muerta porque todo el mundo te dice que seas bueno, que no molestes, que no alborotes y que recuerdes la suerte que tienes porque papá y mamá están ahora muy atareados, así que te portas bien y no molestas y no alborotas y solo consigues que te ignoren.

En ocasiones sueña que contrae una enfermedad terrible. Sueña que se queda parálítico en un accidente de coche. En ocasiones se asoma demasiado a las ventanas. En ocasiones se acerca tanto la navaja a la muñeca que se hace sangre. En ocasiones averigua en Google cuáles son las dosis letales de algunas medicinas.

Y aquí está una vez más, preparado para *El show de Anya*.

Gavin se queda echado, arropado con el edredón, cuando ya está a punto de amanecer, para descansar, por lo menos, ya que no puede dormir. La luz del día, cuando llega, le devuelve un poco la confianza en sí mismo y confiere a los sucesos del día anterior un aire sobrenatural que le permite reconstruirlos y neutralizarlos. Le pide a Emmy que le traiga otra pastilla de codeína, un café bien cargado y una tostada, y cuando los analgésicos empiezan a hacerle efecto, se ducha lenta y minuciosamente. Luego baja y les propone a todos que salgan a dar un paseo antes de comer.

Sarah se queda estupefacta. ¿Cómo es posible que Gavin pueda desentenderse de lo que ha sucedido en la habitación de al lado? ¿Y por qué todos los demás se han confabulado en este acto de amnesia colectiva? Ella quiere sacar el tema. Quiere que se haga justicia. Como mínimo quiere que su hermano reconozca que ha hecho una cosa realmente horrible.

Es una de las razones por las que muchas personas se sienten atraídas por Gavin y muchas otras consideran que Sarah es una persona difícil; una de las razones por las que el universo se pliega injustamente a la voluntad de Gavin

y pone obstáculos en el camino de Sarah. Él es todo ímpetu y seguridad en sí mismo. Se divierte con lo novedoso y lo interesante; se aburre con lo antiguo y lo difícil. Y consigue que esa actitud parezca noble y correcta.

A Madeleine le duele un poco la cadera, así que Sofie se queda en casa para ayudarla a preparar la comida. Anya, que se ha levantado y ha recuperado la movilidad, tiene miedo del mundo que se extiende más allá de las paredes de la casa, pero decide unirse al grupo por motivos de seguridad; todos se calzan las botas de agua y los guantes y se encaminan hacia la iglesia. Se cruzan con vecinos que los saludan como esquimales en aquella inmensidad cubierta de nieve. Un golden retriever entra y sale dando brincos de los ventisqueros más profundos; aparece y desaparece como si fuera un delfín de pelo amarillento.

Robert se da cuenta de que David se ha descolgado del grupo y avanza a trompicones. Algo no va bien, y recuerda su propia infancia, cuando cambiaba constantemente de colegio y de país. Un glamur superficial e inútil y la soledad en catorce lenguas distintas.

—¿Cómo te va, colega?

David se queda mirándolo con el desprecio absoluto de la juventud; la imagen que le viene a Robert a la mente es la de un niño que se ha caído a un pozo, y por eso cualquier diálogo que puedan llegar a articular carece de sentido: el agujero es muy profundo y no hay escalera. Es un instante que Robert recordará una y otra vez en los años posteriores cuando conozca las sucesivas etapas del largo declive de David. Y siempre asociará la nieve profunda con esa imagen desdibujada en la expresión amarga que ocupa el rostro infantil de su sobrino y de unos padres que no supieron discernir cuál de sus dos hijos estaba realmente en peligro.

Después del ejercicio y de quitarse las botas, todos se colocan alrededor de la mesa de la cocina para una informal comida navideña acorde con la atmósfera poco festiva. Los más jóvenes y ágiles se encaraman a un taburete o se sientan encima de la lavadora con el plato en las rodillas. El pavo está bueno y Martin es el único que se queja de que no haya nabos ni coles de Bruselas como guarnición. La tartaleta de frutas y las natillas están aún mejor y todos se alegran en silencio de haber conseguido comer sin atiborrarse; aunque nadie quiere tentar al destino aludiendo, aunque sea de manera

indirecta, a la razón por la cual están comiendo de esa manera tan poco ortodoxa, la mayoría admite tácitamente que ha sido una comida navideña muy grata.

Gavin levanta su copa de Malbec.

—Que Dios os bendiga a todos y cada uno de vosotros.

Después de la comida se entregan los regalos, y ese momento, que en otras ocasiones resulta un poco tenso, se desarrolla sin ningún contratiempo (el año pasado Gavin le regaló a su padre dos bastones para caminar y se consideró que era un insulto, una metedura de pata). A David le regalan la última edición del *FIFA*. A Martin, un cofre con la integral de las sonatas para piano y violín de Beethoven interpretadas por Isabelle Faust y Alexander Melnikov. Sarah intenta una vez más ampliar los horizontes culturales de su madre con una novela contemporánea escrita por una mujer que irá a parar directamente a la estantería de detrás del gramófono, junto con las demás obras de ese género que Gavin ha bautizado como «novela negra de lesbianas». Leo y Sofie, por el contrario, han traído un montón de botes de mermelada de arándanos de su cosecha, con etiquetas decoradas a mano por Anya. En un primer momento, todos piensan que es un presente excesivamente frugal, pero después lo disfrutarán y lo aprovecharán mucho más que el resto de los regalos (Martin nunca pasará del cuarto disco del cofre de Beethoven).

Recogen envoltorios de los regalos y sirven una tarta. En otras circunstancias verían *007: Operación Skyfall*, pero la toma de la antena de la televisión está en el comedor. En consecuencia, los sucesos de la noche anterior empiezan a salir a la luz en ausencia de una distracción comparable. Mientras los demás juegan al Monopoly, Leo y Robert se escapan para recuperar la maleta de Emmy y Gavin y descubren que su coche está aparcado en una carretera que ha sido milagrosamente limpiada con una máquina quitanieves y sembrada de grava. Al cabo de una hora, la partida de Monopoly ha terminado y Gavin y Emmy se dirigen hacia el sur por la M1, Emmy al volante, Gavin recostado y semiconsciente en el asiento del copiloto.

Ahora que no está su hermano, Sarah expresa lo que piensa de él en voz alta y con todo detalle. Su padre le pregunta por qué reserva su ira



precisamente para las personas que no se lo merecen. Esto no le sienta demasiado bien y se marcha enfurecida llevándose al poco tiempo a Robert con ella de manera que, a las ocho en punto, Leo, Sofie y los niños son los únicos invitados que quedan. Cuando Anya dice que no va a poder dormir en esa casa, Leo y Sofie aprovechan la oportunidad con alivio mal disimulado y deciden emprender el viaje a Durham, aunque sea de noche.

A las diez, Martin y Madeleine se han quedado solos; están a punto de pasar una noche tan mala que al día siguiente deciden alquilar una húmeda casita rural en Shropshire para el resto de la semana. Desde allí, Martin se pondrá en contacto con Andrezj, el albañil polaco que reconstruyó el porche cuando se le cayó el aliso encima, para que vuelva a dejar el comedor como estaba antes de que «un antiguo paciente muy dificultoso entrara a la fuerza en su casa e intentara quitarse la vida».

Gavin y Emmy pasan la noche del día de Navidad esperando una radiografía en unas sillas de plástico durísimas en la sala de urgencias del West Middlesex Hospital. Gavin escucha siete veces «Last Christmas» de Wham! en el hilo musical y luego deja de contar.

Al día siguiente le pide a un amigo que trabaja en la BBC que averigüe si ha habido algún rumor sobre un tiroteo en el pueblo de sus padres. Nadie sabe nada, así que olvida el asunto.

Emmy sufre estrés postraumático durante unas cuantas semanas y la acechan una y otra vez las mismas imágenes (el hilillo de sangre glutinosa que atravesaba el plato de los quesos, el gorgoteo...), pero Gavin no parece preocupado, y eso la tranquiliza. Se pregunta, a veces, si aquello ha sucedido en realidad y esa incertidumbre la consuela, un síntoma de que el recuerdo empieza a ocultarse bajo los abundantes pastos que crecen en los márgenes de su memoria.

Sin embargo, una noche de finales de enero Gavin se despierta al oír un disparo de escopeta. Abre los ojos y descubre una informe mancha de sangre fresca en el techo, encima de la cama, pequeñas estalactitas rojas que se convierten una a una en gotas que caen a cámara lenta sobre su lecho. Se lleva la mano al pecho y... no encuentra nada. Los pulmones, el corazón, el estómago... todos sus órganos han desaparecido. Algo se mueve fuera de su campo de visión. El desconocido está de pie en el umbral de la puerta, los

mismos pantalones de camuflaje, los mismos botones de latón, la misma sonrisa insolente, la ridícula escopeta retrofuturista humeando. Un águila cambia de dirección en el aire que llega desde las montañas. Humo y estiércol.

—¿Gavin? —Emmy lo está zarandeando—. No pasa nada. Por favor, deja de gritar.

Ese es el principio de la caída.

Se queda despierto el resto de la noche. Sigue leyendo *La Ruta de la Seda: una nueva historia*, de Valerie Hansen. Localiza en Google exteriores para rodar en Kasgar y alrededores. Despide al diseñador gráfico que ha sido incapaz de dar con una imagen medianamente digna para la productora que van crear Tony Weisz y él. A la mañana siguiente se monta en el coche y se desplaza hasta el Túnel de Standedge, cerca de Huddersfield, donde están rodando la segunda temporada de la serie *El reino de Isambard*. Consigue olvidarse de su alucinación nocturna hasta bien entrada la tarde, cuando Annie, la directora, se sienta a su lado y le dice con aire despreocupado:

—Pareces exhausto. En la cámara. Y eso no es bueno.

Annie se da un aire de importancia que Gavin aceptaría en un hombre, pero que en una mujer lo irrita. Es muy posible que sea lesbiana, aunque no parece que vayan a tener el tipo de conversación privada que suele dar lugar a la confesión de esas intimidades. Está claro que la chica es inmune a sus encantos, y eso lo desconcierta y lo fastidia. Antes de responder cuenta hasta tres mentalmente como le ha recomendado Tony.

—Me rompí dos costillas el día de Navidad. Todavía me duelen un poco. He pasado una noche horrible.

Y tampoco consigue conciliar el sueño esa noche en el hotel, a pesar de que se pone *Hellboy* en el Mac y se atiza dos comprimidos de Paracodol y tres whiskis del minibar. Se queda escrutando la oscuridad granulosa y monocromática mientras escucha los timbales sordos e irregulares de las tuberías de la calefacción, incapaz de desprenderse del mundo. Sabe que si cae dormido el individuo aparecerá en la habitación y lo asesinará. No es solo miedo lo que siente. En realidad, nunca había pensado en la existencia de su propio subconsciente. Rara vez se ha asomado al interior de su cerebro y cuando lo ha hecho no ha encontrado gran cosa. Le encanta mantenerse ocupado, le encantan la compañía, el trabajo, el ejercicio. Ahora ha

descubierto, con mucho retraso, que hay una región esencial de la mente que puede averiarse, pero que no es sencillo acceder a ella. Tiene cuarenta y un años y es la primera vez que toma conciencia de la existencia de un problema que los más inseguros de su clase ya intentaban solucionar en la zona más ventosa del patio del colegio St. Alysius.

A la mañana siguiente se presenta en el rodaje Veronique, la productora ejecutiva de Palomar, y pregunta educadamente por la salud de Gavin. Gavin se olvida de contar hasta tres y se le escapa la expresión «puto matriarcado». Le dicen que se tome cuatro días libres mientras el equipo rueda exteriores en Mánchester y Edimburgo.

—Yoga, sexo, pastillas, lo que te dé la gana, pero descansa un poco. Pareces un muerto viviente.

Se suponía que solo debía aplicar el consejo de Tony al ámbito laboral, pero cuando Emmy le dice que vaya al médico, Gavin olvida una vez más contar hasta tres. El lado positivo es que Emmy decide irse de casa durante una semana «para evitar que la carrera profesional de los dos se vaya al garete» y se va a vivir con el pastor Manders, que le ofrece la habitación de invitados de su casa de Chiswick. Ahora Gavin puede poner una silla debajo del picaporte de su alcoba, dormir con las luces encendidas y escuchar Radio 4 hasta altas horas de la madrugada.

Cuatro días después regresa a Huddersfield. Tal vez no esté tan despierto ni tan enérgico como antes, pero Annie no dice nada y consigue terminar el rodaje sin ayuda médica y eso le parece una victoria importante porque ha conseguido salvarse él solo.

La semana que se iba a tomar Emmy para dormir bien y llegar fresca al teatro todas las noches se convierte en una quincena y luego en un mes. A las seis semanas se estrena por fin *Fog* con mucho retraso. Es una película de bajo presupuesto dirigida por Mike Singer y rodada la primavera anterior en la costa septentrional de Norfolk. Emmy interpreta a la madre de un niño que sufre una discapacidad profunda y que, probablemente, está poseído por el diablo. Aunque técnicamente es de terror, se trata de una película preciosa, muy conmovedora, y Emmy en particular recibe unas críticas magníficas por su actuación. A las diez semanas le ofrecen un papel protagonista en *Lockdown*, una nueva serie policiaca de ITV donde también trabajan Gemma

Atterton y Matt Smith.

Al día siguiente, cuando queda con Gavin para comer en Honey & Co., en Warren Street, él no parece demasiado impresionado por todas esas noticias. En otras circunstancias, Emmy se ofendería, pero está claro que esa reacción solo es el síntoma de un problema más profundo con el que él está batallando. Si Gavin le pidiera ayuda, aunque lo hiciera de la manera más sutil, ella no podría negársela. Pero él no le tiende la mano, y si hay algo que ha aprendido en los tres años que llevan casi juntos es a no insinuar jamás nada que pueda presuponer debilidad por su parte. Así que se deja el último trozo de tarta de castañas y ron, lo besa en la mejilla y sale del restaurante sabiendo que se halla ante el cambio de ritmo insignificante e inesperado que va a poner fin a su matrimonio.

Gavin recibe un correo electrónico de Sarah. «Habría preferido no ponerme en contacto contigo», dice su hermana, y esta frase lo impresiona más que la noticia de que su padre se ha resbalado en el hielo de la acera cuando iba a comprar el periódico y se ha roto la cabeza del fémur derecho. Debería montar en el coche e ir a Leicester, pero se siente incapaz de atender un requerimiento, menos aún si viene de su hermana. Así que llama a su madre por teléfono, le explica que está en pleno rodaje y le pide que le diga a su padre que se recupere pronto.

Tony tiene problemas para encontrar una cadena que quiera comprar la serie sobre la Ruta de la Seda. Circulan por ahí algunos rumores sobre el carácter de Gavin, pero eso no debería ser un obstáculo. Las cifras de audiencia de *El reino de Isambard* son cada vez mejores y los directivos de las cadenas de televisión rara vez se preocupan por las fricciones interpersonales siempre y cuando no lleguen a los periódicos. Pero dos de los directivos son nuevos, están ansiosos por marcar su territorio y, en consecuencia, no sienten demasiado interés por favorecer el tipo de proyectos con los que tonteaban sus predecesores.

—Es un ciclo malo —dice Tony—, pero no damos nuestro brazo a torcer, seguimos trabajando, esperamos doce meses y se lo volvemos a ofrecer...

—¿Y ya está? —exclama Gavin—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Tony se queda en silencio, y añade:

—Mira, Gavin, puedes ir por ahí dando por culo a los demás. Te lo permito hasta cierto punto, pero como me lo hagas a mí se acabó la función.

Llegados a este punto, el proceso de declive aún no parece irreversible. Lo único que tendría que hacer Gavin es apretarse el cinturón, aceptar todas las charlas y conferencias que le ofrezcan, escribir un libro basado en la serie *Los edificios más increíbles del mundo*, otro libro infantil que le ha encargado la editorial Walker, y prestarse a participar en algunos de los anuncios poco apetecibles que su agente le ha conseguido. En lugar de ello, comete una estupidez que nunca será capaz de explicarse a sí mismo ni a los demás.

Está en el Hospital Club de Covent Garden, el club privado cuya cuota debería ser uno de los gastos que tendría que recortar, si fuera inteligente, hasta que vuelva a conseguir una fuente de ingresos estable. Está sentado en el bar, escribiendo el libro que le ha encargado la editorial Walker porque no puede soportar estar solo durante mucho tiempo, una de las razones por las que se siente incapaz de renunciar al club. Está bebiendo, lo suficiente para ponerse a tono sin emborracharse. Son casi las tres de la tarde.

—¿Gavin?

Alza la vista y se encuentra con la sonrisa de Edward Cole, el pastor Manders, el amigo de Emmy que la acogió cuando lo abandonó. Es un tipo que lo incomoda. Los gais en general lo inquietan. Su aspecto físico, por supuesto, pero también la sensación de que se están burlando de él en una lengua que a primera vista parece inglés, pero que no logra comprender del todo.

—¿Cómo te va? —le pregunta Edward.

—Pues muy bien, Edward. Hasta luego.

—Emmy dice que está preocupada por ti.

Al día siguiente, Tony le dirá:

—Eres un personaje público, ¡por el amor de Dios!

Aunque lo más correcto sería decir que Emmy es un personaje público. A Gavin le dará mucha rabia que en todos los artículos que describen el incidente hablan de «el exmarido de...».

—¡Que te follen, Edward! —le suelta Gavin.

—¡Dios mío! —exclama Edward arqueando una ceja—. Ahora

comprendo a qué se refiere Emmy.

—No tienes ni puta idea de a qué se refiere.

—Si me permites un consejo —añade Edward (si alguien te rompe la rama de olivo que le acabas de ofrecer, sin duda tienes derecho a metérsela en un ojo)—, sería mejor que siguieras bebiendo té Earl Grey hasta que el sol se oculte tras el horizonte.

En la fotografía no se puede ver el puñetazo, que es una de las razones por las que Gavin se libró de una condena por daños físicos graves, aunque habrá algunos momentos, en los meses posteriores, en que pensará que la cárcel habría sido la mejor opción.

Pasa la noche en el calabozo de la comisaría de West End Central y al día siguiente por la tarde le ponen una fianza. Llama a Tony, pero no es consciente de la profundidad y la naturaleza del lío en el que se ha metido hasta que su socio le deja en el regazo un ejemplar del *Daily Mail*. Su relación profesional y personal termina antes de que lleguen a Richmond. Gavin decide volver a casa caminando, un paseo de un par de kilómetros, y un niño de nueve o diez años le pide que se haga un selfie con él. Gavin lo manda a la mierda y el niño empieza a llorar. De pronto se da cuenta de que aquel niño no está al tanto de lo que ha sucedido el día anterior.

—¿Qué problema tiene usted? —le gritan los padres del niño.

Su asesor financiero está «ocupado con otros clientes», así que lo pasan a una de las salitas más discretas de Crace & Lawner, donde un subordinado pustuloso le recomienda que redacte un presupuesto, liquide algunos de sus fondos de inversión, alquile su casa y se mude a un piso en un tono inconfundible que significa «ya no nos agrada trabajar para usted».

Martin sale del hospital. Le han tenido que operar para repararle el fémur con clavos. Camina despacio y tendrá que usar un andador las primeras semanas. Madeleine achaca la ofuscación y la falta de ánimo de su marido al dolor y a los calmantes que está tomando para aliviarlo, pero cuando reduce la dosis y empieza a caminar sin ayuda advierte que la caída le ha roto algún mecanismo interior que no es físico y que el dominio que ejercía sobre sí mismo, sobre su familia y sobre el mundo ha sido un prolongado acto de voluntad que ya no puede repetir por falta de energía.

En Durham, David mete la cabeza en una bolsa de plástico y la tensa con fuerza sujetándose la parte que queda suelta a la base del cráneo como si fuese una coleta. Si consigue dominar el reflejo automático de destaparse la boca y la nariz logra una paz increíble. Se marea un poco, la mano se le afloja, la bolsa se suelta y empieza a respirar de nuevo. Lo hace a menudo. Se imagina que sus padres encuentran su cadáver en el suelo del dormitorio. Se imagina que alguien que ha salido a pasear al perro encuentra su cadáver en un descampado cercano, descompuesto y abotargado después de una semana de búsqueda. Se imagina que se queda en estado vegetativo permanente. Todas estas cosas lo consuelan de diferentes maneras.

Durante los tres meses posteriores, Gavin está borracho la mayor parte del día. No llega a perder el sentido ni a dar tumbos, pero se toma un whisky a la hora del desayuno y continúa con una ingesta moderada pero constante durante todo el día para mantenerse a una distancia prudencial del mundo.

Cuando lo echan del Hospital Club traslada su hábito a una serie de locales un poco menos recomendables de Covent Garden y el Soho, y deja de frecuentarlos cada vez que alguien le ofrece un consejo amistoso relacionado con su salud y su bienestar.

No abre el buzón. No contesta el teléfono. Sin embargo, sí que abre un correo electrónico que le envía Kirstin desde Sídney. «Has olvidado el cumpleaños de Thom —le dice—. Te lo recordé y aun así te has vuelto a olvidar. Si te sigo escribiendo, lo único que conseguiré es enfadarme y estoy cansada de enfadarme. Por favor, no vuelvas a ponerte en contacto con nosotros. Thom tiene un nuevo padre ahora. Es amable, generoso y responsable. Tú no puedes darle nada bueno.»

Todas las noches, durante la semana siguiente, el desconocido se le aparece con Thom sujeto por el cogote. Aprieta el cañón de la escopeta contra la sien del niño. Gavin intenta acercarse a ellos, pero el aire que los separa es viscoso y le impide avanzar, como sucede a veces en los sueños, y el desconocido aprieta el gatillo antes de que cruce la habitación, y entonces la cabeza de Thom se convierte en un chorro de vapor húmedo, rojizo.

Está sentado en el Mem-Saab, en Stukeley Street. Finge que come un shashlik de pollo tikka. Es el precio que tiene que pagar por unas cuantas

horas acompañado del zumbido cálido y humano del restaurante y por beberse cuatro botellas de cerveza Cobra. Lleva consigo un cuaderno de espiral y un enorme volumen de la editorial Phaidon sobre la arquitectura de Alvar Aalto, para intentar convencerse y convencer a los demás de que tiene algo que hacer.

Hace tres meses, al conocer a Amber, que es muy probable que no se llame Amber en realidad, se le habrían disparado todas las alarmas: esa confianza en sí misma que apenas sirve para ocultar los desperfectos, ese glamur desaliñado, ajado, una golondrina desvaída tatuada justo debajo de la oreja izquierda. Lo que lo pilla desprevenido, sin embargo, es que se sienta al otro lado de la mesa y le dice:

—Yo soy más de Mies van der Rohe. Líneas puras, espacios en blanco. ¿Quieres ser moderno? Pues sé moderno, no te quedes a medias.

No fisgonea ni critica. Dice «la vida es una mierda» y, mientras habla de su padre, que murió cuando ella tenía cinco años, le sostiene la mirada lo suficiente para hacerle entender que sabe que él también ha pasado un mal trago hace poco. Debería preocuparle la inmediatez y la sencillez de esta aparente complicidad, pero se siente más solo de lo que está dispuesto a reconocer.

Amber ha estudiado arte y arquitectura, aunque no ha terminado ninguna de las dos carreras. Ha vivido en Barcelona, en Dublín, en Norwich y en Copenhague. Sabe pilotar aviones y construir con piedra seca y el poema sueco que recita parece bastante convincente, aunque la cultura poética de Gavin es muy limitada. Pasa rápidamente de una historia a otra, lo cual parece indicar que no quiere que las examine con demasiado detalle, pero posee un encanto genuino, y cuando desaparece para hacer una visita al cuarto de baño y regresa limpiándose la nariz o hablando demasiado deprisa, él no la rechaza ni se siente superior como habría hecho antes.

Toman un taxi hasta Richmond. Cuando llegan ella se quita los zapatos y los calcetines, se desabrocha los vaqueros y le dice:

—Me imagino que ahora querrás follarme.

De pronto, parece diez años más joven y da la sensación de que la seguridad en sí misma que había mostrado hasta entonces ha desaparecido por completo. No sabe si está actuando o si se resigna a lo inevitable y le ofrece que use su cuerpo a cambio de algo que todavía no ha expresado.



Gavin lleva varias copas de más y solo es capaz de aplicar un criterio moral muy rudimentario; Amber está desnuda, está delgada, tiene buenas tetas y no está a años luz de Emmy, ni siquiera de Kirstin, si el reloj retrocediera y la vida las hubiera maltratado un poco más. La chica tiene un enorme cardenal en el muslo izquierdo.

Al final se somete a la ley del mínimo esfuerzo y follan en el sofá. Aguanta un minuto, como mucho, sin condón y sin preocuparse de que ella disfrute. Después, ella se envuelve en la manta de cachemir azul celeste que le regaló a Emmy por su cumpleaños y se fuma un cigarrillo. Nadie ha fumado jamás en su casa, pero él no dice nada y de todos los sucesos de la jornada este es el que marca con mayor claridad el punto en el que cede al impulso de la caída.

Gavin descorcha una botella de Château Puy-Blanquet. Ven *Shutter Island* sin apenas intercambiar palabra, aunque él no sabe decir si lo hacen por vergüenza o porque han establecido un vínculo silencioso.

Ahora son cómplices y no necesitan formular o responder esas preguntas.

En plena noche, ella le agarra la mano, se la pone entre las piernas y empieza a frotarse con sus dedos hasta que se corre. Lloro mientras lo hace. Él finge que está medio dormido para no tener que preguntarle qué le pasa. Vuelve a dormirse y tiene un sueño muy real donde aparece su hijo: sueña que juegan entre las olas en Half Moon Ba; sueña con la tarta en forma de velociraptor que preparó Kirstin cuando cumplió siete años; sueña con los cuentos que leían juntos, cuando leían *Zagazoo*, cuando leían *Vamos a cazar un oso...* Hacía años que no pensaba tanto en su hijo. Sueña con el concurso de gritos que organizaron los dos en Malvern Hills. Estuvieron dos días afónicos. Sabe, de alguna manera, que está dormido y que cuando se despierte empezará un nuevo día de soledad angustiada. Pero ¿qué debe hacerse para que un sueño no termine?

De pronto abre los ojos. Del piso de abajo le llega olor a tabaco y el estruendo de una música a todo volumen.

Cuando Leo se entera de lo de su hermano por el periódico, su primera reacción es alegrarse de que le vaya mal. Sigue pensando que Gavin es el culpable de los problemas que han asediado a Anya y le impiden asistir al colegio desde Navidad (jaquecas, fatiga, dolor de estómago) y de las

discusiones que tiene con Sofie sobre la manera de afrontarlos. No obstante, intenta ponerse en contacto con él para que su madre se quede tranquila y cuando ve que no responde a sus correos electrónicos ni a sus llamadas empieza a preocuparse de verdad.

Habla con Kirstin, con Emmy y con Tony, pero nadie lo ha visto desde hace casi dos meses y lo atormenta la imagen de su hermano ahorcado con la primera cuerda que ha encontrado mientras todos ellos se alegran de que haya recibido su merecido. Debería pedirle a Sarah que se acercara a Londres (está más cerca y tiene más dinero), pero no es inmune a una rivalidad fraternal que él suele fingir que no le afecta, así que se gasta un ojo de la cara en un billete de tren y después de cinco horas de viaje se presenta en Londres un sábado de principios de mayo al amanecer.

Llama a la puerta y nadie responde, así que se lee cuatro capítulos de *God's Traitors* de Jessie Childs mientras se come un panini en Costa. Una hora después sigue sin obtener respuesta y se enfada consigo mismo por haber ideado un plan tan absurdo cuando su hermano, por lo que sabe, podría estar perfectamente en Bali. Decide ir a los Kew Gardens dando un paseo y volver, y mientras camina piensa en las infinitas afrentas tácitas o explícitas que jalaron su infancia a la sombra del niño bonito: la trenca heredada, aquella tarde en que le echaron de la cabaña del árbol, las estanterías que su padre construyó con sus propias manos para el dormitorio de Gavin (sin saber muy bien por qué, pues eran tan endebles que no podían soportar el peso de los libros y los juguetes). Tampoco obtiene respuesta la tercera y última vez que llama a la puerta, pero se inclina sobre el seto de espino antiladrones para asomarse por la ventana lateral con la vaga esperanza de descubrir un cadáver o, por lo menos, algún detalle sórdido y vergonzoso. Lo que encuentra es una chica que le devuelve la mirada. Lleva una camiseta de los Clash varias tallas mayor y está bebiendo algo en una taza verde botella mientras fuma un cigarrillo. Debe de tener menos de treinta años, el pelo rubio y grasiento y el aspecto desaliñado y calamitoso de un tipo de persona que él solo ha visto en el cine o en los documentales de la tele. La chica no reacciona y Leo advierte que está detrás de un cristal reflectante y no puede verlo. Retrocede lentamente y, mientras regresa a la estación, se dice que la vida de su hermano se cae a pedazos, aunque no puede dejar de pensar que está viviendo una fantasía sexual a la que nunca podrá acceder su hermano menor, que no

tiene nada de aventurero.

Gavin se levanta y se dirige a la sala con la intención de decirle a Amber que debe irse, pero no es capaz de reunir las fuerzas necesarias para hacerlo. A pesar de la música, el tabaco y la certeza de que esa chica va a acelerar su descenso hacia un infierno todavía por definir, la presencia de Amber lo consuela lo suficiente para preferirla a esa casa vacía con un siniestro montón de cartas sin abrir, un teléfono que nadie descuelga y las fotos enmarcadas que ha escondido en los cajones.

Los dos van y vienen. Al cabo de dos días, Gavin se da cuenta de que ella se ha hecho con una copia de la llave de casa. No recuerda que le haya pedido permiso, pero sus recuerdos inmediatos son cada vez más confusos por culpa del alcohol y las resacas, que no puede aliviar con calmantes ni con fuerza de voluntad a pesar de las promesas que se hace una y otra vez.

Amber lleva cerca de una semana viviendo allí cuando un día, a la hora de comer, a la vuelta del Tesco, se la encuentra discutiendo en la cocina con un hombre en chándal. Es un tipo fibroso y desnutrido; Gavin puede oler al mismo tiempo el desodorante y el sudor que no ha conseguido disimular.

—¿Qué estás haciendo en mi casa?

—Amber y yo estamos hablando —le responde sin siquiera volver la cabeza.

—¿Amber...?

—Lo siento mucho, Gavin —se disculpa ella.

El tipo empieza a reír.

—No lo siente ni de coña. Nunca lo sientes, ¿verdad, bonita?

Gavin se convence de que está protegiendo el honor de Amber, pero siente una ira incontenible e indiscriminada y su objetivo principal es acabar con los remordimientos que lo corroen por haber permitido esa situación tan lamentable.

Aunque no ha hecho demasiado ejercicio en los tres últimos meses, Gavin es un tipo corpulento y aún está fuerte, pero salta a la vista que su rival, mucho más esmirriado, ha intervenido en unas cuantas peleas. Forcejean un momento y acaban cayendo sobre una silla que se queda hecha trizas. Entonces el tipo le rompe la nariz de un cabezazo. Con el golpe, Gavin se ve obligado a soltarlo, el hombre se pone en pie, le pega una patada con todas

sus fuerzas en las lumbares y se lleva a Amber a rastras. A Gavin no le importa lo que vaya a ser de ella. Ni siquiera le preocupa demasiado cómo le han dejado la cara. Ante todo tiene miedo porque se ha quedado solo.

Va caminando al hospital. En la sala de urgencias nadie lo reconoce, lo cual lo alegra y lo entristece al mismo tiempo. Regresa cinco horas después con la nariz vendada y descubre que le han robado el iPhone y la cartera que había dejado en la mesa del salón junto con la tele, el equipo de música, el MacBook Air y el pasaporte. Llama al banco para cancelar la tarjeta de crédito, pero ya le han sacado tres mil libras de la cuenta corriente. Llama al cerrajero, pero se da cuenta de que no puede pagarle y vuelve a llamarlo para cancelar la visita. Se bebe media botella de whisky, se echa en el sofá, pierde la conciencia y se despierta una hora después con la cara metida en su propio vómito.

Al día siguiente va al banco para sacar algo de dinero. Tiene una resaca atroz, la cara vendada, ningún documento de identidad y muy poca paciencia. Se marcha antes de que llamen a la policía, pero cuando llega a casa descubre que ha venido otro cerrajero, contratado por los agentes judiciales que le han embargado la casa. En la puerta encuentra un sobre pegado con cinta adhesiva donde le explican qué debe hacer para recuperar sus pertenencias. Intenta romper la ventana delantera con el cubo de reciclar vidrio, pero los vanos de los cristales son demasiado pequeños. El cristal se rompe en pedazos y las botellas se desparraman a su alrededor, algunas se rompen, otras le manchan los pantalones de vino y cerveza.

Tiene 5.500 libras en una cuenta de ahorros a la que no puede acceder y seis libras con cuarenta y tres peniques en el bolsillo. Le gustaría beber algo fuerte, está hambriento y necesita analgésicos. Solo se puede permitir una de las tres cosas. Se compra una caja de Paracodol en Boots y después ha de pedir un vaso de agua para tragarse los comprimidos porque tiene la garganta demasiado seca. Se refugia en la biblioteca durante tres horas, lee el periódico y mira al vacío.

No valora la posibilidad de ponerse en contacto con cualquiera de los individuos a los que ha llamado amigos durante los últimos años. Tiene un concepto distinto de la amistad y, de hecho, si ellos se encontraran en una situación similar, él lo vería como una carga. Lo que más le preocupa es que

no se enteren de cual es su estado actual.

Cuando cierra la biblioteca se encamina hacia la Star and Garter Gate y entra en el parque de Richmond. Necesita dar un buen paseo, a buen ritmo, y quemar la ira que bulle en su interior. No es un sin techo, es una situación coyuntural. Ha cometido muchos errores, pero se pueden solucionar. Camina durante cinco horas y pasa la noche en la Isabella Plantation. Duerme a trompicones porque lo despierta súbitamente el desconocido imaginario o los animales reales que atraviesan los matorrales cercanos.

A la mañana siguiente regresa al banco con un talante más pacífico.

—Es usted el señor Cooper, ¿verdad? —le pregunta la empleada del mostrador.

Por un segundo o así parece emocionada, pero después se sume en un profundo silencio. Lo acompañan a una sala privada. Gavin le explica que le han robado a un hombre vestido con un traje barato. Recita el apellido de soltera de su madre, su contraseña y la dirección de los tres últimos domicilios donde ha vivido. Sale de la sucursal llevando un sobre con dos mil libras. Se quita la venda de la nariz y se deshace de ella.

Llama a los agentes judiciales, quienes le explican que debe pagar setenta libras para recuperar sus pertenencias. Cuenta en silencio hasta tres y después cuelga el teléfono.

Si se aloja en un hotel durante una semana se quedará sin dinero enseguida y tendrá que volver a empezar desde cero. Es necesario que dosifique sus recursos para capear esa fase turbulenta.

Compra un saco de dormir, una tienda de campaña individual barata y un chubasquero en el Millets de Epsom. Compra dos paquetes de sándwiches en la sección de ofertas de Sainsbury's y dos botellas de agua que podrá rellenar. La gente lo mira, bien porque tiene la nariz rota o porque lo reconoce. Es imposible saberlo. Si lo miran demasiado les devuelve la mirada. Si eso no funciona, los manda a tomar por culo. Compra más Paracodol. En ningún momento se le ocurre ir a las Oficinas de Atención Ciudadana ni buscar un albergue ni acudir a los bancos de alimentos o a los centros de día. No quiere relacionarse con los sin techo ni con la gente que se ocupa de ellos.

Duerme en el parque por segunda vez, acampa bajo los árboles que hay al final de Pen Ponds. Lo despierta la policía a altas horas de la madrugada. Son muy educados. Guarda la tienda y finge que va a salir del parque por la Robin

Hood Gate, pero cuando los pierde de vista gira y se detiene junto a una hilera de árboles. A la noche siguiente, cuando lo vuelven a despertar, ya no son tan educados.

Remonta el río caminando por la vereda. Pasa por Eel Pie Island, por Ham Lands, por Kingston, por Hampton Court. Salta una valla y clava su tienda detrás de la depuradora de Desborough Island. Al día siguiente se refugia bajo el puente de Chertsey y se queda dos horas enteras observando el aguacero de verano que puntea la superficie del Támesis. Laleham, Staines. Pasa por debajo de la M25. Acaba de salir de Londres. Sobre su cabeza, uno detrás de otro, los aviones despegan del aeropuerto de Heathrow y el cielo los engulle. Wraysbury, Windsor.

Los días son cálidos y largos, pero se cruza con mucha gente por el sendero, así que se ve obligado a plantar la tienda cuando anochece y a levantarla poco antes del amanecer. Acampa en un pequeño soto cerca de la A332. Acampa en un bosque cerca de Cliveden.

Es agosto. No sabe exactamente qué día. Un año antes estaba buceando en las Maldivas con Emmy, rodeado de mantarrayas y barracudas de cola negra, una vida que ahora parece ficticia protagonizada por unos personajes tan lustrosos y superficiales como los actores de los anuncios de la tele.

Se avergüenza de sus ropas mugrientas y de lo mal que huele porque hace mucho que no se ducha, pero cuanto más sucio y más andrajoso, menos se fijan en él, y eso lo alivia un poco. No hace casi nada. Se pasa la mayor parte del tiempo sentado o paseando junto al río. Nunca le había prestado demasiada atención al mundo no humano. Cuando estudiaba en Cambridge fue regatista durante dos cursos, pero el río era poco más que un paisaje de fondo. Ahora ve visones, ve topillos acuáticos, ve libélulas de un azul iridiscente que revolotean sobre los juncos. Sobre una piedra mojada ve una tortuga de agua negra y reluciente con los ojos rojos. Lo que más le gusta son las mañanas, a primera hora, cuando el agua es un espejo y las flotillas de patos duermen envueltas en una neblina que aún no se ha disipado.

Agosto termina y comienza septiembre. El tiempo cambia. El Paracodol que antes lo ayudaba a dormir hasta las cuatro cada vez le hace menos efecto. Teme dañarse el hígado y los riñones si aumenta la dosis.

Entabla conversación con un tipo que ha acampado en el bosquecillo donde el propio Gavin había planeado pasar la noche. Se llama Terry y ha

trabajado como bibliotecario, cocinero y jardinero. Está leyendo un maltrecho ejemplar de *La tabla periódica* de Primo Levi.

Hablan del cangrejo que Terry ha pescado en el río y que se va a preparar para la cena. Hablan de Cornelius Drebbel, que pilotó un submarino durante quince kilómetros desde Westminster a Greenwich en el año 1621, una hazaña que presenció el monarca Jacobo I. Gavin le pregunta por qué vive en una tienda de campaña y Terry le explica que conoce la identidad del verdadero padre del príncipe Harry y que por eso lo persigue el Servicio Secreto. Se le escapan algunas lágrimas y se disculpa.

—Llevo mucho tiempo huyendo. A veces es difícil mantener la moral alta.

Gavin le desea buena suerte y sigue caminando para instalar su tienda en otro lugar.

Tiene en el pelo unos insectos diminutos que no es capaz de identificar. Le ha salido un sarpullido en el brazo derecho que le llega hasta el hombro y no sabe si será sarna. Tiene síntomas constantes de lo que podría ser una infección torácica moderada.

Descubre que todos los días, después de cerrar, los empleados de la cooperativa de Pangbourne tiran la comida caducada en un contenedor que hay en la parte trasera.

Una mañana ve a un chico que cruza el puente caminando. Está seguro de que es Thom. Se abre camino por un escarpado terraplén y atraviesa un seto, pero cuando consigue llegar a la carretera no hay nadie. Se lo encuentra varias veces más, nunca llega a verle la cara, solo la espalda. Desaparece cuando Gavin intenta seguirlo.

Septiembre termina y comienza octubre. Goring, Moulsoford, North Stoke. Ve un perro muerto flotando en el río con las patas tías como si fuera la caricatura de un perro muerto. Deja de comprar comida. Reserva el dinero que le queda para comprar Paracodol. Dobra la dosis y después la triplica. Un guarda de seguridad lo sorprende rebuscando en los contenedores de basura del Tesco de Wallingford y lo agrede con una furia totalmente desproporcionada: lo tira al suelo, lo pateo una y otra vez y le grita «puto ladrón, escoria repugnante».

Ahora comprende que quitarse la vida no tiene por qué ser un acto de debilidad. Ha recorrido una distancia considerable. El paisaje ha cambiado

mucho, todo parece distinto. ¿Es mejor seguir viviendo o poner fin a tu propia vida de la manera que tú elijas? La respuesta no es sencilla. Llenarse los bolsillos de piedras podría ser una buena opción en un momento de adversidad.

Octubre termina y comienza noviembre. Si sale el sol, descubre que puede tumbarse boca arriba durante horas observando cómo se mueven y cambian las nubes en el cielo, pero el sol no sale casi nunca. El cielo está casi siempre nublado y gris. Durante dos semanas llueve a cántaros todos los días. La lluvia lo pilla por sorpresa en varias ocasiones y no consigue encontrar cobijo a tiempo. Ahora lleva la ropa húmeda.

Oxford. Eynsham. Bablock Hyde, Newbridge. Se encuentra con muy poca gente. Le gustaría ser un animal para dedicarse solo a cazar, a comer y a dormir en su madriguera sin pensar obsesivamente en el pasado ni preocuparse por el futuro.

Ya no le queda dinero. Se le ha acabado el Paracodol. Está aterrado a todas horas. Es imposible saber en qué medida esto se debe al síndrome de abstinencia de la codeína o al rápido declive de su salud. Hace demasiado frío para dormir por la noche. En lugar de ello, duerme a ratitos durante el día. Cuando cae la noche busca un muro y se apoya en él para evitar que lo ataquen por la retaguardia.

Tiene unas décimas de fiebre. Le late la cabeza y le duelen las articulaciones. Ya no posee la energía ni el ingenio para encontrar una fuente de agua potable. Bebe directamente del río. En plena noche tiene calambres en el estómago y después diarrea.

Ha perdido la tienda. No recuerda cómo ha sido. Es posible que se la hayan robado, aunque no tiene ni idea de quién ha podido ser. Se ha quedado ciego del ojo izquierdo.

Sabe que no podría ahogarse. La criatura a la que su mente está inextricablemente unida lucharía por salvar su vida y saldría a flote doscientos metros río abajo. Lo único que conseguiría es enfriarse más y sentirse más enfermo. Así que da media vuelta y regresa a Oxford, donde días atrás vio un tren que viajaba hacia el norte al otro lado de la vega del río.

Deja el río a la altura de la Abadía de Godstow y atraviesa el pueblo antes de girar para adentrarse en la vega. Hay vacas y caballos abandonados. Han levantado una alta valla metálica para separar los pastos de la vía del tren y



ya no tiene fuerzas para saltarla, así que la sigue en dirección sur hasta que llega a una zona de espesos matorrales donde la cerca desaparece. Atraviesa las zarzas y las hierbas y se topa con una vieja valla de madera que puede saltar sin esfuerzo.

Se sienta entre los arbolitos del terraplén que discurre a lo largo de las vías. Pasa un tren. Diez minutos después pasa otro en la dirección opuesta. Piensa en su padre. Piensa en Thom. Piensa en Emmy. Le parecen muy lejanos. Pasa un tercer tren.

Antes, cuando bajaba por la vega del río, pensaba que era una pena no tener a mano algo de alcohol o de Paracodol para envalentonarse, pero ahora no lo necesita. En realidad, cada vez que pasa un tren se siente más incómodo ahí sentado, más atraído por la puerta invisible que se abre a tan solo diez metros, una puerta que lo conducirá a un lugar donde no hay dolor ni problemas que resolver.

Espera a que pasen tres trenes más. Cuando ve que el siguiente está a unos doscientos metros se pone en pie, baja la pequeña pendiente que conduce a la grava y pasa por encima del raíl más próximo. Apoya los pies con fuerza en una de las traviesas negras y se inclina hacia delante con las manos en las rodillas para que la locomotora lo golpee directamente en la cabeza. Así no saldrá despedido y no quedará malherido junto a las vías.

Ciento cincuenta metros. Suena el silbato del tren y después el insoportable chirrido del metal contra el metal. Cien metros. Todo habrá terminado en unos segundos.

Percibe un movimiento con el rabillo del ojo, una figura que se mueve entre los árboles donde estaba sentado antes. ¿Será Thom otra vez? No debe volver la cabeza. Fija la mirada en los sucios guijarros que tiene entre las punteras de los zapatos. El silbato. El chirrido. Veinte metros. Diez.

Una mano lo agarra por el brazo y tira de él con violencia. Al principio piensa que es el impacto del tren. Oye un ruido atronador en su cabeza. Martillazos y destellos. Se pregunta por qué piensa todavía. Puede sentir las manos. Puede sentir las piernas. Es imposible que haya muerto. Cesan los truenos. Abre los ojos y ve el cielo. Un retriever negro le lame la cara.

—Dame la mano —un hombre lo mira fijamente—. La policía no tardará en llegar. Tenemos que darnos prisa.

Está demasiado perturbado para no obedecer. El hombre es

increíblemente fuerte. Lo levanta para que se ponga en pie y lo suelta. Se marea. Recupera el equilibrio y empieza a caminar. Después de tres pasos vacilantes, sin embargo, se le doblan las rodillas. Tropieza y ni siquiera tiene fuerzas para poner las manos. Se cae de bruces en la gravilla y pierde el conocimiento.

Es una habitación cálida, limpia y diáfana, un cubo con tres paredes blancas, el techo blanco y una ventana que ocupa la mayor parte de la cuarta pared. A través de la ventana puede ver una hilera de árboles y un cielo blanquecino, indiferenciado. Se pregunta por un instante si este será el laboratorio al que uno regresa cuando ha finalizado el plazo acordado para que termine el experimento de su vida. Huele a suavizante de lavanda y a un antiséptico que le recuerda a su infancia.

Ha recuperado ligeramente la vista del ojo izquierdo. Aún ve borroso, pero puede diferenciar los colores y los contornos de las cosas. Sus manos parecen las de un hombre mucho más viejo. Se las han limpiado, pero aún le queda algo de mugre bajo las uñas y en las arrugas más marcadas de la piel. Un sarpullido de costras rojizas le asoma hasta la muñeca por debajo de la manga del pijama de algodón verde. Recuerda que es un sin techo. Recuerda que ha tratado de quitarse la vida. Se le saltan las lágrimas, pero no sabe si llora de pena o de alegría.

Se da la vuelta, se incorpora y apoya los pies con cuidado en el desnudo suelo de madera encerada. Se siente agarrotado. No sabe muy bien cuánto tiempo lleva inconsciente. Tiene la sensación de que han pasado varios días. Se pone en pie lentamente y se acerca a la ventana. Pensaba que detrás de las copas de los árboles habría tejados, chimeneas y antenas, pero le sorprende encontrarse con unas tierras de labranza onduladas como las que recuerda de su infancia, un espeso bosque de robles y hayas a la izquierda, un terreno arado que desciende abruptamente al final de un muro de piedra y que luego se vuelve a elevar, como las olas de un grabado japonés; una linde arbolada en la cima de la colina, la aguja de una iglesia en la lejanía. El bienestar de antaño, la claustrofobia de antaño. Una belleza que despierta un sentimiento impreciso y profundo en su interior.

Se vuelve. Hay una puerta blanca en la pared opuesta. No tiene ni idea de qué puede haber detrás. No quiere más complicaciones. Caminar hasta la

ventana lo ha dejado exhausto. Vuelve a meterse en la cama, se tumba, cierra los ojos y se evade sigilosamente del mundo.

Hay una mujer sentada en una sencilla silla de madera clara que no estaba allí cuando se despertó la última vez. Es un poco más tarde, el mismo día. O quizá ha pasado otro día. La mujer tiene el pelo castaño, cortado a lo garçon, pantalones vaqueros y un poncho de lana color crema. Está descalza. La reconoce, pero al mismo tiempo está convencido de que es la primera vez que se ven. Un palpito de terror le late en el pecho. Se pregunta si llevará años en ese sitio y si ese encuentro se habrá repetido cientos de veces y él lo ha olvidado otras tantas.

La mujer permanece callada un buen rato; parece que el silencio no la molesta en absoluto. Él tampoco abre la boca por miedo a que se quiebre ese frágil espejismo y se encuentre de nuevo junto al río.

—Deberías bajar a comer algo —dice ella por fin, y solo al oír esas palabras se da cuenta de que el calambre que siente en el estómago es de hambre; ella se levanta—. Seguro que eres capaz de encontrar el camino.

Deja la puerta entreabierta.

A través de la rendija puede ver más madera, más luz, más pintura blanca, el canto de otro enorme ventanal y más árboles al otro lado del vidrio. Huele a chimenea. Si sale de la habitación tendrá que lidiar con cosas a las que no se siente capaz de enfrentarse. Pero por otra parte no quiere ofender a sus anfitriones, sean quienes sean. Se pone en pie, consigue llegar hasta la puerta y se detiene un momento con la mano apoyada en el marco para recuperar la respiración.

Su dormitorio es una de las siete habitaciones de la galería del primer piso, que recorre tres de los cuatro lados de un atrio cuadrado y luminoso. Debajo, detrás de la barandilla, se halla el espacio central de la vivienda, tres sofás bajos y una chimenea abierta donde arden unos cuantos troncos. Enfrente de él se abre otro enorme ventanal que abarca dos plantas, dividido en enormes cuadrados, de tal manera que la vista del jardín alargado, el pequeño lago y los árboles que lo rodean parece una proyección de vídeo. Es, con bastante diferencia, la casa más bonita que ha visto en su vida, el tipo de casa en la que soñaba vivir cuando era un adolescente, la antítesis de la Grajera, la casa de sus padres, con sus techos bajos, sus muros gruesos, sus

rincones oscuros, sus paredes empapeladas y una antigualla en cada recoveco.

Baja muy despacio por una escalera sin barandilla. Nota la calidez de los escalones de madera bajo los pies descalzos. El atrio, ahora puede verlo, se comunica con un comedor y una cocina abierta de proporciones más reducidas pero igual de luminosos. La mujer está delante de la cocina. Está removiendo una papilla de copos de avena en una sartencita negra que luego sirve en un cuenco de barro.

—Siéntate.

La misma familiaridad, la misma inquietante posibilidad de que todo esto sea un ritual que ya han representado antes porque si bien a él no se le habría ocurrido jamás probar una papilla de copos de avena, en el instante en que ella pronuncia esa palabra sabe que es eso precisamente lo que le apetece. Se sienta a la mesa y ella le deja el cuenco delante.

—¿Café?

Él asiente. No quiere hablar en voz alta. Están jugando a un juego. No entiende las reglas, pero le da la sensación de que está en juego algo realmente importante.

La tetera eléctrica silba cuando el agua está lista. Ella la apaga y vierte el agua borbotante en una cafetera de émbolo. Una nube de vapor se eleva sobre su cabeza cuando encaja el émbolo en la jarra de cristal y la deja sobre la mesa. Antes de sentarse en el otro extremo, le sube con cuidado la manga del pijama con dos dedos para examinarle el sarpullido de la muñeca. Asiente para sí, después se lleva la mano al bolsillo y saca un tubo blanco y azul de Permetrina y se lo alcanza.

—Ya te he puesto un poco. Tendrás que untártela un par de veces más.

—Gracias —le sale una voz ronca, tiene que carraspear y repetirlo—. Gracias.

—Come.

La papilla de copos de avena está rica. No está demasiado aguada. El café también está rico. Come y bebe con parsimonia. En la pared, a su derecha, hay una pintura alargada, un paisaje medio abstracto de los años cuarenta o cincuenta, un mosaico de planos verdes, azules y grises, y unas líneas negras irregulares al fondo que podrían ser árboles o personas. Como ya le ha sucedido con la mujer, está convencido de que ha visto esa pintura en algún

lugar, aunque no sabría decir exactamente dónde. Ella está leyendo un libro. No puede ver la portada, y parece que el texto está en otro idioma, pero como solo ve bien con un ojo no puede distinguirlo con claridad.

Se termina la papilla y el café. La mesa está hecha de una única pieza de madera de roble. Pasa la mano por la superficie y acaricia con los dedos la ligera rebaba de la madera lijada. Mira a su alrededor. Nunca ha vivido en una casa en la que el mero hecho de sentarse y disfrutar de la geometría del espacio interior sea un placer. Si se quedara a vivir allí, ¿se acabaría acostumbrando? ¿Sería incapaz de apreciar las virtudes de este espacio de la misma manera que uno se acostumbra a las de cualquier habitación que ve todos los días?

Ella lo está mirando. Él tiene la sensación de que algo está a punto de suceder y, de hecho, en ese preciso instante la luz cambia, todo se oscurece, una sensación fantasmagórica. Un eclipse. Se vuelve, mira por la ventana, y observa que ha empezado a nevar. La casa está tan caliente y él se siente tan cómodo con su pijama que ha olvidado la época del año en la que están.

Parece que ella le ha adivinado el pensamiento. O quizá, sencillamente, se refiere a la coincidencia de que esté nevando precisamente hoy.

—Es Nochebuena.

Y es entonces cuando aparece el desconocido.

Gavin no lo reconoce al principio. Ya no lleva barba y se ha afeitado la cabeza. Viste un traje a medida de color gris marengo y unos gruesos zapatos de cuero color canela, camisa blanca sin corbata. A su lado, camina sigilosamente el retriever negro que Gavin recuerda ahora de su último encuentro en la vía del tren. Al principio, lo que le llama la atención es que está totalmente fuera de lugar en esa construcción, en ese paisaje. En el colegio había un niño indio, Rajneesh. Todos los demás eran blancos. En el pueblo de sus padres todo el mundo es blanco.

El desconocido se sienta y se sirve una taza de café.

—Eres un hombre muy afortunado.

Cuando empieza a hablar, Gavin recuerda ese acento que fue incapaz de localizar la primera vez que lo oyó. Se siente cualquier cosa menos afortunado. En los últimos doce meses no ha pensado ni una sola vez en la promesa que le hizo el desconocido antes de marcharse, y ahora se pregunta si el detalle que parecía más insignificante no habrá sido en realidad el punto

crucial en torno al cual ha girado este último año.

—¿Vas a matarme?

Oye su propia voz. Suena como la de un niño.

El desconocido sopesa esa opción, o quizá simplemente finge hacerlo, pero después sonríe y dice:

—Creo que ya has sufrido bastante —nieva con más fuerza, copos grandes y blancos contra el fondo verde oscuro de los árboles; los que caen más cerca de la casa reflejan el brillo rosa melocotón del fuego y las luces—, pero las lecciones que hemos aprendido se olvidan con facilidad a menos que conservemos algo que nos lo recuerde para siempre —el perro está a su lado y lo rasca despreocupadamente detrás de las orejas.

Gavin disparó a ese hombre en el pecho. Le gustaría pedirle perdón, pero le parece ofensivo e insuficiente. Quizá el desconocido se refiere precisamente a eso.

—No desperdiciemos lo que has tenido que pasar.

El individuo se inclina sobre la mesa y lo agarra por las muñecas. No aprieta mucho, pero Gavin nota su fuerza. Tiene una expresión serena y amable, la expresión de un padre cuando sujeta a un niño que debe someterse a una dolorosa intervención médica por su propio bien.

La mujer se levanta, rodea la encimera de la cocina y abre un cajón que es demasiado pequeño para guardar la escopeta de cañones recortados. Gavin piensa que va a sacar un cuchillo, pero cuando regresa a la mesa ve que lleva una cizalla en una mano y una toalla de manos blanca y un botiquín de primeros auxilios en la otra. Gavin forcejea. El desconocido no aprieta más, pero tampoco lo suelta. Mira a Gavin a los ojos y dice:

—Esto va a ocurrir y me lo vas a agradecer.

La mujer extiende la toalla sobre la mesa, deja el botiquín a un lado y levanta la cizalla. Es una herramienta vieja y sucia que desentona por completo con la casa. Su superficie metálica está mellada después de muchos años de uso; las grietas y las juntas están llenas de grasa ennegrecida.

—El dedo índice de la mano derecha —dice el desconocido.

No hay nada que pueda hacer. Enrolla los otros tres dedos en la palma de la mano y señala hacia arriba como san Juan Bautista en una pintura del Renacimiento. Cierra los ojos. Siente el frío peso del metal cuando la mujer ajusta las hojas alrededor de su dedo, entre el nudillo y la primera falange. La

herramienta no tiene una cuchilla propiamente dicha. Es la mera presión lo que hará el trabajo, las dos hojas que se deslizan y encajan.

—Lo voy a hacer tan rápido como pueda —le informa la mujer.

Nota cómo ella se coloca en posición, un ligero balanceo de lado a lado, como si se estuviera preparando para un golpe de golf. Respira hondo rápidamente y aprieta con fuerza. Las grandes hojas le rebanan la piel pero se detienen al llegar al hueso. Es más difícil de lo que ella esperaba. Cambia los pies de posición y baja un poco las manos para poder hacer más palanca; después intenta apretar por segunda vez con todas sus fuerzas. Esta vez se oye un crujido cuando el metal parte el hueso. Es un ruido sorprendentemente sonoro, como si le hubieran partido el fémur. Gavin abre los ojos.

La punta del dedo cae sobre la toalla y la sangre sale a borbotones del muñón. Durante un par de segundos no siente dolor alguno. Después, el dolor más fuerte que ha tenido que soportar en toda su vida. Se marea. El desconocido le suelta la mano sana, recoge el dedo cortado y se lo tira al perro, que lo atrapa y sale trotando para mordisquearlo en un rincón del cuarto junto a la ventana nevada.

La mujer saca un trozo de gasa del botiquín, lo enrolla alrededor del muñón del dedo de Gavin para hacer un torniquete y lo ata con fuerza. Las endorfinas empiezan a funcionar. Al dolor lo suceden la náusea y el mareo y la habitación empieza a dar vueltas. La mujer dobla un trocito de gasa, lo coloca al final del dedo y lo sujeta con una tira de esparadrapo que le pega a la palma de la mano. Añade otra gasa más y la sujeta de la misma manera. El desconocido limpia la sangre de la mesa con la toalla y la tira al cubo de la basura. La mujer vuelve a guardar las cosas en el botiquín y lo deja en el cajón junto con la cizalla. Regresa con dos píldoras en la palma de la mano y un tacita de café.

—Paracetamol. Me temo que no tengo nada más fuerte.

Se mete las pastillas en la boca y se las traga.

—Y ahora —dice el desconocido—, es hora de irnos.

Por un momento, piensa que son ellos los que se van a marchar, que lo van a dejar solo en esa casa tan bonita, pero no hacen el más mínimo ademán de moverse y se da cuenta de que es él quien tiene que partir.

—¿Adónde tengo que ir?

—Vamos. Se está haciendo tarde.

Le llevan los zapatos que ha usado los siete últimos meses. Y el abrigo que ha usado los siete últimos meses. No los han lavado. Apestan y le parece increíble haber sido capaz de habituarse a eso.

Le acompañan hasta la puerta principal y lo ayudan a acomodarse en el asiento trasero de un BMW negro. Sigue nevando intensamente, sin parar. Empieza a notar la mano otra vez. El desconocido se monta en el asiento del conductor y hasta que el coche no arranca no se da cuenta de que la mujer no les acompaña. A pesar de lo que acaba de suceder se siente culpable por no haberse despedido y, al mismo tiempo, terriblemente triste porque es probable que nunca se vuelvan a ver.

Es imposible saber hacia dónde se dirigen. A través del parabrisas puede contemplar el embudo de copos iluminados que avanza ininterrumpidamente a través de la noche, alguna ventana alumbrada aquí y allá, los faros deslumbrantes de un coche que circula en la dirección opuesta, y de nuevo la oscuridad. Atraviesan un pueblo, luego otro. Ha dejado de prestar atención a lo que sucede fuera del coche. Se ha quedado sin endorfinas. El dolor del dedo es insoportable y debe concentrar sus energías en mantener la mano todo lo quieta que pueda mientras el coche traquetea y cambia de dirección a través de esas carreteras rurales. Está llorando. Nunca antes había llorado de dolor.

No sabe decir cuánto tiempo llevan en el coche en realidad. Después de un periodo de una duración indefinida, entre media hora y dos horas, se detienen. Gavin cree que el desconocido lo lleva de vuelta a la vía del tren donde lo encontró, pero hay ventanas iluminadas a ambos lados de la calle.

El desconocido apaga el motor, sale del coche, lo rodea y abre la puerta.

—Ya hemos llegado.

Gavin se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano y sale del coche. Hace un frío atroz. Hay cuatro o cinco centímetros de nieve en el suelo y le sorprende que hayan podido circular tan rápido y sin ningún contratiempo serio.

El desconocido cierra la puerta del coche detrás de él.

—Sígueme.

En parte por la herida, en parte por la oscuridad y por la nieve que lo cubre todo, no cae en la cuenta de dónde se encuentra hasta que ve que



atraviesa la puerta del jardín de la Grajera, la casa de sus padres. Le gustaría darse la vuelta y largarse. No quiere ver a su familia. No quiere contarles lo que le ha sucedido ese último año. No le extrañaría nada que lo hubieran dado por muerto. Pero no puede darse la vuelta y largarse. Sabe que el desconocido no le dejará subirse de nuevo al coche, y que no podrá sobrevivir una noche ahí fuera sin pedirle ayuda a alguien.

—Mira —dice el desconocido.

Ahora están de pie, en el jardín, delante del ventanal francés. La luz está encendida, las cortinas descorridas. Avanza un par de pasos y piensa, en un primer momento, que sus padres deben de haber vendido la casa porque ve a un viejecito que se acerca a la mesa del comedor ayudándose con un andador. Se pregunta si en realidad ha estado fuera muchísimos años, como en los cuentos de hadas, y sus padres han muerto hace tiempo. Entonces el anciano se sienta y Gavin se da cuenta de que es su padre. O bien la caída que ha sufrido este mismo año ha sido más grave de lo que él pensaba o bien le ha ocurrido algo más en esos meses. Parece que ha menguado y que le han caído veinte años de golpe.

Gavin da un paso más. Su madre está sentada en la cabecera de la mesa, en el sitio que solía ocupar su padre. Leo está a un lado, Sarah al otro. Su hermana parece mucho más apagada de lo habitual. Hay una adolescente esbelta, morena, a su vera. Debe de ser Ellie. Hace dos años que no la ve. Sofie y Anya mantienen una animada conversación, pero no encuentra a David, y tampoco le han puesto un sitio en la mesa.

Un velo de nieve lo separa de la casa, le quita la concentración y le recuerda que está muerto de frío y que el dedo le duele a rabiar. Se vuelve y descubre que el desconocido ha desaparecido. Está solo. Se mira la mano y comprueba que el vendaje está empapado de sangre y que esta gotea a sus pies sobre la nieve. Necesita un médico. Necesita calor. Necesita ayuda.

Se vuelve de nuevo hacia la casa. Otra ráfaga de viento. Respira hondo. Pisa la pequeña zona de baldosas que separa las dos jardineras. Se enciende la luz antiintrusos. Golpea dos veces en el cristal. Todos los miembros de su familia se vuelven a la vez para mirarlo.

# LA PISTOLA

Daniel está de pie en el Embudo, un angosto camino que discurre entre dos grandes muros de ladrillo que comunican el parque infantil con la urbanización. En los días ventosos, el aire se cuela por aquí con dificultad, y luego gira hacia arriba formando un remolino sobre el cuadrado de «césped», por llamarlo de alguna manera, que separa los cuatro bloques. *El mago de Oz* en hormigón teñido. Todo aquello que no esté fijado al suelo sale por los aires. La ropa tendida, la basura, el polvo. Alguna vez, el viento ha llegado a tumbar a una persona adulta. Hace tiempo circulaba por ahí la historia de un gato volador.

Pero esta mañana no hay viento, no sopla ni una brizna de aire desde hace días, solo un bochorno persistente que te anima a abrir la ventana instintivamente hasta que recuerdas que estás en la calle. Finales de agosto. Ha pasado una semana desde que volvió de las vacaciones familiares en Magaluf, donde aprendió a nadar a espalda y le picó una medusa, y falta otra para que vuelva a empezar el colegio. Tiene diez años. En casa, su hermana mayor está jugando a profesores y alumnos con su hermano pequeño. Helen tiene doce, Paul siete. Ella tiene una pizarra y una cajita con tizas de ocho colores distintos, y cuando Paul se porta mal le arrea un buen cachete en la pierna. Su madre está haciendo un enorme rompecabezas de Venecia en la mesa del comedor mientras espera a que se caliente el depósito para hacer la colada semanal.

Daniel puede ver los calcetines de una niña que está en los columpios: aparecen y desaparecen, y vuelven a aparecer. Estamos en 1972; «Silver Machine» y «Rocket Man». No recuerda tanto aburrimiento en toda su vida. Se quita una avispa de la cara de un manotazo mientras oye la puerta de un coche que se cierra a lo lejos, después se adentra en las sombras del hueco de

la escalera y sube a casa de Sean.

A lo largo de su existencia le ocurrirán otros tres sucesos extraordinarios. Un día, al anochecer, sentado en la terraza de una casa alquilada cerca de Cahors, en compañía de su hijo de ocho años, verán cómo un rayo fulmina un granero al otro lado del valle, y le dará la sensación de que el relámpago, en lugar de caer del cielo, ha brotado de la tierra sobre la que se yergue la construcción.

En mitad de una reunión con el encargado de una empresa de trabajos de forja a medida cerca de Stroud, en una fábrica que ocupa una de las tres naves construidas al lado de un paso ferroviario elevado, una vaca caerá al suelo después de atravesar el techo, y será mucho menos divertido de lo que puede parecer al contarlo.

El día en que cumpla cincuenta años, por la mañana, su madre lo llamará por teléfono y le dirá que necesita verlo. Parecerá tranquila, no le dará más explicaciones y, aunque ha organizado una fiesta por todo lo alto para esa misma tarde, se montará en el coche e irá a Leicester. Cuando llegue se encontrará con que una ambulancia acaba de llevarse el cadáver de su madre. Al día siguiente, charlando con su padre, advertirá que recibió la llamada telefónica media hora después de que ella sufriera el ataque que la mató.

Lo de hoy va a ser distinto, uno de esos momentos que no solo te impresionan: en ellos, además, parece que el tiempo se bifurca o se fractura y, cuando vuelves la vista atrás, sospechas que si se hubiera producido una mínima alteración en la sucesión de los acontecimientos ahora llevarías una de esas vidas fantasmales que se precipitan velozmente hacia el abismo.

Sean no es su amigo, pero juegan juntos porque van a la misma clase en el colegio. La familia de Sean vive en el último piso de la Torre Orchard, mientras que la de Daniel vive en un chalé adosado en el camino de acceso. La madre de Daniel dice que la familia de Sean es una mala influencia, pero también opina que la televisión te puede dañar la vista si te sientas demasiado cerca y que puedes morir si te bañas en el canal. En cualquier caso, a Daniel le gustan porque hablan alto y son gente extrovertida, imprevisible. Le encantan los galgos de porcelana que tienen a ambos lados de la estufa de gas y el BMW verde que el señor Cobb limpia y abrillanta amorosamente con T-

Cut todos los sábados por la mañana. El hermano mayor de Sean, Dylan, trabaja como escayolista y carpintero, y uno de los balcones de la casa da a la carretera de circunvalación, y se ve el bosque y la fábrica de coches que hay más allá, y la antena de radio de Bargave, una vista que a Daniel le impresiona mucho más que lo que se veía por la ventana del avión cuando voló desde Luton a Palma de Mallorca porque no hay cristal y cuando te inclinas hacia delante notas un escalofrío en las pantorrillas y es muy emocionante.

Sale del ascensor y ve salir del piso a la madre de Sean, otra de las cosas que envidia en Daniel porque cuando su madre va a la compra Paul, Helen y él tienen que acompañarla. *Intenta que no se meta en ningún lío.* La señora Cobb se alborota el pelo y pasa de largo. Justo antes de que se cierren las puertas plateadas del ascensor puede ver que se acaba de encender un cigarrillo.

La confusa silueta de Sean se dibuja detrás del cristal esmerilado de la puerta de entrada antes de que se abra. *Quiero enseñarte algo.*

¿Qué?

Le hace señas para que entre en la habitación de Dylan. *No se lo puedes contar a nadie.*

Es la primera vez que Daniel entra aquí. Dylan lo ha prohibido expresamente, y Dylan es capaz de levantar una pesa de 80 kilos tumbado en un banco. Daniel pasa del linóleo color aguacate del recibidor a la moqueta roja con dibujos en forma de espiral del dormitorio. Huele a tabaco y a aftershave Brut. Parece la habitación de un muerto en una película: todos los objetos están cargados de significado. Un póster de *Monty Python*, otro de *The French Connection* y un tercero que dice: «*Jimmy Doyle es el más duro*». La culata de cilindro de una moto encima de un ejemplar doblado del *Daily Press*, el papel de periódico ceroso y transparente por culpa de la grasa. Hay un tocadiscos portátil en la mesilla de noche, la tapa de la caja de cuero sintético rojo está levantada y el brazo de plástico color crema apoyado junto a la varilla plateada del centro del plato. *Machine Head. Thick as a Brick. Ziggy Stardust.*

*Tienes que prometérmelo.*

*Te lo prometo.*

*Porque esto es algo serio.*

*De acuerdo.*

Sean tira del pomo de madera de pino del armario y la endeble puerta se suelta del cierre metálico con un estrépito. De puntillas, Sean baja de la repisa de arriba una caja de zapatos y la deposita sobre la manta de color caqui antes de retirar la tapa. La pistola descansa sobre el papel de seda blanco que debía de venir con los zapatos. Sean la saca de ese nido crujiente y Daniel nota que es muy ligera. Metal rayado de color gris paloma. Las palabras remington rand grabadas en uno de los costados. A ambos lados de la culata, dos cachas atornilladas de color marrón chocolate con cortes transversales, como la piel de serpiente, para agarrarla mejor.

Sean levanta la pistola con el brazo extendido y la gira lentamente, de manera que el cañón apunta directamente a la cara de Daniel. *Pum*, dice en voz baja. *Pum*.

El padre de Daniel trabaja en la piscina municipal. A veces hace de socorrista, aunque suele estar en la recepción. Antes Daniel estaba orgulloso de que todo el mundo le conociera, pero ahora se avergüenza. Su madre trabaja como secretaria para el Consejo del Condado con un contrato de media jornada. Su padre lee novelas policiacas, su madre hace rompecabezas que guarda entre dos planchas de madera contrachapada cuando tienen que utilizar la mesa del comedor. Cuando sea mayor y sus amigos y conocidos le pidan que describa a sus padres, nunca será capaz de dar con la palabra adecuada. Todo su afán era ser normales, anodinos, no llamar demasiado la atención ni ocupar demasiado espacio. No les gustaba discutir ni les interesaba el resto del mundo. Y aunque suele aburrirse en su compañía cuando los visita con regularidad, nunca usará la palabra *aburridos* para describirlos porque en realidad le da envidia esa extraña capacidad suya para disfrutar de los pequeños placeres, y les agradece de corazón que no se hayan entregado a ninguna de las onerosas excentricidades en las que con frecuencia suelen caer muchos de los padres jubilados y ancianos de sus amigos.

Atraviesan el salón y Sean gira la llave antes de correr la enorme puerta de cristal de la terraza. Salen y se sumergen en el calor y el ruido del tráfico. Hay una leve neblina marrón de polución, como si el cielo necesitara una

buena limpieza. Daniel puede sentir las gotas de sudor que le resbalan por la espalda.

Sean apunta con la pistola a un Volvo que pasa por la carretera y después a un Alfa Romeo que va en sentido contrario. Podríamos matar a alguien y nunca sabrían quién ha sido. Daniel le explica que la policía examinaría y el orificio que dejaría la bala en el parabrisas y en el cuerpo del conductor, y determinaría exactamente la procedencia del disparo. *Elemental, querido Watson*, dice Sean.

*Vamos al bosque.*

*¿Está cargada?*

*Por supuesto que lo está*, dice Sean.

El bosque se alza al otro lado de la carretera de circunvalación, una tierra de nadie que separa la ciudad del campo. La gente aparca el coche en la zona de pícnic de Pennington, al final de la colina, y pasea los perros entre los robles, los fresnos y los serbales, pero la mayoría no se decide a bajar por la ladera norte porque está llena de jeringuillas y latas de cerveza aplastadas y el estruendo de la carretera es ensordecedor.

Esperan en la hierba del arcén, las cálidas ondas sísmicas de los camiones que pasan de largo les golpean y les aspiran la ropa. *Ahora*, grita Sean, y corren hasta la mediana después de saltar el afilado quitamiedos con forma de ese, se detienen en una franja de césped llena de calvas, y después cruzan a toda velocidad los otros dos carriles hasta llegar al área de descanso, con su morrena de muebles rotos y bolsas de basura negras, rasgadas por las ratas y los zorros. Un sinfín de bacterias que se reproducen incesantemente con el calor. Hay un cochecito de bebé volcado. Con un estrépito metálico, abren la cancela donde comienza un camino lleno de baches. Sean lleva la pistola en una bolsa amarilla de Gola, colgada del hombro.

Pasan por delante de la chatarrería, con sus almenas de chapa ondulada. Pasan por delante de la casa de Robert. Un remolque para caballos con un neumático pinchado, un foco atado con una cuerda al poste del telégrafo. Robert Hale, Robert Hale y Robert Hale, abuelo, padre e hijo, todos con el mismo nombre, todos bajo el mismo techo. El Robert Hale más joven es dos años mayor que ellos y va a su colegio. Huele a galletas y a suciedad, y tiene

unos huesos demasiado grandes para su piel. Solía llevarse al cole una tartera de hojalata con animalitos. Ciervos volantes, ratones, reyezuelos, culebras. Donnie Farr le quitó la culebra y se puso a perseguir a los demás niños por el patio. Después le destrozó la cabeza contra el poste de una portería. Robert le tiró al suelo, le agarró los dedos de la mano izquierda y se los dobló hacia atrás hasta que le partió dos.

Las cortinas de la casa de Robert están echadas, sin embargo, y la furgoneta roja no está en la puerta, así que siguen caminando hasta la esquina, donde el sendero se estrecha para girar en dirección a los árboles. Losas de luz polvorienta se amontonan ordenadamente entre las ramas, con la misma inclinación. El gorjeo efervescente de un mirlo que canta. Una bolsa vacía de cortezas de cerdo, pisoteada sobre la tierra agrietada y polvorienta. Por suerte, los yonquis y los borrachos que dejan el campo sembrado de latas de cerveza se cansan enseguida, y si caminas diez minutos la basura empieza a desaparecer. Si no fuera por el olor de los tubos de escape se podría pensar que el estruendo de la carretera es una gran catarata que cae por un barranco a la izquierda.

Llegan a un claro donde encuentran los restos de una cabaña que construyeron al principio del verano. Estuvieron bebiendo perada Babycham y se fumaron seis cigarrillos mentolados que les sentaron fatal. Este es un buen lugar. Sean encuentra un madero que puede servir como soporte y le pide a Daniel que busque blancos a los que disparar. Daniel salta la valla, rebusca entre los majuelos que rodean la zona de frenado de emergencia, y vuelve con dos cascos de cerveza, una botella de plástico de lubricante y un osito de peluche lleno de barro al que le faltan los dos brazos. El calor le ha dejado exhausto. Se imagina que está en el jardín de casa, que tapa el agujero de la manguera con el pulgar y observa el arcoíris que se forma en el chorro de agua fría. Coloca los objetos con la misma separación a lo largo del madero. Piensa en el niño que tuvo el osito de peluche y se arrepiente de haberlo recogido, pero no dice nada.

Sean levanta la pistola y separa los pies para prepararse. Daniel observa que el gatillo se le hunde en la yema del dedo cuando empieza a apretarlo. Un silencio sepulcral, como en una catedral. El tráfico se detiene. El mirlo ha dejado de cantar. Puede oír la circulación de su propia sangre.

No es consciente de haber oído la detonación, solo el vago aleteo de los

pájaros que vuelan en desbandada. Sean sale disparado hacia atrás, como si un animal grande le hubiera embestido y le hubiera golpeado en el pecho con todas sus fuerzas. La botella de plástico, los cascos y el osito siguen intactos.

*¡Dios!* Sean se pone en pie. *¡Dios!* Empieza a bailar. Es evidente que es lo más emocionante que ha hecho en toda su vida. *¡Dios!*

Un avión militar se ladea en el cielo. A Daniel le fastidia y le alivia al mismo tiempo que no le ofrezca el segundo disparo. Sean respira hondo, con un gesto teatral. Vuelve a prepararse, se seca el sudor de la frente con la manga de la camiseta y levanta la pistola. Esta vez el sonido es tan atronador que corta la respiración. Daniel tiene claro que lo ha oído mucha, muchísima gente.

*¿Que estáis haciendo?* Es el Robert Hale más joven.

Pegan un brinco los dos, pero Sean recupera antes la compostura. *¿A ti qué te parece?*

*Tenéis una pistola.* A pesar del calor, Robert lleva un chubasquero naranja destrozado.

*¡Qué listo eres!*

*Déjame probarla.*

*Sí, claro,* dice Sean.

*Quiero probar,* insiste Robert. Da un paso hacia delante. Le saca casi una cabeza.

Como ya había hecho antes en la habitación, Sean levanta el brazo hasta que la pistola apunta directamente a la cara de Robert. *De eso nada, monada.*

Daniel se da cuenta de que Sean podría matar a Robert. Le entusiasma la perspectiva. Será testigo de un crimen. La gente le respetará y se compadecerá de él.

Robert permanece inmóvil. Cinco, quizá diez segundos. *El bueno, el feo y el malo.* Daniel no sabría decir si Robert está aterrorizado o si no tiene ni pizca de miedo. Por fin dice *te voy a matar,* pero no como se amenazan los niños en el recreo, sino como quien dice *voy a bajar a la tienda.* Se da la vuelta y se marcha sin mirar atrás. Sean le apunta hasta que desaparece. Oyen el crujir de los palitos y las hojas secas que pisa con sus zapatillas, cada vez más lejano. *Tarado.* Sean deja caer el brazo. *Tarado de mierda.* Se acerca hasta el osito de peluche y le apoya el cañón de la pistola en el centro de la frente. Daniel piensa que se parecen un montón, el oso y Robert, impasibles,



sin pestañear. Pero Sean no se molesta en malgastar otra bala. *Mierda*. Ahora que ha aparecido Robert la aventura parece aburrida. Sean echa la pistola en la bolsa de Gola. Vámonos.

Regresan a través del bosque, siguiendo la larga ruta circular que sube hasta la colina y termina al final de la chatarrería, sin pasar en ningún momento por casa de Robert. Mosquitos y calor sucio. Daniel ha pisado una mierda de perro con el pie izquierdo y no ha logrado limpiarse la suela del todo.

Su hermana, Helen, nació de nalgas, inesperadamente. El cordón se le enrolló alrededor del cuello cuando estaba sacando la cabeza y se quedó sin oxígeno durante unos instantes. A Daniel no se lo contarán hasta los dieciséis años. Lo único que sabe ahora es que hay una luz en su mirada que a veces vacila por un instante y después vuelve a encenderse. Lo único que sabe es que tiene problemas con los números, le cuesta contar objetos, decir la hora.

Dejará de estudiar a los dieciséis años, sin terminar el instituto, y seguirá viviendo en casa de sus padres mientras trabaja en un almacén de muebles, y después en una tienda de alimentación. Cambiará de médicos y cada vez encontrarán mejores tratamientos. Etosuximida. Ácido valproico. Las ausencias desaparecerán. Se confundirá con facilidad, pero se acabará convirtiendo en una chica regordeta, rubia y guapa, y a la gente le resultará atractiva instintivamente. Conocerá a Garry en una discoteca. Treinta y cinco años, con sobrepeso, chulé adosado, propietario de una empresa de taxis, un hombre grande en un mundo pequeño. Se casarán y Daniel tardará mucho tiempo en darse cuenta de que la historia de su hermana ha tenido un final feliz.

Lo que oyen es solo un breve siseo seguido por un ruido fuerte entre la maleza. ¿Una ballesta? ¿Un tirachinas? Después, un segundo tiro. Es rarísimo, pero Daniel juraría que lo ha visto antes de oírlo, antes incluso de que Sean se dé cuenta. Una rayita rosa se le marca en la piel, justo encima del codo de Sean. Chilla y levanta el brazo. *Cabrón*.

Se sientan en cuclillas en medio del camino, el corazón se les va a salir del pecho. Sean dobla el brazo para examinar la herida. No hay sangre, solo un habón enrojecido, como si se hubiera apoyado en el borde una sartén

caliente. Robert debe de estar escondido en algún lugar, colina abajo. El agujero en el parabrisas, el agujero en el cadáver del conductor. Pero Daniel no puede ver nada sin asomar la cabeza por encima de la maleza. Lo mejor sería salir corriendo a toda velocidad para que Robert se viera obligado a apuntar a dos blancos en movimiento a través de los árboles, pero Sean está sacando la pistola de la bolsa. *Me lo voy a cargar.*

*No seas idiota.*

¿Se te ocurre algo mejor?

Otro siseo, otro ruido. Se agachan los dos al mismo tiempo. Durante un par de segundos, Sean parece asustado. Se recupera enseguida. *Por aquí.* Empieza a reptar como un soldado de las fuerzas de asalto y se cuela por un hueco que encuentra en las zarzas.

Daniel lo sigue porque no le apetece quedarse solo. Sean lleva la pistola en la mano mientras reptar. Daniel piensa en lo sencillo que sería que apretara el gatillo sin querer. Crujen las vainas de las semillas, las hojas secas y los trocitos de corteza que se rompen. Se arrastran entre los troncos nudosos. Como si llevaran toda su vida moviéndose entre las zarzas. Intenta fingir que se encuentran en una película, pero es incapaz.

Avanzan en la dirección equivocada, se están alejando de la chatarrería. Y llegan al jardín trasero de Robert. Un terreno boscoso que él conoce palmo a palmo. Daniel se araña la mejilla con una espina y cierra los ojos con fuerza hasta que el dolor remite, para no gritar. Se toca la cara. Sangre en los dedos sucios.

Descubren que se encuentran bajo una cúpula baja de ramas lo suficientemente grande para que quepan los dos tumbados, la madriguera de un animal, quizá. Por increíble que parezca, oyen a lo lejos la musiquilla del camión de los helados.

Ningún tiro más.

*¿Qué hacemos ahora?*

*Esperar,* dice Sean.

*¿A qué?*

*A que oscurezca.*

Daniel mira el reloj. La madre llamará a casa de Sean a las seis; a las siete, a la policía. Se vuelve boca arriba y entorna los ojos para que la luz que se filtra a través de la maleza se convierta en un centelleo de círculos blancos,

amarillos y verde lima superpuestos. El olor de la mierda de perro viene y va. ¿Están a salvo o han caído en una trampa? Se imagina que Robert les observa desde arriba, tumbados bajo las zarzas. Peces en un barril. Cómo lloraba Donnie cuando le partió los dedos.

Veinte minutos después, la tensión empieza a disminuir. Quizá eso era lo que pretendía Robert, a fin de cuentas, asustarles y meterse en casa a ver la tele mientras se parte de la risa. Cuarenta minutos. Daniel no ha bebido nada desde la hora del desayuno. Le duele la cabeza y nota que se le ha formado una masilla pegajosa en el borde de los labios secos. Deciden salir corriendo. No creen que Robert siga esperándoles, pero la carrera amplificará la emoción de la huida y recuperarán un poco de su dignidad herida.

Y es entonces cuando oyen los pasos. Un crujido, luego silencio, después otro crujido. Alguien se mueve con sigilo a través de los matorrales cercanos, no quiere que le oigan. Daniel tiene la sensación de que cada latido del corazón le aprieta un tornillo en la base del cráneo. Sean alcanza la pistola, se tumba boca abajo y apoya los codos en la tierra. Crujido. Daniel se imagina a Robert ataviado como un cazador aborígen. Carcaj, taparrabos, la flecha preparada, tensando la cuerda con dos dedos doblados. Los pasos se desplazan hacia la derecha. O bien no sabe dónde se esconden o bien les está rodeando y aún no ha decidido cuál es la mejor dirección para atacar. Vamos, se dice Sean, y se gira despacio para que la pistola no deje de apuntar en la dirección de donde vienen los ruidos. *Vamos.*

Daniel quiere que eso termine de una vez. No sabe si podrá aguantar mucho tiempo más antes de saltar y gritar *¡estoy aquí!* como solía hacer Paul cuando jugaban al escondite. Entonces todo se queda en silencio. Ni un paso más. Ni un crujido. Los mosquitos dibujan garabatos en el aire. El suave rumor de la catarata. Sean parece verdaderamente asustado ahora.

Un palo se rompe a su espalda y los dos se dan la vuelta justo cuando la silueta surge de pronto y oculta de un salto la deslumbrante luz del sol. Sean dispara, y la pistola está tan cerca de la cabeza de Daniel que se va a quedar sordo durante unos minutos, solo podrá oír un ruido sibilante, como la lluvia que repiquetea sobre los cables de alta tensión.

Advierte enseguida que no es Robert. Pero no puede ver nada porque recibe una patada en el estómago y el dolor le encoge. Cuando se estira y abre los ojos se sorprende mirando un rostro. No es un rostro humano. Es el

rostro de un corzo y es asombrosamente grande. Daniel intenta retroceder, pero se ha quedado enganchado en las zarzas. El corzo está tendido de costado y agita las patas como si corriera; resuella y se esfuerza en vano por enderezarse. Huele como la casa de los camellos en el zoo. Los ojos negros y húmedos, mueve sin parar las mandíbulas, mete y saca una lengua pequeña y rígida. Una herida sanguinolenta en el cuello por donde se le escapa el aire con un gorgoteo. Se revuelve y se retuerce. Daniel no puede soportar la escena, pero es incapaz de apartar la mirada. La expresión de su rostro. Parece una persona convertida en un ciervo, como en los cuentos de hadas. Está pidiendo ayuda a gritos pero es incapaz de articular las palabras.

Dos minutos. Tres. Está claro que cada vez está más débil, que se hunde en las frías y oscuras aguas que se encuentran justo bajo la superficie de todo lo que hacemos. Esa necesidad desesperada de un poco más de tiempo, de más luz. Esa es la imagen que le vendrá a la memoria a Daniel en el futuro cuando oiga decir que alguien está «luchando por su vida».

Sean le pone la pierna encima y se sienta en el pecho del ciervo. Aprieta la punta del cañón contra la sien y dispara. *Pum... pum... pum... pum...* Cada descarga provoca un breve espasmo en el cuerpo del animal. El cargador está vacío. Unos segundos de calma y después un quinto espasmo. Deja de moverse. *Oh, sí*, dice Sean, y suelta un largo suspiro. *Oh, sí*, como si llevara mucho tiempo soñando con este momento.

Una veta de sangre pegajosa empieza a brotar bajo la cabeza del ciervo. Daniel quiere llorar, pero hay algo en su interior que se ha estropeado o se ha atascado.

*Tenemos que llevárnoslo*, dice Sean.

*¿Adónde?*

*A casa.*

*¿Para qué?*

*Para asarlo.*

Daniel no sabe qué decir. Una parte de él sigue pensando que el ciervo es humano. Que, por alguna misteriosa razón, es Robert transformado. Una mosca inspecciona uno de los ojos del animal.

Sean se pone en pie y pisotea las zarzas para aplastarlas, parte las ramas con el talón de las zapatillas para que no vuelvan a levantarse.

*Podemos desollarlo.*

Le pide a Daniel que vuelva al área de descanso para traer el cochecito que han visto al lado de las bolsas de basura. Daniel le obedece porque necesita alejarse de Sean y del corzo. Pasa por la chatarrería. Le gustaría toparse con Robert, con la esperanza de regresar a la aventura anterior, pero las cortinas siguen echadas y la casa está en silencio. Retira la cuerda verde y abre la cancela con un estruendo metálico. Hay un Mercedes marrón aparcado en el área de descanso. El conductor le mira desde el otro lado del parabrisas, pero Daniel no distingue su rostro. Le da la vuelta al cochecito. Es un modelo antiguo, como los de los tebeos, con capota plegable y suspensión de muelles. El asa oxidada está doblada, la tapicería azul marino desgarrada y dos ruedas sin neumático. Lo arrastra a través de la cancela y la cierra a sus espaldas.

No es más que una ilusión óptica, por supuesto. El tiempo no es más que una serie de bifurcaciones y de fracturas. Subes a la acera justo un segundo después. Le enciendes un cigarrillo a la chica del vestido rojo. Le das la vuelta al examen y descubres que te preguntan justo lo que habías repasado, o justo lo contrario. La eterna bala esquivada, la oportunidad perdida. Una tormenta de fuego de vidas fantasmales que avanzan a toda velocidad hacia el abismo.

Quizá la única diferencia es que él se dará cuenta, que será capaz de representarse las cosas de una manera diferente a los demás, que recordará esa tarde de agosto, cuando tenía diez años, y sentirá el vértigo que uno experimenta cuando sale ileso de un accidente de tráfico. Ileso del todo no porque con el tiempo tomará conciencia de que una parte de su persona desapareció y ahora existe en un universo paralelo al que no puede acceder.

Cuando cargan el corzo en el cochecito, el animal se tira un pedo y se caga. Y ya no huele como la casa de los camellos en el zoo. Daniel está convencido de que sería más fácil arrastrarlo sin más, pero se calla, y el cochecito no empieza a rodar un poco hasta que el terreno se allana y dejan atrás por fin la tierra endurecida por el sol, las raíces y los surcos.

El hombre se ha sentado en el capó del Mercedes, como si se hubiera acomodado para poder disfrutar mejor del segundo acto de la obra. Melena hasta los hombros, un traje azul barato y una aparatosa esclava de oro. Sean

cierra la cancela y vuelve a colocar en su sitio la cuerda verde. El hombre se enciende un cigarrillo. *Chavales*. Es todo lo que dice. La inclinación de cabeza más leve que cabe imaginar. No sonrío, no saluda. A Daniel se le aparecerá en sueños durante años, ahí sentado, en el margen de las demás cosas que estaban sucediendo. Cigarrillo, esclava de oro. *Chavales*.

Esperan al borde de la carretera. Polvo caliente, metal caliente. Daniel se da cuenta de que los conductores les miran, apartan la mirada y vuelven a mirarles una vez más. *Tres, dos, uno*. Al carrito le cuesta más trabajo mantener la estabilidad con la velocidad y avanzar en línea recta, y cuando llegan a la mediana oyen el bufido de unos frenos neumáticos y la bocina indignada de un camión que está a punto de atropellarlos cuando cruzan el carril rápido.

Torpemente, pasan el corzo y el cochecito por encima del quitamiedos. Esto les lleva bastante tiempo, y la franja de hierba amarillenta es bastante estrecha. *La policía*, dice Sean, y Daniel se vuelve a tiempo para ver pasar a toda velocidad la raya naranja en un Rover blanco que enciende la sirena y las luces cuando empieza a subir la colina. Dará la vuelta en la rotonda y volverá por el otro carril. Tienen un minuto, como mucho.

*Ahora*, grita Sean, y cuando chocan contra el bordillo de la vía de servicio, pasan el cochecito por encima del terraplén y atraviesan la hilera de árboles raquíuticos hasta llegar al parque, Daniel se siente tan aliviado que grita de alegría. *Los Warren*, dice Sean, jadeando, y aprovechan el impulso para seguir avanzando, y pasan por delante de un grupito de niños mirones que están jugando en los columpios, y se adentran en los caminos cercados que serpentean a espaldas de la urbanización. Se detienen al llegar a la puerta de los garajes, con la pintura roja desconchada, y esperan. No se oye ninguna sirena. Ningún frenazo. A Daniel le late la cabeza. Necesita acostarse en una habitación oscura.

Empujan el cochecito por el reseco patio interior hasta llegar a la Torre Orchard. Una ancianita se queda mirándoles, paralizada. Vestido de poliéster con flores estampadas y piernas varicosas. Sean se burla de ella. *Señora Daley*.

Atraviesan las puertas dobles con facilidad, pero tienen que hacer algunos malabarismos para meter el cochecito y el corzo en el ascensor, y dejan un buen lametón de sangre en el espejo que ocupa una de las paredes laterales.

Sean moja el dedo en la sangre y escribe la palabra asesinato con letras mayúsculas sobre el cristal, a la altura de la cabeza. El ascensor se detiene de golpe, suena la campanilla y se abren las puertas.

Años después, cuando cuente la historia, nadie lo entenderá. ¿Por qué no se fue corriendo? Su amigo tenía una pistola cargada. Siempre le sorprenderá lo mal que la gente recuerda su infancia. Proyectan su yo adulto sobre las fotografías descoloridas, las sandalias, las sillas diminutas. Como si uno pudiera aprender a elegir, a tomar decisiones, a decir *no* de la misma manera que aprende a atarse los cordones o a montar en bici. Las cosas te pasaban y punto. Si tenías suerte, terminabas los estudios. Si tenías suerte, el entrenador del equipo de fútbol sala no abusaba de ti. Si tenías mucha suerte, llegabas a un punto en el que podías decir: *Voy a estudiar contabilidad... Me gustaría vivir en el campo... Quiero pasar el resto de mi vida contigo.*

Sucede muy rápido. La puerta se abre antes de que Sean pueda meter la llave en la cerradura. Aparece Dylan, con un pantalón de peto sucio, el auricular del teléfono en la oreja. Dice con tranquilidad, *Olvídalo, Mike. Luego hablamos*, y cuelga el auricular. Agarra del pelo a Sean y lo lanza por el pasillo, de manera que resbala por el suelo de linóleo y choca contra la mesita del teléfono. Le pisa el pecho y le quita la bolsa, la destroza para abrirla y le rompe el asa. Saca la pistola, revisa la recámara, la vuelve a cerrar con la parte más carnosa de la palma de la mano, la lanza a través de la puerta abierta de su habitación y cae sobre la cama. Sean se sienta e intenta retroceder, pero Dylan le agarra del cuello de la camiseta y lo levanta y lo empuja contra la pared. Daniel permanece inmóvil, con la esperanza de volverse invisible si no mueve ni un dedo. Dylan le atiza a su hermano un puñetazo en la cara y lo deja caer al suelo. Sean se da la vuelta, se hace un ovillo y empieza a llorar. Daniel puede ver un diente sanguinolento junto al rodapié. Dylan se vuelve y camina hasta la puerta de entrada. Pasa la mano lentamente por el lomo del corzo, cinco o seis veces, caricias largas, suaves, como si el animal fuera un niño enfermo. *Mételo.*

Empujan el cochecito por la sala y lo sacan al balcón. Dylan le alcanza unas llaves a Daniel y le ordena que baje y que traiga dos sábanas del maletero de la furgoneta. Daniel se siente orgulloso de que le haya confiado

esa tarea. Sube las sábanas manchadas de pintura y de escayola reseca y resquebrajada. Dylan las desdobla, las extiende en el suelo de hormigón y coloca el corzo en el centro. Se saca un cúter del bolsillo, le da la vuelta al animal para tumbarlo boca arriba y le practica un corte profundo desde el cuello a la ingle. El tendón se desgarró bajo el filo de la cuchilla. Hace una segunda incisión en ángulo recto, una cruz en medio del pecho, después tira con fuerza de uno de los ángulos del centro de la cruz para que el triángulo de piel y de pelo se desgarre ligeramente. Parece un felpudo mojado. A Daniel le sorprende la ausencia de sangre. Bajo la piel, aparece una capa blanca y gruesa que envuelve una membrana veteada. Dylan hace unos pequeños cortes con el cúter en la capa blanca, y va tirando y cortando, tirando y cortando, para desprenderla poco a poco.

Sean sale a la terraza con un paño ensangrentado apretado contra la cara como un máscara. Daniel es incapaz de adivinar su expresión. Se vuelve y observa la mole arenosa de la fábrica de coches, parece que flamea, envuelta en el calor de la autopista. Un halcón planea sobre el bosque. Le empieza a doler la cabeza otra vez, o quizá, sencillamente, comienza a notarlo de nuevo. Se pasea por dentro de la casa y consigue llegar hasta la cocina. Hay un tazón secándose boca abajo en el escurridor. Lo llena de agua fría del grifo y se la bebe entera de un trago.

Oye cómo se abre y se cierra la puerta principal y la voz de la señora Cobb que grita: *¿Qué coño está pasando aquí?*

Pasa al salón, se sienta en el sofá de cuero marrón, y se concentra en el lúbrico tictac del reloj de la repisa mientras espera a que desaparezca el dolor. Hay fotos del colegio enmarcadas de Sean y de Dylan. Hay un plato decorativo de Cornualles en la pared que representa un faro con una corbata de luz amarilla y tres gaviotas pintadas con dos esquemáticos trazos negros. El olor apenas perceptible de la mierda de perro de la suela del zapato. Sean atraviesa el pasillo con un cubo lleno, suena la cisterna del retrete y vuelve a pasar con el cubo vacío.

Se queda traspuesto. Veinte minutos, media hora quizá. Le despierta el ruido de una sierra. Tarda un momento en recordar dónde se encuentra, pero ya no le duele la cabeza. Es extraño despertarse y descubrir que el día ha seguido su curso en tu ausencia. Camina hasta la terraza. Dylan está despedazando el corzo. Ha separado las patas y las ha cortado por la mitad,



las pezuñas en un montón, las paletillas en otro. Ha venido Carl, el vecino de la puerta de al lado, y está apoyado en el balcón, fumando un cigarrillo. Les preguntaré a los de la freiduría. Tienen un arcón congelador en el almacén. Sean se ha quitado el paño de la cara. No puede abrir del todo el ojo izquierdo por la hinchazón y tiene partido el labio superior.

*¿Os podéis deshacer de eso?* Dylan señala una bañera de bebé de color amarillo. Pulmones, intestinos, unos bulbos brillantes y morados.

Sean y él agarran cada uno de un asa. Cuando se están marchando, Dylan levanta la cabeza cortada y le dice a Carl: *¿Qué te parece? ¿Quedará bien encima de la chimenea?* Pero a Daniel le preocupa la bañera porque se menea y se puede derramar con el movimiento del ascensor. asesinato en letras mayúsculas. Los intestinos de un ser humano tendrían el mismo aspecto. La luz del sol que les cegaba. Piensa por un momento que podrían ser los de Robert.

*¿Cómo estás?*, le pregunta a Sean.

*Bien*, le responde.

Se ha roto un vínculo entre ellos, pero es una sensación agradable, una manera adulta de relacionarse con otra persona.

Dejan la bañera en el suelo y levantan la tapa de uno de los contenedores de basura metálicos. Salen unas cuantas moscas. Ese olor repugnante, coriáceo. Suben a pulso la bañera hasta la altura del pecho, justo en el momento en que pasan dos chicas adolescentes. *La hostia puta*. Una rápida cuenta atrás y aúpan la bañera hasta el borde. El contenido resbala y va a parar al fondo del cubo con un gran estruendo, como un bofetón.

Arriba han encendido el horno y la señora Cobb ha colocado una pierna sanguinolenta en una bandeja para asarla. Carl ayuda a pelar patatas con el cigarrillo en la comisura de los labios. Dylan se está bebiendo una lata de Guinness. *Ven aquí*, le dice a Sean. Sean se acerca y Dylan lo rodea con el brazo. *Si vuelves a hacer algo así otra vez te mataré, cabrón. ¿Entendido?* Hasta Daniel entiende que en realidad le está diciendo *te quiero*. Dylan le pasa a Sean la lata de Guinness para que se la termine y él se abre otra.

*Ha llamado tu madre para preguntar dónde estabas*, dice la señora Cobb.

*Muy bien*. Se queda quieto.

Porque eso no tiene nada que ver con la pistola, ¿verdad? Ahora, en este preciso instante, es cuando el tiempo se fractura y se bifurca. Si hablara, si les

preguntara si puede quedarse, todo cambiaría para siempre. Pero Daniel no dice nada. Es la señora Cobb quien dice: *Vamos, lárgate o tu madre se preocupará.* Y por muchas vueltas que le dé a partir de ahora a esas palabras, nunca será capaz de averiguar si ella pretendía ser amable con su madre o cruel con él. No se despide. No quiere arriesgarse a oír la indiferencia en sus voces. Sale por la puerta de entrada, la cierra con cuidado, y baja por las escaleras para no tener que ver otra vez la sangre del ascensor.

Cuarenta años después asistirá al entierro de su madre. Después, para que nadie piense que es un tipo sin sentimientos, en lugar de alojarse en un hotel pasará la noche en su antigua habitación. Se sentirá profundamente incómodo, y en cuanto su padre le diga que quiere que las cosas vuelvan a la normalidad lo antes posible, captará la indirecta con un alivio considerable y le dejará que retome sus rutinas tranquilamente. Su paseo mañanero, su *Daily Mail*, sus chuletas de cerdo los miércoles.

Hay obras en la carretera, a la salida de la ciudad, y el desvío pasa justo por el tramo de carretera de circunvalación que separa los pisos del bosque. Lo recuerda todo con tanta nitidez que está a punto de frenar para no atropellar a los chicos que cruzan la carretera empujando el cochecito. Reduce la velocidad y aparca en el área de descanso, la arenilla cruje bajo las ruedas del coche. Un barril de gasolina oxidado lleno hasta la mitad de agua de lluvia, un sofá rosa con la tapicería rajada; la gomaespuma amarilla asoma por los brazos y por la espalda. Se baja del coche y deja que le golpee la misma corriente de aire de los camiones. Por extraño que parezca, la cancela se cierra con la misma cuerda verde. Siente un escalofrío. Cruza la cancela y la cierra detrás de sí.

La chatarrería sigue en el mismo lugar, y también la casa de los Roberts. Las cortinas están echadas. Se pregunta si no las habrán descorrido en todos estos años, Robert Hale y Robert Hale y Robert Hale, la misma persona que ha envejecido, ha muerto y ha vuelto a nacer en aquella penumbra pestilente.

El silencio sepulcral que precede al primer disparo. El ciervo volante. Listones de luz amarillenta que se apilan entre los árboles.

Se agacha y recoge un pedazo de alquitrán. Se imagina que lo lanza contra la ventana de la entrada, que el cristal se rompe y cae al suelo. El vago aleteo de los pájaros que se dispersan. La luz que inunda la habitación.

Una ramita cruje justo detrás de él. No se vuelve. Es el corzo. Sabe que es el corzo, que ha vuelto.

Pero no puede resistirse. Se da la vuelta lentamente y se encuentra con la mirada de un anciano con la cara de Robert. ¿Su padre? Podría ser el propio Robert. ¿En qué año estamos?

*¿Tú quién eres?*, le pregunta, y durante tres o cuatro segundos Daniel no tiene ni la más mínima idea.

# EL PÁJARO CARPINTERO Y EL LOBO

Cada vez que se despierta, durante un par de segundos, está convencida de que cuando abra los ojos verá el móvil de animales de madera que colgaba sobre su cama en la casa de Gloucester donde vivió hasta los siete años: un hipopótamo, un león, un mono, una serpiente, un águila. Luego los abre y ve el respiradero, con su halo de pintura beige, y los cuatro cables que recorren el techo, los cables que Mikal pegó a los paneles con cinta aislante. El aire huele un poco a sudor, a plástico recalentado y a heces humanas. Detrás de la pared puede oír cómo funciona la bomba de agua.

Día 219. Se incorpora y se restriega los ojos. Le duele la espalda. Se sienta en el suelo, apoyada contra la cama, con las piernas extendidas. Se sujeta el pie derecho con la mano izquierda durante diez segundos, y después el pie izquierdo con la mano derecha durante el mismo tiempo. Se vuelve a sentar y nota cómo se le relajan los músculos agarrotados. Escucha hasta que se cerciora de que el baño está libre, y entonces sale al pasillo y se mete dentro. Vuelve a la habitación, se quita las bragas y la camiseta interior, se asea con el paño húmedo de color naranja. Se vuelve a poner las bragas y la camiseta, se masajea los talones y los codos con Epaderm, se toma la pastilla de testosterona y se cepilla los dientes. Después se enfunda el mono verde y se dirige al módulo Norte 2 para desayunar.

Suki y Arvind están sentados a la mesa con su muesli, su café y sus tablets. Arvind levanta la vista.

—Buenos días, Clare.

Nunca le ha parecido un hombre atractivo, pero su piel es tan suave y perfecta que parece ante, y a veces le gustaría acercarse y acariciarle la nuca. Clare pregunta qué noticias hay de casa.

—Ha sido niña —dice Arvind, y gira la pantalla para enseñarles una foto de su hermana con una personita húmeda y minúscula en brazos envuelta en un mantón amarillo—. Leyla.

—Enhorabuena, tío Arvind.

—Muchas gracias, aunque yo no he puesto demasiado de mi parte —mira a su sobrina—. Casi cuatro kilos y medio.

—¿Es mucho?

—No tengo ni idea.

—Casi como un buen pavo de Acción de Gracias —observa Suki sin levantar la vista.

Ninguno de ellos es demasiado alto, pero Suki es la más menuda con diferencia y camina con tanto sigilo que a veces Clare la ve por el rabillo del ojo y le da la sensación de que hay una adolescente allí, con ellos, y se asusta siempre que eso le ocurre. Suki es cinturón negro de judo y de kárate. Clare supone que sigue concentrada en la lectura de *Ángeles y demonios*.

—Por otra parte, ha habido un golpe de Estado en Guatemala —comenta Arvind— y ha muerto Brad Pitt.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Sobredosis?

—Cáncer.

—¿Se sabía que estaba enfermo?

—Creo que no —añade Arvind—. Aunque no suelo estar al tanto de los cotilleos de los famosos.

—Deberíamos hacerle un homenaje —dice Suki, de nuevo sin levantar la vista—. *Ocean's Eleven*, *El club de la lucha*, *Doce monos*.

—*Happy Feet II* —apostilla Arvind—. Le puso la voz a la gamba Will, según un obituario muy completo que acabo de leer.

Está mirando a ese bebé que nunca podrá sostener en sus brazos. Se tapa la boca con la mano, quizá para intentar evitar que se le forme un nudo en la garganta. Apaga la tablet y Leyla se esfuma.

—Por cierto, ¿has visto a Jon? —pregunta Suki, y alza la mirada por fin.

—Me acabo de levantar —replica Clare—. ¿Ha pasado algo?

—Estará remoloneando —Suki vuelve a enfrascarse en la lectura del libro

de Dan Brown—. Luego lo despierto.

Clare añade un poco de agua a la manzana en polvo y se prepara una galleta salada de centeno con queso para untar. Se sienta y observa a través del ojo de buey arañado los cinco mil acres de rocas rosadas que se extienden bajo ese cielo descolorido, grisáceo. Se pueden distinguir cinco o seis torbellinos a lo lejos, de veinte o treinta metros de altura. El cráter Endurance, el cuadrángulo de Margaritifer Sinus. Siempre le ha hecho gracia que decidieran ponerle a ese lugar el nombre del buque de Shackleton, abandonado y sepultado bajo el hielo compacto en el Mar de Weddell.

La verdad es que echa de menos el viaje encerrada en una diminuta cuenta metálica ensartada en la cadenilla más larga que uno pueda imaginar, surcando la gran corriente de radiación a doscientos grados bajo cero. Por eso se decidió a venir, por las fantasías infantiles de hacerse a la mar con Magallanes o con Frobisher en busca del Paso del Noroeste; anclar más allá de las Célebes, refugiarse en la bodega del barco mientras el casco se balancea, navegar sobre un centenar de brazas de agua helada sin tierra que divisar desde la vigía, pertenecer a la casta de los descartados. Por eso no tuvo miedo cuando Suki sufrió el primer ataque epiléptico ni cuando estalló el regulador de redirección de puertos y estuvieron dos semanas dando vueltas porque ese es el precio que hay que pagar si quieres traspasar los confines del mundo conocido; y si no te parece bien, ¿qué haces aquí?

En realidad, si ella hubiera escrito el argumento de esta historia, habrían muerto durante el aterrizaje porque habían entrado de morro en la atmósfera, el paracaídas había quedado hecho trizas, habían impactado contra la superficie del planeta a una velocidad de cien o de ciento cincuenta kilómetros por hora y la nave no se había incendiado ni ellos se habían asfixiado. Pum. Fin de la historia. Porque, ¿qué haces cuando sucede lo más extraordinario que pueda ocurrir y sigues con vida? Te aprietas los machos y no te quejas. A fin de cuentas, era una de las razones por las que les habían elegido precisamente a ellos, ¿no?, por su capacidad de aceptación, su paciencia, su resistencia.

Recuerda el jardín de Painscastle, un año antes de meter a su madre en la residencia, las dos horas de calma y de silencio que necesitaba antes de acostarse, después de ayudar a aquel cuerpo diminuto a meterse en la cama. El final de la primavera. Orión se estaba poniendo, Casiopea casi no se veía;

Júpiter, con sus lunas, esos puntitos minúsculos; Marte asomaba en la gran noria de la eclíptica, y el tono rojizo del óxido se podía percibir incluso a esa distancia. Información que le llegaba como la lluvia a través de la oscuridad. El deseo de estar en otro lugar, un deseo que nunca se satisface del todo, por muy lejos que uno viaje, aunque es necesario recorrer un camino verdaderamente largo para entenderlo.

Clare recoge los datos de la mañana. Los anota por duplicado y después se reúne con Per en el módulo Sur 2 para mostrárselos.

—Saludos, compañera de trabajo —dice Per, y la mira directamente a los ojos durante tres o cuatro segundos—. Sigues durmiendo mal.

—Necesito esquiar un poco más.

—Pues esquía más.

Per tiene una mancha de nacimiento en el cuello, justo donde llevaría un tornillo si fuera el monstruo de Frankenstein. El pelo rubio al rape se ha convertido en una coleta rubia. En uno de los primeros simulacros de evacuación hubo un incendio. Todos creyeron que era real, que algo había salido terriblemente mal. Per dejó encerrados a Shona y a Kurt en uno de los módulos para que evitar que las llamas se propagaran. Shona rompió a llorar delante de los demás, pensaba que estaba a punto de morir. Abandonaron antes de que terminara la semana. Cuando las cosas se pongan chungas, a Clare le gustaría tener cerca a Per, en el mismo lado de la cámara de descompresión.

—¿Producción de agua? —pregunta Per.

—Doscientos cinco litros.

—¿Reservas?

—A, bien. B, bien.

—¿Esterilización ultravioleta?

—Vuelve a funcionar.

—Gracias a Dios —dice Per—, el cloro es asqueroso.

—Oxígeno 21,85 por ciento; nitrógeno 77,8; CO<sub>2</sub>, 0,045.

—¿Radiación interna?

—Máxima, 10,5 milirradianes; mínima, 9,5.

—¿Humedad?

—23 por ciento —dice Clare—. He bajado la temperatura nocturna un

par de grados.

—No quiero que la gente se sienta demasiado cómoda. ¿Y qué tiempo hace ahí afuera?

—12,2 °C bajo cero y subiendo. Vientos de 4 a 8 kilómetros por hora. Visibilidad de entre 18 y 20 km.

—En fin, familia, que hoy promete ser un maravilloso día de verano — Per se recuesta—. Si tenéis que coger el coche para ir a trabajar, disfrutad del viaje. No hagáis ninguna tontería. Y ahora, para empezar, os dejo con un clásico de Bruce Springsteen, una canción que lleva el oportuno título de «Radio Nowhere», del álbum *Magic*, de 2007.

La segunda expedición está en camino a bordo del *Halcyon*; llevan 408 días de viaje: Joe Bellen, Annie Chen, Anne-Marie Harpen, Thanh Thuy y Kees van Es. Aún no parecen reales. Puede que sea un mecanismo de defensa, puede que sea por la diferencia horaria de treinta minutos, o por las dos semanas en que la Tierra estuvo detrás del Sol y perdieron la comunicación por radio. Ya nadie emplea la palabra *casa*. Se ha convertido en un lugar ficticio pese al flujo constante de información. Así que ahí vienen esos cinco personajes nuevos, como si salieran de un bosque en un cuento de hadas, y nadie sabe si serán buenos o malos.

Se acerca al módulo Oeste 1, se desviste y se queda en bragas y camiseta. Limpia los auriculares, se los pone y va pasando las canciones de la playlist hasta que llega a *Impossible Princess* de Kylie. Aprieta el botón de play, se monta en la máquina y sube la resistencia a 64.

La gravedad aquí es de 0,4. Pero después de dos años de ingravidez a bordo del *Argo* es como montarse en el Muro de la Muerte. Ahora se ha acostumbrado. Ya no le llaman la atención los saltitos que da la gente a cada paso cuando camina, las piernas delgadas, las caras hinchadas. Pero cuando ve un DVD, algo cada vez más infrecuente, le sorprende lo rápido que se mueve todo el mundo, como Charlie Chaplin o los Keystone Cops. Hace un par de meses Suki tropezó con una silla y se rompió el tobillo. Aún no saben si la disminución de masa ósea se ha estabilizado. Son como conejillos de Indias. Quince minutos, veinte. Hace trampa y baja un poco la resistencia. El truco es no preguntar por qué haces las cosas, el truco es seguir adelante y punto. Veinticinco, treinta. *I should be so lucky*. Está sudando a mares.



Arvind dice que echa de menos los baños, la sensación de meterse en un agua disparatadamente caliente. A ella le pasa lo mismo con las duchas. Hay una en particular que recuerda una y otra vez. Estaban de vacaciones en Portugal. Es incapaz de acordarse del nombre del pueblo, y del año, su mala memoria es uno de esos defectos que se convierten en virtudes en el contexto adecuado. Pero la playa la recuerda perfectamente, el trampolín de madera, las medusas que parecían pantallas de lámparas victorianas. Peter con su bañador Speedo verde. Luego subieron a la habitación del hotel, las cortinas del balcón se agitaban con el viento, el frescor de las baldosas de terracota bajo los pies, la piel salada y tirante, casi quemada. Desnuda bajo el agua de la ducha. ¿Qué tendrá ese momento que tanto la atrae?

Después del almuerzo sale al encuentro de Mikal. Van a hacer una AEV un poco más tarde para trabajar en la Gran Matriz. No es más que un tranquilo paseo de poco más de un kilómetro y medio con dos postes de titanio y un taladro de rocas a cuestras, pero puedes morir de cien formas distintas. En la primera expedición, le fallaron las reservas de oxígeno a los cuarenta metros. Se quedó inconsciente a mitad del camino de regreso y Per la llevó a rastras hasta la cámara de descompresión y le salvó la vida.

Ahora Mikal y ella tienen que repasar una lista de verificación con 73 puntos antes de avisar a Per y a Jon para que se enfunden los trajes y las botas. Sacan los cascos de las taquillas y los dejan sobre la mesa. Sacan la ropa interior térmica y la dejan sobre la mesa.

—Suki dice que Jon no se encuentra bien —comenta Mikal—. Así que si tenías pensado morirme de un infarto sería más sensato que lo dejaras para mañana.

—Un infarto no sería una mala muerte, ¿no te parece? —dice Clare.

—No en un futuro inmediato, espero.

Per y Suki son dos psicópatas en el mejor sentido de la palabra. Han retenido casi toda la información que les han dado y nunca parecen cansados ni asustados, pero Clare no tiene ni la más mínima idea de lo que pasa por su cabeza. Sospecha, a veces, que durante largos periodos de tiempo no piensan en nada, que duermen como los tiburones, con el piloto automático, y que nunca utilizan los dos hemisferios del cerebro al mismo tiempo. Arvind compensa su optimismo con fases de melancolía que se esfuerza por evitarles

al resto de los miembros de la expedición, y en esos momentos Clare guarda las distancias por miedo a contagiarse, como todos los demás. Jon, el médico de la expedición, mantiene una actitud positiva en todo momento, es un especialista en provocar alegría y diversión, y aunque ella disfruta jugando con él al backgammon o ayudándole a limpiar una unidad, le irrita su necesidad insaciable de actividad, de ruido, de distracción. Con Mikal, sin embargo, puede sentarse en la misma habitación durante horas, y su presencia silenciosa le hace sentir a gusto, como en otros tiempos le sucedía con los perros y con los caballos. Lleva barba de pirata, se salta un poco todas las normas y su vida anterior es un pozo sin fondo de anécdotas entretenidas. A veces se acuestan juntos. Ella nunca ha disfrutado demasiado con el sexo, y esa es una de las razones de que su relación con Peter no llegara a funcionar. Ahora tampoco disfruta, pero la testosterona que toma para impedir que sus huesos se conviertan en polvo le provoca sueños incómodos a menos que alivie su desaforada libido de vez en cuando. De todas las situaciones que tiene que afrontar, esta es la que se le hace más cuesta arriba, ese momento en que los dos se quedan tumbados después de hacer el amor, cuando él le acaricia el pelo, cuando esos tres años y esos trescientos mil kilómetros parecen una cortina que podría atravesar.

Sacan las botas.

—Había un bosque de hayas justo debajo del aserradero —dice Mikal—. Era un sitio alucinante en primavera. Los campos de colza amarillos a un lado, las campanillas asomaban a través de las hojas secas —revisan las articulaciones herméticas de los tobillos, las rodillas y la cadera y las giran 360 grados—. Una vez me pilló un guardabosques. Un tipo enorme. Llevaba un arma. Fue muy emocionante.

Suki aparece en el umbral de la puerta, con el mismo sigilo de siempre. Tiene una expresión en la cara que Clare no había visto nunca antes.

—Tenéis que venir.

—Es un dolor que comienza en el estómago y me baja hasta la fosa ilíaca derecha —a Jon le cuesta trabajo hablar—. He perdido el apetito. He vomitado varias veces. Tengo más de cuarenta de fiebre y dolor de rebote. Creo que los síntomas son bastante evidentes. No hace falta hacer un recuento de leucocitos.

—¿Antibióticos? —pregunta Per.

—Ya estoy tomando.

—¿Cuándo deberíamos decidirlo?

—Estaría bien que lo hiciéramos ahora mismo.

Todos miran a Clare. Nunca ha practicado una apendicectomía.

Per se vuelve de nuevo hacia Jon.

—Explícale todo lo que tiene que hacer. Suki, ponte una bata azul, esteriliza el módulo Oeste 2, cambia los filtros de aire. Arvind, prepara el instrumental. Mikal, necesitamos referencias, fotos, notas, diagramas. Jon, ¿morfina o ketamina?

Todos abandonan la habitación. Jon y Clare se quedan a solas.

—Bueno, menuda aventura —dice él.

Clare estudió Medicina Militar en Florida, una carrera universitaria de cuatro años comprimida en cuatro meses. No había tiempo suficiente para aprender cirugía. Dentro de 403 días llegará la doctora Annie Chen. Al final, lo único que se podía hacer era clasificar todas las urgencias posibles en orden de probabilidad, fijar un límite basándose en el dinero, en el tiempo y en la capacidad del cerebro humano y cruzar los dedos.

*Sofanautas* era la palabra que habían acuñado para designarlos, personas dispuestas a dejarse lanzar al espacio en un artilugio pirotécnico de 700 toneladas para pasar el resto de su vida jugando al Scrabble y limpiando cuartos de baño. Había que estudiar bastante a fondo el diagrama de Venn para encontrar los elementos comunes entre esos dos conjuntos.

Clare no tenía demasiadas cosas que le ataran. Sus padres habían muerto. Después de tres años con Peter estaba convencida de que no tenía ningún talento para las relaciones íntimas. Él quería tener hijos, pero las dolorosas consecuencias de la ira de su padre la habían prevenido contra los peligros que entraña ese tipo de relación.

Era licenciada en Física y trabajaba como técnica de laboratorio. La gente le decía que tenía que ser más ambiciosa, pero no parecía que eso se pudiera cambiar. Los menos compasivos opinaban que era distante y que no sentía ninguna curiosidad. Entonces encontró su lugar en el mundo. Vasco de Gama, Shackleton, Gagarin. ¿Era tan estúpido aspirar a que todo el mundo

recordara tu nombre dentro de cuatrocientos años?

Jon se acuesta boca arriba con el brazo derecho levantado y separado del cuerpo. Le intuban y Mikal le suministra ventilación asistida con una bolsa de aire. Clare se coloca a su derecha, Suki a su izquierda, las dos llevan mascarillas y batas azules. Al lado hay una mesa con escalpelos, seis retractores, un par de juegos de abrazaderas quirúrgicas, un electrocauterio, hilo de sutura, agujas, una solución salina y gel antiséptico. Detrás del instrumental hay dos tablets: en una se pueden ver imágenes de la piel y de los músculos del abdomen, y en la otra las notas que Clare ha tomado a partir de las explicaciones de Jon. Antes de que le anestesiaran, Jon ha dibujado en su propio abdomen una línea diagonal con un rotulador indeleble para señalar el lugar dónde hay que empezar a operar. Clare limpia bien esa zona y le pasa un algodón impregnado en gel verde.

Es imposible descifrar las miradas de Suki y de Mikal bajo la mascarilla. A través del único ojo de buey de la habitación, Clare puede ver las laderas pizarrosas y escalonadas del monte Sharp y la anodina atmósfera de dióxido de carbono. Acerca el foco al máximo. Tranquila. Una pausa antes de cada nueva acción. Detalle, detalle, detalle.

—Puedes hacerlo —la anima Mikal.

Elige un escalpelo del 12 y practica una incisión en la pared abdominal. La sangre empieza a fluir. Suki engancha el tubo en el extremo inferior de la herida para aspirarla. Clare puede distinguir las tres capas que forman la piel: la piel exterior, la capa de grasa de la fascia de Camper y, debajo, la capa membranosa de la fascia de Scarpa. Cauteriza el sangrado de los vasos sanguíneos más grandes. Huele a beicon frito. El monitor del corazón pita. 78 latidos por minuto. Mikal aprieta y suelta la bolsa de plástico transparente. Clare hace una segunda incisión y vuelve a consultar el diagrama. Ha alcanzado la capa superior del músculo del estómago. Las fibras paralelas se extienden en diagonal, en dirección noroeste sudeste. Ahora empieza lo más difícil. Hace una incisión a lo largo de las fibras, introduce dos abrazaderas en la hendidura y la deja abierta con ayuda de un retractor. Le sorprende la fuerza que tiene que ejercer y que, aun así, el músculo no se desgarre. El orificio hexagonal resultante es increíblemente pequeño.

Debajo del músculo puede ver el peritoneo. Lo sujeta con el máximo

cuidado con las tijeras Metzenbaum y practica un nuevo corte para hacer un orificio aún más pequeño. Mikal le pregunta si necesita ayuda. Le dice que no. Nota el tono de irritación en su propia voz. Se detiene y respira hondo tres veces seguidas, despacio. Veinticuatro minutos, pero hacerlo bien es más importante que hacerlo rápido.

Revisa sus apuntes. Tiene que buscar el colon ascendente y los músculos longitudinales que lo rodean. Va pasando las imágenes. No encuentra ninguna que coincida. Va a tener que apartar el colon con las abrazaderas. No sabe con seguridad cuánta presión puede ejercer sobre esa membrana brillante sin que se desgarre. Lo pellizca con suavidad y lo desplaza hacia la izquierda mientras va cambiando las abrazaderas, como si tirara de una cuerda húmeda. Después, repite el mismo procedimiento para moverlo hacia la derecha. Por fin puede ver las taenia coli. Las sigue hacia abajo y ahí está. La inflamación es más que evidente.

Entra Arvind, con su mascarilla y su bata azul, y sustituye a Mikal, que abandona la sala.

Con el extremo redondeado de las abrazaderas levanta con suavidad el apéndice para sacarlo por el orificio. Coloca unas abrazaderas en la intersección entre el apéndice y el colon, y las aprieta hasta que se cierran, se enganchan en la primera muesca y se quedan abiertas. Añade otras abrazaderas. En ese pequeño istmo de carne hay una arteria alrededor de la cual ha decidido atar los puntos de sutura. Estira las manos y los dedos para relajarlos. Suki le alcanza el primer trozo de hilo. Lo coloca alrededor del cuello carnosos que hay entre las abrazaderas y lo ata fuerte con un nudo llano. Corta los cabos sueltos. Ata un segundo punto junto al primero. Para asegurarse por completo, ata un tercero. Lentamente, afloja la abrazadera que se encuentra en el lado del apéndice.

No se le ha ocurrido preguntarle a Jon qué encontrará dentro del apéndice. Pus, es de suponer, pero ¿será muy líquido? ¿Saldrá a presión? Le pide a Suki que empape varios algodones con gel antiséptico y que rodee el orificio con ellos para proteger la cavidad peritoneal. Elige otro escalpelo para cortar la carne aplastada entre los puntos y la abrazadera. Está más duro de lo que pensaba, y cuando por fin cede se le resbala el escalpelo, rebana uno de los algodones y lo clava en todo el músculo.

—¡Mierda!

Espera y respira. Examina la herida abierta. No ha perforado el peritoneo. Pero lo mejor es que ha conseguido cortar el apéndice inflamado sin derrame. Lo deposita sobre una bandeja, después cauteriza la piel fruncida a la que estaba pegado.

Suelta la segunda abrazadera. Los puntos aguantan. Decide esperar cinco minutos. Quiere asegurarse del todo. El silencio es total, solo se oye la bolsa de aire que se contrae y se dilata. Cuatro minutos, cuatro minutos y treinta segundos. Enjuaga la herida con la solución salina. Junta los dos extremos del peritoneo cortado y los sujeta con las abrazaderas. Suki enhebra una aguja curvada y se la alcanza. Empieza a suturar, mueve las abrazaderas, vuelve a suturar y a mover las abrazaderas. Cuando termina, presiona el peritoneo a ambos lados de la herida. Los puntos no son perfectos, pero aguantarán. Los lava con la solución salina.

Sujeta el músculo con una abrazadera y lo cose. Repite la misma operación con las fascias. Y luego con la piel. Lava la herida con la solución salina.

La operación ha durado tres horas y media.

Suki dice que ella se encarga de limpiarlo todo y de cuidar de Jon.

—¡Has hecho un trabajo extraordinario! —exclama Arvind.

Clare sale de la habitación, se quita los guantes y se baja la mascarilla. Mikal se le acerca y la abraza. Per está al lado. Es la primera vez que Mikal demuestra su afecto delante de otra persona.

—¡Una auténtica proeza!

Jon muere a la mañana siguiente. Suki le ha traído una papilla caliente de copos de avena y un café poco cargado. Se incorpora en la cama para poder comer y beber mejor, y este debe de ser el momento en que se le sueltan los puntos. Pide que llamen a Clare. Suki no entiende lo que está pasando.

Jon le dice a Clare que no es culpa suya. Debería haberles avisado antes de que se sentía enfermo. La sábana está empapada en sangre. Pide que le traigan morfina. Todos se han reunido en la habitación. Arvind, Mikal, Per. Entre el dolor y la confusión creciente todavía le quedan cinco minutos de lucidez.

Per se pone en pie y saca pecho.

—Me gustaría decir en nombre de todos que...

—Vete a tomar por culo —le espeta Jon.

Arvind se ríe y se arrepiente de haberlo hecho.

Jon se recuesta y cierra los ojos.

—Me gustaría escuchar un poco de música.

—¿Qué tipo de música? —le pregunta Mikal.

—Bluegrass —dice Jon.

Cuando Mikal regresa, está inconsciente. Mikal pone la música de todas maneras. Nadie sabe qué hacer. El protocolo no contempla esta situación. Salir de la habitación no parece lo más adecuado, hablar tampoco, pero si se quedan ahí en silencio sin hacer nada da la sensación de que están celebrando el funeral antes de tiempo. Suki le toma la mano durante un rato, pero como no reacciona se la vuelve a soltar. Arvind se queda mirando por la ventana para que nadie pueda verle la cara. Jon muere escuchando «My Lord Keeps a Record», de Carl Story & His Rambling Mountaineers.

—Vamos a centrarnos en los pequeños detalles —dice Per.

Desnudan el cuerpo de Jon, lo taponan y lo envuelven en la sábana ensangrentada. Están tan acostumbrados a reciclar que Clare no puede evitar pensar en el derroche que supone deshacerse de un objeto que contiene tantos fluidos y calorías. Lo dejan en la cámara de descompresión hasta la mañana siguiente. Nadie quiere salir ahora que está anocheciendo.

Mikal y Clare ordenan la habitación de Jon. Doblan la ropa, la guardan y hacen la cama. Clare abre el cofre de Jon y saca un crucifijo hecho con hojas de palma, el fósil de un trilobite y un Ferrari verde de juguete al que le falta un neumático. Los coloca junto al pequeño zoo de origami de Jon. En el fondo del cofre encuentra una foto manoseada y descolorida en la que aparece una jovencita de dieciocho o diecinueve años tumbada desnuda en una cama. Es una chica de tez morena con el pelo enmarañado, negro como el carbón, grandes pechos. Está totalmente relajada. Hay una botella de vino tinto abierta en la alfombra y encima del cabecero se ve la parte inferior del póster de una película que Clare no es capaz de identificar. La vuelve a guardar en la caja y sellan la habitación para ahorrar energía.

Lo entierran a la mañana siguiente. No disponen de ningún vehículo, así que Mikal y Arvind tienen que llevarle a pulso, colgado entre los dos. Con los trajes de AEV es difícil levantarse cuando uno se cae, así que avanzan

despacio y se detienen a menudo para descansar. Tardan veinticinco minutos en llegar al espacio que habían reservado discretamente para el cementerio, a unos doscientos metros al sur de la base. Regresan para coger las palas. El terreno es demasiado duro, y no pueden cavar todo lo hondo que querían, así que entierran a Jon en una fosa poco profunda. Llevan ya más de dos horas en el exterior. Per les pide que regresen a la base, pero insisten en terminar el trabajo. Reúnen unas cuantas piedras y levantan un túmulo alargado y bajo para proteger del viento el cuerpo de Jon. Cuando regresan, llevan afuera más de cinco horas. Están agotados.

—Sé que es una situación difícil —dice Per—, pero no debemos permitir que las emociones afecten a nuestra disciplina.

Mikal y Arvind se quitan los trajes y todos almuerzan juntos.

—Me gustaría recitar un poema —observa Arvind.

—No me parece mal. A no ser que alguien tenga alguna objeción.

Arvind se pone en pie.

—*Maranare tuhu mamō shyamo saman meghabaran tujha, megha jotajuta, raktakamalkara, rakta adharaputa...*

Suki le pregunta qué es.

—Es de Tagore —le responde Arvind; no lo traduce ni les dice cómo se titula.

Clare sospecha que Arvind intenta demostrar que está más afectado que los demás.

Mikal cuenta algunas anécdotas sobre Jon, cómo jugaba a las tres en raya en el *Argo* con las rejillas de las galletas que pasaban flotando, recuerda el monitor que fabricó para predecir los ataques de epilepsia de Suki, lo terriblemente mal que cantaba.

—Creo que sería una buen idea seguir con el horario habitual de la tarde, como de costumbre —propone Per.

—Tenemos muchos años por delante —dice Suki—. Quizá lo mejor sería que cada uno decidiera cómo quiere pasar el resto del día.

Escriben informes para Ginebra y graban testimonios en vídeo. No les está permitido charlar entre ellos antes de hacerlo. Les envían guiones preparados para que se los aprendan y los interpreten. Servirán de base para



confeccionar el material multimedia que entregarán a los medios de comunicación. Les animan a que corrijan los guiones para que parezcan más personales. Se someten a algunos tests psicológicos concebidos para ellos en caso de que fallezca un miembro de la tripulación.

Hasta ahora, cuando se cansaba de los demás Clare se retiraba a su habitación. Cuando se sentía sola buscaba compañía. Ahora necesitaría una tercera opción que no sabe definir. Se ha convertido en la doctora de la expedición. Le dice a Mikal que no quiere más sexo. Él le pide que le deje abrazarla, sin más. Mientras lo hace, ella se pregunta si en realidad tenía miedo de querer demasiado a Peter, si su relación fracasó precisamente por eso. Querer demasiado a alguien, no quererlo lo suficiente. ¿Se puede confundir una cosa con la otra?

Una noche, Per empieza a tararear distraídamente «My Lord Keeps a Record» mientras se prepara la cena.

—¿Qué coño estás haciendo? —lo increpa Arvind.

Clare nunca ha visto a Arvind así, siempre ha sido un modelo de cortesía. Per no recuerda dónde ha oído esa melodía. Arvind le dice que es un robot. Per le pone la mano en el pecho, bastante arriba, pero no llega a agarrarle del cuello.

—Esta misión es más importante que tus sentimientos —le espeta.

—Todos estamos tristes —dice Clare—. Cada uno lo expresa de una manera distinta, eso es todo.

Per suelta a Arvind después de una pausa.

—Por supuesto, tienes razón —concede.

Clare le receta diazepam a Arvind. Le dice que empiece con seis miligramos al día y que vaya reduciendo la dosis poco a poco. Le recomienda que incremente el régimen de ejercicio en un cincuenta por ciento. Le autorizan a que grabe y reciba más vídeos de sus parientes lejanos en New Haven y en Chennai.

Per le dice a Clare que quiere hablar con ella en privado, y le explica que quizá sería un buen momento para compartir con ella el contenido del protocolo de Kent. Ella le responde que Arvind se va a poner mejor. No ha sido más que una enajenación temporal. Leerá el protocolo a su debido tiempo, si es necesario.

La vida vuelve a la normalidad. Per, Mikal, Suki y Arvind se turnan para realizar las AEVs hasta la Gran Matriz. A Clare ahora no le permiten participar en actividades potencialmente peligrosas. Su tarea consiste en supervisar el ritmo cardiaco y la tensión arterial de los miembros de la expedición, el tono muscular y la masa ósea. Les hace pruebas de reacción y escáneres en busca de tumores. Lee a Neil Gaiman. Lee a George R. R. Martin. Llega la Navidad y se va como llegó, y como ninguno de ellos es católico practicante, el ambiente festivo no se enrarece ni degenera en algo más lúgubre. Arvind termina su tratamiento de Valium y parece estable.

A principios de febrero pierden la comunicación con el *Halcyon*. En Ginebra reciben un escueto mensaje de audio de Anne-Marie Harpen que informa de que han detectado un incremento en los niveles de oxígeno y que van a suspender temporalmente la electricidad al 95%, hasta que localicen la fuga. La comunicación no se vuelve a restablecer. Recuperan la caja negra desde Ginebra. Una hora después de que Anne-Marie enviara el mensaje, la temperatura interior subió rápidamente hasta alcanzar unos niveles insoportables para el ser humano, y se mantuvo en esos valores durante diecisiete minutos. Es la última vez que detectan actividad eléctrica en el módulo principal. Si alguno de los tripulantes consiguió sobrevivir en una sección aislada se tomaría su comprimido de Moxin para evitar una muerte agónica. La trayectoria no ha variado, así que la nave sigue avanzando en la misma dirección. Nueve meses después, el 4 o el 5 de septiembre, si entra en la atmósfera durante el día, podrán verla arder en el cielo como si fuera una estrella fugaz.

Ven un vídeo sobre la ceremonia aconfesional en honor de los caídos que se celebra en Ginebra y en Florida, y ellos organizan su propio homenaje, más modesto. Arvind no cita a Tagore. Una vez más, les envían guiones para que preparen las declaraciones que les entregarán a los medios de comunicación.

Hay una tercera tripulación preparada para viajar en otra nave, el *Sparrowhawk*, que también está lista, pero no se autorizará el despegue hasta que se redacte un informe que identifique las causas de la desaparición del *Halcyon* y se subsane el error.

El *Halcyon* traía paneles solares adicionales, filtros de aire nuevos, material médico, una impresora de 3D y media tonelada de bloques de plástico ABS. Ahora, los cinco tienen que hacer un inventario de todas sus posesiones y calcular el ritmo de consumo que pueden permitirse. Per y Suki cotejan los números. No pueden hacer más AEVs. La ingesta diaria de comida se reduce un diez por ciento y se baja tres grados la temperatura ambiente. Aíslan el módulo Este 2 y reorganizan el comedor del Norte 2 para dejar espacio para los aparatos de gimnasia. Suki y ella tendrán que compartir habitación, al igual que Per y Mikal.

Ahora disponen de más tiempo libre. Per hace ejercicio tres horas al día. Sentadillas, flexiones, dominadas. A veces esquía mientras los demás comen a tan solo unos metros.

Suki está aprendiendo alemán. Arvind, que trabajó en Stuttgart durante siete años, mantiene conversaciones con ella, como si los dos vivieran en una ciudad alemana que él se ha inventado, Stiller am Simssee.

—*Tut mir leid, ich bin zu spät mein Fahrrad einen Platten hatte.*

—*Komm in mein Haus. Mein Vater wird es reparieren können.*

Mikal se dedica a ver películas de suspense antiguas, *Con la muerte en los talones*, *The French Connection*, *Serpico*. Se sienta en algún rincón tranquilo y se dedica a meditar.

—¿Estás bien, Clare? —le pregunta—. Me preocupas.

En Bangladesh, una inundación ha acabado con la vida de más de 10.000 personas, aunque la cifra exacta nunca se llegará a conocer. La central nuclear de Fukushima se ha encapsulado por fin en un inmenso bloque de hormigón, la mitad bajo el agua, la otra mitad en tierra. Por encima del hombro de Arvind, Clare lee un titular que dice: «El destino del *Halcyon* sigue siendo un misterio». Piensa en Frank Wild y en sus hombres, que se refugiaron bajo sus barcas en la Isla Elefante y se alimentaban de focas y de pingüinos mientras Shackleton salía en busca de ayuda.

Suena una alarma. La presión interna ha experimentado un descenso imprevisto. Se reúnen en el módulo Norte 1, aíslan las demás unidades y las reabren de una en una hasta que localizan la fuga en el módulo Sur 2. Per y Mikal se visten y entran en el módulo. Después de tres días y de cinco visitas encuentran una válvula rota en un panel de la pared y la reparan.

—No es una emergencia real —dice Arvind.

—Arvind... —Clare teme que vuelva a perder el equilibrio.

—Es un simulacro para que estemos alerta —añade.

Clare no se había planteado esa posibilidad hasta ahora. Le gustaría poder decirle que eso es absurdo, pero ¿cómo demostrarlo?

Una comisión se reúne en La Haya para investigar qué le sucedió al *Halcyon* y pide asesoramiento a una larga lista de físicos, ingenieros y analistas de sistemas.

Clare le pide sexo a Mikal. Le encantaría poder emborracharse. Le gustaría liarse a martillazos con todo lo que tiene delante. Esos sentimientos están embrollados en una maraña que no puede comprender ni deshacer. Gime cuando Mikal la penetra. Él le tapa la boca con la mano para que nadie la oiga y ella le pega un buen mordisco y le hace sangre. Tiene orgasmos por primera vez, y en los minutos posteriores, cuando desconecta y se queda flotando en la oscuridad, tiene visiones fugaces de su vida pasada. Un peral en flor en el jardín de Painscastle, Tokio desde el aire, la línea perfecta de vello que le salía a Peter debajo del ombligo.

Falla uno de los transmisores. No hay capacidad suficiente para recibir audios y vídeos personales. Hasta que arreglen la avería, solo podrán comunicarse con sus familias por escrito.

Mikal ve *Marathon Man*, *La noche del cazador* y *Loco, loco fin de semana*.

—*Es sind Sommerferien und ich bin sehr gelangweilt* —observa Arvind.

—*Morgen werde ich Dich zum segeln auf dem See mitnehmen* —le responde Suki.

—Los mensajes de mi hermana —dice Arvind— no son reales.

—Arvind —le reprende Clare—, ¿qué estás diciendo?

—Los escriben los mismos que redactan los guiones de nuestros vídeos. Son divertidos. El humor nunca ha sido el punto fuerte de mi hermana. Con las noticias sucede lo mismo. Cada vez me parecen más inverosímiles. Por ejemplo, nadie habla de nosotros.

Le recomienda a Arvind que no le diga nada de eso a Per. Él le da una

palmadita en el hombro como si fuera ella la que tiene problemas.

—No te preocupes, Clare. Todo va bien y seguirá yendo bien, pase lo que pase.

Per se hace el maratón de París en la cinta para correr del módulo Norte 1 en el mismo momento en que se está corriendo a trescientos millones de kilómetros. Termina la carrera en tres horas y cuarenta y dos minutos.

Clare está enferma. Es incapaz de identificar los síntomas específicos pero tiene la certeza de que algo ha cambiado dentro de su cuerpo. Se somete a todas las pruebas que se le ocurren pero no encuentra nada. Solo le falta comprobar una cosa. Está embarazada. No pensaba que esto pudiera suceder con la medicación que está tomando. No se lo cuenta a Mikal. Falsifica el informe semanal que envían a Ginebra. No puede tener un hijo aquí, pero la idea de abortar le parece inconcebible.

Per le dice que quiere hablar con ella en privado. Se sienta a los pies de su cama. Parece tranquilo, pero pasan muchos minutos hasta que por fin se decide a hablar.

—No sé por qué estoy haciendo esto —dice.

—¿El qué?

—Esto —se agacha y acaricia la pared de la unidad con una ternura sorprendente—. Honor, orgullo, deber, amor a la patria, la familia, el deseo de que me recuerden. Ya no sé qué significan todas esas cosas.

—Los correos electrónicos de tu familia, Per, ¿son falsos?

Pasa una eternidad y no contesta.

—¿Y las noticias? —insiste ella.

—La comisión se ha disuelto —masculla—. No tienen ni idea de por qué se perdió el *Halcyon*. No habrá una tercera expedición. Es demasiado arriesgado —se cubre la nariz con las manos, como si respirara a través de una mascarilla—. Nos lo hemos tomado increíblemente bien, según los periódicos. Entendemos que los presupuestos tienen límites, que la tecnología no es perfecta, que nadie nos garantizó nuestra seguridad. Hemos aceptado con entereza que vamos a morir.

—Quizá deberías enseñarme el protocolo de Kent.

—¡Ah, no creo que sea necesario!

Le encuentran a la mañana siguiente en el módulo Sur 2, a cuatro patas, con la cabeza aplastada contra el suelo como si estuviera escuchando un sonido subterráneo.

—Moxin —dice Mikal, y le alcanza el blíster vacío a Suki.

Arvind aparece enseguida.

—Bueno, esto jamás lo habría imaginado.

Clare les pide a todos que la acompañen al módulo Sur 1, y allí descubren que Per ha dejado escrito su código de identificación en la mesa de control con un rotulador permanente.

El vídeo del CAPCOM es de hace cuatro semanas: «Estas cosas no dependen de mí, Per. Vamos a seguir presionando, pero tendría que producirse un cambio de gobierno. No estoy autorizado a expresar mi opinión, pero os han jodido bien jodidos. Y creo que en esta oficina todo el mundo está de acuerdo conmigo».

La prohibición de realizar AEVs parece absurda ahora, y nadie quiere el cadáver dentro, así que Mikal y Arvind se enfundan los trajes. Deciden que no es necesario llevarlo hasta el cementerio. No sienten lo mismo por Per que por Jon. Suki protesta, pero es incapaz de hacer valer el poder que ha heredado a la muerte de Per. Lo dejan al lado de la tolva donde tiran los restos de pelo y las uñas cortadas, en un lugar que no se puede ver desde ninguna ventana.

Suki envía un informe. Dice que Per ha muerto. Que saben lo de la comisión. Que saben que les han abandonado. La respuesta del CAPCOM llega enseguida, cuatro horas después.

Les eximen de cualquier protocolo y dicen que intentarán proporcionarles la ayuda que necesiten. Hay una pausa.

—Por desgracia, no podemos informar a vuestras familias.

—¡Mierda! —exclama Mikal.

Clare interrumpe la transmisión.

—Nuestras familias se lo habrán imaginado —dice Arvind.

—No lo entiendo —balbucea Suki.

—¿A ti te tranquilizan los correos electrónicos inverosímiles que te envían desde casa? —pregunta Arvind—. Dudo que nuestras familias estén

tranquilas con los correos inverosímiles que les envían en nuestro nombre.

—Estoy embarazada —anuncia Clare.

Se produce un largo silencio.

—¿Cómo ha podido suceder? —inquire Suki.

—Lo siento muchísimo —dice Mikal.

Ven *Perdición*, *The Wages of Sin* y *Paan Singh Tomar*.

Mikal dibuja una línea cronológica.

—Supongamos que no tenemos ningún accidente. Supongamos que el ritmo actual de consumo y deterioro no varía. Esta es la fecha aproximada hasta la cual podemos sobrevivir. Y esta es la fecha límite en la que tendría que ponerse en camino una segunda expedición para llegar a tiempo.

Suki tiene una muela picada. Clare se la extrae con anestesia local.

El CAPCOM vuelve a enviarles noticias verdaderas. Incendios fuera de control en California. Los Cardinals han ganado la liga. Han prohibido el ascenso al Everest a los escaladores extranjeros.

Clare pensaba que con el embarazo desaparecería el deseo sexual, pero ha sucedido justo lo contrario. Se está convirtiendo en una auténtica desconocida para sí misma. Mikal le dice que no está de humor y ella le responde con un bofetón.

—¿Quieres seguir estudiando alemán? —le pregunta Arvind a Suki.

—Cuando volvamos a casa —replica ella— me iré a vivir a Stiller am Simssee. Me compraré un pisito. Comeré pan dulce, pasearé por la montaña y leeré novelas policíacas de Friedrich Dürrenmatt.

—Stiller am Simssee no existe —le advierte Arvind.

—Vaya —dice Suki—, creía que sí.

—¡No puedes tener un bebé! —exclama Mikal—. No podemos tener un bebé. Es una locura.

Las náuseas desaparecen. Clare juega al *Skyrim* sola, y al backgammon con cualquiera que se deje. Se desata una tormenta de arena. Es la más terrible que han vivido hasta ahora. El viento ruge afuera, y los duros granos de arena carcinógena arañan las paredes. Las comunicaciones con Ginebra se vuelven intermitentes. Al final, se cortan del todo. Son incapaces de localizar la avería. Puede que se encuentre en el exterior, pero no pueden salir hasta

que la tormenta amaine.

—El *Mignonette* naufragó cuando navegaba hacia Sídney en 1883. Los cuatro miembros de la tripulación lograron salvarse en un bote con dos latas de nabos. Estaban a setecientas millas de tierra firme. Se comieron una tortuga y se bebieron su propia orina, pero no consiguieron recoger ni una gota de agua de lluvia. Después de tres semanas, el mozo de cabina Richard Parker entró en coma. Tom Dudley y Edwin Stephens lo mataron clavándole una navaja en el cuello, se lo comieron y bebieron su sangre —dice Mikal.

—¿Por qué nos cuentas eso? —inquire Arvind.

Clare se despierta a medianoche. Jon está golpeando las paredes, quiere que le dejen entrar. Tiene frío y se siente solo. No se lo cuenta a nadie.

Durante el reconocimiento semanal, le encuentra a Suki un tumor supuestamente benigno en el pecho izquierdo.

—Te amo —dice Mikal.

—Lo que te pasa es que tienes miedo.

—Tengo miedo y te amo.

—Necesito que no tengas miedo.

A esas alturas ya tiene una barriga bastante abultada.

Después de seis semanas, la tormenta de arena termina con una rapidez inesperada y caprichosa, en una sola mañana. El silencio por el que tanto habían suspirado ahora les inquieta, el sonido de la nada, de la soledad, del vacío. No logran restablecer la comunicación con Ginebra. Mikal y Arvind realizan una AEV pero no encuentran ningún fallo en los transmisores. Las AEVs suponen un enorme derroche de energía. Cada vez que llevan a cabo una, su esperanza de vida se reduce en ocho días. Deciden por votación que no van a salir más. A menos que caiga una nave de los cielos no volverán a contactar con nadie.

—Si un incendio arrasara la ciudad de Los Ángeles no nos enteraríamos —advierte Mikal.

Suki propone que reduzcan la ingesta diaria de calorías: mil para Arvind y ochocientas para Clare y para ella.

—Clare está embarazada —señala Mikal.

—O sea, que renunciamos a nuestra comida para alimentar a alguien que



no va a nacer... —protesta Suki.

—Mejor matamos a un bebé para que tú puedas vivir un mes más.

Arvind se levanta y sale de la habitación. Clare piensa que trata de dosificar sus fuerzas, que sabe que la partida va a ser larga, que será el último en morir.

Advierten que a todos les huele el aliento a amoníaco.

Suena una alarma. Hay un problema estructural sin especificar en el módulo Norte 2. Los efectos de la tormenta, quizá. No tienen fuerzas para enfundarse los trajes y llevar a cabo pruebas de ultrasonido, así que aíslan el módulo y se olvidan del asunto.

Han dejado de hacer ejercicio. Suki se vuelve a caer y se rompe el tobillo. Clare le administra todos los analgésicos que le pide.

Puede sentir cómo se mueve el bebé. Se hace una ecografía. Es un niño. No se atreve a pensar en un nombre.

Ven *Ocean's Eleven*, *La princesa prometida*, *Los puentes de Madison*. Clare se queda en otra habitación, leyendo o jugando a algo. No puede soportar ver imágenes de la Tierra.

—Echo de menos la sensación de la hierba húmeda bajo los pies —dice Arvind.

—¡Por el amor de Dios, Arvind! —replica Clare.

Suki se toma su pastilla de Moxin. Vuelven a abrir el módulo Norte 2, dejan allí el cadáver y lo vuelven a aislar.

Había cinco chicos morenos, delgados, que se pasaban toda la tarde en el trampolín de madera. Peter y ella comieron garbanzos con manitas de ternera y verduras en el bar que había al lado de la playa.

—*Eu gostaria Orangina, por favor?*

El segundo día le picó una medusa y tuvo que meter el pie en un barreño con hielo toda la tarde. Peter le habló de Atlit Yam, el monumento megalítico más antiguo del mundo, construido aproximadamente en el año 7000 a. C., que está bajo el agua cerca de Haifa. Le habló de los Hurlers de Bodmin Moor, de las Merry Maidens, de las Nine Ladies, los Twelve Apostles. Estuvieron toda la tarde tumbados en la cama, desnudos. El polvo suspendido

en los rayos del sol, el ruido del chapoteo del agua que llegaba de fuera y el sonido metálico de la música pop brasileña de la radio barata de Jordão. Entonces llamaron del hospital. A su madre le había dado un infarto.

Mikal tiene diarrea. Le receta Imodium y Dioralyte, pero sigue deshidratado. Le empieza a doler la cabeza, un dolor del que no se va a recuperar.

Nadie tiene fuerzas para sacar el cadáver de Mikal.

—Muerte, no soy capaz de distinguírte de mi amante, tu piel del color de las nubes, y tu cabello, una masa de nubes oscuras; tus manos de loto, rojo como la sangre, y tus labios del color de la sangre —dice Arvind.

—¿Qué es? —le pregunta Clare.

—Tagore —responde—. *Maranare tuhu mamó*. ¿Lo recuerdas?

Clare le apoya la mano en la suave piel de la nuca y no la retira hasta que se enfría.

No sabe decir cuánto dura el parto. Cada vez que piensa que la muerte es el camino más fácil, se acuerda del bebé y se las arregla para sacar fuerzas de no se sabe dónde. Jon está sentado al fondo de la habitación, con la tez gris. Ella piensa que es un médico y eso la tranquiliza. Se arrastra hasta el botiquín y encuentra una botellita de plástico de morfina líquida. Toma un sorbo. No demasiado, o el bebé morirá antes de nacer y se le pudrirá dentro. ¿Es así como funciona, en realidad? Antes sabía este tipo de cosas.

Una contracción, después otra y otra. Es como acercar la mano a una llama, retirarla y volver a acercarla. Reza. Recuerda que no hay nadie a quien pueda rezar, que no hay nadie en cientos de millones de kilómetros, no hay vida de ningún tipo. Esa idea es un vendaval que barre las habitaciones vacías de su mente y hace que las puertas se cierren de golpe y que se rompan las ventanas. Otra contracción. Si pudiera quedarse quieta y esperar a que esto termine... Si no tuviera que empujar...

Destellos de luz bajo los párpados cerrados, como los destellos que ven por las noches, las partículas residuales de las supernovas que ceden su

energía a la retina. Entonces descubre que hay un animal tirado en el suelo y se está moviendo. Se sube la camiseta y lo aprieta contra el pecho. El mundo desaparece y durante un tiempo reina la oscuridad. Después abre los ojos y cree que va a ver el hipopótamo, el león, el mono, la serpiente y el águila, pero lo que ve es que está tendida en un charco de sangre en un rincón de una habitación con paredes de plástico y aluminio, con un bebé en brazos.

Es más fácil pensar en el bienestar de otra persona que en el suyo. Envuelve al bebé en varias toallas. Llora. Le consuela. Come dos porciones de cada alimento durante los cinco primeros días, y no reduce la ingesta hasta que empieza a notar que recupera las fuerzas. No puede soportar la idea de comerse la placenta, todavía no, en todo caso, así que la congela. Ahora que todos están muertos, cuenta con más provisiones.

Los cadáveres de Mikal y Arvind han empezado a descomponerse. Los arrastra hasta el pasillo y lo sella. Ahora vive en una sola habitación.

Se dedica a ver documentales sobre la naturaleza. Si no aparecen seres humanos ya no sufre. No es más que un hermoso planeta muy lejano. Geladas que se alimentan de hierba en las sierras de Etiopía. Iguanas marinas. Una manada de leones que derriba a una hembra de elefante. Cuando el bebé está inconsolable, lo abraza y se pasea en círculos hasta que se queda dormido. La mira a los ojos, le agarra el dedo y algo parecido a una sonrisa se dibuja en su rostro. Recuerda que Mikal es su padre. Recuerda cómo corrían a través del bosque de hayas, justo debajo del aserradero, las campanillas que sobresalían entre las hojas muertas. Ahora parece que todo aquello ocurrió hace mucho tiempo. Sabe que esto no va a durar para siempre. Si falla la electricidad, si falla el oxígeno, no podrá hacer nada. Hay un blíster de Moxin en la repisa.

Dos estudiantes de posgrado de Seattle resuelven el misterio. Los sensores de oxígeno del *Halcyon* se averiaron por culpa de un aumento anómalo del viento solar. Llevan a cabo una simulación y la repiten una y otra vez. Tardan dos semanas en instalar un escudo protector. El *Sparrowhawk* despegua un mes después. Fortuitamente, después de una espera de tan solo treinta y seis horas en órbita, se presenta la configuración de ondas más propicia de los dos últimos años. Se estima que el viaje durará catorce meses.

El lanzamiento se produce tan solo dos meses después de que la tormenta de arena haya inutilizado los transmisores de la estación.

A bordo de la nave viajan seis astronautas: Mina Lawler, Jin Ji, Giulia Ferretti, Bear Jonson, Mary D. Eversley y Taylor Paul. Llevan dos meses de viaje y aún no han conseguido comunicarse con la estación Endurance. Se da por supuesto que todos han muerto. En el mejor de los casos, la estación se habrá quedado sin energía y tendrán que enterrar los cadáveres, limpiarlo todo y reparar los desperfectos. En el peor, los cadáveres llevarán quince meses dentro de una estación activa y caldeada.

Siguen con cierta preocupación los incrementos de viento solar, pero no se repite el problema de la expedición anterior. El único momento en que la misión está al borde de la catástrofe es cuando inician el descenso y falla uno de los paracaídas. El aterrizaje es un poco accidentado, pero el módulo de descenso no sufre ningún daño.

Aterrizan a unos mil doscientos metros de la estación. Da igual. No tienen ninguna prisa por enterrar seis cadáveres. Cuando pongan todo en marcha, cuando realicen una cuantas AEV más cortas, se dirigirán a la estación para echar un vistazo.

La despierta un temblor que atraviesa la roca que hay debajo de la estación. Se pregunta si será un movimiento sísmico o simplemente una alucinación. Cada vez le resulta más difícil distinguir si las cosas suceden dentro o fuera de su cabeza.

A la mañana siguiente sale de dudas. A través de la ventana arañada por la arena, a pesar de que la vista le falla, reconoce esa silueta inmediatamente. Mira al bebé a la cara y le dice:

—Nos van a salvar.

No puede dejar de llorar.

Pero no aparece nadie, ni el primer día ni el segundo ni el tercero. Se pregunta si habrá sucedido algo horrible, si estarán todos muertos dentro del módulo de aterrizaje. No se le ocurre ninguna forma de hacerles señales físicas ni electrónicas. Pasan diez días. El bebé y ella están muy débiles, cada vez más. Antes lloraba cuando no le daba de comer lo suficiente. Ahora está callado. Ella lo ve todo a través de una neblina blanquecina que ya no se va a aclarar. Le duelen las articulaciones.

Es lo último que hace. Junta todas las barritas de luz de estado sólido que le quedan. Espera a que anochezca y las fija con cinta adhesiva a la ventana. No puede hacer nada más. Se tumba con Michael en el colchón y echa la manta sobre los dos.

Rebobinan la grabación. ¿Será el brillo de la propia lente? ¿Un reflejo de la luz del sol? Esperan una hora. Sigue allí, y se puede ver desde las dos ventanas. Jin Ji cree distinguir una forma, pero con la luz del día es cada vez más difícil de apreciar. Toman una fotografía, aumentan el contraste y la amplían.

—¡Por el amor de Dios! —exclama Mina.

Alguien ha formado la palabra ayuda con las barritas de luz rotas en la ventana triangular. Esas barritas duran dos días como máximo. Hay alguien vivo ahí dentro.

Taylor pide permiso a Ginebra para saltarse el protocolo. Va a ser la primera AEV de la expedición. Bear Jonson y Mina Lawler se presentan voluntarios. Tardan nueve horas en prepararse. Antes de salir, Bear y Mina duermen un par de horas. Jin Ji prepara su traje por si se presenta una emergencia. Todavía les quedan tres horas de luz.

El terreno es llano. Solo tardan treinta minutos en llegar a la antigua base. A la derecha pueden ver el túmulo de rocas que cubre la tumba del doctor Forrester; a la izquierda, la luz oblicua del sol que centellea en los postes de titanio de la Gran Matriz, a medio terminar. Rodean el perímetro de la robusta estructura modular con forma de araña. En un recoveco de la parte trasera encuentran un cadáver tan corroído por la tormenta de arena que no es más que un esqueleto. Taylor, Giulia, Ji y Mary pueden verlo todo a través de las cámaras que llevan sus compañeros en el casco.

La mayoría de las ventanas de la base están oscuras, y una lectura de la temperatura revela que esos módulos han sido aislados y despresurizados. Parece ser que solo se encuentra activo uno de ellos. En la ventana donde siguen pegadas las barritas de luz, ahora apagadas, se adivina una luz tenue, pero la arena que ha corroído el cadáver también ha erosionado el cristal, y no se ve prácticamente nada. Con ayuda de la luz infrarroja, creen distinguir algo que podría ser un cuerpo humano. Después, Bear y Mina confesarán que, aunque parezca una locura, estaban convencidos de que la persona (o el

ser) que había allí dentro no era uno de los miembros de la tripulación original, que ni siquiera era humano.

Regresan a la unidad contigua. Como en el resto de las puertas, hay una manivela central de emergencia. Intentan girarla con la varilla de metal que han traído con ese propósito, primero Bear, después Mina, pero tienen miedo de caerse o, peor aún, de romperse el traje.

—¡Dadle con una piedra, joder! —exclama Taylor después de veinte minutos de esfuerzos infructuosos.

Bear sigue su consejo y oyen el ruido sordo de la estructura al vibrar. Vuelve a golpear. La manivela cede un poco. Le atiza por tercera vez, deja la piedra en el suelo y por fin pueden girarla con sus manos enguantadas como única ayuda. La puerta se abre por fin y entran en el módulo.

Hay un cadáver en el suelo, demacrado, curtido, momificado. Es el cuerpo de una persona pequeña, con el pelo moreno y abundante, y por tanto debe de tratarse de Suki Camino. Cierran la puerta a sus espaldas y la sellan. Conectan la electricidad y las luces del techo se encienden, lo que significa que los generadores funcionan. Comprueban la presión interior. Empiezan a extraer el CO<sub>2</sub> y dejan que entre el aire del resto de la estación. De momento, no ha habido ninguna respuesta a su entrada apoteósica. Si aún queda alguien con vida al otro lado de la segunda puerta, debe de estar inconsciente o ha decidido permanecer en silencio. ¿Les habrán tendido una trampa?

Un ruido suave y seco y la puerta se abre.

Clare Hogg y el bebé están acostados en un colchón asqueroso. El niño no se mueve. Clare está casi inconsciente. En ninguno de los simulacros se contemplaba esta posibilidad.

—¡Santo Dios! —exclama Taylor a través del intercomunicador.

—¡Haced algo, por favor, ¿de acuerdo?! —suplica Giulia.

Mina desoye las instrucciones de Taylor y se quita el casco. El aire huele a orina y a sudor y puede apreciar otro olor intenso y dulzón que es incapaz de identificar. Se quita los guantes y coge al bebé en brazos. Está muy débil, pero aún está caliente. Está envuelto en sus propias heces, lleno de úlceras. Un sarpullido le cubre todo el cuerpo. Es un varón. Bear no se ha quitado el casco ni los guantes. Ayuda a la mujer a colocarse en posición de defensa. Tiene el pelo enredado y apelmazado. Parece que no ve bien ni comprende lo que le dicen. No puede hablar. Tantea el aire con los brazos, como si buscara

a su bebé. En el suelo, a un par de metros del colchón, hay dos blísteres de Moxin sin abrir. Mina envuelve al bebé en una manta limpia y lo abraza con fuerza.

Bear encuentra un poco de plátano en polvo. Le añaden un poco agua de su propia reserva para hacer una pasta. La mujer come, pero Mina tiene que quitarle la aguja a una jeringuilla para darle la pasta al bebé. Se atraganta, traga, tose y lo expulsa todo. Repite el mismo procedimiento.

Es demasiado difícil y arriesgado llevar a Clare y al bebé hasta el módulo de aterrizaje. Bear hace algunas pruebas. La base funciona perfectamente a pesar de la falta de comunicaciones con el exterior. Jin Ji recorre los mil doscientos metros que separan la estación del módulo de aterrizaje con una bolsa de suministros médicos. Se está haciendo de noche. Durante los diez últimos minutos del trayecto lo pierden de vista. Bear encuentra dos cadáveres más en uno de los módulos contiguos. Mikal Galkin y Arvind Sagha. A juzgar por su aspecto, Mikal debe de ser el padre del bebé. Ji les administra glucosa y suero salino por vía intravenosa.

Clare los llama Mikal, Suki y Per. Les cuenta que alguien le ha robado el bebé.

—Tu bebé está aquí.

Le preguntan cómo se llama el bebé. No lo sabe. Jin Ji baña al bebé y le unta Epaderm por todo el cuerpo. Clare dice que quiere salir al jardín. Le explican que no hay ningún jardín.

—Tienes mucha suerte de haber sobrevivido —le dicen—. Clare, ¿nos puedes contar qué ha pasado?

—Estábamos dando un paseo por el aserradero. Había campanillas.

Da el pecho a su bebé. Se niega a apartarse de él. Le dan de comer sopa de fideos, pan de centeno y zumo de manzana.

—Quiero hablar con Mikal —dice Clare.

Le dicen que le explicarán todo cuando se encuentre mejor. El bebé llora.

—Eso es buena señal —comentan.

Camina hasta el módulo de aterrizaje. Es el ejercicio más duro que ha hecho en toda su vida. Le han atado el bebé al pecho con unas correas, dentro

de un traje de AEV cinco tallas más grande. Jin Ji y Bear la acompañan, uno en cada lado, para que no pierda el equilibrio.

Recuerda que Mikal ha muerto. Recuerda que vio morir a Arvind en el suelo, delante de ella. Recuerda que Per, Jon y Suki están muertos. Recuerda el incendio del *Halcyon*. Escucha bluegrass. Escucha a Kylie. Escucha a Mozart. Le hacen una foto con el bebé.

—Eres famosa —le dice Taylor.

Tres meses después se han recuperado lo suficiente para regresar a casa. La nave es minúscula y está totalmente automatizada. No tendrá que hacer nada. El bebé y ella estarán solos durante diecinueve meses. No importa. Las demás personas le parecen irreales.

El ascenso hasta la órbita es terrible pero rápido. El bebé grita. Permanecen una semana en órbita hasta que los cielos se alinean y, después de tres breves llamaradas, da comienzo su largo paseo en trineo a través de la oscuridad.

Tiene que hacer ejercicio. Se abrocha el cinturón, las correas, y camina sobre la cinta. Doscientos metros, quinientos metros, un kilómetro, dos. El bebé y ella duermen junto a la mampara, donde los escudos son más gruesos, para atenuar el efecto de la radiación sobre su diminuto cuerpo. El bebé flota por el aire. Se ríe. Ella se pregunta si llegará a desarrollar la fuerza suficiente en las piernas para poder caminar. Se oyen voces en la radio. Le preocupa su salud mental. Ha comido muy poco durante mucho tiempo. ¿Habría sufrido alguna lesión cerebral irreversible? El niño la mira a la cara, sonrío cuando ella sonrío, ríe cuando ella ríe. Sigue los objetos cuando pasan flotando por el aire. Ella no cuenta los días. Tienen el universo para ellos solos. Las constelaciones son como juguetes. Le enseña cómo se llaman. Eridano, Cefeo, Draco. Ahora, el bebé duerme menos, come alimentos sólidos, investiga constantemente. Tiene que vigilarle en todo momento para que no rompa ni robe nada. Dice «mamá, mamá». Comen peras desecadas, pan dulce y palitos de pescado. Diecinueve meses. Le parece demasiado corto. Le gustaría que los dos pudieran quedarse para siempre en ese mar silencioso e interminable.



Aterrizan veinticuatro kilómetros al noroeste de Baikonur. El módulo de reentrada no está preparado para un niño pequeño. En los últimos veinte minutos de descenso lo sienta en su regazo y se lo ata al cuerpo con innumerables vueltas de cinta aislante. El niño grita y forcejea. Cuando el módulo impacte contra la superficie de la Tierra van a tener que soportar una aceleración de 4 G. Llevan un año y medio viviendo en microgravedad. Ya puede notar que el cuerpo le pesa. Utiliza el último rollo de cinta aislante para sujetarse la cabeza del niño al pecho y evitar que se le rompa el cuello. No puede hacer nada para amortiguar los efectos que tendrá el impacto sobre su cerebro.

El ruido y la vibración son imposibles de describir ahora. ¿Algo va mal? Le cuesta trabajo convencerse de que todo discurre con normalidad. Se oyen dos crujidos seguidos que se distinguen incluso en medio de ese estruendo espantoso. La nave recibe una brutal sacudida cuando los dos escudos de calor incandescentes se desprenden y los ve pasar a toda velocidad por la diminuta ventana antes de que empiecen a arder. Se oye una explosión. Es como saltar desde un tejado y aterrizar sobre un suelo de hormigón. Piensa que han tomado tierra, pero lo único que ha sucedido es que se ha abierto el paracaídas. En el último momento, se encienden unos motores bajo la cápsula para amortiguar el aterrizaje. Vuelve a pensar que ya han tomado tierra. Entonces toman tierra. Pierde el conocimiento.

Cuando vuelve en sí no tiene ni idea de dónde se encuentra. Puede oír a un niño que llora. No entiende por qué le pesan tanto los brazos. El niño que llora está atado a su pecho. Quiere soltarlo, pero necesita cortar la cinta para no arrancarle el pelo. Recuerda que lleva un cuchillo en uno de los bolsillos del pantalón. Gira la cabeza para alcanzarlo, pero enseguida advierte que se ha roto el cuello. Lentamente vuelve a colocar la cabeza en su posición original.

Debe permanecer totalmente inmóvil. El niño está gritando.

—Lo siento. Lo siento muchísimo —dice ella—. Alguien vendrá a ayudarnos.

Pero no viene nadie. Por el raballo del ojo, puede ver un triángulo de cielo incoloro a través del cristal tizado. Están en tierra firme y es de día. Es todo lo que puede decir. Ni siquiera sabe con certeza en qué país se encuentran.

Después de todas las cosas a las que ha sobrevivido, después de tantas muertes, después de cientos de millones de kilómetros, cabe la posibilidad de que muera justo cuando estaba a punto de llegar.

El niño está cada vez más débil, cada vez llora con menos fuerza. Puede que sea él quien va a sobrevivir. Si pudiera dar su vida a cambio, lo haría de buena gana.

Y entonces llegan. Primero, el zumbido atronador de los helicópteros, después el rumor sordo de los gigantescos vehículos anfibios. Ruido de puertas, pisadas y voces apagadas que hablan en ruso y en inglés. La llaman por su nombre. Debería haber abierto la escotilla desde dentro, así que ahora tendrán que cortar los cierres. Puede ver las chispas de los sopletes a través del cristal.

La puerta cae y le llega el olor. Huele a polvo, a hierba y a gases de escape. Y eso es lo que le hace llorar. Ve los rostros de la gente que la mira. Levanta la mano.

—Esperad. Se me ha roto el cuello.

Le inmovilizan el cuello con un collarín de plástico diseñado precisamente para esta contingencia y se lo ajustan. Alguien está desatando al niño para liberarle. Le deslizan una pala por detrás del asiento y la elevan lentamente hasta que la sacan de la cápsula.

La luz, el ruido y la gran amplitud del mundo le sobrecogen. Flashes de cámaras fotográficas e interferencias de radio. Hay muchísima gente. El niño está a su lado en todo momento. Parece inerte. De pronto, le ve apretar los ojos, le deslumbra tanta luz. Está vivo. Es la gravedad la que le impide moverse.

Hay demasiadas cosas a su alrededor y cambian demasiado rápido. Se encuentra fatal físicamente. Le duele la cabeza y todo le da vueltas. Vomita. Alguien la limpia con un paño húmedo. Los paramédicos la suben por una rampa al vehículo anfibio más próximo. Retiran la pala y arrancan el motor. Extiende el brazo para agarrar al niño de la mano.

Es extraño avanzar tan despacio por ese terreno lleno de baches después de deslizarse silenciosamente a través del espacio. La gente le habla, pero no tiene fuerzas para contestar. Toman un camino de tierra y el vehículo ya no se sacude tanto. Después oye el suave rumor de los grandes neumáticos que ruedan sobre el asfalto. No puede mover la cabeza. No tiene ninguna ventana

al alcance de la vista. Puede sentir el peso de la lengua, de los pies, de las manos, de los intestinos. Un médico le clava una aguja en el brazo y le pone una vía.

El vehículo desacelera y gira para entrar en el cosmódromo.

Al principio, cree que está soñando.

—¿Clare...?

Ya con los ojos abiertos, tarda un rato en creer lo que ve. Ahora lleva barba, una barba recortada, negra. Ha cogido unos kilos, pero le dan un aire de autoridad que antes no tenía.

—¿Peter? —él le aprieta la mano—. Me has esperado.

Se pasa dos días tumbada en la cama. Come sopa de pollo y huevos revueltos. Las náuseas desaparecen y consigue sentarse. El niño está sentado en una sillita de coche forrada de piel de carnero para evitar que le salgan llagas por la presión. Siempre que puede le coge, le abraza, le pone de pie en el suelo y le hace dar brincos. Parece que no sabe muy bien qué hacer con las piernas.

Peter se aloja en el Hotel Tsentralnaya de Baikonur. La ducha no funciona y el restaurante está cerrado.

Poco a poco, Clare empieza a levantar objetos pesados. Camina hasta el otro lado de la habitación y vuelve. Come cordero y pan. Se bebe una copa de vino. Sale afuera y se sienta al sol durante diez minutos, veinte minutos. El cielo le produce agorafobia. Le encanta el viento. Le encanta la lluvia. Atiende a algunos periodistas. Solo pueden hacer determinadas preguntas y las entrevistas no pueden durar más de quince minutos. Le sacan una fotografía con el niño en brazos. El niño no camina. Da la sensación de que está dolorido. Pero está vivo y están juntos, y hubo un tiempo en que ella no tenía ninguna esperanza de que esto sucediera.

Peter viene a verla todos los días y se queda una hora. Coge a Michael en brazos. No parece que le importe que sea el hijo de otro hombre. A ella le abrumba su generosidad. No se lo merece.

Vuelan a Moscú en un avión militar Antonov. Más entrevistas en el aeropuerto.

—Hay algunas cosas de las que no puedo hablar —dice ella—. Lo que me gustaría es que me dejaran en paz —y añade—: Muerte, eres como mi amante con tu piel color nube y ese cabello, una masa de nubes oscuras.

—Deben comprender que la señorita Hogg está muy cansada todavía. Me temo que la entrevista debe terminar ahora.

Se corta el pelo y se lo tiñe de rubio. Se compra un vestido de verano. No se vestía así desde que era niña.

Vuelan a Múnich. El niño no camina aún. Tardará tiempo. Alquilan un BMW plateado y viajan hacia el sur por la E-52, en dirección Salzburgo; los Alpes bávaros se alzan ante ellos. Giran hacia el norte después de cruzar el río Eno. Cuando llegan a la cumbre, la presencia del lago la pilla desprevenida: diez kilómetros de luz gélida y azul y un sinfín de velas que apuntan en la misma dirección.

Al lado de la carretera aparece un letrero donde dice Stiller am Simssee.

Atraviesan el centro de la ciudad. Adoquines y toldos. Pasan por delante del Hotel Möwe am See y de la Westernacher Gästehaus. Hay un cerdo entero desollado en la puerta de la carnicería. Toman la Rasthausstrasse, bajan hasta el lago y siguen una curva hasta llegar a la orilla. Peter aparca delante de un pequeño bloque de apartamentos con vistas al lago. Muros blancos, balcones de madera color chocolate y un tejado que parece un sombrero negro cuatro tallas más grande.

Clare saca al niño dormido del coche y se lo echa al hombro. Peter saca una llave del bolsillo y les acompaña hasta un enorme salón vacío donde no hay nada más que seis buzones de madera, un jarrón con tulipanes de papel y una fotografía en sepia del lago a principios del siglo pasado. Las escaleras resuenan bajo sus pies. Peter coge al niño. Tres plantas. Ella tiene que detenerse en el descansillo para recuperar el aliento.

Entran en el apartamento. Peter deja las luces apagadas. Cierra la puerta a sus espaldas. La oscuridad es casi total. El aire fresco huele a cera de abeja y a vainilla.

—Espera aquí.

Clare oye el rechinar de tres manivelas y tres bisagras oxidadas y se abren las persianas. Da igual lo que haya en la habitación. No es más que un marco para esa vista extraordinaria. Sale al balcón. La flotilla se ha dispersado, las velas blancas parecen claveteadas una a una alrededor de una boya amarilla.

Se derrama delante de ella, todo ese verdor, toda esa vida, esa luz. Peter está de pie a su lado, con el niño dormido en brazos. Ella pasa los dedos por las vetas de la barandilla de madera, cada línea es un verano que sucedió hace mucho tiempo. Mira más allá del lago, a los bosques de la ladera de la montaña donde la cortaron hace cincuenta, cien, doscientos años.

Hay algo que no encaja en todo esto, pero no sabe decir qué es exactamente.

—Mañana por la tarde daremos un paseo en barca por el lago —dice Peter.

# RESPIRA

Carol sale del instituto, toma la Línea Roja hasta Davis y vuelve a casa caminando. Está de pie en aquel hogar desierto y siente un dolor en la boca del estómago. Y es entonces cuando se le ocurre la idea. Ya no hay nada que la retenga en esa ciudad. Puede irse, abandonarlo todo y marcharse. Llena dos maletas, deja las llaves en el buzón, toma un taxi al aeropuerto de Logan, y una vez allí consigue por cuatro cuartos un asiento libre para el próximo vuelo de British Airways, que está a punto de despegar. Un buen presagio, si creyera en ese tipo de cosas.

Mientras se demora con el café expreso que ha pedido en el Starbucks imagina la cara de la mujeruca avinagrada de Fernandez & Charles cuando entre en el salón y se pregunte qué coño va a hacer con la pelota de gimnasia, la marioneta balinesa de sombras chinescas y los sillones de Crate and Barrel. En la mesa de la derecha hay dos mormones sentados hombro con hombro, fornidos muchachotes de campo con trajes negros, los hermanos Thorsted y Bell, con sus nombres escritos en los distintivos en letras tan grandes como las de las puertas de los despachos. A su izquierda, un señor negro y enjuto que viste una chilaba con un bordado muy intrincado está leyendo un libro titulado *El nuevo orden financiero*. Tiene cuatro mensajes en el móvil. Le arranca la tapa de detrás, saca la tarjeta SIM con la uña y tira el teléfono y la tarjeta a la papelera.

Su vuelo aparece en la pantalla y embarca. Una copa de champán de cortesía, el avión retrocede un poco, rueda por la pista, las enormes turbinas empiezan a notarse y se eleva sobre la superficie de la tierra. Una hora más tarde está comiendo pollo alimentado con maíz con salsa de setas silvestres y brotes de hinojo mientras afuera la noche avanza inexorablemente. Se duerme profundamente y no le asalta aquel viejo sueño del accidente y las llamas,

sino uno nuevo en el que navega para siempre a través de la radiación, bañada por una luz dura y un frío penetrante, y cuando despierta el avión está sobrevolando la presa de Hertfordshire, a punto de aterrizar en Heathrow.

El tren traquetea al norte de Euston. El sonido profundo de lo familiar. Perros encadenados en las chatarrerías, pasos a nivel, una campaña de postal, todas las lecciones de historia que aprendió en el colegio escritas en el paisaje, la limosna del Rey el Jueves Santo, el corro de la patata. Debería haber llamado para avisar. Al menos, de esta manera, podrá acercarse sin hacer ruido, con el viento a favor, ver cómo se portan cuando saben que no les vigila y después darse la vuelta y seguir su camino si es lo que le pide el cuerpo.

Se baja del taxi y se detiene un momento en Grace Road, contemplando desde la otra acera el enorme triángulo de hierba que ocupa el centro de la urbanización, un bloque de pisos en cada lado y una hilera de tiendas en el tercero, un parque en el centro, el tipo de espacio que debía de tener un aspecto fantástico sobre el plano, antes de que se construyera y lo ocuparan seres humanos de carne y hueso.

Hay un supermercado Nisa y un restaurante de *fish and chips* que se llama Frying Squad. Entre esos dos locales, la asesoría Bernie Cavell. Dos chavales están haciendo acrobacias con sus bicis de trial sobre la enorme piedra que hay en el centro del recinto peatonal, esa piedra que de niños llamaban el Meteorito. Gira a la izquierda y deja atrás la Torre Franklin, y los cubos de basura exhalan un olor rancio a pesar del frío de diciembre.

Watts Road, 17. En el camino de enfrente de la casa hay una teja de pizarra destrozada. Es por la tarde, y aunque falta un buen rato para que anochezca todas las cortinas están echadas detrás de las ventanas sucias. El timbre no funciona. Llama con unos golpes en el buzón, espera y vuelve a llamar, pero nadie contesta. Un sentimiento le traspasa. Desesperación o alivio, no sabría decir. Se agacha y mira a través de la ranura de la puerta. El recibidor está frío y oscuro, un leve olor a orina.

—¡Mamá! —por un momento vuelve a tener nueve años, lleva una trenca verde y esos calcetines deshilachados que se te bajaban hasta el tobillo debajo de las botas de agua; golpea el buzón por tercera vez—. ¿Hola...?

Mira a su alrededor para cerciorarse de que nadie la observa y rompe la ventana con el codo, como hacen en las películas. Pasa la mano a través del

cristal roto y siente un escalofrío porque tiene miedo de que algo o alguien le agarre la mano desde dentro. Retira la cadenilla de seguridad y gira el pestillo.

El olor es aún más fuerte dentro del recibidor, huele a humedad, a suciedad. Hay una pagoda de cartas derrumbada en la mesilla del teléfono, y montones de pelusas acumuladas entre la moqueta y el rodapié. El papel de la pared se ha despegado aquí y allá. ¿Ha oído un ruido en el piso de arriba o ha sido su imaginación?

—¿Mamá...?

La única iluminación que hay en el salón es una fina lámina de tenue luz solar que se cuelga entre las dos cortinas. Se detiene en el umbral. Hay un cadáver en el suelo. Es demasiado pequeño, demasiado harapiento para ser el de su madre. Es la primera vez que ve un muerto. Para su sorpresa, lo que se siente es, más que nada, indignación porque alguien se ha colado en casa de su madre y ahora es ella la que va a tener que arreglar el desaguisado. Se tapa la nariz y la boca con la manga, se pasea por la habitación y se agacha para inspeccionar el cuerpo más de cerca. La mujer es más vieja de lo que pensaba. Está tumbada en un colchón lleno de manchas, con el pelo cano recogido, las uñas sucias, una mugrienta chaqueta de punto azul y una falda larga de pana gruesa y verde.

Cuando reconoce la falda advierte que es la de su madre.

—¡Ay, Dios mío!

Le gustaría salir corriendo, fingir que nunca ha estado allí, que esto no ha sucedido. Pero tiene que informar a la policía. Tiene que llamar a su hermana. Se agacha, a la espera que le bajen las pulsaciones y se le pase la sensación de mareo. Cuando se está poniendo en pie, sin embargo, los ojos de su madre se abren de pronto como los ojos de madera de una marioneta.

—¡Me cago en la hostia! —cae hacia atrás, se traba los pies y se golpea la cabeza contra el marco de la chimenea.

—¿Tú quién eres? —pregunta su madre presa del pánico con los ojos como platos.

Carol es incapaz de articular palabra.

—No tengo nada de valor —se detiene y entorna los ojos—. ¿Te conozco?

Sabe que tiene que llamar a una ambulancia, pero se le ha quedado la



mente en blanco y no puede recordar cuál es el número de urgencias en el Reino Unido.

—¿Eres Carol, verdad? —la madre se apoya en el brazo del sofá para ponerse de rodillas lentamente—. Te has hecho algo en el pelo —se recupera y se pone en pie—. Se supone que estabas en Estados Unidos.

—Creía que estabas muerta.

—Estaba dormida.

—Estabas en el suelo —la nuca le palpita.

—Estaba en el colchón.

—Es de día.

—Me cuesta subir las escaleras.

Una gruesa capa de polvo cubre todas las superficies horizontales. El póster enmarcado de Constable está apoyado debajo del rectángulo de papel pintado sin decolorar donde estaba colgado antes, y el cristal se ha roto por la mitad.

—Creía que nos odiabas —dice la madre—. Pensaba que nunca volverías.

Esta es la habitación donde Robyn y ella cenaban sopa de tomate y *fingers* de pollo mientras veían *Magpie* y *Ace of Wands*. Allí jugaban a Mouse Trap y tapaban la mesa con una sábana para hacer una cueva.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba durmiendo.

—¿Qué le ha pasado a la casa. A ti.

—Tu padre ha muerto.

—Ya. ¿Y después?

Había un limero justo detrás de la valla del jardín trasero. Ocupaba toda la ventana lateral y cuando el viento soplaba a rachas todas las hojas se daban la vuelta y cambiaban de color como un banco de peces. Ahora la ventana está tapada con una tabla de madera contrachapada.

—¿Cómo has entrado? —le pregunta la madre.

—Mamá, ¿cuándo fue la última vez que te duchaste?

—He estado cuarenta y tres años cuidando de tu padre.

—Hueles fatal.

—Una vida entera dedicada a las tareas domésticas.

—¿Está Robyn al tanto de todo esto?

—Hasta que llegó un momento en que ya no tenía que hacerle feliz. No quiero decir que consiguiera hacerle feliz en algún momento.

—Ella nunca me cuenta nada.

—Prefiero quedarme en casa. Todo el mundo está muy gordo. Hay letreros electrónicos que te avisan de cuándo va a llegar el próximo autobús. Debería prepararte una taza de té.

Y, dicho esto, desaparece, para preparar solo Dios sabe qué brebaje bacteriano.

Carol alcanza la jirafa de papel maché del alféizar de la ventana y la sopla para quitarle el polvo. Aún puede sentir el calor seco de las manos de Miss Calloway alrededor de las suyas mientras modelaban el armazón del perchero con los alicates rojos, el aroma del café y las galletas que se había tomado en la sala de profesores en su aliento.

—Vamos, aprieta.

Le pide a la cajera del Nisa el número de una compañía de taxis local y llama desde una cabina. Sentada en un banco, mientras espera a que llegue el taxi, recuerda la fiesta que organizaron en la calle para celebrar la boda de Carlos y Diana en julio de 1981, todos borrachos, bailando al son de las canciones de Kim Wilde y The Specials que salían de unos altavoces cochambrosos que habían colocado en la marquesina del autobús. «*Esta ciudad... se está convirtiendo en una ciudad fantasma*».

Pusieron mesas con caballetes en medio de Maillard Road, todo improvisado, salvo una interpretación de «God Save the Queen» y un discurso poco entusiasta del concejal del distrito que fue acallado enseguida con abucheos. A medida que avanzaba la jornada, el ambiente se fue alborotando, los mayores se dispersaron más o menos al caer la noche, cuando la atmósfera de carnaval empezó a volverse siniestra. Recuerda que había una mujer sentada en la hierba llorando a moco tendido. Recuerda al terrorífico hermano mayor de Yamin montándose con Tracey Hollywood en la rotonda mientras sus colegas le vitoreaban y corrían a su alrededor todo lo rápido que podían. Recuerda a los gemelos Sheehan, que estuvieron lanzando cohetes hasta que llegó la policía, y siguieron cuando los agentes se largaron. Cuatro meses después todavía podías encontrar banderitas de

plástico de Gran Bretaña, latas de cerveza y servilletas con la efigie de la pareja real entre las ortigas que había alrededor del campo de fútbol, enganchadas en la alambrada de detrás de la panadería Leadbitter's.

Recuerda que el hermano de Helen Weller se tiró desde el balcón de un séptimo piso de la Torre Cavendish una Navidad que se había puesto hasta las cejas de hongos, con una sábana de Spiderman por todo atuendo. Recuerda el perfume Cacharel y el Nesquik de fresa y a Boney M cantando «Ra, Ra, Rasputin». Recuerda a su padre de pie, delante de la ventana, observando aquel espectáculo mientras decía «¡*contemplad mis obras, poderosos, y desesperad!*». Tardó muchos años en descubrir que esa frase no se la había inventado él, aunque sigue sin saber si pretendía pasar por Shelley o por Ozymandias.

Robyn está sacando la ropa húmeda de la lavadora. La secadora se revuelve y retumba. Al otro lado de la puerta de acordeón, en la otra habitación, las niñas están viendo *Futurama*. Fergal, Clare y Libby. Carol nunca logra recordar cuál es cuál. Hay dibujos a lápiz enmarcados en marcos baratos, con clips. Hay cinco raquetas de tenis, una bola saltarina, un ficus muerto y dos gatos. A Carol, todo ese desbarajuste le pone enferma.

—¡Por el amor de Dios, Robyn! ¿Cómo has permitido que acabe así?

—Yo no he permitido nada.

—Estoy casi segura de que se había hecho pis encima.

—Y la desnudaste, la metiste en la bañera y la ayudaste a ponerse ropa limpia ¿verdad?

Robyn ha cogido un par de kilos como mínimo. Le da la sensación de que está más difusa, menos definida.

—¡Seis años, Carol, joder! ¿Por qué no nos has avisado de que venías?

—También es mi madre.

—Alguna felicitación navideña, un correo de vez en cuando.

Robyn cierra de un golpe la puerta de la lavadora y deja el cesto de la ropa en una silla.

—No vamos a hablar de eso.

—¿De qué? ¿De que te quitaste de en medio sin dejar ni rastro?

—¿Por qué no me lo contaste?

—Nunca me preguntaste.

—¿Preguntarte qué? «¿Se ha vuelto loca mamá?»

—No está loca y tú nunca me preguntaste nada.

Contra todo pronóstico, la discusión le resulta bastante agradable, como cuando te metes una regla por debajo de la escayola y consigues rascarte la piel sucia que te estaba picando.

—No se trata de ganar puntos. Se trata de nuestra madre, que está durmiendo en el suelo en una casa llena de mierda.

—No viniste cuando papá se estaba muriendo.

—Estábamos en Minnesota. Estábamos en medio de la nada. No recibí tu mensaje hasta que volvimos a Boston. Lo sabes perfectamente.

—No viniste al funeral.

Carol sabe que no debería seguir por ese camino. Su vida ha sido superior a la de Robyn en tantos sentidos que su hermana se merece este pequeño triunfo moral, pero le fastidia porque la historia es cierta. Lo recuerda perfectamente. Las águilas sobrevolaban el lago y las ardillas listadas correteaban por el tejado de la cabaña. Todas las habitaciones olían a cedro. Abajo, en la orilla del lago, había una barca roja amarrada en un muelle de madera. Todavía puede oír el traqueteo intermitente del motor fueraborda y las olas golpeando el casco de aluminio.

—¿Cada cuánto sale de casa?

—Me paso por allí los martes y los jueves después de trabajar, y le hago la compra en Sainsbury's los sábados por la mañana.

—O sea que no sale.

—Intento que no se muera de hambre —responde Robyn, y le sostiene la mirada durante un buen rato—. ¿Cómo está Aysha, Carol?

¿Cómo puede saberlo Robyn? Esa visión de rayos X, esa capacidad para localizar los puntos débiles. ¿Será porque es madre y ha tenido que sacrificar su vida para satisfacer las necesidades de los demás?

—Aysha está bien. Que yo sepa.

Robyn asiente, pero no le ofrece el más mínimo consuelo fraternal.

—Metástasis en los pulmones y en la médula. La volvieron a cerrar y la mandaron a cuidados paliativos.

—Lo sé.

—No, Carol, no lo sabes —Robyn recoge tres pares de calcetines y los coloca sobre el radiador, debajo de la ventana—. Se desplomó en el cuarto de baño con los pantalones en los tobillos.

—Eso te lo podrías ahorrar.

—Al médico le pareció increíble que hubiera conseguido mantenerlo tanto tiempo en secreto —respira hondo—. Siempre te he imaginado sentada en un rincón de la cocina tapándote los oídos con las manos mientras el teléfono sonaba sin parar —la mesa del comedor está atestada de tarjetas de Navidad a medio terminar, pegamento con purpurina, tijeras infantiles y papanoeles de cartón—. A veces la gente te necesita —dice Robyn—. Puede que te venga mal o que te resulte desagradable, pero acudes y punto.

Se hospeda en el Premier Inn, donde cena una lasaña que deja bastante que desear. Su cuerpo no se ha habituado todavía al nuevo huso horario, así que se sienta en su diminuta habitación e intenta leer el libro de Sarah Waters que se ha comprado en el aeropuerto, pero de pronto se sorprende pensando en los últimos días de su padre, esa pendiente breve y empinada que le condujo desde el diagnóstico a la muerte.

El lago Toba, en Sumatra, fue un volcán en otros tiempos. Hace 70.000 años, cuando entró en erupción, el planeta quedó sumido en un invierno que duró diez años y los seres humanos estuvieron a punto de extinguirse. El meteorito que acabó con los dinosaurios apenas medía diez kilómetros de diámetro. Al final de la Primera Guerra Mundial, una epidemia de gripe mató al cinco por ciento de la población mundial. Algunos padres les cuentan a sus hijitas el cuento de *Ricitos de Oro* o el de *Juan y las habichuelas mágicas*, pero ¿para qué sirven los cuentos? Eso eran hechos. Estábamos vivos de milagro, y no había más mundos que este, dijeran lo que dijeran en *Star Trek* y en *Doctor Who*. Carol recuerda que Robyn rompía a llorar y salía corriendo de la habitación.

Su padre dejó de estudiar a los dieciséis y después se dedicó a la construcción y a la decoración durante treinta años. Humedades, reformas de *lofts*, suelos de parqué. Le gustaba la poesía que rimaba y las novelas de divulgación científica con un buen argumento, sin matemáticas. Odiaba a los políticos y se negaba a ver la televisión.

—Tu madre y tu hermana se creen que los problemas del mundo se

resolverían si la gente se tratara mejor —decía.

Y por eso no quería que ella se largara, por supuesto. Le horrorizaba que consiguiera alejarse lo suficiente para volver la vista y descubrir que su padre era un tipo insignificante, un filósofo de taberna, un matón que no tenía el coraje suficiente para volver al instituto por miedo a enzarzarse en una discusión con gente más lista que él.

Cáncer de páncreas a los cincuenta y siete.

—Toda esa ira. Se acaba volviendo en tu contra al final.

Ese había sido el diagnóstico póstumo de Aysha, y por una vez Carol estuvo a punto de darle la razón. Por lo general, rechazaba sus teorías, aduciendo que no eran más que paridas hippies.

A veces, cuando está a punto de quedarse dormida, cuando los mundos se confunden, retrocede sigilosamente cuarenta años y ve el reloj de bronce falso con forma de sol que había encima de la chimenea y siente la calidez del pijama de felpa recién sacado del armario para ventilar la ropa y su corazón cruza un puente encorvado. Entonces recuerda el olor a fritura y la mezquindad, y el impulso irrefrenable de desaparecer.

Aprieta la frente contra el frío cristal de la ventana del hotel y mira hacia el aparcamiento, donde la lluvia cae a través de los haces cónicos de luz anaranjada de las farolas. Ha regresado a uno de los puestos avanzados del imperio, matones y dioses extraños y rutas comerciales en extinción.

Abandonó a su madre. Aquella horrible casa. Tiene que arreglar las cosas de alguna manera.

Se mete en la cama y flota durante ocho horas en una profunda oscuridad iluminada cada cierto tiempo por sueños breves y resplandecientes en los que se proyecta la sombra de Aysha. Sus hoyuelos en la base de la espalda, el olor a cebolla de su sudor, un olor que al principio no podía soportar, después le parecía embriagador y con el tiempo acabó odiando de nuevo; el modo como le sujetaba las muñecas, apretándoselas pero sin llegar a hacerle daño, cuando hacían el amor.

Se conocieron en una reunión benéfica de antiguos alumnos de la que prácticamente no recordaba nada, solo a esa mujer bajita y musculosa con cuatro aros de plata en el cartílago de la oreja y una camiseta blanca ceñida que se materializó de pronto delante de ella con una bandeja de canapés y el ceño fruncido, después de lo cual los demás detalles de la velada fueron pasto

de las llamas.

Tenía el aspecto de una persona que acaba de salir ilesa de una explosión sin apenas despeinarse, impertérrita y con las llamas al fondo. Un matrimonio fugaz con un alcohólico llamado Tyler. R.I.P., gracias a Dios. Tres años a bordo del buque John C. Stennis de la armada de Estados Unidos (marinera de categoría E-1, especialista culinaria, licenciada con honores). Una madre que daba sermones en varias lenguas en una iglesia baptista de Oklahoma. En su árbol genealógico, el sendero de lágrimas de los choctaw, la hambruna de la patata irlandesa y los puertos de esclavos de Senegambia, si se podía dar crédito a las historias que contaba Aysha, que seguramente eran falsas, aunque su aspecto era el de una mestiza indigente. Y cuando los poderes fácticos intentan negarte tu historia, se supone que tienes derecho a reescribirla tú mismo. Autodidacta, se había formado con más entusiasmo que rigor. Clases nocturnas de filosofía y una biblioteca donde los libros de Dan Brown estaban en la misma balda que los de Andrea Dworkin y la colección completa de *Cosmos* de Carl Sagan.

Dos meses después de conocerse estaban en el Hotel de la Bretonnerie en el Marais. Era la primera vez que Aysha salía de Estados Unidos sin la protección de un avión de combate. Aysha se había adaptado lo suficiente a las costumbres autóctonas para cambiar el Marlboro por el Gitanes, pero seguía bebiendo Coca-Cola light. Estaban sentadas en la terraza de un pequeño café cerca del Museo Carnavalet.

—Gracias —dijo Aysha.

—No me debes nada —respondió Carol.

—¡Eh, cariño! —Aysha la miró a los ojos—. Tómatelo con calma.

A la mañana siguiente, Carol alquila un Renault Clio y se dirige a casa de su madre, pero antes hace una parada en B&Q y otra en Sainsbury's. La madre está despierta, pero al principio no la reconoce y parece haber olvidado el encuentro del día anterior, aunque esta mañana puede que sea mejor que empiece poniéndose a la defensiva. Carol deja las maletas en el recibidor, enciende la calefacción y purga los radiadores con la llavecita de metal que treinta años después sigue en el cestillo de encima de la nevera. El siseo maloliente del aire atrapado durante tanto tiempo, el ruido metálico y el borboteo del agua aceitosa que se extiende por toda la casa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta su madre.

—Calentar un poquito la casa.

Llama al cristalero para que arregle la ventana rota.

—He cambiado de opinión —dice la madre—. No me gusta que estés aquí.

—Confía en mí —se siente incapaz de tocar aquella chaqueta asquerosa—, todo va a salir bien.

Oye unos ruidos que proceden del armario empotrado del dormitorio que en tiempos compartieron Robyn y ella. Arañazos, arrullos. Cierra la puerta de la habitación, abre las ventanas y se arma con una escoba. Cuando tira del pomo, irrumpen en la habitación, y el aire se llena de alas y garras y un ruido de ametralladora. Se cubre la cara, pero aun así una le araña el cuello al pasar. Blande la escoba.

—¡Joder!

Chocan contra el cristal sucio. Una encuentra la ventana abierta, después otra. Carol le atiza un golpe a una tercera, que cae al suelo, con el ala rota, después de dar unas cuantas vueltas. Le tira una almohada y la pisotea hasta que deja de moverse. Arroja la almohada y el pájaro por la ventana y caen en el jardín.

Tapa con una tabla el agujero de la pared que han escarbado para colarse, saca dos pájaros muertos y los tira al cubo de fuera, y después se queda allí un momento, en el silencio y el aire fresco, esperando a que le baje la adrenalina.

Cuando entra, los radiadores se han calentado y la casa ha empezado a secarse, y cruje y chirría como un galeón que se estuviera acostumbrando a un viento nuevo. Flota en el aire un olor a humedad, a selva. Escayola, papel, madera, vapor, moho.

—Esta es mi casa —dice su madre—. No puedes hacer esto.

—Vas a pillar una infección —replica Carol—. Podrías morir de una hipotermia. Podrías caerte. Y no quiero explicarle a un médico por qué no hice nada para impedirlo.

Mete las cortinas en la lavadora. Arrastra un colchón húmedo escaleras abajo y lo saca al jardín de delante. La mitad de las lamas del somier están rotas, así que lo desarma y lo tira encima del colchón. Ahora siente que ha cogido ritmo. La moqueta está cubierta de musgo, y verdea donde se junta



con la pared exterior, así que la arranca y la corta en cuadrados con unas tijeras afiladas. Hay polvo debajo de la moqueta, y empieza a toser. Se le ha formado una película marrón en las manos sudorosas. Con la barreta de un martillo, arranca los listones clavados al suelo con tachuelas. Lo tira todo al montón del jardín. Barre y aspira hasta dejar limpios los tablones desnudos, después saca las cortinas de la lavadora y las cuelga en las barandillas para que se sequen.

Friega con un estropajo la mesa del comedor y comen allí las dos juntas, un pastel de carne a la cerveza con hojaldre y una bolsa de verduritas precortadas al microondas. A su madre se le ha pasado el enfado. Han dejado la tele puesta de fondo, con el telediario de mediodía.

—Programas basura —dice la madre—. Todas esas mujeres con la cara plastificada. Terroristas y pedófilos. Ahora lo llamamos «tocamientos». Frank, el tipo que trabajaba en Everley's, la zapatería, era uno de ellos. Estoy segura —miró fijamente el plato durante una eternidad—. Hace un mes, una señora se tiró al canal y se ahogó. ¿Recuerdas el puentecito de Jerusalem Street? Jackie Bolton. Salió en los periódicos. Ibas al colegio con su hija. Creo que se llamaba Milly —Carol no recuerda a ninguna Milly—. Saldría más si aún viviera en el campo. Había un mástil junto al estanque, en el centro del pueblo. Lo clavaron allí con motivo de la coronación. Tu tío Jack se subió hasta arriba, se cayó y se rompió la clavícula.

Carol ha debido de oír esa historia unas veinte veces. Por extraño que parezca, la reconforta.

Su madre se inclina y le toma la mano.

—Pensaba que no volvería a verte nunca más.

Una pátina pegajosa le cubre la piel como un guante de cuero viejo.

—Deberíamos darte un baño.

Sube dócilmente las escaleras, pero cuando llegan a la mitad mira a través de la barandilla y se da cuenta de que ha arrancado la moqueta del dormitorio.

—Vas a vender la casa.

—No digas tonterías —ríe Carol—. No es mía. No la puedo vender.

No dice que piensa que no sacaría nada en esa urbanización, en esa calle.

—Por eso Robyn no soporta que hayas venido.

—¡Por Dios, mamá! —a Carol le sorprende que ese comentario la haya molestado tanto—. Podría estar en California, podría estar trabajando, pero estoy aquí en esta urbanización de mierda, en el culo del mundo, para intentar convertir este cuchitril en un hogar antes de que la suciedad acabe contigo.

—Ladronzuela, hija de...

Le pega un bofetón en toda la cara con la mano libre, pierde el equilibrio y se cae hacia atrás escaleras abajo, pero Carol consigue agarrarla justo a tiempo y tira de ella hasta que recupera el equilibrio.

—¡Mierda! —el corazón de Carol está a punto de estallar; ve la imagen de su madre aplastada y despedazada junto a la puerta principal; le suelta la muñeca huesuda—. ¿Mamá..?

No contesta. De pronto, se ha quedado en blanco y parece distante. Debería llevarla abajo y sentarla en el sofá, pero es posible que no se le vuelva a presentar una ocasión como esta. La toma de los brazos y le ayuda a que suba los últimos escalones poco a poco.

Le quita los zapatos y los calcetines. Le despega la cochambrosa chaqueta de punto azul y baja la cremallera de la mugrienta falda de pana verde. Las dos prendas están llenas de lamparones con restos de comida. Le quita la blusa, le desabrocha el sujetador gris y amontona con el pie toda la ropa en un rincón del cuarto de baño. Tiene la piel plagada de erupciones y heridas, moradas como el vino y marrón caramelo, y la frágil maquinaria de venas y tendones se adivina bajo la piel en las zonas donde se tensa y se adelgaza: alrededor del cuello, en los codos, encima de los pechos. Despide un olor intenso y embriagador. Carol intenta imaginar que se está enfrentando a un animal. Le quita la combinación y las bragas, la ayuda a encaramarse al borde de la bañera, le levanta las piernas una a una y después la sumerge en el agua caliente y jabonosa. Cubre el montón de ropa con la falda de pana para no tener que ver las manchas marrones de las bragas y después se sienta en la tapa del retrete. Luego lo tirará todo.

—Bueno, lo hemos conseguido.

La madre calla durante un buen rato. Después dice:

—Mamá llenaba una bañera de hojalata una vez a la semana. Primero se bañaba papá, después Delia, y luego yo —mira más allá de los azulejos sucios—. En la mesa del comedor había un muestrario de bordados. La abuela lo hizo cuando era una niña: «Vi un ángel que bajaba del cielo, con la

llave del pozo sin fondo y una gran cadena en la mano». El ángel encierra al dragón en el pozo durante mil años. Después de eso queda «libre durante una temporadita» —mira a Carol y sonrío por primera vez desde que llegó—. ¿Vas a lavarme la cabeza?

Carol prepara una taza de café para cada una. Ahora que su madre está limpia, la habitación parece aún más asquerosa. Tarjetas de cumpleaños viejas, un bulldog de porcelana con una pata rota, moho en las esquinas del techo... parece una de esas viviendas que acaban de vaciar unos operarios con monos de trabajo y mascarillas de papel porque se acaba de morir el inquilino.

Oyen el sonido de una llave que gira en la puerta de entrada. Robyn está en el recibidor.

—Hay un montón de trastos ahí fuera.

—Lo sé.

Entra en el salón y echa un vistazo alrededor.

—¿Qué demonios estás haciendo, Carol?

—Algo que deberías haber hecho tú hace mucho tiempo.

—No puedes entrar aquí y arrasar como si fueras la caballería, ¡joder!

Robyn se toma la molestia de bajar la voz cuando llega a la palabra *joder*.

—¿Qué pasa? —dice la madre.

—Las palomas habían anidado en el dormitorio —se defiende Carol.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —pregunta Robyn—. ¿Una semana? ¿Dos?

—¿Carol? —pregunta la madre de nuevo—. ¿Qué estáis discutiendo vosotras dos?

—¡Por Dios! —prosigue Robyn—. Que hayas decidido joder tu vida no quiere decir que puedas apropiarte de las ajenas.

Esta vez dice «joder» en voz alta.

—Carol me ha bañado —señala la madre.

—¿Le has hecho daño?

Es una pregunta demasiado estúpida para responderla.

—Me ha llamado Aysha —Robyn le sostiene la mirada durante un buen rato—. Parece que vas sembrando el caos a tu paso.

En un primer momento, Carol piensa que no la ha entendido bien. Le parece inconcebible que Aysha hable con Robyn.

—Quería cerciorarse de que no te habías suicidado, que no te habían cortado en pedacitos. Te estoy haciendo un resumen. Me imagino que no te apetecerá demasiado oír el resto.

—¿Cómo ha conseguido tu número? —pregunta Carol.

—Supongo que se lo darías tú, en caso de emergencia. Era tu compañera al fin y al cabo.

Aprecia cierto sarcasmo en la palabra *compañera*, pero Carol no sabe decir de quién o de qué se está burlando.

—Nos habría gustado ir a la boda —afirma Robyn—. Me encantan las bodas. Me encanta Estados Unidos.

—¿De qué estáis hablando? —dice la madre.

—Voy a llevar a mamá a cenar por ahí —replica Carol, aunque se le acaba de ocurrir en ese preciso instante.

Robyn se le acerca lo suficiente para que su madre no pueda oírla y le espeta:

—No es un juguete, Carol. No puedes hacer esto. No puedes y punto.

Después se marcha.

—Hay demasiado alboroto.

Carol mira a su alrededor. El Pizza Express está medio vacío.

—Demasiado ruido —añade su madre—. Demasiada gente.

De fondo, el zumbido de las conversaciones, el ruido de los cubiertos. La voz apagada de Rod Stewart canta «Ruby Tuesday» en el altavoz del techo. Carol le acaricia el hombro.

—Estoy aquí, no va a pasar nada.

Se pregunta si las aparentes precauciones de su hermana no ocultarán una realidad más siniestra; si el presunto miedo de su madre al mundo exterior no será una ficción que Robyn utiliza como pretexto para que no salga de casa. Pero lo cierto es que su madre está cada vez más nerviosa, y cuando traen la comida dice:

—La verdad es que no me encuentro muy bien.

—¡Venga ya! Esa pasta tiene una pinta buenísima. ¿Cuándo fue la última

vez que alguien te invitó a cenar?

Su madre se levanta, y tira al suelo la copa de agua, que se rompe en mil pedazos. Carol la agarra del brazo, pero es imposible sujetarla sin montar una escena. La suelta, deja treinta libras en la mesa, sale corriendo por la puerta y la encuentra en la calle, sentada en una parada de autobús, llorando.

—¿Por qué me has traído aquí? Quiero irme a casa.

Aparcan justo enfrente de la casa.

—No quiero que entres —le dice la madre.

Podría meter las maletas en el coche y largarse a Londres, a Edimburgo, a cualquier lugar del mundo, y dejar que su madre siguiera aferrándose a esa vida mezquina y mugrienta a la que está adicta. Pero la expresión *cualquier lugar del mundo* le provoca esa náusea, ese escalofrío que siente de manera intermitente desde que Aysha se marchó, la súbita convicción de que todo es falso, el miedo a atravesar cualquiera de esas puertas y descubrir que se encuentra en un páramo inhóspito, a punto de anochecer, y que el mundo no es más que un montón de bastidores de madera contrachapada que se derrumban a su espalda.

—Me quedo. No me atrevo a dejarte sola.

—Una noche.

Se acuesta en un saco de dormir sobre el colchón hinchable. La luz anaranjada de la calle se filtra a través de las cortinas baratas, se oyen sirenas a lo lejos. La última vez que durmió en esta habitación fue hace treinta años. Por un breve instante, siente que los años transcurridos no han sido más que un espejismo, que la huida no ha sido más que un sueño muy nítido. Se matriculó en Cambridge para estudiar Biología, animada en igual medida por la pasión que sentía por la materia y por la necesidad desesperada de poner tierra de por medio. Doctorado en el Imperial College y posdoctorado en Adelaida. Trabajos en Heidelberg, en Estocolmo... peldaño a peldaño hasta convertirse en catedrática. Por norma, nunca permanecía más de cuatro años en el mismo lugar. Por su carácter inquieto, en parte, aunque lo cierto es que solía levantar ampollas, y la verdad es que se convive mucho mejor con ese tipo de situaciones desde otro continente.

No sabe trabajar en equipo, y los que se lo han hecho notar en más de una ocasión casi siempre han sido hombres a los que no les importaba demasiado

apuñalar a alguien por la espalda siempre que la víctima no perteneciera a la hermandad secreta de la que todos ellos eran miembros tácitos. Pero ha dirigido con éxito algunos grupos de trabajo y siempre ha tenido facilidad para conseguir becas, y, al final, a la gente le importa una mierda hacerse unas pocas magulladuras y llevarse unos cuantos golpes si eso sirve para conocer más a fondo las causas del envejecimiento o de la diabetes, o para comprender mejor cómo se han ido reproduciendo las células hasta llegar a la Luna.

El de Boston era el cuarto grupo de trabajo que dirigía, al frente de un laboratorio dedicado al estudio de la diana de rapamicina en células de mamífero. Sin embargo, a los dos años, Paul Bachman se convirtió en el nuevo director del instituto y el ambiente empezó a enrarecerse. El millonario Khalid bin Mahfouz le dio un cheque en blanco y, en lugar de utilizarlo para apoyar al personal del instituto, se dedicó a contratar a un montón de profesionales externos, unos niños mimados que de vez en cuando se dignaban a asistir a las reuniones del departamento o a escuchar a los profesores visitantes, aunque no fueran estrellas, pero les dejaban bien claro que les estaban haciendo un favor. El propio Paul tenía una casa en Bar Harbour, un yate llamado *Emmeline* y una mujer muy joven con un coeficiente intelectual increíblemente bajo. Es cierto que Carol jamás había conseguido encajar en ningún sitio, pero con la nueva directiva empezó a sentirse como si acabara de ingresar en un club de golf en el que no conocía a nadie.

En otras circunstancias habría empezado a tantear el terreno, y, con la máxima discreción, habría dejado entrever a sus colegas de otras instituciones que le apetecía cambiar de aires. Pero acababa de conocer a Aysha y, aunque no cabía en su asombro, se habían ido a vivir juntas, así que se puso a trabajar en serio y decidió aguantar estoicamente el papel de Cenicienta.

Dieciocho meses después, sin previo aviso, Aysha dijo que quería casarse. Pues, al parecer, eso es lo que hace la gente cuando se quiere, reúne a la familia y a los amigos, les obliga a viajar desde los lugares más recónditos del mundo, a ponerse guapos, se compromete en público, firma un documento. Como si no lo hubieras demostrado ya soportando los subterfugios y la denigración. Carol no lo entendía. El mundo heterosexual te margina durante veinte siglos, se abre una rendija en la puerta y se supone

que tienes que salir corriendo y hacerte un ovillo junto a la chimenea como un perro agradecido. ¿Qué tiene de malo mantenerse al margen? ¿A qué viene esa necesidad desesperada de pertenecer a un mundo que te ha rechazado?

Un año después, Aysha y ella dejaron de vivir juntas porque... la verdad es que ella no estaba segura del todo. Era un tipo de dilema que no tenía demasiado sentido resolver, el tipo de dilema que no es necesario solucionar si te deshaces cada pocos años del caos que suele acompañar a todo ser humano, si metes tu vida entera en unas cuantas maletas y buscas una nueva ciudad, nueva comida, nuevas costumbres, una nueva lengua.

Daniel Seghatchian puso fin a dos meses de pánico y claustrofobia cuando le lanzó un salvavidas desde Berkeley y la invitó a dar una clase teórica, a conocer la facultad y a cambiar impresiones con los alumnos de doctorado. Nada más bajarse del avión en California ya se sintió aliviada. Espacio, sol y oportunidades. La entrevista fue bastante dura, pero parecía el tipo de agresión respetuosa que se le inflige a un rival digno, y al cabo de tres días todo parecía indicar que tenía el puesto en el bolsillo.

Ahora se pregunta si todo aquello no fue más que una especie de trampa. ¿Podría ser? ¿O será, sencillamente, que ella no sabe detectar las alianzas, las lealtades y las líneas de comunicación que otras personas utilizan para forjarse una carrera?

Nada más regresar a Boston, Paul se reunió con ella y le preguntó directamente qué tenía en contra del instituto. No le explicó cómo le habían llegado las noticias tan rápido. Solo más tarde comprendió que no le estaba preguntando qué podían hacer para convencerla de que se quedara. Le estaba ofreciendo una soga lo suficientemente larga para que se ahorcara. Paul le dejó que soltara su diatriba, y si Carol no hubiera estado tan cansada después de tres días pensando sin parar, igual se habría parado a preguntarse por qué él parecía tan tranquilo, contento incluso. Esperó a que terminara y luego se reclinó en la silla y dijo:

—Te vamos a echar de menos, Carol.

Y hasta que no salió del despacho, pensando que era evidente que lo que le acababa de decir Paul era mentira, no se dio cuenta de que había la posibilidad de que algún mecanismo invisible se hubiera puesto en funcionamiento.

Tres días después recibió una llamada de Daniel Seghatchian. Al parecer había surgido un problema de financiación.

—Te humillas durante tres minutos —le recomendó Suzanne en su despacho ese mismo día a la hora del almuerzo—. No lo decías en serio. Todo el mundo sabe que no lo decías en serio. El propio Paul sabe que no lo decías en serio. Ay, joder, igual sí que lo decías en serio. Te arrodillas ante el rey. Le pides perdón. A él le encanta toda esa mierda.

¿Por qué le había parecido totalmente imposible hacer eso?

Después de hablar con Suzanne acudió a una de las reuniones periódicas que solía mantener con los tres doctorandos con los que estaba trabajando en el proyecto PKC $\alpha$ . Estaban en una sala con vistas a un pequeño patio interior con un falso jardín japonés. Bancos de hormigón minimalistas, un estanque rectangular, lilas y un peral. La superficie del agua se erizaba azotada por el viento. Le costaba trabajo concentrarse en lo que estaban diciendo. Pensaba en el último paseo que dio con Aysha en la playa de Head of the Meadow, en Provincetown. Pensaba en los rorcuales de Stellwagen Bank. Tres mil millas al año, siempre de noche, a cuarenta brazas de profundidad, navegando como globos cautivos sobre las cordilleras submarinas.

De pronto, la habitación estaba llena de agua. Los rayos del sol colgaban como pequeñas agujas de la superficie, muy por encima de su cabeza. Oscuridad bajo sus pies, oscuridad por todas partes. Ivan estaba hablando, pero era una voz enlatada e irreal, como si saliera de una radio muy lejana.

—Respira —decía—. Tienes que respirar.

Pero ella no podía respirar porque si abría la boca empezaría a tragar agua y se le encharcarían los pulmones.

Por fin, a pesar de ese estado de agitación mental, cae en un sueño superficial y vuelve en sí justo cuando acaban de dar las tres de la madrugada, en la recta final de un sueño desapacible, tenso, donde oye que alguien entra en casa. Incapaz de volver a dormirse sin asegurarse de que todo está en orden, se levanta, baja las escaleras y al llegar al salón descubre que está desierto y que su madre ha desaparecido. Sale corriendo a la calle pero todo está en silencio y en calma. Se calza, inspecciona el jardín y después se da una vuelta al trote alrededor del triángulo central de la urbanización mientras grita «¿mamá... mamá?» como si su madre fuera un



perro extraviado.

Se cruza con una pandilla de chavales en bici, que reducen la marcha para examinarla y después siguen avanzando en silencio. Se detiene en el cruce de Eddar con Grace Road, en el mismo lugar donde la dejó el taxi hace cuarenta y ocho horas. Algunas luces dispersas siguen encendidas en la Torre Cavendish y en la Torre Franklin, ventanitas abiertas en dos calendarios de Adviento negros. La luz rojo cereza del ala de un avión parpadea lentamente mientras atraviesa un cielo sucio, sin estrellas. Un perro ladra en algún lugar. *Guau... guau... guau...* Un par de grados menos y empezará a helar: una noche bastante desapacible para que una anciana se pasee por ahí.

Vuelve a casa y, cuando mete la llave en la cerradura, recuerda la historia que le ha contado su madre sobre Jackie Bolton, la mujer que se ahogó en el canal. Vuelve a guardarse la llave en el bolsillo y empieza a correr. Harrow Road. Eliza Road. El camión de la leche zumba y tintinea hasta que se detiene en Greener Crescent. Carol vuela, se desliza sobre la superficie del mundo como si fuera una balsa de aceite, mientras todo el mundo duerme. Un zorro sale trotando con aire despreocupado por una puerta y se queda mirándola, impertérrito. Jerusalem Road. Se detiene en el puentecillo y observa el hilillo de agua estancada y oleaginosa. Nada.

—¡Qué puta mierda!

Baja los escalones hasta llegar a la gravilla del camino de sirga y ve a su madre de pie, en la pequeña franja de hierbajos y cascotes que hay al otro lado del canal. Parece una aparición. La mirada perdida, el agua oscura que las separa...

—No te muevas.

Baja corriendo por el camino de sirga hasta llegar a una pasarela voladiza en un estado bastante precario. Tira del brazo compacto y pesado, sujeto con un contrapeso, se desprende del suelo y cae de golpe contra el extremo más alejado del pequeño obstáculo que hay en el centro del arroyo. Pisa con cautela los listones recubiertos de musgo, rodea con dificultad una valla de chapa ondulada y aparta de una patada una espiral de alambre de espino intimidatoria.

Se detiene un poco antes de llegar porque no quiere despertarla de golpe y asustarla.

—¿Mamá...?

Su madre se vuelve y entorna los ojos.

—Siempre me has odiado.

—Mamá, soy Carol.

—Sé perfectamente quién eres —Carol no había oído nunca esa voz—, pero cuando te miro solo puedo ver a tu padre.

Es una anciana diminuta y está muerta de frío. Lleva una falda gruesa y un jersey gordo que se empaparían rápidamente. ¿Cuánto tiempo tardaría? ¿Quién se enteraría? La idea se le pasa fugazmente por la imaginación y desaparece enseguida.

Su madre le sostiene la mirada con firmeza durante unos segundos, después el rostro se le descompone y empieza a llorar. Carol le agarra la mano.

—Vamos a llevarte a casa.

El médico dice que va a tener que pasar la noche en el hospital. Carol le deja un mensaje a Robyn. Su madre está inconsciente en la sala del hospital, así que baja a la cafetería y se toma un café amargo en un vasito de plástico mientras hace el crucigrama rápido del *Times* para distraerse de una idea que empieza a tomar forma en los confines de su imaginación. Las ballenas están nadando en la oscuridad, en este preciso instante, a la vuelta de la esquina, en este mismo planeta. La gran extensión del océano, aviones estrellados y barcos hundidos, perdidos para siempre, hasta el fin del mundo. La serpentinización, el origen de todas las cosas. Las ilustraciones de un artículo que leyó hace años sobre el *Trieste*, que se hundió a más de diez mil metros de profundidad en la Fosa de las Marianas: el acero lloraba de dolor por el efecto de la presión, una tonelada de agua sobre cada sello postal.

Robyn se sienta frente a ella.

—Se ha escapado de casa esta madrugada.

—¡Por el amor de Dios, Carol! Solo llevas dos días aquí.

Empieza a decir que no ha sido culpa suya, pero se frena enseguida porque es probable que sí, que sea culpa suya. Ahora lo comprende.

—Eres igual que papá. Crees que la gente es idiota.

—Se va a poner bien.

—¿Seguro?

—Ha sufrido un shock. Está agotada.

—No puedes decidir cómo quieres que sucedan las cosas, Carol. El mundo no funciona así —parece más exasperada que enfadada, como si Carol fuera una niña agotadora—. Algunas personas son muy frágiles mentalmente.

El médico es un tipo regordete y entusiasta; más que un profesional de la medicina parece una especie de niño prodigio.

—El doctor Ahluwalia —estrecha las manos—. Voy a intentar ser rápido y claro.

Saca un lápiz del bolsillo y le pregunta a la madre de Carol si sabe qué es eso.

Ella mira a Carol y a Robyn como si pensara que el doctor ha perdido la chaveta.

—Sígame la corriente —dice el doctor Ahluwalia.

—Es un lápiz —responde la madre.

—Excelente —guarda el lápiz en el bolsillo—. Le voy a decir tres palabras. Quiero que las repita y que las recuerde.

—De acuerdo.

—Manzana. Coche. Tenedor.

—Manzana. Coche. Tenedor.

—¿Siete por nueve?

—¡Dios mío! Nunca se me han dado bien las matemáticas.

—No pasa nada —la tranquiliza el doctor Ahluwalia, y se ríe con ella cariñosamente.

Carol nota que su madre está cogiendo confianza con ese señor y de pronto le preocupa que no sea capaz de darse cuenta de que le está tendiendo una trampa. Su madre le dice al doctor su dirección y la fecha del día.

—Pero el número de teléfono tendrá que pedírselo a mi hija porque yo no suelo llamarme.

El doctor Ahluwalia le pide que repita la frase «donde las dan las toman».

—La señora Dondelasdanlastoman —la madre sonrío como cuando estaba en la bañera—. Hacía mucho tiempo que no oía ese nombre —se deja llevar por ese recuerdo.

—¿Mamá...?

El doctor Ahluwalia le lanza una mirada a Carol y arquea una ceja, la más dulce de las reprimendas.

—La señora Dondelasdanlastoman —repite la madre— y la señora Hazloqueteapetezca.

El doctor Ahluwalia le pide a la madre que construya una frase «sobre cualquier cosa».

—Salía en *Los niños del agua* —prosigue la madre—. Lo leíamos en el colegio. Ellie pertenece a una familia muy acomodada y Tom es un deshollinador —cierra los ojos—. «Mientras tanto aprende las lecciones y da gracias a Dios porque tienes toda el agua fría que quieras para lavarte; y lávate con ella como un verdadero inglés» —está feliz, la alumna aventajada acaba de complacer a su profesor favorito.

—Excelente —el doctor Ahluwalia se saca un cuadernito del bolsillo y dibuja un pentágono en la primera página; la arranca y se la entrega a la madre; en todas las páginas pone «Wellbutrin: el mejor tratamiento para la depresión»—. ¿Podría copiar esta figura, por favor?

Parece que no es consciente de lo poco que se parece la maltrecha estrella que ha dibujado al modelo original, pero el doctor Ahluwalia dice:

—Genial —con el mismo tono positivo—. Ahora, ¿podría decirme los nombres de los tres objetos que le pedí que recordara hace un momento?

La madre cierra los ojos por segunda vez, y dice lenta y segura:

—Fuego... reloj... vela...

La casa vacía la asusta. Carol intenta leer, pero es incapaz de concentrar la mirada en la página. Necesitaría ver cualquier programa ramplón y adictivo en la televisión, pero no puede soportar la idea de sentarse en esa salón rodeada de tal cantidad de mierda, así que empieza a limpiar y a ordenar, y es el efecto sedante del trabajo físico lo que la tranquiliza al final. Ata varios fardos con los periódicos viejos y los deja afuera, junto a la puerta de entrada. Apoya el colchón contra el radiador del salón para que se airee y se seque. Mete las fundas de los colchones en la lavadora, en un programa especial para lana, y limpia el polvo y pasa la aspiradora. Limpia las ventanas. Vuelve a colgar el póster de Constable y coloca una bombilla nueva en la lámpara.

Termina la tarea bien entrada la madrugada y entonces sube al piso de

arriba y cae en un sueño largo y hueco interrumpido a las diez de la mañana por una llamada telefónica de Robyn; dice que John y ella recogerán a su madre en el hospital y la llevarán a casa dentro de un rato.

Saca las bamas del fondo de la maleta y se pone la ropa de correr. Monta en el coche y conduce hasta Henshall, aparca junto a Bellmakers Arms y corre hasta salir del pueblo y alcanzar la antigua cañada donde su padre las llevaba a veces a volar la cometa cuando eran pequeñas. Es maravilloso estar en el campo bajo ese cielo amplio, esa atmósfera limpia y resplandeciente, lejos de esa urbanización dejada de la mano de Dios, y el esfuerzo y el ritmo martillean sus ideas hasta que quedan reducidas a algo sencillo y fácil de abarcar. Veinte minutos después está en medio del círculo megalítico, de pie, como Robyn y ella cuando eran niñas, esperando ansiosamente una señal de cualquier tipo. Y esta vez sucede algo. Puede que no sea más que un ligero oscurecimiento de la luz, pero de pronto se siente expuesta y vulnerable. No es real, lo sabe, solo un rasgo seleccionado hace miles de años, el recuerdo de ser una presa codificado en su genoma, pero vuelve corriendo a toda velocidad, con la sensación de que algo maligno le pisa los talones durante todo el camino, y no se siente a salvo hasta que se sube al coche y enciende la radio.

Recorre incansablemente el salón, con un nudo cada vez más fuerte en la base del estómago. Le da pavor que su madre necesite cuidados constantes y que, cuando lleguen, Robyn le diga: «Te lo has buscado. Ahora tendrás que cargar con las consecuencias». Le da pavor que su madre se encuentre de nuevo en plena posesión de sus facultades y le ordene que se largue. Le da pavor que no se presenten y la mañana dé paso a la tarde y la tarde a la noche. Y no le da tiempo a seguir pensando porque de pronto su madre está en el recibidor.

—¡Esta no es mi casa! —exclama.

—No digas tonterías —Carol le enseña la jirafa de papel maché—. Mira.

—Está claro que esta es la casa de otra persona.

Parece muy tranquila para encontrarse en una situación tan desconcertante.

Robyn sorte a su madre y entra en la habitación.

—¿Qué has hecho, Carol?

—Limpiar y ordenar.

—Es su casa, Carol. ¡No jodas!

—No me podéis obligar a quedarme aquí —añade la madre.

—Mamá... —Carol le corta el paso—. Mira las cortinas. Debes recordar las cortinas. Mira el aparador. Mira el cuadro.

—Déjame pasar —su madre la empuja y sale corriendo.

—¿Ya estás contenta? —pregunta Robyn.

Carol es incapaz de encontrar una respuesta. Ya no está tan segura de que sus opiniones y sus actos sean acertados. Está mareada.

—Espero que tengas pesadillas —añade Robyn; después se vuelve y se marcha.

Se acerca en coche a la bodega y vuelve con una botella de vodka y una tónica de medio litro. Se prepara una buena copa, se sienta delante de la televisión, y empieza a pasar canales en busca de los programas de su infancia. Se topa con *Los Walton*. Ve un capítulo de *La ley del revólver*. Dos horas después llama a Robyn por teléfono.

—Creo que no me apetece hablar contigo.

—Lo siento.

—No, no lo sientes, Carol. No creo que conozcas el significado de esa palabra.

Piensa que igual tiene razón.

—¿Dónde está mamá?

—Otra vez en el hospital. Aún les quedaba una cama, gracias a Dios.

—¿Y qué va a hacer ahora?

—Querrás decir ¿qué voy a hacer yo ahora que has dejado su vida hecha añicos?

¿De verdad puedes cargarte la vida de alguien si le das un baño y le limpias la casa? ¿De verdad puede alguien basar su vida en la suciedad y el desorden?

—¿Has bebido?

No se le ocurre ninguna respuesta. Puede que esté borracha. La línea se corta.

Vuelve a la televisión. *Colombo, Friends*. Afuera ha anochecido, y la borrachera no ha tenido el efecto anestésico que esperaba. Ve un documental sobre las selvas de Madagascar. Duerme, se despierta, vuelve a dormirse y se vuelve a despertar, y en algún momento entre el sueño y la vigilia se da cuenta de lo mucho que amaba a Aysha, lo mucho que la quiere todavía, y piensa que lo que le aterroriza en realidad es la intensidad de esos sentimientos. Luego se duerme y vuelve a despertarse, y ya no lo ve tan claro.

Vuelve en sí con un terrible dolor de cabeza, y la amarga luz del sol se cuele por la rendija de las cortinas. Rebusca en los cajones de la cocina, encuentra una cajita de ibuprofeno antediluviana y se traga dos comprimidos con un buche de tónica. Recuerda que ayer ordenar y limpiar le ayudó a tranquilizarse. Así que elige unas cuantas lamas del somier roto de la parte delantera de la casa y las amontona en el centro del jardín trasero, después rompe el candado oxidado de la puerta del cobertizo con un trozo de adoquín. Dentro, todo está exactamente como lo dejó su padre, macetas apiladas como acordeones, botes llenos de clavos y tornillos, ovillos de cuerda, sobres de semillas (tomates Stupice de cosecha rápida, zanahorias Lisse de Meaux...), un horcón, una pala... En lo alto de la estantería hay una latita amarilla de gasolina para mecheros. Rocía con gasolina la pira de madera y le prende fuego. Cuando empieza a arder saca el colchón a rastras y lo lanza sobre las llamas. A través de una rendija de la valla una mujer diminuta con un *shalwar kameez* rosa y un pañuelo en la cabeza observa sus movimientos, pero cuando sus miradas se cruzan la mujer se esfuma de pronto. Antes en esa casa vivían unos hermanos gemelos, dos niños escuálidos con problemas de desarrollo. ¿Donny y Cameron? Su madre trabajaba en la cooperativa.

El colchón prende. Un olor ácido y químico, y un humo denso y negro. Saca los cojines del sofá y los echa a la pira. Después, una a una, las sillas del comedor. No ha estado tan cerca de un fuego descontrolado desde que era una niña. Ha olvidado lo emocionante que es. Y de pronto, sin saber por qué, empieza a recordar. Era el único servicio que su padre prestaba a la comunidad, preparar y vigilar la hoguera de la urbanización en vísperas de la Noche de Guy Fawkes. Quizá podía hacerlo precisamente porque no era demasiado conocido en el vecindario porque era un forastero. Barqueros, cazadores de ratas y verdugos: intermediarios entre el mundo conocido y el mundo desconocido. O quizá, simplemente, tenía un aspecto tan siniestro que

los chavales más gamberros no se atrevían a empezar la fiesta por su cuenta a mediados de octubre con un bidón de gasolina. Recuerda que se acercaba con el coche hasta los bosques de detrás de la fábrica de coches y volvía con un saco de tierra que había recogido de la boca de la madriguera de un zorro, y después preparaba la hoguera alrededor para que los erizos, los gatos y los ratones no anidaran allí. Carol no recuerda haberle visto tratar con el mismo cariño a ningún ser humano.

Vuelve a entrar en casa. Alguien llama a la puerta principal. Después golpea la ventana. Cabeza afeitada, camiseta del Arsenal.

—Estás como una chota, colega. Voy a llamar a la policía.

Quema el póster y el cristal se hace añicos con el calor. Hacía mucho tiempo que no sudaba de esa manera. Se siente fenomenal. Quema los adornos, los chismes y los fardos de periódicos. Mira fijamente al centro de la hoguera mientras la luz se filtra lentamente desde el cielo.

Empieza a llover y se mete adentro. Hace pedazos la moqueta y los listones con tachuelas como ya había hecho en el piso de arriba. Recorta la moqueta en cuadrados y los tira al jardín. Los restos de la hoguera están envueltos en humo y vapor. Barre la madera desnuda y le pasa la aspiradora. Lo único que queda en la habitación es la tele y las cortinas.

Está demasiado cansada para seguir trabajando, pero le asusta el silencio. Se prepara una buena copa de vodka con tónica. Se sienta con la espalda apoyada en la pared y va pasando canales hasta que encuentra un canal de ruido blanco en el ochenta y tantos. Sube el volumen para que la luz gris y el ruido blanco invadan la habitación. Se tumba y cierra los ojos.

Está sonando el teléfono. No tiene ni idea de qué hora es. Sigue tumbada, inmóvil, sin abandonar las fronteras del sueño, como un animalillo escondido entre la maleza a la espera de que el halcón que vuela en círculos aproveche una corriente de aire para marcharse en busca de nuevos pastos. El teléfono deja de sonar.

Sueña que es una niña pequeña y está de pie, en medio del círculo megalítico. Sueña que vuela sobre las montañas. Sueña que se asoma a un pozo donde hay un dragón. Oye que alguien repite una y otra vez las palabras *el fuego, el reloj y la vela*, pero no sabe qué significan.



—¿Carol...?

Abre los ojos y observa que está empezando a amanecer.

—¿Carol...?

La pantalla de la tele emite un ruido efervescente en la otra punta de la habitación. Le duelen la zona de la cadera y del hombro que tenía apoyada contra el duro suelo de madera. ¿Por qué la persona que la llama no entra en el salón de una vez? Se pone en pie lentamente, flexionando las articulaciones agarrotadas. Se queda en cuclillas durante unos segundos, hasta que la habitación deja de dar vueltas.

—¿Carol...?

Piensa que podría escabullirse por la puerta de atrás, pero le da la sensación de que es importante quedarse. ¿No será que ya ha huido antes con consecuencias funestas? Es incapaz de recordarlo. Con una mano apoyada en la pared para no perder el equilibrio, consigue llegar hasta el recibidor, pero solo logra atisbar a través de la bruma dos rectángulos indefinidos de luz solar cubierta de escarcha.

—¿Carol...?

Se vuelve. Hay un anciano en la puerta de la cocina. Está en pijama y lleva al lado una maltrecha bombona amarilla sujeta con unas correas a un viejo carrito. Se aprieta una mascarilla contra la cara y aspira profundamente, con un sonido sibilante.

—Me alegro de verte —dice con una vocecita ronca.

Carol cree reconocerle y eso la tranquiliza en cierta medida, pero no tiene ni idea de dónde le ha visto antes y no quiere preguntar y quedar como una estúpida.

El hombre se aprieta la mascarilla contra el rostro y vuelve a aspirar profundamente, con el mismo ruido sibilante. Pasa el tubo de goma alrededor del asa del carrito y lo arrastra hacia la puerta de entrada pasando por delante de ella. Se detiene a la altura del colchón y le tiende la mano.

—Ven.

Le da un poco de miedo seguirle, pero la idea de quedarse allí sola es aún peor. Le agarra la mano. El hombre abre la puerta y Carol no ve las casas de Watts Road, sino hierba alta y matorrales agitados por el viento. Él vuelve a respirar por la mascarilla y las ruedas del carrito chocan contra el escalón de la puerta al atravesarla. Se sumergen en una luz fría y cristalina, invernal. La

lleva lentamente por un camino de ceniza hasta llegar a una arboleda. Carol se da cuenta de lo débil que se encuentra ese anciano y lo mucho que se esfuerza por disimularlo. Se acerca a él para que pueda apoyarse en ella sin que se note demasiado. Avanza nueve pasos, se detiene para respirar a través de la mascarilla, luego ocho pasos más, y vuelve a respirar.

Ahora están rodeados de árboles, una luz submarina y oscilante, monedas de sol como peces alrededor de un arrecife. La mayoría de los árboles son abedules, con la corteza erizada que se separa de la piel color crema como el papel de la pared de una casa abandonada desde hace mucho tiempo. Se pregunta qué sucederá cuando se le acabe el oxígeno. Es evidente que es una bombona muy vieja, y la pintura amarilla está tan desconchada que se ha convertido en el mapa de un accidentado litoral imaginario.

Llegan a un inmenso claro en el bosque. Es difícil determinar su tamaño con precisión porque está ocupado casi por completo por un gran montículo de troncos, ramas y palitos que en algunos lugares se entrelazan como si formaran un gran tendedero y en otros están amontonados de cualquier manera. La construcción se eleva abruptamente delante de ellos y se abre en curva, de manera que es imposible decir si mide diez metros o cincuenta.

El hombre le aprieta la mano y sigue avanzando con cautela. Se adentran en un estrecho pasillo que se abre en la estructura, como el túnel que conduce a la cámara funeraria en una pirámide. Es su padre, ahora lo recuerda. No le cuadra del todo que esté aquí, pero no sabe muy bien por qué. Está cansada, le duele la cabeza y ha dormido fatal. Igual ese es el problema.

Los ojos se le acostumbran a esa luz tenue y ahora puede distinguir el monumental entramado de vigas y ramas que los rodea. Aquí y allá los rayos del sol se filtran a través de la oscura penumbra. Algunas ramitas crujen bajo los pies y las ruedas mal engrasadas del carrito de su padre chirrían. Hay polvo suspendido en el aire y huele a zorro.

Han llegado a la cámara central, media cúpula irregular de ramitas entrelazadas de dos o tres metros de altura, y una columna central tan gruesa y recta como un poste de telégrafos que soporta todo el peso de la estructura que se yergue sobre sus cabezas.

—¿Carol...?

Es una voz sorda y lejana. Es una voz de mujer y viene del exterior. De pronto, se da cuenta de que no era su padre quien la llamaba cuando se

despertó. ¿Ha sido un error seguirle? Su padre se saca una latita del bolsillo, desenrosca el tapón y se rocía el pijama con el líquido que contiene. Es un olor intenso y familiar, pero es incapaz de identificarlo, y no hay luz suficiente para leer la etiqueta.

—¿Carol...? —ahora la voz es más insistente.

Su padre se vuelve a guardar la lata y se saca algo del otro bolsillo. Hasta que no hace girar la piedra, no se da cuenta de que es un mechero. La llama prende la manga de la chaqueta del pijama, se extiende rápidamente por el pecho, sube hasta la cara y le hunde sus dedos largos y morados en el cabello.

—¿Carol...? Por el amor de Dios...

Se gira en busca del pasillo de entrada. No debería ser difícil de encontrar porque el entramado de ramas de la cúpula está ahora iluminado por la luz trémula, pero es incapaz de hallar una abertura. ¿Se habrán caído las ramas y han bloqueado la salida? ¿Podría suceder algo así sin que ella se dé cuenta?

Si fuera un gato, un perro o un conejo se retorcería para colarse por los huecos que se abren entre las ramas de la estructura, pero son demasiado pequeños para un ser humano. Agarra una larga pértiga de la parte menos densa de la pira y empieza a tirar, pero al hacerlo nota que se mueven los palos de arriba. Intenta repetir la misma operación en el otro extremo de la cámara, pero sucede lo mismo. Se vuelve hacia su padre. Su rostro está ardiendo, y la piel chisporrotea como la carne en la barbacoa. Le han desaparecido los labios, los dientes se le rompen con el calor. Encima de su cabeza, los palos se están quemando y las llamas corretean como niños alborotados hacia fuera y hacia arriba aprovechando todas las corrientes de aire de ese inmenso laberinto de madera.

—¿Carol...?

Nota que las manos y la cara se le llenan de ampollas. Va a morir allí. Con dificultad, su padre avanza un par de pasos hacia ella y le ofrece la mascarilla de oxígeno para que se la lleve a la cara.

—Respira. Confía en mí. Respira y nada más.

# LOS CHICOS QUE SE FUERON DE CASA PARA CONOCER EL MIEDO

*No era mi intención contar nuestra historia en estas páginas. Empecé este cuaderno únicamente para tomar apuntes de naturaleza técnica. Pensaba que cuando volviéramos a casa cada uno podría escribir su propia crónica personal, a su ritmo y con sus palabras, pero ahora soy el único que puede referir todas esas historias y, a menos que ocurra un milagro, nunca volveré a casa.*

*Hay personas a las que les resultarán angustiosas algunas de las cosas que he escrito. Les ruego que acepten mis más sinceras disculpas, pero no me siento capaz de disimular. Dejar un registro veraz de los acontecimientos recientes es la única ambición a la que puedo aspirar.*

*Me gustaría hacer una petición personal a quien encuentre este libro. Por favor, asegúrese de hacer llegar una copia de esta primera página, al menos, a Christina Murchison, que antes tenía su residencia en Dundonald Street, en la Ciudad Nueva de Edimburgo, en Escocia, si aún vive allí. En este momento siento por ella un afecto más profundo que nunca. Será la última persona en la que piense. Mi mayor error ha sido no conceder a sus temores la importancia que merecían.*

He dejado de llevar la cuenta de los días, así que ya no soy capaz de precisar las fechas. No obstante, sé que nuestros problemas definitivos comenzaron hace apenas una semana, cuando oímos un leve fragor y divisamos la luz del sol justo delante de nosotros. Al salir de la espesura descubrimos que habíamos llegado al borde de un profundo cañón de esquisto y migmatita. La siguiente loma, donde continuaba la selva, estaba a

unos veinte metros de distancia. Entre las dos lomas, las vertientes del barranco parecían escarpadas y resbaladizas, por culpa de los rápidos que corrían con fuerza y espumaban sobre las rocas dentadas. Aguas abajo, vimos un arcoíris colgado en la espuma del río.

Después de un mes avanzando con dificultad a través de esa selva densa y monótona, me sentí embriagado por la amplitud y la luz, y tuve que sentarme porque la cabeza me daba vueltas. Habían pasado quince días desde la muerte del hermano de Nicholas, y el recuerdo de las últimas horas de Christopher me perseguía desde entonces, pero la vista panorámica de ese mismo cielo que compartíamos con otras personas y otros lugares me levantó ligeramente el ánimo. Mi única esperanza era que el propio Nicholas se contagiara de ese mismo sentimiento.

Bill ató un cazo al extremo de una cuerda, lo bajó hasta el agua y calculó que había una caída de unos treinta metros. Además, recuperó un galón de líquido que nos supo más rico que el champán. Después, Edgar y Arthur se abrieron camino a machetazos a través de la maleza, siguiendo la orilla del barranco en una dirección, mientras Nicholas hacía lo propio en la dirección opuesta. Volvieron al cabo de una hora para confirmar que no habían encontrado ningún paso para atravesar la garganta con facilidad. Hice un fuego y me dispuse a preparar un té y a desollar y asar uno de los monitos que habíamos cazado la tarde anterior mientras Bill estudiaba la manera de construir un puente.

Su solución, como todas las que había ideado hasta entonces para resolver nuestros problemas prácticos, era elegante y eficiente. Talamos y podamos dos troncos de unguahui, amarramos unas cuerdas alrededor del extremo de cada uno de ellos, los enderezamos, lanzamos las cuerdas por encima de una rama alta y después los suspendimos a través del barranco, el uno al lado del otro, para improvisar un puente rudimentario.

La carne del mono era fibrosa y tenía un sabor demasiado fuerte, pero estábamos de un humor jovial, así que tampoco nos importó demasiado. Una vez terminada la comida, volvimos a guardar nuestro equipo y empezamos a cruzar. Bill insistió en hacer de canario y pasó primero. La madera aceitosa rebotaba ligeramente, pero aguantó, y Bill llegó hasta el otro extremo en medio del aplauso general. Yo le seguí y, a mitad de camino, tuve la suerte de poder disfrutar de una vista absolutamente extraordinaria de las colinas

brumosas de color malva que se divisaban río arriba como pájaros suspendidos en el aire. Sentí que el vértigo empezaba a apoderarse de nuevo de mí y no me atreví a darme la vuelta para mirar hacia atrás.

—¡Avanza de una vez, maldita sea! —me gritó Edgar.

Terminé el recorrido sin levantar la vista de los pies. Me siguieron Arthur y Edgar. Solo quedaba Nicholas.

A mitad de camino, sin embargo, el tronco donde Nicholas tenía apoyada la mano izquierda se resquebrajó y se partió. Mientras caía, consiguió agarrarse al tronco de la derecha y se quedó colgado de él mientras el otro se rompía en dos mitades que cayeron sobre los rápidos, después de rebotar varias veces, provocando un gran estruendo a cada impacto, hasta que quedaron alojadas entre las rocas mojadas.

Cada detalle del minuto posterior se me ha quedado grabado en la memoria para siempre: la madera que se combó como un arco por el peso de Nicholas, el movimiento circular de sus pies, como si la mera fuerza de la voluntad pudiera conseguir que aparecieran unos escalones en el aire. Aunque me avergüence reconocerlo, me quedé paralizado, sin saber qué hacer. Arthur, sin embargo, tiró su mochila al suelo, le dijo a Nicholas que no se soltara, se subió a horcajadas en el tronco y empezó a avanzar sobre el precipicio. Si no hubiera llevado tanta carga, quizá Nicholas habría sido capaz de acercarse poco a poco hasta nosotros, una mano después de otra, pero llevaba una mochila muy pesada. Creo que la intención de Arthur era cortar las correas con su navaja. No llegó a tiempo. Les separaban unos tres metros cuando a Nicholas le fallaron las pocas fuerzas que le quedaban. Nos miró con una expresión de disculpa avergonzada, los dedos se le soltaron y la gravedad le atrapó. No puedo dejar de pensar que si su hermano no hubiera muerto quizá se habría aferrado un poco más a la vida.

Me pareció que caía muy despacio. Quizá fue tan solo un truco de mi imaginación, pero recuerdo perfectamente que en el segundo o los segundos que duró su terrible caída me dio tiempo a redactar mentalmente la carta que tendría que enviarles a sus pobres padres.

Supuse que la corriente se lo llevaría inmediatamente, pero se golpeó contra una inmensa piedra plana que sobresalía en mitad del arroyo y dividía la corriente en dos. La casualidad quiso que cayera sentado, y si no hubiéramos visto todo lo que acababa de suceder, habríamos pensado que

solo se había parado a descansar mientras cruzaba el río, salvo porque tenía un muslo doblado hacia un lado justo por encima de la rodilla. Permaneció inmóvil durante medio minuto y yo esperaba de todo corazón que hubiera muerto porque era imposible sobrevivir a una herida de esa naturaleza tan lejos de la civilización (su hermano había muerto por una infección contraída después de arañarse con una espina, una herida común y corriente en Inglaterra). Después empezó a moverse. Se restregaba la cara y miraba a su alrededor como si se acabara de despertar de la siesta y le sorprendiera haberse dormido en ese lugar tan extraño.

Bill desató la cuerda del ungurahui que no se había caído y la ató alrededor de la palmera más cercana. Edgar le preguntó qué estaba haciendo.

—¿A ti qué te parece? —replicó Bill.

Edgar le dijo que no fuera idiota.

—¿Quieres que nos quedemos aquí viendo cómo se muere? —inquirió Bill.

Edgar sacó la pistola y por un segundo pensé horrorizado que iba a disparar a Bill por su insolencia, pero no le apuntó a él, sino que dirigió el arma hacia el barranco, donde Nicholas seguía cabeceando lentamente como un oso herido.

—¡No! —gritó Arthur.

Pero Edgar no se detuvo. Fue un disparo perfecto. Nos dio la sensación de que Nicholas se estremeció cuando la bala se introdujo en la parte superior de su cabeza. Después, rodó de lado hasta caer de la roca, la espuma se volvió rosa por un momento y desapareció.

Nadie dijo nada. El eco del disparo se fue desvaneciendo hasta que solo se podía oír el rumor del río y el canto de un pájaro que no sabría identificar, en el corazón de la selva, como el ruido de una rueda oxidada al girar. Edgar se guardó la pistola en la cartuchera de cuero y volvió a abrochar la hebilla.

—¡Dios Todopoderoso! —murmuró Arthur.

—Habría muerto de todos modos —dijo Edgar—. Mejor una muerte rápida —no le tembló la voz; no había tristeza ni arrepentimiento en sus palabras, aunque Nicholas era un hombre a quien consideraba su amigo desde años atrás—. Tal vez alguien quiera decir una oración en su honor.

Después de una pausa, Arthur se quitó lentamente el sombrero, respiró hondo y después procedió a recitar el salmo 39 palabra por palabra sin

equivocarse una sola vez, según me pareció.

—«Velaré sobre mi conducta para no pecar con mi lengua; pondré freno a mi boca mientras tenga al impío frente a mí...»

Cuando terminó, le pregunté cómo era posible que recordara esas palabras con semejante exactitud.

—Ojalá pudiera olvidarlas —me respondió—. Mi hermana murió de escarlatina hace dos años. Todas las noches asisto a su entierro en sueños.

—Tenemos que seguir avanzando —repuso Edgar—. Solo nos quedan tres horas de luz.

Y entonces tuve la inquietante sensación de que acababa de quitarse una máscara que había llevado durante muchos años.

Al principio de la expedición, yo pensaba que la ambición de Edgar, su sangre fría, su valentía y su seguridad en sí mismo eran admirables. Ahora me doy cuenta de que es posible manifestar esas cualidades hasta tal punto que se conviertan en una enfermedad, peligrosa para uno mismo y para los que le rodean. Acabé comprendiendo que en verdad nunca le había interesado el propósito declarado de nuestro viaje, y que si encontrábamos a Carlyle y a sus hombres con vida en las profundidades de la selva solo se alegraría si aquello podía conducirnos a una nueva aventura, si, por ejemplo, teníamos que arrebatárselos a unos violentos aborígenes. La expedición no era para él más que una excusa para intentar llevar al límite su coraje y su fortaleza, y cuanto más arduos fueran nuestros contratiempos, mayor sería su deleite. Me recordaba sobre todo al protagonista de *Juan sin miedo*, el chico que se fue de casa para conocer el miedo, uno de los cuentos de los hermanos Grimm que había leído en mi niñez.

Ahora me doy cuenta de que a pesar de que Arthur y yo éramos vecinos de escalera de Edgar en Oxford, en realidad no le conocíamos. En verdad, lo más acertado sería decir que éramos, sencillamente, dos de sus numerosos admiradores. No importaba que no fuera un intelectual porque era el tipo de persona que te hacía dudar si la intelectualidad no era acaso un poco vergonzosa. Recuerdo nítidamente las cinco caricaturas enmarcadas de su tío en la revista *Punch*. En todas ellas aparecía un globo terráqueo: girando sobre su dedo, bajo sus botas, servida en bandeja o sometida de cualquier otra manera simbólica. Edgar insistía en su intención de superar a su tío, y todos



sabíamos que lo conseguiría. Estaba dotado de una apostura casi cómica. En un lado de la cara tenía una cicatriz que se había hecho al caerse por las escaleras a los cuatro años, pero la llevaba con una dignidad tan marcial que todo el mundo pensaba que era una herida de duelo, incluso los que conocíamos su secreto. Había obtenido distinciones jugando al rugby y al frontón y era, en pocas palabras, uno de esos hombres que saben que caen bien y que gozan de la admiración general, y que la riqueza y las oportunidades les llegarán de manera natural porque así es como funciona el mundo. En consecuencia, no tienen que aprender a comprometerse ni a ganarse el respeto de los demás, no necesitan meterse en la piel de otra persona, no aman ni son amados de verdad.

No comprendí todo esto hasta hace dos semanas.

A la mañana siguiente, después de una noche de sueño ligero e intranquilo, mientras Edgar orinaba y Arthur se afeitaba, Bill me dijo que quería hablar conmigo. Bill era el único miembro de la expedición que no era universitario y casi nunca participaba en nuestras charlas informales. Por eso temí que me iba a dar una mala noticia.

Se me acercó lo suficiente para que Arthur no pudiera oírle y me dijo:

—Me temo que el señor Soames ha perdido la razón y solo va a contar con nosotros mientras considere que le somos útiles.

Me impresionó oírle hablar de Edgar en esos términos.

—Creo que ya no podemos confiar en él —continuó.

Le recordé a Bill que no importaba demasiado que él confiara o dejara de confiar en Edgar. Era un empleado, a fin de cuentas.

—Había una caída de sesenta metros —añadí para suavizar un poco mi reprimenda—. La cuerda medía sesenta y cinco. No había cuerda suficiente para amarrarla y subirle.

—¿Él era consciente de eso? —preguntó Bill.

—Habríais muerto los dos. Puede que no te caiga bien, pero te ha salvado la vida.

Me di cuenta de que Bill estaba tanteando el terreno para ver si podía contar conmigo en caso de que perdiera el favor de Edgar. ¿Podía contar con mi complicidad? ¿Estaba dispuesto a conspirar contra Edgar? Le pregunté qué habría hecho él en su lugar.

—Al menos habría discutido la cuestión —dijo Bill— antes de meterle una bala en la cabeza a un hombre como si no fuera más que un caballo de carreras con la pata rota.

Le hice ver que la democracia no era necesariamente el mejor sistema de gobierno en una expedición de ese tipo.

—¿Debemos, por tanto, someternos a un tirano? —me respondió.

—Cuando aparezca tu nombre en la portada del *Times* me imagino que no te importará demasiado el tipo de régimen en el que vivimos durante una temporada.

Bill se puso en pie.

—No tenía que haberle dicho nada. Perdóneme. No era mi intención ponerle en una posición incómoda.

Dio media vuelta y se marchó.

A los pocos días de la muerte de Nicholas nuestra brújula empezó a fallar. Adivinando, sin embargo, la situación del norte geográfico por las estrellas, un proceso que exigía que Arthur se subiera todas las noches a las copas de los árboles más altos, como un mono, para poder abarcar todo el firmamento, conseguimos avanzar hacia el epicentro de las interferencias magnéticas, con un margen de error de escasos grados.

Una mañana, poco después del desayuno, Edgar nos pidió que nos acercáramos porque había descubierto a la altura de la vista una bota incrustada en una maraña de enredaderas y parras que estrangulaba un árbol del caucho. La bajó, la giró en la mano, y le retiró con el sombrero la ligera pátina de musgo verde lima que se había acumulado en el cuero podrido.

Edgar extendió la mano sobre la suela para medirla.

—Debe de ser la del niño.

Volvió a dejar la bota en la hendidura que había quedado abierta entre las parras como si fuera el dependiente de una zapatería y el cliente hubiera decidido que no iba a comprarla.

—Continuemos. Con un poco de suerte encontraremos la cueva al anochecer.

Esa misma mañana, cuando Arthur y yo caminábamos juntos, me dijo:

—No debemos descartar la posibilidad de que se hayan matado los unos a

los otros.

Le respondí que después de tanto tiempo, con aquel calor y aquella humedad, aunque encontráramos los cadáveres sería muy difícil determinar la causa de su muerte.

—No crean, les sorprendería —señaló Bill, que caminaba a nuestras espaldas—. He vistos muchos cadáveres a lo largo de mi vida. Son mucho más elocuentes de lo que uno podría esperar.

Recordé el manicomio, recordé a Nat Semperson sentado en la biblioteca del director. La lluvia de noviembre azotaba los cristales de las ventanas y repiqueteaba en el vidrio emplomado. Habían decidido administrarle su dosis de láudano un poco más tarde con la esperanza de que tuviera la mente más despejada, según nos explicó el director. Aun así, dudaba mucho que fuera capaz de hilar una historia coherente. Semperson no hablaba casi nunca, prosiguió, y seguía tan ausente como el día que desembarcó del *Cadogan* en Falmouth. Solía gritar en sueños y era raro que durmiera del tirón.

Edgar le preguntó qué les había sucedido a lord Carlyle y al resto de los hombres. ¿Hasta dónde habían conseguido avanzar en su viaje a través de la selva? ¿Estaban vivos la última vez que los vio? En caso contrario, ¿cómo habían muerto? Semperson miraba la lluvia, ciego a la presencia de Edgar y sordo a sus preguntas.

—A veces habla de una criatura terrorífica —dijo el director; tenía un aire de director de circo, pensé, con los pulgares enganchados en los bolsillos del chaleco, una voz demasiado sonora para esa habitación; me preguntaba hasta qué punto se estaba inventando la historia para nuestro propio beneficio con la esperanza de que donáramos más dinero a la institución que dirigía—. A veces asegura que la ha visto aproximarse a través de los campos. A veces está convencido de que ha tirado las puertas abajo y dice que deberíamos armarnos.

Edgar acercó una silla y se sentó delante de Semperson para poder mirarle directamente a los ojos. Le explicó que habíamos planeado organizar una expedición al Jamanxim para buscar a Carlyle y al resto del grupo.

—La familia no descansará hasta que conozca el paradero de su hijo. Pasaremos dieciséis semanas en la selva. Me gustaría saber si vamos a tener que afrontar algún peligro previsible. No quiero que nuestra expedición termine de la misma manera.

—Que yo sepa —dijo el director—, nunca ha dicho nada de lo que les sucedió a sus compañeros.

Después de una larga pausa, Edgar se puso de pie y volvió a colocar la silla en su sitio.

—Esto es una gran decepción.

Solo yo sabía hasta qué punto. La familia de Carlisle solo financiaría una expedición si encontrábamos alguna prueba fiable. Semperson era nuestra última esperanza. Ahora nos veríamos obligados a regresar a Londres y, un mes después, Edgar tendría que aceptar a regañadientes el trabajo en el banco que le había ofrecido su tío abuelo porque ya no tenía ninguna razón justificada para aplazar su decisión.

Asaltado por una repentina inspiración, le pedí al director que me prestara una hoja de papel y una pluma estilográfica. Aparté el juego de té, coloqué la pluma y el papel sobre la bandeja, y la bandeja sobre el regazo de Semperson, que se quedó mirándola con la cabeza ladeada, como hacen los perros cuando oyen un ruido débil y lejano.

—Los niños aprenden a hablar antes que a escribir —dijo el director—. Estoy convencido de que perdemos esas facultades en el orden inverso.

Pero Semperson había agarrado la pluma con los dedos temblorosos de su mano derecha.

—Siga —le dije con dulzura.

En mi memoria, la habitación quedó sumida en un profundo silencio, pero esto no puede ser cierto porque la tormenta no amainó hasta la noche, el fuego crepitaba afanosamente en la chimenea y el tictac del reloj de péndulo estuvo sonando de manera sincopada durante toda la visita. La pluma de Semperson empezó a moverse. El director, Edgar y yo permanecimos completamente inmóviles, como si hubiéramos divisado un venado que se asoma tímidamente a un claro del bosque, conscientes de que puede salir corriendo si oye el más mínimo ruido.

Estuvo dibujando cinco minutos y después bajó la pluma.

—¿Me permite...? —preguntó Edgar.

Semperson no respondió, así que Edgar recogió el papel, lo llevó hasta la mesa y lo dejó allí encima para que los dos pudiéramos examinarlo. No sé si en otros tiempos Semperson había sido un buen dibujante. Ahora dibujaba como un niño. En la parte izquierda de la hoja había un mapa con una

diminuta aldea, un río que se bifurcaba, dos cataratas y una cadena de montañas escarpadas. A medio camino entre el río y las colinas había trazado una enorme equis como hacen los niños cuando juegan a los tesoros escondidos. En el centro, apartada, una colina con una apertura elíptica y asimétrica en uno de sus flancos, y un grupo de personajes esquemáticos en la entrada, un dibujo que me hizo pensar en el flautista de Hammelin llevándose a los niños de la ciudad. A la derecha, había un tercer dibujo, un monstruo (en parte humano, en parte oso, en parte lagarto) tan absurdo que me hizo soltar una carcajada. Semperson había estampado su firma abajo a la izquierda.

Edgar sacó de su bolsa de viaje el delgado volumen que nos había prestado la Royal Geographical Society. Lo abrió por la página que tenía señalada y lo cotejó con el croquis de Semperson. Los mapas no eran idénticos, pero se parecían lo suficiente para que se me erizaran los pelos de la nuca.

—¿Y cómo atravesaremos la selva? —se preguntaba Edgar—. Es una extensión enorme.

—En la cueva hay un imán natural —musitó Semperton tímidamente, con un hilillo de voz—. Las brújulas dejarán de funcionar cuando se acerquen. Los efectos se extienden unos cincuenta kilómetros a la redonda. Es absolutamente increíble.

—¿Qué le pasó a Carlyle?

Semperson no dijo nada más. Su mirada se volvió ausente y me di cuenta de que estaba llorando.

—Si los caballeros han terminado —dijo el director interponiéndose entre los dos—, le daré el láudano al señor Semperson.

—¡Creo que ya tenemos lo que necesitamos! —exclamó Edgar—. Gracias, doctor Fairweather. Gracias, señor Semperson.

El director le acercó a su paciente una pequeña taza de porcelana con motivos chinos. Mientras Semperson se la bebía, me acerqué a Edgar y le dije:

—Dudo que los Carlyle suelten mil libras con un mapa dibujado por un hombre que está convencido de que esta incoherente mantícora se pasea por la campiña de Gloucestershire por toda prueba.

Edgar dobló el papel cuidadosamente, tomó el abrecartas del escritorio, lo

pasó por el pliegue y recortó el monstruo.

—No sé de qué me hablas.

El dibujo de la criatura fue a caer sobre las brasas y se volvió incandescente por un momento antes de que las llamas lo absorbieran.

—Señores, han sido muy generosos regalándonos su tiempo. Ahora debemos despedirnos. Que pasen un buen día.

Encontramos la cueva cuando estaba a punto de anoecer. El bosque empezó a clarear, la tierra dio paso a la piedra y ascendimos por una suave pendiente hasta encontrarnos en una meseta pedregosa de unos cinco o seis acres. En el extremo de esta meseta, el granito ascendía en ángulo recto, y recortado en ese farallón se abría un agujero que tenía exactamente la misma forma de parábola asimétrica del dibujo de Semperson. Habíamos interpretado el croquis al pie de la letra, sin embargo, y nos habíamos hecho una idea equivocada de su tamaño, pues era unas ocho veces mayor o incluso más. Hazlemere House habría cabido perfectamente entre sus fauces.

Podíamos apreciar que los lados de la cámara cubierta de musgo se hundían en la oscuridad, pero no se estrechaban demasiado, y en más de ciento cincuenta metros todo era oscuridad. El aire que salía del interior era fétido y fresco, y parecía resistirse a mezclarse con los cálidos vapores de la selva, de manera que al movernos en las inmediaciones de la cueva atravesábamos corrientes de aire helador y nauseabundo.

Caminé hasta el borde de la meseta y miré hacia la selva, ese follaje verdoso e ininterrumpido que se difuminaba en la distancia vaporosa. La amplitud debió de proporcionarme cierto alivio, pero no experimenté en modo alguno la euforia embriagadora que se había apoderado de mí en el puente, al cruzar el barranco. No se oía el grito de ningún animal ni el canto de los pájaros, ni siquiera el zumbido de los insectos.

Arthur y Bill regresaron después de llevar a cabo un rápido reconocimiento en el que descubrieron sobre la piedra la estrella negra de una hoguera que se había extinguido hacía mucho tiempo. Edgar no parecía demasiado interesado. Era la cueva la que se había apoderado de su imaginación, y propuso que yo le acompañara en una breve incursión para calibrar su tamaño y determinar si servía de guarida de alguna criatura de la que debiéramos protegernos durante la noche.

Me armé con un machete, Edgar se sujetó la pistola al cinturón y nos adentramos en la oscuridad. La temperatura descendía rápidamente a medida que bajábamos por una pendiente poco acusada en la luz agonizante, y al poco tiempo estaba tiritando con mi camisa empapada en sudor. Cuando nos deteníamos solo podíamos oír el goteo ocasional del agua que caía desde el techo sobre el suelo húmedo. Aquí y allá un olor agrio, químico, se volvía particularmente intenso y me resultaba difícil librarme de la sospecha de que a tan solo unos palmos de nosotros nos acechaba alguna bestia, envuelta por completo en aquella oscuridad casi absoluta. Me di cuenta de que nuestras armas no nos servirían de nada ante semejantes adversarios invisibles.

Era evidente que nos encontrábamos en una cámara de dimensiones extraordinarias. El eco procedente de las dos paredes laterales era similar al que se puede percibir en una catedral vacía, pero no sucedía lo mismo con el de las paredes de delante. Me imaginé los árboles arriba y pensé que aquel lugar se podía considerar un auténtico inframundo.

Después de un cuarto de hora o así, Edgar propuso que reserváramos nuestras fuerzas para la mañana, y cuando volvimos sobre nuestros talones vimos, suspendida en aquel cielo enorme sin estrellas, una gotita de luz verde dentro de la cual se movían unas figuras diminutas, y tuve la extraña sensación de que esa gota encerraba el mundo entero y yo lo estaba observando desde la luna.

Cuando salimos a la luz del día, Bill tenía en sus manos una pala rota con la cabeza doblada y oxidada. Arthur y él también habían encontrado un lugar señalado con una cruz bastante rudimentaria, pero tendríamos que limpiar una buena cantidad de maleza para empezar a cavar en busca de una tumba, si es que existía.

Edgar anunció que Bill y yo nos ocuparíamos de esa tarea a la mañana siguiente, mientras Arthur y él exploraban la cueva a conciencia. Hasta entonces acamparíamos en la roca. Se produjo un breve silencio, y me di cuenta de que no era el único al que ese lugar le provocaba cierto desasosiego. Bill propuso que sería mejor pasar la noche en un claro que habíamos dejado atrás unos veinte minutos antes de llegar a la cueva, pero Edgar le respondió que si nos atacaban por la noche, prefería que nuestros agresores tuvieran que atravesar un claro de unos cien metros en lugar de lanzarse sobre nosotros directamente desde los árboles. Desechó el petate,

sacó la lona, los palos y la mosquitera, y de esa manera quedó zanjada la discusión. Nos adentramos en la selva en busca de piedras y de troncos con los que sujetar los vientos de las tiendas.

Después de acampar, Bill y yo preparamos una hoguera y desplumamos y asamos el extraño pájaro no volador que habíamos cazado la noche anterior. Tenía muy poca carne, pero era sorprendentemente sabrosa, a pesar de que dejaba cierto regusto anisado al final. De postre, tomamos un poco de pastel de menta Quiggin's, un café aguado y dos traguitos por barba de un Glenturret de diez años que Arthur llevaba envuelto en una manta en el fondo de su mochila, para celebrar que habíamos llegado a la mitad de nuestro viaje.

Me sentí indispuerto, y lo achaqué a aquella comida tan suculenta después de tantas semanas de pasar hambre. El caso es que no me sentía de humor para charlar. Me disculpé y me escabullí hasta el límite de la roca con mi maltrecho ejemplar de Ovidio, que ahora tenía las páginas salpicadas de moho. Sin embargo, me costaba trabajo concentrarme en la lectura. Así que dejé el libro y me dediqué a contemplar las estrellas. En esa latitud la noche caía con rapidez, y aunque la posición de la colina me negó el espectáculo del atardecer, para compensar, pude observar la Vía Láctea en todo su esplendor pues no había ni rastro de nubes y, aparte de nuestra hoguera, ninguna otra luz en trescientos o cuatrocientos kilómetros a la redonda.

Empezaba a distinguir los puntos de luz más tenues contra el manto añil del horizonte oriental cuando me di cuenta de que Edgar, Arthur y Bill habían enmudecido. Sabía que algo estaba a punto de suceder, pero no era capaz de decir por qué. Hubo una breve pausa, después un débil susurro que salía de la entrada de la cueva, como una inmensa ola que retrocede en una playa de grava. Un objeto de grandes dimensiones avanzaba rápidamente hacia nosotros desde la oscuridad subterránea. Por un momento, consideré la posibilidad de salir corriendo, pero nadie se había movido y no quería que me tacharan de cobarde. El susurro se convirtió en un bramido y pude sentir un viento frío, amoníaco, impulsado desde la boca de la cueva por aquello que corría detrás, fuera lo que fuera. Recuerdo que el fuego empezó a arder con una intensa luz verde. El ruido siguió creciendo hasta que casi no se podía soportar; en ese momento, la oscuridad del interior de la cueva irrumpió en el aire circundante y el cielo se volvió negro. Me apreté contra la tierra, me



protegí la cabeza con las manos y sentí que una especie de granizo me golpeaba la espalda descubierta.

No recuerdo con claridad cuánto tiempo permanecí en esa posición, solo que al cabo de un rato el ruido y el olor se aplacaron ligeramente. Abrí los ojos, me puse de rodillas y vi a Arthur a la luz de la hoguera, que de nuevo resplandecía con una tranquilizadora llama naranja.

—¡Murciélagos, por el amor de Dios, murciélagos! —gritaba emocionado.

Nos acercamos y vimos que tenía atrapado entre las manos un cuerpo peludo del tamaño de un ratón de campo con dos alas segmentadas y translúcidas.

—¡Un pariente cercano del *Tadarida brasiliensis*! —exclamó—. Cogido al vuelo con mis propias manos —el bicho, que no paraba de forcejear, tenía la misma cara que los demonios de la Biblia ilustrada que le provocaban pesadillas a mi hermano pequeño cuando éramos niños—. Al final, todas esas aburridas tardes de críquet me han servido para algo.

—*Arthura brasiliensis* —dijo Bill—. Vas a pasar a la historia.

—*Tadarida arthuriensis* —replicó Arthur; le rompió el cuello con un movimiento brusco y se lo guardó en el bolsillo—. *Brasiliensis* es el adjetivo. Y tal vez os parezca un poco ambicioso, pero me gustaría que me recordaran por algo más importante.

—Yo me conformaría con un murciélago —dijo Bill—. Una flor, un árbol...

Volví a acostarme y pude ver cómo se perfilaba la Vía Láctea, y el cielo estaba tan despejado y oscuro que era capaz de discernir los diferentes colores de las estrellas. Cada una ardía con un espectro luminoso distinto, según la peculiar combinación de elementos que alimentaba su monstruosa caldera. Al final, caí en un sopor profundo y no volví a despertarme, junto al resto de mis compañeros, hasta que regresaron los murciélagos, cuando rayaba el amanecer.

Mientras desayunábamos me remangué los pantalones y descubrí que me había salido un bulto morado en la pantorrilla izquierda. El dril de algodón de mis pantalones no estaba perforado, así que lo más probable era que me hubiera picado algún bicho, quizá una de las arañas violín cuyas telas

habíamos traspasado repetidas veces en los dos últimos días. Le mostré la lesión a Arthur, el único que poseía algún conocimiento de medicina, ahora que Nicholas había muerto. Me recomendó que esperara para ver si la hinchazón y la decoloración remitían antes de arriesgarnos a llevar a cabo cualquier tipo de intervención.

Después, Edgar y él empezaron a prepararse para su expedición subterránea. Se pusieron toda la ropa que tenían para protegerse del frío y se llevaron toda la cuerda que quedaba, dos arneses, las dos pistolas, un machete, agua y las dos lámparas de aceite.

—Deberíamos avanzar durante dos horas como máximo —dijo Edgar—. Después regresaremos. Si al cabo de cuatro horas no hemos vuelto, debéis decidir si entráis a buscarnos o si emprendéis el viaje de regreso vosotros solos.

Aprecié cierto regocijo en su voz. Daba la sensación de que le habría encantado interpretar cualquiera de los dos papeles en esa situación.

Les deseamos buena suerte a los dos, nos despedimos de ellos, recogimos la pala y los machetes y nos dirigimos hacia la cruz que Bill y Arthur habían encontrado el día anterior para empezar a cavar en busca de algún cadáver y hallar alguna pista que nos permitiera averiguar el paradero de nuestros antecesores. Me sentía realmente agradecido de que no me hubiera tocado entrar en la cueva. Estaba convencido de que algo iba a salir mal, aunque era consciente de que esa sensación de desgracia inminente no tenía fundamento alguno. Sin embargo, si Bill y yo teníamos la suerte de encontrar el cadáver de Carlyle y de identificarlo gracias a su anillo con sello, por ejemplo, podríamos volver a casa enseguida.

Sentía un cansancio anormal, y al cabo de media hora de trabajo Bill me sugirió que me sentara a descansar y que siguiera ayudándole cuando recuperara las fuerzas. Para entonces, ya habíamos descubierto otras dos tumbas. Bill dejó su machete en el suelo, agarró la vieja pala y empezó a excavar la segunda sepultura. Al poco tiempo, dio con un fémur humano. Empezó a cavar con más cuidado y sacó una calavera, con su mandíbula y la dentadura casi completa. El cráneo estaba recubierto de tendones y músculos que parecían cuerdas de goma india desgastadas. Le sacudió la arena y me la entregó. Parecía falsa, una pieza de atrezo o uno de esos memento mori que adornan los escritorios.

Todavía no me sentía en condiciones de realizar ningún trabajo físico que implicara un esfuerzo considerable. Bill dijo que no teníamos ninguna prisa y que no iba a beneficiar a nadie que yo me agotara. Al cabo de media hora me alcanzó otra calavera, incompleta en este caso. El cráneo estaba destrozado, y le faltaba la parte izquierda. Estos muertos eran la razón que nos había llevado a emprender este viaje arduo y fatídico, y, sin embargo, no era capaz de interesarme demasiado. Bill regresó un par de minutos después con un puñado de fragmentos rotos. Los depositó allí como si fueran las piezas de un rompecabezas y empezó a juntarlas. La figura que reconstruyó revelaba la existencia de un agujero de la calavera que yo tenía en la mano.

—Murió de un fuerte golpe en la cabeza.

Le pregunté a Bill cómo podía estar seguro de ello.

—Si un hombre se cayera por un precipicio, se rompería la mayor parte del cráneo. Para hacer esto tendrías que sujetarlo y abrirle la cabeza con una piedra.

—Entonces, lo mató otro compañero de expedición.

—O ya había alguien aquí y no quería compañía.

—Y fueron ellos, quizá, los que enterraron los cuerpos y se llevaron el equipo de la expedición.

Algo había llamado la atención de Bill. Tomó uno de los machetes y empezó a recortar una maraña de parras y plantas trepadoras que habían ocultado una pared de roca antes de secarse por falta de tierra húmeda. Retiró la maleza y pude ver unas letras grabadas en la piedra. Me puse en pie lentamente y me acerqué para poder leer la inscripción:

φυγή φυγή  
νωθές πέδαιρε κώλον,  
έκποδών έλα

—Supongo que podrá usted decirme qué significa —dijo Bill.

Confesé que mis conocimientos de griego eran muy escasos, pero la palabra que se repetía en la primera línea significaba casi con total seguridad «huir» pues tenía la misma raíz que *fuga* y *fugitivo*. En cuanto al significado de la segunda y la tercera línea tenía poca o ninguna idea.

Bill miró al sol.

—Han pasado cuatro horas.

Estaba tan concentrado en las fosas, en las calaveras y en la inscripción que me había olvidado de Edgar y de Arthur. Nos dirigimos de nuevo a la parte más elevada de la roca, Bill avanzaba delante de mí a grandes zancadas, pero los músculos de mis piernas acusaban el esfuerzo que exigía la pendiente. Nuestro pequeño campamento estaba desierto y no había ni rastro de ninguno de los dos. Mi premonición había sido acertada.

—Bueno —dijo Bill—. Tenemos que tomar una decisión.

En ningún momento había considerado la posibilidad de que Bill pudiera tomarse las instrucciones de Edgar al pie de la letra. Por un momento estuve tentado, pero enseguida recuperé el sentido común.

—No hay ninguna decisión que tomar.

Nos pusimos la ropa más caliente que teníamos. Como no nos quedaban más lámparas, encendí una hoguera mientras Bill martilleaba y partía los extremos de dos varas de madera para convertirlos en teas. Nos armamos con un machete cada uno, embadurnamos de aceite y prendimos las antorchas, y nos adentramos en la cueva.

Las paredes, ahora iluminadas, presentaban ondulaciones y protuberancias, como si estuvieran formadas por una substancia que se hubiera solidificado súbitamente mientras se derretía. Esperaba encontrar irregularidades (salientes, estrechamientos, caídas, bifurcaciones, cámaras subsidiarias), pero me había equivocado. Había algunas zonas con musgo, aunque, sorprendentemente, la vegetación era muy escasa para una atmósfera tan fértil. La temperatura descendió rápidamente, y hacía el mismo frío que en un día de enero en Inglaterra. Llegó un momento en que ya no podíamos divisar la entrada de la cueva, y al poco tiempo tampoco éramos capaces de distinguir el techo sobre nuestras cabezas. Calculé que la cueva debía de medir al menos unos ciento cincuenta metros de altura en ese punto.

Un año antes había asistido a una conferencia de Alois Ulrich en la Royal Geographical Society. Ulrich había explorado la cueva Hölloch, situada en la municipalidad suiza de Muothatal, que al parecer tenía una longitud de quince kilómetros, como mínimo. Me preguntaba si habríamos dado con una gruta de proporciones similares. Ya no se oía ningún eco propiamente dicho, solo un sonido sibilante que servía de fondo a los demás ruidos, como un pincel rígido que se arrastrara por la piel de un tambor. Cada cierto tiempo

nos deteníamos y gritábamos los nombres de nuestros compañeros, y después nos callábamos hasta que el eco de nuestras voces se apagaba poco a poco y se imponía el silencio, pero nadie respondía.

Seguimos caminando y la cueva aumentó de tamaño porque también perdimos de vista la pared de la izquierda. Corregimos el rumbo con la esperanza de regresar al centro de la gruta, pero al cabo de unos minutos descubrimos que habíamos llegado a un lugar donde no se veía ninguna pared. Alrededor de nuestros pies había dos herraduras superpuestas de luz amarilla y parpadeante, el reflejo de las antorchas encendidas. Más allá, reinaba una oscuridad tan absoluta que parecía una sustancia material. Intentamos volver sobre nuestros pasos para poder divisar alguna pared, pero no debimos de hacerlo de una manera demasiado precisa. Sin darnos cuenta, estuvimos dando vueltas, escrutando la oscuridad en busca de algún indicio, y al cabo de unos instantes habíamos perdido por completo la orientación.

Ahora, aunque consiguiéramos dar con una pared, el terreno era tan llano que no podríamos determinar cuál era y, por tanto, no sabríamos si debíamos seguirla hacia la derecha o hacia la izquierda para regresar a la entrada. Noté que una mano se me posaba sobre el pecho y se detenía a la altura del corazón. Pensé que Bill había sentido algo parecido ya que maldijo y reconoció que nos habíamos metido «en un buen lío».

Empezamos a caminar siguiendo una espiral cada vez más amplia, en busca de cualquier pared, pero mi antorcha se consumió poco a poco hasta apagarse del todo. Sacamos otra que llevábamos preparada en la mochila e intentamos prenderla con la de Bill, sin éxito. La atmósfera era demasiado húmeda y fría. Unos minutos después, la suya también se apagó. Nos quedamos observando cómo agonizaban los últimos rescoldos en la oscuridad. Súbitamente, me quedé sin fuerzas. Le dije a Bill que necesitaba sentarme para descansar un momento y eso fue lo que hice. Me respondió que él seguiría buscando las paredes. De vez en cuando, golpearía el machete tres veces contra la roca, y yo debía hacer lo mismo para no perder el contacto.

Durante un tiempo pude distinguir con claridad cada una de sus pisadas, pero después se fundieron con el ruido particular, indivisible, de la cueva. Por mucho que me acercara las manos a los ojos no podía ver nada. Intenté imaginar que era una noche sin luna y que paseaba con mi cuñado por el valle

de Salisbury, pero mis facultades mentales estaban muy mermadas. Bill golpeó la piedra enérgicamente y yo le devolví la llamada.

Al cabo de un rato empecé a ver remolinos de partículas rojas y verdes que bailaban en mi retina, los mismos colores y las mismas formas que uno ve cuando cierra los ojos y se aprieta los párpados con fuerza. Pero no podía disiparlos abriendo los ojos para fijar la mirada en objetos reales ni bajar los párpados para envolverlos en la oscuridad. Aquellos remolinos se volvieron pesados y líquidos, una gran corriente luminosa que ya no era solo roja y verde, sino de todos los colores del arcoíris, que se reunían y se enroscaban como bandadas de estorninos.

No sé cómo describir mi estado mental a partir de este momento sin parecer afectado o fantasioso. Pensaba que mi angustia aumentaría, pero no fue así. Estaba muy tranquilo. Los miedos que me habían dominado hasta entonces se desvanecieron y me sentí completamente a salvo. No tenía cuerpo ni ocupaba un punto en el espacio, y si uno no es nada ni se encuentra en lugar alguno, ¿cómo puede ser atacado? ¿Cómo puede sufrir, cómo puede morir? Poco a poco, la fantasmagoría de colores empezó a resolverse hasta concretarse en imágenes. Estaba asomado al balcón de una esfera superior, contemplando mi vida desde arriba: mi infancia en Chittagong y en Patna, la serpiente que cayó sobre la mesa mientras desayunábamos, el *punkawallah* con el pie deformado, las eternas discusiones de mis padres, mis terribles abuelos de Northumbria (Gog y Magog, como los llamaba mi hermano), la casa de Canterbury, mi madre llorando por aquel clima reumático en el que tendría que vivir para siempre... imágenes fascinantes, tiernas y totalmente insignificantes, un mundo de juguetes que desaparecería de golpe sin dejar ni rastro. Esa idea me infundió una paz que no había experimentado nunca antes. Puede que hubiera alcanzado ese estado mental que persiguen los faquires y los monjes budistas.

Después se me apareció un grupo de niños de la aldea que se estaban bañando desnudos en un remanso del río, debajo del molino. Mis ropas desaparecieron y cuando quise darme cuenta me retorció en un marasmo de extremidades pálidas, agua fría y burbujas plateadas. Reconocí a Solomon, el hijo del herrero. Mi abuelo le sorprendió cazando conejos y le azotó con una vara. Reconocí a mi primo Patrick, que murió cuando su casa se incendió, a los diecinueve años. Me esforzaba por asomar la cabeza por encima de la

superficie, y de pronto se me ocurrió que podía ahogarme y tuve miedo. Entonces apareció Edgar delante de mí. Le tendí la mano y me rodeó el pecho con los brazos, me levantó y me llevó hacia la luz y el aire.

Después ya no era Edgar. Era Christopher en el momento de la agonía, Christopher en esas últimas horas, con su piel bronceada ahora enrojecida, tirante y pelada. Apestaba a sudor y a excrementos, y tenía los ojos muy abiertos, como si estuviera contemplando una escena espantosa en la distancia. De su boca salían palabras incongruentes:

—Siéntate, siéntate, siéntate... ¡La llave, por el amor de Dios! Los caballos de esta mañana.

Intenté desprenderme de él, pero se agarraba a mí con demasiada fuerza, y supe que iba a morir y que me iba a llevar con él.

Entonces dejó de ser Christopher. Era la criatura del dibujo de Semperson, medio humano, medio oso, medio lagarto, carne podrida entre los dientes amarillos, ojos como canicas naranjas, el pelaje infestado de piojos.

De pronto estaba solo de nuevo, en la oscuridad total de la cueva, asustado y aterido, y quería regresar a mi pesadilla.

Pasó un rato. No fue como el tiempo que uno pasa durmiendo, después del cual es consciente de que el mundo ha seguido su curso en su ausencia, sino un vacío absoluto, como si le hubieran arrancado un capítulo entero al libro de mi vida y se hubieran deshecho de él. Estaba desnudo y envuelto en una lona. Era de noche. Pude ver mis ropas colgadas a la luz de una hoguera. Tenía frío y calor al mismo tiempo. Dos postes sostenían otra lona sobre mi cabeza, a modo de refugio rudimentario. No me encontraba bien. Recuperé mi vida, como si examinara un enorme diagrama y hubiera localizado en él una minúscula figura con mi nombre. Recordé que habíamos entrado en la cueva para buscar a Edgar y a Arthur.

—No los encontramos —dijo Bill; supuse que había formulado la pregunta en voz alta; estaba en cuclillas delante de mí—. Beba esto.

Agarré la taza esmaltada caliente y di un sorbo. Había disuelto el pastel de menta que quedaba en agua caliente.

—¿Cómo conseguimos salir?

—Esperé a los murciélagos. Ellos me indicaron el camino.

—Me has salvado la vida —le dije.

—Voy a sajarle la picadura de la pierna —me avisó.

El bulto tenía el tamaño de un huevo de gallina y estaba casi negro.

—Me temo que no solo está gangrenada.

Se sentó a horcajadas sobre mi pierna para sujetarla y poder practicar un corte pequeño y certero. Calentó la punta de la navaja en el fuego.

—Esto le va a doler.

Por el contrario, solo sentí un ligero corte y noté que un líquido caliente me salpicaba la pierna. Bill cortó la manga de una camisa que le sobraba, la lavó y me tapó la herida con ella.

—Ahora debería dormir.

Me despertó la luz del sol, que me consoló hasta cierto punto, aunque no consiguió sacarme el frío de los huesos. La sangre no había traspasado el vendaje, pero tenía el pie entumecido y no me podía levantar. Bill me preparó un desayuno a base de cacahuets y una fruta cítrica, amarilla y amarga que no había visto nunca antes y que me provocó algunas arcadas. No podía pensar con claridad. Le pregunté si Edgar y Arthur habían muerto.

—Estuvimos cinco horas en la cueva —dijo Bill—. Han pasado veinte horas desde que entramos.

No sentí tristeza por haberles perdido ni satisfacción por haber arriesgado nuestras vidas para intentar salvarles, solo desdicha y desánimo.

Bill me dejó para seguir examinando las tumbas. Intenté retomar la lectura del libro de Ovidio, pero mis facultades mentales estaban muy debilitadas. Lo que hice fue abrir este diario y revisar algunos de los apuntes que había tomado: el dibujo de una tortuga acuática, una descripción del fuego de san Telmo, un cálculo aproximado del caudal de una catarata sin nombre. Me recordaron las anécdotas que evocaban esos detalles. Bill regresó unas horas más tarde con una nueva calavera y un anillo con un sello con las iniciales JDC y tres florituras entrelazadas.

—Hay seis tumbas en total —dijo—. Esto estaba en la última.

Volvió a marcharse y apareció con dos odres de agua y algunos palmitos. Asó los palmitos y me los comí con una taza de café ligero mientras él hervía y colaba el agua y la repartía entre todos los recipientes que teníamos.



Después, se puso a ordenar nuestro equipo, separando los objetos que se habían convertido en un lastre de los que conservaban alguna utilidad. Me pareció mal que decidiera desprenderse de las posesiones de Edgar y de Arthur, algunas de ellas íntimas, pero estaba demasiado débil para discutir.

Bill siguió trabajando toda la tarde. Llenó dos mochilas con frutos secos, raíces y más palmitos. Supuse que estaba ultimando los preparativos para nuestra inminente partida. Pero mientras preparaba la cena, me dijo:

—Le he dejado comida y agua potable para una semana, aunque no creo que vaya a durar tanto. Quédese también el whisky. Lo único que lamento es no poder dejarle un arma.

Me sentí como un idiota por no haber sabido prever este giro de los acontecimientos. Solo tuve que dedicarle unos segundos para darme cuenta de que en el estado en el que me encontraba solo podría recorrer una distancia mínima a través de aquella densa jungla.

—Entonces, me vas a dejar aquí —le dije, y me sentí avergonzado al oír que mi voz sonaba como la de un niño.

Se inclinó y me desabrochó con delicadeza la camisa hasta el ombligo.

—Mire —tenía el torso salpicado de puntitos rojos—, durante toda mi vida, desde los diez años, he trabajado para otros hombres a cambio de salarios modestos y con un agradecimiento aún más escaso. Los próximos días son mucho más valiosos para mí que para usted.

Recordé cómo le había reprendido por poner en duda la cordura de Edgar. Le había dicho que no era más que un empleado. Estuve a punto de disculparme, pero incluso en ese lugar, en ese momento, me sentía observado y juzgado por un público invisible integrado por esas personas cuya aprobación siempre había buscado (mi padre, mis profesores, Christina, mis amigos) y no quería que me vieran como un cobarde o una persona servil. Por un instante, estuve a punto de romper a llorar, pero me repuse y le deseé buena suerte a Bill en su viaje. Parecía un poco desconcertado, y eso me dio fuerzas.

Cayó la noche y los murciélagos salieron de la cueva. No asistiría a ese espectáculo muchas veces más ni podría contárselo a nadie. Le pregunté a Bill si tenía pensado llevarle el anillo y la calavera a los Carlyle. Me respondió que no lo había decidido todavía. No habían ofrecido ninguna recompensa y la reputación por sí sola no daba de comer. Si lograba llegar

hasta la desembocadura del río, igual ni siquiera regresaba a casa. Poseía algunas virtudes que en este país podían servirle para convertirse en un hombre de negocios, incluso para hacer fortuna. Conservaría el anillo y la calavera como recuerdo.

Nos quedamos allí sentados, contemplando el fuego. Cada cierto tiempo la leña chisporroteaba y crujía, y una pavesa reluciente se elevaba y se perdía en la oscuridad, como si estuviéramos cocinando estrellas que añadíamos una a una al cielo nocturno. Yo iba a morir. Tenía muchas ganas de hablar de ello, pero me sentía incapaz de sacar el tema a colación. Pensé en mi aya de Chittagong, que se sentaba en mi cama y me preguntaba:

—¿Qué le pasa al señorito?

Y nunca necesitaba contarle lo que me sucedía en realidad porque la mera pregunta me bastaba.

Los murciélagos me despertaron al amanecer. Bill ya había partido. Me dolía la cabeza y tenía el estómago suelto. Para preparar una hoguera tendría que invertir demasiadas energías, así que me comí un puñado de frutos secos, me bebí una taza de agua tibia y ferruginosa, y me recosté envuelto en mi sábana de lona contemplando la salida del sol.

Recordé un fin de semana, dos años atrás. Había vuelto a Merton para la Cena del Fundador. Después de un opulento banquete, acabé paseando con Edgar por los jardines. Nos detuvimos junto al reloj de sol armilar en la penumbra del atardecer, nos fumamos un puro oteando el Christ Church Meadow en dirección al Isis. Creo que hasta ese momento, Edgar no me había prestado atención durante más de dos o tres minutos. Me sentía halagado y, cuando me contó la historia de la expedición de Carlyle y su plan de partir para averiguar el paradero del hijo que había perdido la familia, me sorprendió lo dolorosamente vacía que había estado mi propia vida hasta ese momento.

Aquel recuerdo me produjo cierto desasosiego. Bebí un poco más de agua y le añadí algo de whisky para intentar mitigar el dolor de cabeza. Mi vista cayó sobre el cuaderno y me pensé que debía dejar constancia por escrito del desarrollo de nuestra expedición. Aunque nunca llegara a leerlo ningún otro ser humano, me ayudaría a invocar a unos cuantos fantasmas, y en los próximos días iba a necesitar mucha compañía.

Y así fue como empecé a escribir.

Hacia el final de la tarde volví a prender la hoguera con ayuda del pedernal y de la lata de musgo seco que me había dejado Bill. Asé otros dos palmitos y me quedé contemplando la puesta de sol. Intenté seguir escribiendo pero era incapaz de poner en orden mis ideas. Tenía fiebre. La pierna izquierda se me había entumecido por completo y los puntitos rojos se me habían extendido hasta el brazo izquierdo. Los murciélagos salieron a cazar. Si me movía con rapidez la cabeza me daba vueltas. Me bebí lo que quedaba de whisky, cerré los ojos y esperé a que el sueño se apoderara de mí.

Me desperté pensando que aún estábamos en alta mar y nos habíamos adentrado en una tormenta. Los rayos rasgaban el cielo de arriba abajo y un estallido de luz blanca iluminó por un momento la inmensidad del océano. Después, el mundo se sumió de nuevo en la oscuridad y empezaron los truenos, que retumbaban como barriles rodando en una carreta. Cuando el relámpago descargó por segunda vez me di cuenta de que aquel era un océano de árboles, que no me encontraba a bordo de un barco que cabeceaba. Sobre mi cabeza había un pequeño techo de lona, pero yo estaba rodeado de agua por todas partes. Intenté levantarme, pero las piernas no me respondían. Me puse a cuatro patas, como un perro. Un nuevo relámpago me permitió ver mi cuaderno que sobresalía de una mochila abierta que se estaba empapando. Arrastré la mochila hasta colocarla bajo la lona, saqué el cuaderno, me lo guardé debajo de la camisa y me entregué por completo a la convicción de que si conseguía salvar el libro, yo mismo me salvaría.

Más rayos, luego oscuridad, luego truenos. Perdí la sensibilidad en las manos, en las rodillas, en los pies. Me quedé dormido, los brazos se me doblaron y me desperté cuando golpeé la piedra húmeda y dura con la cabeza y los hombros. Volví a apoyarme en las manos y no sabría decir cuántas veces volvió a repetirse este proceso.

Poco a poco, el intervalo entre los relámpagos y los truenos fue aumentando hasta que se disiparon por completo. Me quedé sumido en la más absoluta oscuridad, en un aguacero torrencial. Solo me quedaban unos días de vida. Mi único acicate para llegar con vida a la mañana siguiente era el cuaderno. Me castañeteaban los dientes. Vi a Christina y a su nuevo marido sentados en una terraza, los niños jugaban al críquet en un jardín alargado. Vi

una flotilla de barcos españoles que se aproximaba sobre el océano de árboles. Los supervivientes de la expedición de Carlysle me levantaron y me llevaron hasta la cueva.

Los murciélagos no regresaron. Quizá no podían volar a través de la densa lluvia. Al amanecer se me apareció un mundo monocromo que apenas era capaz de distinguir. Durante una hora o así el aguacero fue perdiendo intensidad hasta que cesó del todo. Nubes bajas, un cielo sucio y gris, como una manta militar barata tendida sobre el mundo. Todos los objetos estaban cubiertos de gotas temblorosas que caían al suelo. El entumecimiento se me había extendido a las dos caderas. Seguía tiritando, pero ya no tenía tanto frío como antes. No sabía si se trataba de un síntoma de mejoría o si había entrado en las últimas etapas de la hipotermia.

El fuego se apagó. Todos los leños se habían convertido en barquitos y se habían ido navegando. Solo quedaba un pequeño charco. Hice un inventario aproximado de mis bienes. El musgo que había cometido la estupidez de dejar expuesto a los elementos, había desaparecido. No podía encontrar el pedernal. La lluvia había arrastrado una mochila llena de comida entera. Me saqué el cuaderno de la camisa y lo abrí. Los márgenes estaban empapados y en algunos lugares el papel había empezado a desintegrarse, pero había tomado la precaución de escribir a lápiz y me sentía agradecido por ello porque si hubiera utilizado una pluma la tinta se habría corrido.

Al final, salió el sol. La temperatura subió y el agua de la lona extendida y de los charcos menos profundos se convirtió en vapor y ascendió hasta el cielo. Bebí un poco de agua. Me llevé un puñado de frutos secos a la boca y los mastiqué bien hasta formar una pasta para poder tragarla ya que la garganta se me había contraído por completo. Me despojé de la ropa y me senté desnudo en la piedra caliente. A mi espalda se alzaba la gran apertura de la cueva. El resto del paisaje era una jungla verde que lo tupía todo, sin interrupción alguna, hasta el horizonte brumoso.

Abrí el cuaderno y esperé a que las páginas se secaran. Después tomé el lápiz y empecé a escribir.

Ya no puedo escribir más. He sido bendecido con una día más de sol resplandeciente. Doy gracias por ello. Espero haberlo aprovechado bien.

Llega la noche.

Me habría gustado escribir un final más feliz.

## LA PRESA

Abre el pestillo y levanta la puerta del maletero oxidada. Temblando de emoción, los perros salen como una exhalación, reptan para colarse por debajo de la última barra de la verja y corren desbocados corcoveando a través del campo. Leo y Fran, dos grandes pointers de color blanco y marrón chocolate. Se guarda la pelota de tenis mordisqueada y deshilachada en uno de los bolsillos de la chaqueta, las correas de cuero enrolladas en el otro; agarra la raqueta de tenis vieja, sin puño, y cierra el maletero de golpe. Baja los seguros con el mando a distancia de la llave y sube los peldaños para saltar la cerca.

Los pastos se extienden en la lejanía. Veinte acres. Este año no hay ovejas, así que han brotado medio millón de botones de oro que se ciernen justo por encima de la superficie. Puede aspirar el aroma de las flores de mayo, los mismos componentes químicos del semen y de los cadáveres, según leyó el otro día. A su izquierda se alzan los bosques de Wytham, más allá del prado que tiene a su lado. Allí, entre los árboles, discurre la Singing Way, la senda donde los peregrinos rompían a cantar cuando pasaban por My Lady's Seat y divisaban las posadas y las agujas de las iglesias de la ciudad. Es uno de esos días de primavera que parecen cálidos y fríos al mismo tiempo. Un cielo bastante despejado con algunos cirros. Cristales de hielo a partir de los 5.000 metros de altitud. Una lavandera se posa un momento en el camino delante de él, y después remonta el vuelo y se deja llevar por el aire.

Leo corre hacia él y se detiene derrapando mientras Fran le persigue. Ladra y se tumba boca abajo, con las patas delanteras pegadas al suelo y los cuartos traseros levantados. *Tira la bola tira la bola tira la bola*. La lanza hacia arriba, le pega con todas sus fuerzas, y los dos perros salen disparados hacia atrás, se retuercen en el aire para poder caer con las cuatro patas, y

después galopan como los caballos de carreras en las pinturas antiguas, mientras la pelota avanza a través del aire, dibujando una amplia curva.

A su derecha, el río está repleto de agua gracias al chaparrón de la semana pasada, y en el centro de la corriente se forman pequeñas olas sobre la superficie mientras el agua se reúne debajo de la presa. A lo lejos, un buitre vuela en círculos sobre un erial cubierto de maleza. Pisa con cuidado los postes torcidos del guardaganado y tiene la sensación, como le sucede siempre que llega a ese lugar, de que ha rebasado una frontera invisible que marca el límite de la ciudad.

Han pasado siete semanas desde que Maria se marchó y se siente satisfecho de lo bien que lo está llevando. Los perros lo ayudan porque lo obligan a dar largos paseos como este. Ellos se divierten como enanos, probablemente, y encima le hacen compañía. Sabe que están abajo cuando se despierta por la noche y se siente solo. Está aprendiendo a cocinar después de veintiséis años: macarrones gratinados, pastel de carne... Y ha empezado a leerse los libros que tenía amontonados desde hace Dios sabe cuándo en la estantería de encima de la tele y le fulminaban con la mirada cada vez que los veía: John Grisham, Philip Pullman, ese otro ambientado en Afganistán de un escritor cuyo nombre nunca es capaz de recordar...

Fran regresa con la pelota en la boca. Hacen una pequeña coreografía de regates y fintas. La perra la deja en el suelo, él la recoge y la lanza de nuevo con todas sus fuerzas.

Hay momentos difíciles, por supuesto, pero era de esperar. Los cambios son cada vez más difíciles de encajar, sobre todo cuando el cuerpo pierde flexibilidad. Hoy, por ejemplo. No consigue librarse de la sensación de que su matrimonio no es más que la última cosa que ha dejado escapar. El mundo cambia demasiado rápido, de una manera que él no entiende, y los valores que le inculcaron se han convertido en algo un poco ridículo: comportarse como un caballero, el respeto a la autoridad, la intimidad, el estoicismo, la contención. ¿Cuándo se convirtió en un insulto el gesto de sujetarle la puerta a una mujer? Los adolescentes ven vídeos pornográficos en el móvil.

Puede que todo sea culpa de Timothy, la desavenencia que acabó con el matrimonio, la añoranza de que las cosas volvieran a ser como antes. O, quizá, cuando tienes una respuesta preparada la usas por pereza para contestar a cualquier pregunta. Lo más difícil de digerir es la maldad, la posibilidad de

que su hijo quisiera hacerles sufrir. Tres años sin una triste postal, sin un email, sin una llamada de teléfono. El enfado que sintió cuando Maria dijo que sería mejor que estuviera muerto. Su propio hijo. A veces sueña que recibe una carta con un matasellos prácticamente ilegible. ¿Lhasa? ¿Marraquech? Se baja del avión y hace un calor insostenible, como en una sauna. Hostales, cafés, el jefe de policía de la ciudad con los pies apoyados en el escritorio bajo un ventilador de techo que se mueve con dificultad. La fotografía que lleva en el bolsillo, cada vez más manoseada y menos legible, la esperanza de que su hijo se encuentre en algún lugar cercano, con la aguja colgada del brazo, quizá, o cualquier otro indicio de que no ha sido él quien ha elegido ese tipo de vida.

Fran regresa una vez más con la pelota de tenis. Leo está ocupado intentando cazar no se sabe qué. Con tal de que no traiga un animal ensangrentado y agonizante... Golpea la bola en el aire con la raqueta. El agradable sonido de las cuerdas tensas, lo lejos que es capaz de enviarla.

Por lo menos Maria no está con otro, gracias a Dios. A menos que lo esté ocultando. Lo que no sería de extrañar porque hay muchas cosas de las que él no se entera nunca.

Algo se mueve en el límite de su campo de visión. Alguien avanza a lo largo del pórtico de la presa que separa los campos de labranza de la isla. Será el encargado de las esclusas, o alguien de la Agencia del Medioambiente. Pero cuando se vuelve ve una mochila roja. Es una chica. Debe de haberse perdido: por lo que él sabe, solo se puede llegar a la presa por la pista de tierra que empieza en el arcén de la carretera de circunvalación. Mallas negras, falda vaquera, camisa de cuadros amplia, pelo largo, liso y rubio. Veinte años, veinticinco quizá. Camina con cierta inseguridad y se apoya en los soportes de metal y en las válvulas oxidadas para no caerse. No es un buen lugar para caminar con paso vacilante.

De nuevo, Fran se interpone en su camino, con la cola tesa, la cabeza gacha, jadeando, con la pelota de tenis entre las patas.

—Ahora no.

La perra gimotea. *Por favor por favor*. Él recoge la pelota, le da un golpetazo, y empieza a caminar río arriba, hacia la esclusa. Bajo los pies de la chica todo el caudal del río pasa por una única compuerta abierta, a través de un grueso caño plateado y curvado que desemboca en el agua burbujeante. El



estruendo podría confundirse con el de un edificio en llamas. Ella se detiene justo en el centro de la presa. Es evidente que tiene algún problema. Quizá se ha mareado de pronto, o siente esa fobia que a veces se apodera de algunas personas cuando cruzan un puente. Puede ponerse en su lugar perfectamente e imaginar que él mismo está allí de pie, mirando hacia abajo, el miedo que le infunde ese torrente. La chica necesita ayuda. Le gustaría gritarle, decirle que en unos minutos estará con ella, para que se tranquilice, pero es imposible que le oiga a esa distancia, con tanto ruido. Echa a correr. Si no recuerda mal, solo hay una cadenilla para impedir que los peatones crucen la esclusa. Es de suponer que podrá llegar hasta allí atravesando la arboleda. ¿Cuánto tardará? ¿Dos minutos? ¿Tres?

Entonces se gira y puede ver que se ha soltado de los soportes. Está mirando hacía abajo, hacia el río, y se da cuenta de que va a saltar. Ahora comprende también por qué se tambaleaba, ¿por qué, si no, iba a llevar una mochila alguien que ha planeado hacer algo así? La idea le hace sentir náuseas.

—¡No!

Agita los brazos, pero ella no vuelve la cabeza.

Se deja caer suavemente hacia delante.

Es la escena más real que ha visto en toda su vida, y al mismo tiempo la más irreal. El tiempo se ralentiza. El pelo rubio de la chica se levanta como la llama de una vela. Parece completamente relajada, como si estuviera dormida.

Desaparece en la espuma.

De pronto, todo vuelve a la normalidad, los dientes de león, las nubes, el buitre. Por unos segundos, se pregunta si aquello ha sucedido en realidad. Pero Leo está a su lado, en la orilla, ladrando al agua, y él piensa que esa chica tendrá un nombre y una familia, y se está muriendo en este preciso instante, ahí abajo, atrapada en el tapón, quizá, revolcándose y golpeándose en ese enorme depósito de agua. Se saca el teléfono del bolsillo del pantalón, pero las manos le tiemblan demasiado para marcar cualquier número. Entonces la división en el agua, un fugaz destello rojo.

Se vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo y ya no lleva los zapatos. No recuerda haberse descalzado. Está asustado porque no nada demasiado bien. Se quita la chaqueta.

El rojo, de nuevo, en mitad de la corriente. Los dos perros se han acercado a la orilla y están ladrando.

Salta donde el agua no cubre. Una auténtica estupidez. Algas y un lodo del que es difícil salir. Se lanza hacia delante con un gesto torpe, medio buceando, y se libera poco a poco del fondo limoso. El agua está tan fría que se le agarrota el pecho y es incapaz de respirar. Recobra las fuerzas y grita como lo haría si estuviera levantando un objeto muy pesado. Las costillas se le relajan.

No tiene nada que ver con el mar ni con una piscina. El agua le arrastra hacia un lado. Ya no puede hacer pie. Ahora que está dentro, se da cuenta de lo grande que es el río, de la fuerza que tiene, de lo perdida que debe de estar la chica y de lo escasas que son las probabilidades de que la encuentre. Sumerge la cabeza bajo la superficie, pero al agua está verde y turbia, como el cristal de un decantador victoriano, y no puede ver más allá de medio metro, como mucho. Saca la cabeza del agua y observa que el río le arrastra hacia abajo a toda velocidad. Las orillas están ocultas ahora por matorrales medio sumergidos y basura flotando, y la corriente se estrecha y toma velocidad para colarse por debajo del puente. Después del puente se encuentra el agua represada de la siguiente esclusa. De pronto se siente abandonado y asustado, un idiota que ha saltado a un río muy crecido. Las ropas empapadas le resultan ahora increíblemente pesadas y cada vez le cuesta más trabajo mantener la cabeza fuera del agua.

La chica surge de pronto de aquel agua verdosa y burbujeante y le araña la cara.

Lo que más lo irrita es que lo ataque cuando él se está jugando la vida para salvarla. Recuerda las clases de primeros auxilios en el colegio, el señor Schiller con su defecto en el habla, los pantalones del pijama le asomaban a la altura de los tobillos. Tira de ella y le da la vuelta para que no lo mire. La mano ahuecada en la barbilla, así se hacía. Ella agita los brazos y las piernas con todas sus fuerzas. Le salen por la nariz burbujas plateadas. Por más que tira no consigue levantarle la cabeza para que deje de tragar agua. La mochila. Dios. Se había olvidado. Apenas le quedan fuerzas, pero la idea de tirar la toalla ahora le resulta inconcebible. Toma todo el aire que puede y después se sumerge en el agua. Se hunden los dos porque ese pesado lastre rojo los arrastra hacia abajo. Le da la vuelta y agarra la correa. ¿Qué tipo de

hebillas es esa? De pronto, todo se oscurece sobre sus cabezas. El puente. Avanzan muy rápido. Necesita un cuchillo. Pero no tiene un cuchillo. Estira, aprieta, retuerce. Mientras tanto, ella le da puñetazos y le tira del pelo, pero él no sabe decir si quiere salir a la superficie o impedir que le desate la mochila. Necesita desesperadamente aire en los pulmones. *No respire.* Un pánico atroz y desesperado. Su confusión mental es cada vez mayor, el cerebro le empieza a fallar.

Un ansia de vida feroz, animal, le hace desterrar a la chica de sus pensamientos. Patalea hacia arriba (*aguanta, aguanta*) y sale de golpe a la luz del sol. Engulle una bocanada de aire y agua sucia, se atraganta, tose para expulsar el agua, y vuelve a tomar aire. Una vez más. Y una tercera. La chica está allí abajo, en algún lugar, muerta, muriendo. Puede oír a los perros ladrando no muy lejos de allí.

La chica emerge de pronto a su lado, con la cabeza sobre la superficie esta vez. Sin mochila. Parece ser que al final consiguió quitársela. Tiene los ojos cerrados y no se mueve. Esta vez la agarra del pelo. No hay tiempo para cumplidos. No reacciona. Puede que esté arrastrando un cadáver. Nada con el brazo libre, patada de braza. Han sobrepasado el puente un buen trecho. Treinta metros más y la corriente de la presa se desviará y los absorberá. Nada con fuerza en la dirección opuesta. Se agarra a la punta de una rama espinosa. Se rompe. Se agarra a otra rama. *Aguanta.* Giran hacia la orilla y aflojan el ritmo cuando abandonan la corriente principal. Puede hacer pie, lo nota, gracias a Dios. Lodo y raíces. La levanta por los hombros para sentarla en aquel agua poco profunda. Una lengua de tierra cubierta de juncos entre dos zarzas. Los perros aguardan el uno al lado del otro, observándoles. ¿Respira la chica? No sabría decir.

Un último esfuerzo. Encuentra un punto más firme donde apoyar los pies y la sube a la hierba. Pesa mucho para lo pequeña que es. Sale trepando por encima de ella y la arrastra hasta apartarla de la orilla. La cabeza inerte de la chica se golpea contra la tierra cuando él le da la vuelta para colocarla boca arriba. Posición de defensa, rodilla izquierda arriba, codo izquierdo levantado.

Se desploma y se queda a cuatro patas al lado de la chica, respirando con dificultad. Ve estrellitas, un enjambre de puntitos luminosos que se interpone en su visión del mundo. Una tranquilidad absurda a su alrededor. Una pareja

de atalantas. Una hormiga se le pasea por el dedo.

La piel de la chica ha adquirido un tono gris azulado. Los pendientes son dos cadenitas de turquesas ensartadas con separadores de plata, un poco hippies, hacía mucho tiempo que no veía unos iguales. Se la imagina rebuscando en un joyero de la mesilla de noche, eligiendo los pendientes que se pondrá en su último día. ¿Se pensarán ese tipo de cosas? Las mallas se le han desgarrado y tiene un corte ensangrentado en el muslo. A él también le sangra la mano. ¿Las espinas? Parece que a la chica no se le mueve el tórax. Le agarra la muñeca para comprobar el pulso y es como si apretara un botón. Devuelve medio litro de agua de río mezclada con algo que parecen los cereales de desayuno. Tose con mucha fuerza, vuelve a vomitar y después se tumba boca arriba. Tiene los ojos cerrados y el pelo apelmazado y enredado.

Él se saca el móvil del bolsillo. Una única burbuja de aire se ha quedado atrapada debajo de la pantalla inundada, como si fuera una bolita de metal en el rodamiento de un juguete. *Mierda*. El coche está a sesenta metros de allí, los zapatos y la chaqueta a trescientos. No puede dejarla sola. Por lo menos no se le han caído las llaves del bolsillo.

—Vamos.

Se agacha y le desliza las manos por debajo de las axilas. La carga a hombros, como los bomberos. La lleva hasta el coche. Cardos y mierda de oveja bajo los calcetines. Casi nunca consigue disfrutar de este paraje a solas, y justo hoy no hay un alma. La Ley de Murphy. Está helado. Y a diferencia de la chica, le protege una buena capa de grasa. Por Dios, que los perros no hayan acabado bajo las ruedas de una furgoneta al intentar cruzar la carretera. Los escalones y la puerta para que no se escape el ganado, que suena al cerrarse a sus espaldas. Fran y Leo están de pie junto al coche, esperando con paciencia, extrañamente humanos. Cambia el centro de gravedad para poder sacar la llave del bolsillo empapado. Abre el seguro con el mando a distancia y saca la manta con una mano para que los perros no salten encima.

Apoya a la chica contra el coche y la envuelve en la manta, que está llena de barro y de pelos y apesta a perro. Le tiembla todo el cuerpo. Abre la puerta del copiloto y la coloca el asiento, y al hacerlo le vuelve a dar otro golpe en la cabeza.

—Vamos a llevarte al hospital.

Ella emite un sonido que podría ser una palabra o cualquier otra cosa.

Cinturón de seguridad. A ver si después de conseguir que no se ahogue se rompe el cuello en un accidente.

Arranca el motor y pone la calefacción al máximo. Un estallido atronador de Garth Brooks hasta que golpea el botón y la radio se apaga. Por suerte, el aire todavía sale caliente del viaje de ida. De pronto, piensa que hay algo casi cómico en todo esto, conducir en calcetines, empapado, la sensación de bienestar después de un acto heroico.

Cuando bajan por la carretera de Woodstock, la chica murmura algo.

—No te entiendo.

Palabras mal articuladas, la cabeza descolgada.

—Al hospital no.

—Bueno, no voy a dejarte en una cuneta.

La chica extiende el brazo y le apoya la mano en el antebrazo, y es la primera vez en años que alguien le toca con un sentimiento cercano a la ternura. Este es el momento que recordará más tarde, cuando se pregunte por qué ha cometido semejante estupidez.

—Por favor.

Es como lo de los zapatos. En lugar tomar Marton Ferry Road, la calle que conduce al hospital, se la lleva a casa. La decisión ya está tomada. ¿O acaso solo busca una excusa?

Aparca frente a la casa, deja el motor encendido y entonces hay un momento de lucidez en el que el día se podría inclinar hacia un lado o hacia el otro, pero cuando se imagina que la acompaña hasta la sala de urgencias, se la entrega a una enfermera y la chica desaparece detrás de las puertas automáticas siente un dolor que no sabría definir. Gira la llave y la saca del contacto. Deja salir a los perros, le desabrocha el cinturón de seguridad, la pone de pie y la coge en brazos.

—No quiero...

—No estamos en el hospital.

Cierra la puerta con el pie.

Después de hacer algunos malabarismos para ponerla de lado y atravesar el recibidor, la tumba en el sofá, donde se enrosca como un lirón. La tiritera ha dado paso a las convulsiones. Saca el viejo calentador eléctrico del fondo del armario de los abrigos. Conecta la calefacción, sube el termostato a 22

grados. Hasta ahora no se había dado cuenta de que va a tener que desvestirla si quiere que entre en calor y se seque. La voz de Maria resuena en su cabeza. *¿Cómo no se te ha ocurrido antes?* Fran se ha subido al otro sillón. A juzgar por el ruido que llega de la cocina, Leo está comiendo pienso en su cuenco metálico. Sube al piso de arriba. Pantalones de chándal, sudadera, calcetines de lana, toalla.

—Te voy a poner ropa seca.

La chica no responde. Le desata los cordones de las botas negras. El olor del polvo que se quema, cuando las resistencias se calientan y se ponen incandescentes. Una imagen fugaz de Timothy cuando era pequeñito. Hebillas, broches de presión y velcro. Calcetines fuera.

Le desabrocha los botones de la falda vaquera, le desliza una mano debajo de las caderas, la levanta uno o dos centímetros por encima de la manta, tira de ella hacia afuera y después le baja las mallas rotas. Por un breve instante aprieta la mano contra su piel, nota el peso de su cuerpo. Muslos esqueléticos y unas bragas blancas con rositas empapadas. Un diminuto lazo con forma de rosa en la pretina. Un ricitito de vello púbico asoma por debajo del dobladillo. La herida alargada y ensangrentada en la carne de gallina. El recuerdo de estar así de cerca de otros cuerpos jóvenes. Maria, Jane Taylor, Mona Kerr, Jamila, una mujer en una fiesta en Dalston cuyo nombre olvidó hace mucho tiempo, con una risa y una tripa gordita y perfecta, que se le aparece en sus sueños de vez en cuando. La emoción de desvestir a alguien por primera vez.

Empieza a bajarle las bragas empapadas pero le asusta lo que él pueda sentir, lo que ella pueda pensar. Se las deja puestas e intenta secárselas como puede. Sangre en la toalla. Aparta un poco el calentador eléctrico y le pone los pantalones de chándal, primero una pierna, luego la otra. Le quedan enormes, está ridícula. La sienta y le calza los calcetines en esos pies diminutos.

—¿Dónde estoy?

Le abre la camisa de cuadros y le ofrece la sudadera.

—Tienes que ponerte esto.

Está inconsciente de nuevo, confusa, sumisa. *¡Me cago en la leche!* Le sube la camiseta. No lleva sujetador. Miedo a que alguien aparezca de pronto en la ventana o entre por la puerta. Se le notan las costillas, pocas tetas. Esa

piel tan pálida. Se inclina hacia delante para sacarle la camiseta por la cabeza y por los brazos e intenta tocarla lo menos posible. Se sienta y no puede contenerse. Se queda mirándola, desnuda de cintura para arriba, tal vez durante treinta segundos, incapaz de apartar la mirada. Para su sorpresa, está a punto de llorar. Tantas cosas perdidas. La cubre con la toalla, y le frota suavemente los brazos, la espalda y los hombros. Como a Timothy después del baño. Con más suavidad aún, le pasa la toalla por el pecho y la barriga. La mullida elasticidad de los pechos bajo su mano. Deja la toalla a un lado y le mete la sudadera por la cabeza. Brazo derecho, brazo izquierdo. La levanta un momento para quitarle de debajo la manta de los perros y darle la vuelta a los cojines mojados.

Leo entra en la habitación y se queda mirándoles, inquieto, en guardia, nunca se relaja del todo cuando hay desconocidos.

Se coloca detrás del sofá para poder secarle el pelo mientras le sujeta la cabeza contra la tripa. Vuelve a pensar en Timothy. Sentimientos que no deberían ocupar el mismo compartimento en su cabeza. Nunca se había sentido tan viejo. Deja la toalla.

—Te voy a traer algo caliente para beber.

La chica se deja caer de costado y se acurruca de nuevo. Parece que tiembla menos. ¿O serán ilusiones suyas?

Hasta que no intenta encender la tetera eléctrica no se da cuenta de que él también está helado, hasta los huesos. Como si llevara un bloque de hielo pegado a la columna vertebral. Tiene un poco de fiebre. Es un alivio dejarse consumir por una sola sensación, una sensación elemental. Cuando sube al piso de arriba tiene que agarrarse a la barandilla. Se quita la ropa y la deja en el suelo del cuarto de baño. Debería ducharse con agua caliente, pero no puede dejarla sola ahí abajo. Se seca con una toalla limpia del armario para ventilar la ropa y se pone sus vaqueros, una camisa, el jersey gordo que Maria le compró en Oslo. Calcetines de estar por casa, y la bufanda que suele dejar en el poste de la escalera. El bloque de hielo no se le despega de la médula.

La tetera retumba hasta que el agua rompe a hervir y se apaga automáticamente. Café instantáneo, para abreviar, con una cucharada de azúcar. La ayuda a sentarse y esta vez parece que reacciona.

—Sujeta esto.

Por lo menos ella es capaz de envolver la taza con las manos y mantenerla en equilibrio sobre las piernas.

—Ahora estás bien —dice él, y al oír sus palabras le parecen ridículas porque se puede considerar que es un desastre recuperar la conciencia y darte cuenta de que has sobrevivido después de pasar por todo aquello.

Por un momento, le vuelve la imagen del agua, la inmensidad del río y la velocidad de la corriente. Lo cerca que ha estado.

Ella echa la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y suspira. Es casi fea. El pelo rubio lo había engañado. Rasgos muy marcados, nariz torcida.

—¡Joder! —exclama—. ¡Qué puta mierda!

Las palabrotas siempre lo han incomodado.

—Me llamo Ian —ella no le dice su nombre—. ¿Por qué no querías que te llevara al hospital?

La chica levanta la cabeza, abre los ojos y se mira los pantalones de chándal, la sudadera, los calcetines.

—¿Qué me has hecho?

—Te he puesto ropa seca.

—¿Me has violado?

Está demasiado sorprendido para pensar en una respuesta.

—Me has quitado la ropa —dice a punto de entrar en pánico—. ¿Dónde está mi ropa?

Un ataque de terror se apodera de él. Las ideas que le vinieron a la mente mientras la desvestía. ¿Acaso solo fingía que estaba inconsciente?

—Te tiraste al río.

Ella recupera la calma de pronto.

—Sí, hago esas de cosas —ríe con una risa sin humor.

—Pero estás viva —el corazón le late a toda marcha.

—Te clavan agujas —habla como si estuviera borracha; se pregunta si se habrá tomado una pastilla antes de tirarse al río, para asegurarse—. Te llenan de cables como a los monos en los laboratorios. Te leen la mente.

—Tu ropa está en la cocina —la adrenalina va bajando poco a poco—. La voy a meter en la secadora.

—¿Esa letra pequeña de las autorizaciones que nadie lee? —se bebe el café dulzón—. Pueden hacer lo que quieran contigo.



¿De verdad estaban en el Támesis hace menos de media hora?

—Lo jodo todo. Soy una auténtica especialista.

La amargura y la autocompasión de su voz, como si quisiera que se acercara para luego apartarlo de un manotazo.

—Perdón por salvarte —quería parecer irónico y chistoso, pero le asombra lo bien que ha sabido expresar lo que siente en ese momento.

—Tengo un frío de pelotas.

Le alcanza una bufanda que años atrás se dejó un invitado en una cena.

—¿Por qué lo hiciste?

—Como si lo fueras a entender.

—¿Por qué no lo intentas?

—Solo quieres ser amable —forma unas comillas con los dedos como si tuviera quince años—. En realidad, no le importa a nadie.

Él se muerde el labio. Le sorprende estar tan enfadado. Es incapaz de contenerse.

—No puedes tirar tu vida por la borda —está recordando a Timothy, por supuesto, las noches en que no volvía a casa, sus horribles amistades, que parecían mendigos, y el olor que desprendían—. Hay gente a la que le importa. Tus padres, tu hermano, tu hermana, tus amigos, tus vecinos, tu médico, los profesores que tuviste en el colegio o en la universidad, aunque solo sea el pobre cabrón que tendrá que sacar tu cadáver del río...

Se queda sin habla. Nunca lo había visto de esa manera, nunca había pensado que las vidas se comparten, que perdemos una parte de nosotros cada vez que alguien muere. ¿O será la esperanza apremiante de que aún exista un fino hilo que lo mantiene unido a su hijo, un hilo del que podrá tirar un día para que vuelva a casa?

—¡So! ¡Para el carro! —dice la chica con la mano levantada, un gesto cómico, pero sin sonreír—. No necesito ningún sermón.

—He estado a punto de morir —le encantaría recuperar su soledad cuanto antes—. No te pido que me lo agradezcas, pero al menos podrías tomártelo en serio.

La chica se derrumba y empieza a llorar. ¿Son lágrimas de verdad? No está seguro.

—Debería llevarte al hospital. Deberían mirarte ese corte que te has

hecho en la pierna.

—Ya te lo he dicho. Me aterran los hospitales.

Ahora sí parece sincera.

—¿Por...?

—Ya te lo he dicho. Se te meten en el cerebro.

Se protege la cabeza con la mano, como si sus pensamientos fueran valiosos o le dolieran. Aún no ha dejado de tiritar.

Ahora, la posibilidad de que sea una enferma mental le parece bastante obvia. Se siente como un idiota por no haberse dado cuenta antes. Ha intentado suicidarse. Está más claro que el agua. No tiene ni idea de qué decir. Es la primera vez que tiene que tratar con una enferma mental.

—Todas las cosas hablan —dice ella en voz muy baja como si no quisiera que la oyesen.

Ahora parece más joven. ¿Doce años? ¿Diez? ¿Ocho?

—Lo siento. No entiendo.

—Los árboles, las paredes, ese reloj, esta madera —acaricia la mesa y por un segundo parece que está escuchando de verdad—, tus perros.

Parece tan segura de sí misma que está a punto de preguntarle qué dicen los perros.

—Las piedras repiten lo mismo una y otra vez —prosigue—. *Soy una piedra, soy una piedra... Llueve, llueve...* Las paredes cuchichean constantemente. Hablan de los chismes que han tenido que oír a lo largo de los años. Si entras en un cementerio, puedes oír las conversaciones que mantienen los muertos bajo tierra.

Está loca, obviamente, pero no lo parece. Parece una persona cuerda que vive en un mundo distinto a este.

Ladea la cabeza ligeramente, como hacen Leo y Fran cuando detectan un olor interesante.

—Esta no es una casa alegre —esas palabras lo irritan más de lo que deberían—. Antes pensaba que todo el mundo podía oír estas cosas. Después me di cuenta de que yo era la única —cierra los ojos y respira hondo—. Algunos días me conformaría con el silencio.

Él le pregunta si tiene familia. Necesita encontrar a alguien con quien compartir la responsabilidad, alguien a quien endilgársela.

—Mi hermano se fue a tomar por culo, creo que vive en Gales. Mi padre tiene un enfisema.

—¿Y tu madre?

—Ya tiene bastante con su propia mierda.

—¿No tienes un novio... un marido...?

—Sí, claro —otra risa sin humor.

Esta chica debe de ser un peso pesado, piensa él, y se pregunta cuántas veces habrá intentado hacer algo parecido.

—No quiero seguir aquí —vuelve a llorar.

Al principio él cree que se refiere a su casa, y se siente aliviado. Pero después comprende lo que quiere decir en realidad y le da miedo lo que pueda hacer. Fran se ha bajado del sillón, los dos perros se pasean por el salón como cuando hay tormenta.

—Necesito beber algo caliente —dice él, y sale de la habitación en busca de espacio para pensar.

Enciende la tetera eléctrica y se apoya en el fregadero. El jardín está hecho un desastre. A la valla que separa su casa de la de ese matrimonio turco que se pasa el día discutiendo le falta un tablón. Tres pelotas de fútbol de origen desconocido agonizan lentamente en la hierba primaveral, que está demasiado alta para pasarle la máquina de segar. Debería cambiar el césped por gravilla, comprar un par de plantas resistentes y sembrarlas en unas jardineras grandes, pero nunca encuentra tiempo para hacerlo, como le sucede con tantas otras cosas.

—¿Por qué seguimos casados? —le preguntó Maria.

¿Para hacerse compañía? ¿Por la comodidad de compartir tu vida con alguien que te conoce mejor que cualquier otra persona en el mundo?

—Me da miedo estar sola —le dijo ella—. ¿No te parece una razón terrible para seguir con alguien?

A él le parecía una razón bastante buena.

Sigue congelado por dentro. Se sienta en cuclillas con la espalda contra el radiador. Ahora que la chica no está delante puede ver las cosas con mayor claridad. Debería haber escuchado la voz de la razón y haberla llevado directamente al hospital. Sin hacer ruido descuelga el teléfono inalámbrico de la mesita del recibidor, cierra la puerta de la cocina y llama al 999. Diez

minutos, dice la mujer. De pronto le parece que ha entrado un poco en calor. Dentro de un cuarto de hora podrá calentarse cualquier cosa en el microondas, bajarse el edredón, elegir una buena película de su colección.

Prepara el café y regresa al salón. La chica está abrazada al cojín verde con forma de concha marina.

—Has tardado mucho.

—Lo siento.

Le mira fijamente.

—¿Has llamado a alguien?

¿Ha contestado demasiado rápido o demasiado despacio?

—¡Me cago en la hostia! ¿A quién coño has llamado?

—Mira... —deja el café en la mesa y se sienta en el brazo del sillón de Fran.

—Has llamado a una puta ambulancia, ¿verdad? Has llamado a una puta ambulancia. ¡Hostias! Toda esa mierda de fingir que te importaba. Que te den por culo.

La agarra del brazo cuando pasa por delante de él.

—Quítame las putas manos de encima.

Ha llegado al recibidor.

—Espera. Los zapatos.

Se pelea con el cerrojo, la puerta se abre y sale corriendo. Él ve el coche antes que ella. El conductor pisa el freno con todas sus fuerzas, el morro del coche se inclina hacia abajo y el culo se levanta. Un chirrido de neumático en el asfalto arenoso que dejará dos marcas negras que tardarán varias semanas en desaparecer. La chica se vuelve hacia el conductor con las manos levantadas como cuando Moisés separó las aguas del Mar Rojo y el coche se detiene a tan solo unos centímetros de sus piernas, de soslayo, con los neumáticos humeando, como si ella fuera una superheroína y ese fuera su superpoder. Después desaparece Asham Way abajo en calcetines.

El conductor se baja del coche.

—¿A qué coño estáis jugando? ¿Qué le has hecho a la chica?

El hombre no parece lo bastante real para merecer una respuesta. Nada parece real. Vuelve a meterse en casa, donde los perros le están esperando, y consigue llegar al sofá justo antes de que le fallen las rodillas del susto y no

le quede otro remedio que sentarse. Las dos tazas de café se han caído al suelo y la moqueta está empapada. El calentador eléctrico le quema los tobillos. Leo apoya la mandíbula llena de babas en el brazo del sillón y él deja la mano en el cálido lomo del perro para intentar calmarse.

Se queda observando el arcoíris de carcacas de vídeo, la medalla de la media maratón para niños de doce años, la foto enmarcada de Timothy en Wicksteed Park, esa sonrisa insólita que compensa la luz del sol que veló la parte derecha de la fotografía. En la repisa de la chimenea, una hilera de postales manoseadas: la playa de Barmouth, King Kong en lo alto del Empire State, el cuadro de los cazadores de Brueghel. Todavía se nota el hueco del deshollinador de porcelana que se llevó María.

Se ha olvidado de la ambulancia. El paramédico parece un poco cabreado por haber hecho el viaje en balde, y la historia no le convence del todo. Le enseña el montón de ropa mojada en el suelo de la cocina.

—Le he salvado la vida.

—Mira, colega, todos hemos tenido un día bastante duro.

Es muy joven, parece que acaba de salir de la universidad.

La mujer le dedica una sonrisita tensa que podría interpretarse como una disculpa avergonzada por los malos modos de su compañero o podría expresar cualquier otra emoción. Es una señora regordeta y pelirroja, con las cejas casi blancas.

El hombre envía por radio una descripción de la mujer.

—No. Nada que nos pueda servir de ayuda; su nombre, por ejemplo.

Quizá es demasiado pedir. Esta gente salva vidas todos los días. ¿Cada cuánto les dan las gracias?

Se marchan y él se vuelve a sentar en el sofá. No es frío lo que siente ahora, solo desasosiego y malestar. Alcanza el cojín con forma de concha marina y lo abraza. Puede oír el sonido profundo y sordo de la sangre que le fluye a través de los oídos, y un poco más allá, a lo lejos, ese quejido agudo, apenas perceptible, que no es un sonido en realidad, sino la radiactividad natural de la mente.

*Tienes que dejar que encuentre su propio camino. Cuando toque fondo sabrá adónde acudir.*

O, quizá, sencillamente, se romperá en mil pedazos.

Se sienta y escucha.

*Soy una piedra, soy una piedra, soy una piedra.*

Se imagina que la chica volvió directamente al río. Busca en los periódicos, para asegurarse de que su incompetencia no ha tenido consecuencias catastróficas. Le encantaría que le felicitaran en la oficina por su heroísmo, pero se da cuenta de que solo funcionaría si la historia la contara otro y él se quitara importancia. *Cualquiera habría reaccionado de la misma manera en mi lugar.* En cualquier caso, el heroísmo no es lo importante. Ha sucedido algo más que es incapaz de expresar y que no se arriesgaría a compartir con otra persona si pudiera hacerlo.

Maria se pasa para llevarse algunas cosas más. No le cuenta nada del incidente. Ella está feliz o lo finge a la perfección.

—Me preocupas —le dice, pero él no sabe muy bien cómo puede ayudarla con esas palabras, si es eso lo que pretende.

Es cierto que la casa está cada vez más revuelta y más sucia, pero no tiene a nadie que le ayude a pasar la aspiradora, a barrer, a lavar y a recoger. Por otra parte ¿a quién necesita impresionar? Se ha dado cuenta de que empieza a bajar por una pendiente resbaladiza, pero el escalofrío del miedo no es suficiente para hacerle reaccionar y entrar en acción.

Es evidente que está deprimido, pero además se ha dado cuenta de que lleva así mucho tiempo, y su desánimo es tan constante que no ha sido capaz de apreciarlo, como una langosta que araña con las pinzas el borde metálico en una cacerola de agua hirviendo.

Se despierta en plena noche y le cuesta respirar. El agua turbia y verdosa. A veces, sueña que la chica se hunde en la oscuridad, debajo de él. A veces sueña con Timothy. A veces es él quien cruza el pórtico con la mochila llena de piedras y tropieza y se cae en el agua espumosa mientras Maria le observa desde la orilla, con los perros, y no mueve un ni un dedo. Alguna que otra vez se deja caer adrede y se siente dichoso y aliviado por un momento, mientras atraviesa el aire, hasta que se da cuenta de lo que va a sucederle cuando se hunda en el agua, y este es el sueño más aterrador de todos.

La chica se presenta en la puerta un sábado por la tarde, tres semanas después. No la reconoce al principio. Va vestida de oficina. Blusa color

crema, chaqueta y pantalones gris marengo, el pelo recogido en un moño.

—He venido a por mi ropa.

Él no puede disimular su alegría.

—Me alegro de que estés bien.

Ella asiente con prudencia, como si no se le ocurriera ninguna razón por la que no debería estar bien. Quizá a nadie le guste que le recuerden que se ha intentado quitar la vida. Espera en la puerta mientras él busca la bolsa.

—La has lavado. ¡Vaya!

—No iba a dejarla empapada todo este tiempo.

—Claro —no menciona en ningún momento la sudadera y el pantalón de chándal que él le dejó—. Bueno, gracias de todas maneras.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

No quiere que se vaya, todavía no.

Ella espera un momento y luego murmura «Kelly» con tal desconfianza en la voz que él se pregunta si no se lo acabará de inventar.

Él había olvidado lo de las voces.

—¿Te apetece un café?

—Se me hace un poco raro.

—Aquí no. Igual en una cafetería.

Lo dice como si entrar en su casa fuera peligroso para ella.

—Tengo que irme.

—Tengo un hijo —nunca habla de Timothy con otras personas—. Hace tres años que no sé nada de él. Llevo siete sin verlo.

—¿Y...? —no parece inmutarse.

—No sé si está vivo o muerto.

Está claro que ella entabla un monólogo interior durante unos segundos y después asiente.

—Diez minutos, ¿de acuerdo? Pero no me vengas con cosas raras.

Se siente bastante tenso mientras camina con ella hasta llegar al Starbucks, y la cosa no mejora demasiado delante de una taza de té y un pastel danés. Él le cuenta que Maria le ha dejado. Ella que trabaja en el ayuntamiento, en el Departamento de Estacionamientos y Licencias. Él le habla de Timothy. Ella, de su padre, que va a ingresar en el hospital John Radcliffe. Ninguno de los dos menciona el incidente del río. Los diez

minutos se acaban convirtiendo en media hora. A regañadientes, ella le da su número de móvil antes de marcharse, pero, para su sorpresa, es ella la que le envía un sms una semana después: «Me imagino que te apetecerá tomar un café».

No se puede decir que sean «amigos». Ella tiene veinticuatro, él cincuenta y tres. Quizá no exista una palabra para designar su relación. En un par de ocasiones se cruzan con un conocido o un compañero de trabajo que se hace el despistado, como si le hubiera sorprendido cometiendo una indecencia moral. Como a ella le parece divertido, él decide que lo es.

Ella nunca le da las gracias por haberle salvado la vida y poco a poco él se da cuenta de que no quiere ni necesita su gratitud. Ella le habla de su familia, una familia «jodida», según sus propias palabras, aunque, a juzgar por lo que cuenta, se queda bastante corta; de su relación antagónica con la profesión médica, de su irregular trayectoria laboral, de la carrera de Derecho que nunca llegó a terminar, de los novios desagradables que elegía porque la pésima imagen que tenían de ella coincidía con su propia opinión, de los novios simpáticos y pacientes que le resultaban insufribles. Le habla de las voces que oye y de los distintos tratamientos médicos que ha seguido para mantenerlas a raya durante alguna temporada. Le dice que la atormentan, pero que si dejara de oírlas el mundo sería mucho más anodino.

Doce años. Una vez cada quince días o así. Él le cuenta que se ha divorciado y que Maria se ha vuelto a casar con un hombre nueve años más joven; que ha tenido una serie de citas por Internet de lo más variopinto: algunas absolutamente estrafalarias, otras ligeramente sórdidas y otras en las que parecía que la cosa iba a funcionar pero al final se torcía. Le cuenta que le ha salido un melanoma en la espalda, que se lo han descubierto tarde y que lleva casi seis meses aterrorizado las veinticuatro horas del día.

Ella nunca le juzga ni intenta animarle. Al principio a él le molesta, pero empieza a comprender que son dos estrategias que la gente utiliza para intentar evitar que uno aborde los temas que no quieren oír. Sabe escuchar mejor que cualquier otra persona que él conozca. O quizá, sencillamente, lo que sucede es que nunca le interrumpe. Y puede que eso sea suficiente.

Alterna los pasteles daneses con los cruasanes de almendras y los pastelitos de caramelo, chocolate y galletas de mantequilla. Siempre pide té.



Y siempre paga él. Durante un par de meses se ven obligados a trasladar su cita a la cafetería del hospital de Warneford, cuando ella, según sus propias palabras, atraviesa «una fase especialmente chunga». A veces ella se muestra poco comunicativa e irascible. A veces se limitan a sentarse el uno al lado del otro, como un matrimonio de ancianos o dos vacas pastando. Se hacen compañía, pero no de la manera que él había imaginado. Hay épocas en que a ella se le despierta el instinto suicida, aunque se calma después de describir sus planes con todo detalle, y siempre vuelve a ponerse en contacto al cabo de una o dos semanas.

A veces, él todavía se pregunta si se llamará Kelly en realidad.

Cuatro años después de que él la pescara en el río, Timothy vuelve a casa, más mayor y más delgado, con barba, con todas sus pertenencias metidas a presión en una bolsa de deporte. El alivio que siente al principio no tarda en dar paso a la decepcionante constatación de que su hijo no ha cambiado demasiado, que sigue siendo el mismo chico que puso tierra por medio hace un montón de años y que no ha vuelto para curar las heridas y tender puentes, sino porque se ha incendiado la casa de un matrimonio rico que estaba cuidando durante el invierno en Mallorca, un episodio cuyos detalles parecen mucho más complicados que la versión que él propone. Unas veces se muestra distante y otras intenta manipularlo y, contra todo pronóstico, es Maria la que más sufre porque le da de comer, le compra ropa nueva y le deja quedarse en la habitación de invitados de su casa hasta que su nuevo marido le da un ultimátum, como era de esperar. Le presta mil libras para que pague la fianza de un piso y el alquiler del primer mes y a los tres días desaparece.

—¡Vaya! —exclama Kelly.

—Durante todos estos años siempre imaginé que volvería a casa como en las películas de Hollywood. Nos pediría perdón y nosotros nos pondríamos contentísimos. Y ahora sé que nunca va a suceder.

—¿Y cómo te sientes?

—Como si me pegaran una patada en el estómago cada vez que lo pienso. Se quedan en silencio.

—Voy a arreglar el jardín —dice él—. Estoy harto de verlo hecho un erial.

Arregla el jardín. Corta la hierba. Coloca una tela asfáltica debajo y lo

llena de grava. Jardineras, un par de helechos plateados, un banco. Repara la valla y le aplica una buena capa de creosota. Se compra un comedero para pájaros y les pone alpiste, miguitas de pan y trocitos de manteca. Y cuando piensa en Timothy ya no sufre tanto.

Leo muere. Tenía quince años. Fran se mete en su cesto y muere un mes después. Ella también tenía quince años. Cáncer de hígado, según el veterinario, aunque él sabe perfectamente que ha muerto de pena. Han tenido una vida plena, larga. Y, de todas formas, Leo tenía artritis en la cadera y cada vez era más difícil sacarlo a pasear.

—Me siento solo —dice él.

—¿Sí? —bebe un sorbito de té.

—Me hago viejo.

—Supongo que lo eres.

—Me da miedo la muerte —aunque el mero hecho de reconocerlo en voz alta lo alivia un poco.

—Iré a tu entierro.

—Todo el mundo se preguntará quién eres.

—Seguro que sí.

Se la imagina entre los árboles, a veinte pasos de los doliente, su pequeño y robusto ángel del recuerdo.

Aún sueña con el río, el estruendo de la presa, la corriente que se desdobra aguas abajo. Flores de mayo y cirros en el cielo. En el sueño ya no se ahoga. Nadie se ahoga. Aunque todos acabarán cayendo en la oscuridad al final. Él, Maria, Kelly, Timothy... Y los últimos minutos serán terribles, pero está bien que sea así, de verdad, porque nada se desperdicia y el río nunca dejará de correr y en primavera florecerán los dientes de león y el buitre seguirá volando en círculo sobre el páramo.

Quiero expresar mi agradecimiento a Clare Alexander, Quinn Bailey, Suzanne Dean, Sos Eltis, Paul Farley, William Fiennes, Kevin Foster, Dan Franklin, Kathy Fry, Sunetra Gupta, Alissa Land, Kevin Leahy, Toby Moorcroft, Debbie Pinfold, Simon Stephens, Bill Thomas, el Jericho Cafe y la galería Modern Art Oxford.

«La isla» se publicó en *Ox-Tales: Fire* (Oxfam/Profile Books, 2009). «La presa» apareció en el *New Yorker*. «La pistola» se publicó en el número de la revista *Granta* dedicado a Gran Bretaña (2012), fue finalista en el Sunday Times EFG Short Story Award (2013) y obtuvo el O. Henry Prize (2014). «El hundimiento del muelle» apareció en el *New Statesman* (2014) y fue seleccionado para el Sunday Times EFG Short Story Award (2015). «Bunny» fue finalista en el BBC National Short Story Award (2015)